

WARHAMMER
40,000

DAN ABNETT



**LOS HERMANOS
DE LA SERPIENTE**

Lectulandia

Los Serpientes de Hierro de Ithaka han jurado proteger las Estrellas del Arrecife del desastre, a cualquier precio. La ciudad de Baal Solock sufre el ataque de una misteriosa raza alienígena. Desesperados, sus habitantes deciden utilizar un antiguo artefacto para lanzar una señal de socorro por primera vez en más de seiscientos años. Pero, contra todo pronóstico, alguien responde a su llamada de auxilio, un único marine espacial enviado para enfrentarse al enemigo contra el que habían fracasado todos los ejércitos de Baal Solock. En la desalentadora oscuridad del futuro lejano, los audaces marines espaciales son los defensores supremos de la Humanidad.

Lectulandia

Dan Abnett

Los hermanos de la Serpiente

Warhammer 40000

ePUB r1.0

epublector 31.05.12



Título original: *Brothers of the Snake*

Dan Abnett, 2007

Traducción: Traducciones Imposibles

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Rachel Saunders

El autor quiere dar las gracias a Graham McNeill por sus buenos consejos, y a los editores Andy Jones y Christian Dunn por velar por los Serpientes de camino a este libro.



No temáis a la Serpiente por su astucia ni por su silencio,
temedla por su velocidad de ataque,
por la inmensa fuerza de su abrazo,
por el blindaje de sus escamas,
y por su afilada mordedura.

Temed a la Serpiente, oh, enemigos del Hombre,
pues sus anillos nos envuelven,
y sus brillantes ojos, siempre abiertos,
velan por nosotros.

de los Cantares de la orgullosa Ithaka

En aquellos días, había un círculo de hermanos, guerreros de un temple sin igual en todos los mundos de las Estrellas del Arrecife, y se les llamaba Serpientes de Hierro de Karybdis. E hicieron un juramento, una gran promesa: que mientras su círculo perdurase, vigilarían todas las Estrellas del Arrecife y, con la fuerza de sus armas, las protegerían de los Poderes Oscuros.

Y no conocerían el miedo.

de La Karybdíade



PRIMERA PARTE
AMANECER GRIS
MISIÓN EN BAAL SOLOCK



CAPÍTULO 1

Durante los últimos días de la Temporada de Maduración, en los cantones septentrionales de Pythos, los recolectores que se encontraban trabajando una calurosa y tormentosa tarde en un campo de maíz porcino y de azucenas comestibles vieron cómo un rayo descendía sobre su mundo tras las Colinas Pythoanas.

Sabían que era un rayo, ¿pues qué otra cosa podía haber sido? Había provocado un estallido de luz tan intensa a través de las tenues y azules nubes de la tarde que si cerraban los ojos, todavía podían verlo. Cuando llegó al suelo, lejos y fuera de su vista, se oyó un impacto atronador. En las cálidas y bochornosas horas de aquellos últimos días, las tormentas de verano eran bastante frecuentes y, en ocasiones, estallaban con gran violencia. Ahora, un rayo había escapado de entre las nubes y había caído sobre la superficie, de modo que la noticia corrió de aldea en aldea.

A su debido tiempo, un día o dos después del suceso, la historia llegó hasta el palacio de zinc del tribunal de Samial Cater Hanfire, primer legislador de los Cantones Pythoanos, junto con una caja de bayas y en boca de un frutero parlanchín que estaba repartiendo los productos del mercado. Hanfire se enteró por medio de uno de los pinches de cocina, dos chismosas sirvientas y un dedicado mayordomo. El legislador era culto y educado, como era de esperar de un hombre de su condición. Se había formado en la Academia de Fuce y había viajado mucho en su día, una vez incluso hasta los lejanos bosques de cardos en el Extremo Occidental. Era lo bastante erudito como para saber que un rayo no era un producto sólido que simplemente caía del cielo de vez en cuando.

Se envió a un esclavo al mercado de alimentación, que para entonces estaba ya bajando las persianas, y el frutero fue llamado de nuevo a palacio. Allí relató su historia a Hanfire. Era un hombre pequeño y humilde, intimidado ante su autoridad, y excesivamente avergonzado de sus manos, que estaban manchadas de azul por el jugo

de los frutos con los que comerciaba, de modo que intentaba ocultarlas bajo los pliegues de su remendado mandil.

Hanfire lo escuchó atentamente y después ordenó al hombre que repitiese su relato mientras el pequeño golem de metal, que estaba a los pies del trono de madera del primer legislador, registraba sus palabras en una traqueteante prensa manual. Hanfire dio las gracias al frutero y le ofreció algo de vino y un plato de comida, que éste rechazó, y tres monedas electrum, que aceptó apresuradamente antes de salir corriendo del palacio de zinc.

Hanfire cenó solo, releendo las hojas impresas en tinta que habían salido de la prensa manual del golem, y para cuando su sirviente le trajo su ponche de frutas y un sorbito de amasec en su dedal de cristal ya sabía lo que se esperaba ahora de él.

Sin demora, se envió a un jinete al legislador supremo de Fuce con un informe escrito a mano por el mismo Hanfire en el que se solicitaba que el inspector de naufragios se presentase en Pythos lo antes posible.

El inspector, un hombre alto y de constitución fuerte llamado Hensher, llegó en carruaje con todo su séquito dos días después. Tras reunirse con el primer legislador Hanfire, el inspector se dirigió hacia el interior del país, hacia las colinas, para llevar a cabo su inspección. Hanfire lo acompañó. Esto no era lo habitual, pero Hanfire era un hombre culto y sentía una tremenda curiosidad por los asuntos místicos.

Estaba amaneciendo y el ambiente era caluroso y seco. Las tormentas de verano persistían en las alturas, y el cielo estaba manchado de nubes como la piel de una fruta caída del árbol. La fila de carruajes avanzaba a buen ritmo por las carreteras llenas de curvas y se detenía en las aldeas que había por el camino para reunir información. En todas las paradas, los habitantes salían a recibirlos en una gran multitud. Nunca antes habían visto a hombres tan importantes en persona, ni a unos soldados con una vestimenta tan sofisticada, ni vehículos tan ostentosos. Jamás habían visto ropa hecha a medida, ni carabinas láser de cerrojo, ni nada tan inconcebible como el pequeño golem de metal.

Los vecinos contaron al primer legislador y al fornido inspector todo lo que ya sabían y muchas otras cosas que desconocían. La historia se había alargado y se había adornado, aunque incluía los precisos detalles del rumor inicial. Sí, un rayo había caído del cielo y había provocado un gran estruendo al impactar. ¿Dónde? Al otro lado de las colinas, hacia el valle conocido con el nombre de Charycon. Ahora retumbaba por allí, perdido y desorientado. En ocasiones iluminaba el cielo nocturno con estallidos de luz.

Hanfire escuchaba con atención. El inspector de naufragios ordenó a su propio golem que tomase notas y no parecía estar impresionado. En la aldea de Peros, junto al manantial del río Pythoa, los habitantes juraban solemnemente que el rayo había incendiado vastas extensiones de bosque detrás de Charycon, un infierno que había

durado días y noches, hasta que una tormenta trajo un aguacero que lo sofocó. En Timmaes, un pequeño lugar de cabañas bajas de piedra, los vecinos hablaban de ruidos bien entrada la noche y de extrañas figuras que los pastores habían visto en la distancia desde los pastos de la colina.

Cuando atravesaron la aldea de Gellyn estaba misteriosamente vacía, como si la hubiesen evacuado a toda prisa.

—Las gentes sencillas siempre tienen temores —dijo el inspector a Hanfire mientras los carruajes traqueteaban hacia adelante—. Es su manera de ser.

Hanfire se encogió de hombros y se sentó de nuevo en su asiento tapizado de ante para sentir la fresca brisa de los ventiladores del carruaje.

—¿Tanto como para abandonar sus casas? ¿Para huir en mitad de la noche?

—Un rayo ha caído desde más allá del cielo —respondió el inspector, sonriendo por primera vez desde que había llegado—. Podría ser peligroso.

—¿Y no lo es? —preguntó el primer legislador Hanfire.

—Usted no me habría mandado llamar si no lo creyese así —contestó el inspector mientras volvía a revisar las páginas del informe que su golem había generado durante el día—. Evidentemente, hizo lo correcto al solicitar mi presencia. Admiro su perspicacia, señor.

Hanfire sabía que acababa de recibir un halago, pero no sabía muy bien por qué.

—¿Disculpe?

El inspector alzó la vista y miró a través de sus gafas de media luna.

—Está claro que es una nave. Una nave que, por la razón que sea, se ha estrellado, como usted supuso. En nombre del legislador supremo y del Dios Emperador que todo lo protege, debemos localizar el lugar del impacto y asegurar el área.

—Entonces, ¿es peligroso? —preguntó Hanfire.

El inspector cogió una caja de zinc del portaequipajes. Era un dispositivo de medición de algún tipo y había estado chasqueando como un grillo durante el último día y medio.

—¿Lo ve? —dijo el inspector.

—No estoy seguro... —respondió Hanfire.

El inspector ajustó el dial y el chasquido se volvió más fuerte e intenso.

—Residuos —dijo—. Contaminación. Ha impregnado toda la zona. Probablemente se trate de vertidos de algún sistema de propulsión. Cuando encontremos el emplazamiento, tendremos que restringir el área.

—¿Ha hecho esto antes? —preguntó Hanfire.

—Soy inspector de naufragios —respondió el otro hombre—. En esto consiste mi trabajo. Caen cosas del cielo continuamente, y gracias a hombres como usted estoy informado de todas ellas. Hay magníficos tesoros que salvaguardar en nombre del

legislador supremo. Tecnologías. Dispositivos. Metales preciosos. Y sí se trata de una nave de nuestro Sagrado Imperio, podría haber seres humanos que necesiten ser rescatados urgentemente.

Hanfire había estado disfrutando mucho de su viaje a las colinas con el inspector. Estaba encantado de poder pasar tiempo en compañía de un hombre culto y erudito, pero ahora estaba algo alarmado. No estaba a su altura. El inspector era mucho más cosmopolita que él. Sabía de todas esas cosas. Sabía cosas acerca de las maravillas que había al otro lado de la esfera mortal. Conocía el espacio y sus misterios. Hablaba de ellos con total naturalidad, como si fuesen algo de lo más normal.

—¿Alguna vez...? —empezó Hanfire.

—¿Alguna vez qué, señor? —preguntó el inspector.

Hanfire se sentía bastante estúpido formulando la pregunta, pero necesitaba saberlo.

—¿Alguna vez ha estado... fuera de Baal Solock?

El inspector de naufragios sonrió de nuevo.

—Nací en Eidon, señor, y vine aquí cuando era niño.

La abrumadora carga de aquella confesión silenció al primer legislador Hanfire durante una hora o más.

Cuando volvió a hablar en el traqueteante transporte, fue para hacer otra pregunta que lo había estado reconcomiendo.

—¿Y si no lo es?

El inspector de naufragios estaba haciendo anotaciones en las páginas del informe del golem con una pluma de plata. Hensher alzó la vista y miró al primer legislador.

—¿Disculpe?

Hanfire se quitó los guantes y se frotó las manos, aunque la noche era cálida.

—¿Y si la nave no es nuestra? ¿Y si es... de otros?

El inspector de naufragios apoyó la espalda en el respaldo y dejó los papeles a un lado.

—El término que utilizamos es «xenos», señor. De origen alienígena. Y podría suceder, aunque estas incidencias son muy poco frecuentes.

—Pero ¿qué pasa si lo son? —preguntó Hanfire.

En su interior se regañó a sí mismo por ser tan estúpido. Nunca antes había considerado aquella idea.

El inspector estiró la mano y tiró de la cuerda para detener el vehículo en caso de emergencia. El carruaje se detuvo y toda la procesión se paró a su alrededor. Hensher levantó las persianas de la ventana y dio una orden. Un séquito de veinte hombres armados corrió hacia adelante y se cuadró fuera del carruaje. El inspector Hensher los había traído consigo desde Fuce. Eran unos hombres excelentes, altos y fuertes, y vestían una armadura de calidad de metal color caqui. También llevaban las carabinas

láser de cerrojo más modernas y más sofisticadas que Hanfire había visto jamás.

—Sargento Klue —dijo el inspector desde la ventana del carruaje—. ¿Cuál es la misión principal del destacamento?

—Asegurar los restos de la nave siniestrada y eliminar todo lo que sea xenos —respondió el sargento tras su visor.

El inspector se volvió hacia Hanfire.

—Son buenos hombres, los mejores. Podríamos decir que son especialistas. Compadezco al sucio alienígena que entre en conflicto con ellos. Nuestra seguridad es innegable.

—Sí, son espléndidos —respondió Hanfire.

El primer legislador volvió a sentarse.

—Continuad, Klue —ordenó Hensher.

Y la procesión comenzó a avanzar de nuevo.

—Todavía no he disipado sus temores, ¿verdad, señor? —preguntó el inspector Hensher al cabo de un rato.

Hanfire sonrió.

—He oído hablar de eso antes, señor: historias, oscuros rumores, leyendas que advierten sobre los Poderes Oscuros y sobre los temibles pielesverdes. ¡Dicen que caen sobre los mundos y asesinan a todos sus habitantes! En especial he oído hablar de los delgados, los oscuros...

—Ah, los primuls. Ahora no son más que un mal recuerdo.

—Se dice que han arrasado muchos mundos de las Estrellas del Arrecife con su crueldad.

—Puede que los primuls existiesen en su día, pero ya no están aquí. Ya no existen. No son más que leyendas, historias, primer legislador.

Hanfire insistió.

—Pero si estuvieran aquí... su espléndido destacamento los vencería sin problemas, ¿no es así?

El inspector Hensher suspiró.

—Así es, señor, si es que esas historias fueran ciertas. Y aun así, siempre nos queda la salvación final.

El inspector se inclinó hacia adelante y le mostró a Hanfire su sello. Estaba curiosamente labrado y mostraba el símbolo de una serpiente de doble curva.

—Si la fatalidad llegase a Baal Solock, ésta sería nuestra respuesta.

Hanfire observó el sello un momento y estalló en carcajadas.

—¡No me venga con historias, señor! ¿El símbolo de la serpiente? ¡Eso no son más que cuentos! A los niños se les enseña que las curvas de la serpiente nos envuelven y que sus ojos, siempre abiertos, velan por nosotros... Pero eso no son más que tonterías.

—¿Por qué?

—¡Porque sí, Hensher! ¡No es más que un mito! ¿Supremos guerreros con armaduras grises esperando para intervenir y protegernos? ¡No son más que cuentos para niños!

—¿Considera que el Dios Emperador de la humanidad es un mito también, primer legislador?

—¡Por supuesto que no!

—¿Lo ha visto alguna vez?

—¡No!

—Pero ¿cree en él?

—¡Por mi vida, señor! —dijo Hanfire.

—Pues haga lo mismo con los Serpientes de Ithaka. Son reales. Han hecho el juramento de protegernos hasta el final de los tiempos. Yo creo en ellos y usted debería hacerlo también. Si sucediese el desastre, si mi magnífico destacamento de guardias no fuese suficiente... si, si, si... entonces enviaré instrucciones a Fuce y ellos enviarán una petición a la Hermandad de la Serpiente. El honor los obliga a intervenir.

—¿Ha sucedido eso alguna vez? —preguntó Hanfire.

—Por supuesto —respondió el inspector de naufragios.

—¿Cuándo?

Hensher frunció el ceño, pensativo.

—Si la memoria no me falla, la última vez fue hace seiscientos treinta y tres años, en el tiempo del legislador supremo Ebrekun.

—¿Y los Serpientes de Ithaka acudieron a ayudar a Baal Solock?

—Eso dicen los anales.

Hanfire se encogió de hombros y se apoyó en el respaldo de su asiento. No creía ni una palabra de todo aquello.

La noche era cálida y clara. Los truenos retumbaban como rocas rodando por el tambor del cielo, y débiles relámpagos difusos iluminaban las colinas con un resplandor casi constante, como un parpadeante crepúsculo. Ya eran altas horas de la noche cuando se detuvieron para que los grupos de cuadrúpedos servidores que tiraban de los carruajes descansaran. El primer legislador Hanfire informó al inspector de naufragios de que había una aldea llamada Tourmel a tan sólo media hora más de camino. Allí podrían encontrar alojamiento, o al menos un lugar donde montar sus tiendas para dormir.

—El valle de Charycon está a menos de una hora de Tourmel. Podemos llegar allí con las primeras luces del alba.

El plan recibió la aprobación del inspector. La procesión continuó avanzando,

añora con los faroles encendidos, a través de los fragantes bosquecillos de aromáticas olearias y árboles de sándalo.

Y entonces se detuvo.

Hanfire bajó del carruaje siguiendo al inspector. Los soldados permanecían de pie junto a la carretera mirando hacia el oscuro bosque que había más allá de ésta y apuntando con sus armas. Los truenos resonaban. Bajo la temblorosa luz de los difusos relámpagos parecían estatuas.

—¿Qué sucede? —pregunte Hanfire, y el inspector le mandó callar.

Hanfire tragó saliva. Una vez más volvió a sentirse inquieto. Su pulso empezó a acelerarse.

—¿Sargento Klue? —susurró el inspector.

—Hay algo en los árboles, señor —respondió el soldado en voz baja—. Nos ha estado siguiendo desde hace diez minutos.

—Puede que sea una cabra perdida o un... —empezó a decir Hanfire, quitándole importancia.

—Por favor, señor —susurró Hensher—. Guarde silencio.

Uno de los otros soldados de repente levantó la mano y señaló a la oscuridad. Klue asintió e indicó a sus hombres que avanzasen hacia allí, formando una amplia línea, se adentraron sigilosamente entre los árboles. Hensher los siguió.

El inspector se volvió para dirigirse a Hanfire.

—Quédese con los carruajes, primer legislador.

Hanfire obedeció. Un instante después, tanto los soldados como el inspector de naufragios habían desaparecido entre los matorrales. El silencio se apoderó del lugar, interrumpido únicamente por los sonidos de la tormenta y los resuellos de los grupos de servidores. Hanfire caminó de vuelta hacia el carruaje principal. Los conductores y los sirvientes habían bajado de sus asientos y estaban de pie formando pequeños grupos y mirando en silencio hacia el bosque. Hanfire vio que muchos de ellos estaban asustados.

En un esfuerzo por mostrar la clase de compostura por la que debía destacar un hombre de su cargo, Hanfire subió de nuevo a su carruaje y se sentó a leer unos datos que había traído consigo. Sacó su pluma de zinc del estuche y, decidido, empezó a escribir anotaciones en los márgenes de las hojas bajo la luz de las bombillas del carruaje.

Al cabo de unos pocos minutos oyó un ruido sordo en la distancia. Era muy parecido al sonido oclusivo que se oye al descorchar una botella de efervescente vino Fuceano. Un instante después se oyó otro, y rápidamente otros dos más.

Hanfire dejó a un lado su pluma y bajó del carruaje. Los lacayos y los conductores seguían mirando a la oscuridad.

Dos estallidos más. Después se oyó un inquietante traqueteo, como pequeños

guijarros que caen contra la cortante cuchilla de una sierra. A esto le siguió otro sonido lejano y apagado.

—Eso ha sido un hombre —dijo uno de los conductores.

—Silencio —ordenó Hanfire.

—Era un hombre, señor —insistió el conductor—. Eso ha sido un grito.

Hanfire se volvió y miró con severidad al conductor. Su nombre era Petters, y había sido el chófer oficial del primer legislador desde hacía ocho años. Hanfire no podía reprender a un criado tan sincero y leal.

No fue necesario. Al ver su expresión de desaprobación, el conductor Petters inclinó la cabeza.

—Discúlpeme, primer legislador.

Hanfire sonrió.

—No hay nada que temer —tranquilizó a la gente a su alrededor—. ¿Es que no habéis visto a los hombres que ha traído el inspector Hensher con él? No creo que ni el legislador supremo cuente con unos soldados tan formidables.

Algunos de ellos sonrieron. Hanfire se alegró de ver que sus comentarios había conseguido calmarlos aunque fuera un poco. Sin embargo, en su interior seguía sin creerse una palabra.

Esperaron un poco más. Por encima de los graves rugidos de los truenos se seguían oyendo más estallidos y más traqueteos. Después, otro grito, esta vez no había duda. Los sirvientes miraron a Hanfire. El primer legislado podía sentir su miedo.

—A vuestros puestos —les ordenó—. Preparaos para actuar. Kester, abre la caja de armas y repártelas entre los conductores.

Los sirvientes corrieron a sus puestos. Algunos daban órdenes a otro: Hanfire se volvió a mirar a los negros matorrales. Más disparos, cuatro cinco en una rápida y casi frenética serie.

Entonces Hanfire percibió algo en el aire nocturno, un olor extraño, seco y muerto. No sabía decir dónde lo había oído antes. Hacía años había visitado la Bóveda de Mármol, en los confines del Viejo Desierto. Allí, el aire caliente había hecho reventar las vacías dependencias y había llenado la ciudad del seco olor a mineral del desierto.

Aquello era parecido, pero no era lo mismo.

—Señor, estamos listos para actuar —anunció Petters desde el panel de control del carruaje. Hanfire levantó la mano derecha.

—Esperad. Tenemos que esperar un poco más.

Y esperaron. Los servidores cuadrúpedos resoplaban con ansiedad y golpeaban el césped con las patas. Hanfire oyó una sucesión de rápidos chasquidos a su espalda. Pensó que se trataba de uno de sus conductores insertando balas en un fusil de

repetición.

Era la caja de zinc que el inspector había dejado en el portaequipajes, el dispositivo de medición. Sonaba tan rápido y tan fuerte como los platillos dactilares que las huríes de la Bóveda de Mármol tocaban mientras bailaban.

Hanfire se aclaró la garganta y tragó saliva de nuevo.

—¡Adelante! —ordenó.

—¡Señor! —gritó Petters desde el mirador en lo alto del carruaje—. ¡Mire! ¡Mire allí!

Hanfire miró. Algo estaba saliendo de entre los árboles y se acercaba a ellos, una silueta. Una silueta que corría.

Hanfire oyó amartillar las armas.

—¡No disparéis! —exclamó.

La figura estaba cada vez más cerca y se abría paso como podía a toda prisa a través de la maleza. Entonces apareció ante ellos.

Era el inspector de naufragios.

Tenía la ropa rasgada y su rostro de facciones marcadas sangraba a causa de los arañazos de las zarzas. Corría veloz hacia Hanfire y hacia el carruaje.

—¿Qué sucede? —preguntó Hanfire.

—Movilice los carruajes —dijo Hensher—. ¡Rápido!

—¿Qué está pasando?

El inspector no respondió. Corrió hacia la parte trasera del carruaje y apartó la lona que cubría el comunicador guardado en el portaequipajes.

—¿Qué sucede? —insistió Hanfire tras él.

—Corra, primer legislador —respondió el inspector al tiempo que presionaba los botones para encender el comunicador—. Todo el mundo debe correr. ¡Ahora! Dígaselo. Ordéneselo. ¡Corran hacia el sur, por el Trono Dorado!

—Me está asustando, señor —dijo Hanfire.

—Bien. Eso pretendo. He visto lo que hay ahí fuera. ¡Por Terra! ¡Mis hombres! Todos mis hombres...

Hanfire dirigió la mirada de nuevo hacia el oscuro bosque y después se volvió hacia el inspector.

—¿Qué les ha pasado a sus hombres?

—Están muertos —respondió el inspector.

El primer legislador sintió un peso glacial en el estómago.

—¿Qué quiere decir exactamente? —preguntó cuidadosa y detenidamente.

—¡Quiero decir que están todos muertos! —bramó Hensher—. ¿Es que tiene usted una boñiga por cerebro? ¿Es usted idiota? Estoy utilizando palabras bien sencillas...

—No hay necesidad de ofender —protestó Hanfire, resentido.

El inspector de naufragios lo miró y suspiró.

—Disculpe —dijo—. Siento haberle hablado así. He perdido los estribos. Tenemos problemas, señor, problemas muy graves. Le ruego que ordene a la compañía que huya. A pie, lo más rápido que puedan. Tienen que perderse en el bosque ahora mismo. Dígales que se dirijan hacia el sur. Por favor, señor.

Mientras hablaba, el inspector sintonizó el comunicador en un canal concreto y abrió el lector óptico instalado en el tablero del dispositivo. Éste parpadeó con la luz verde del interior de la lente cubierta. El inspector se quitó el anillo con el sello y lo metió en la ranura de lectura.

—Dios mío —tartamudeó Hanfire.

El primer legislador se alejó de la parte trasera del carruaje y alzó la voz deseando que no sonase demasiado temblorosa.

—¡Escuchadme todos! —gritó—. ¡Corred! ¡Corred! ¡Hacia el bosque! ¡Deprisa! ¡Corred! ¡Dirigios al sur! ¡Corred!

Los equipos de los carruajes y los sirvientes abandonaron de inmediato los vehículos inmóviles como una bandada de cuervos sobresaltados y empezaron a correr. Hanfire observaba cómo se dispersaban entre los árboles presa del pánico y cómo desaparecían de su vista. Después oyó sus gritos de terror y cómo sus pisadas se alejaban en la oscuridad.

El inspector de naufragios recuperó su sello y volvió a deslizado en el dedo. Después presionó la tecla de «transmitir/enviar». Las luces de pantalla parpadearon. Hensher se volvió y vio a Hanfire tras él.

—¿Todavía sigue aquí? —preguntó con un tono de profunda tristeza.

—Por supuesto —respondió Hanfire—. Soy el primer legislador de estos cantones. No voy a huir como un idiota.

—Ojalá lo hubiera hecho, señor —contestó Hensher.

—Pienso quedarme aquí —dijo Hanfire—. Ésta es mi tierra, mi territorio. Le debo lealtad al legislador supremo. Estaré condenado si huyo del suelo para cuya protección fui elegido.

—Entonces está condenado —replicó el inspector.

Hensher montó en el vehículo abandonado y sacó una caja fuerte del portaequipajes. Estaba junto al chasqueante dispositivo de zinc. El inspector abrió la caja fuerte y sacó dos pistolas iguales; dos pistolas bólter con incrustaciones doradas que habían estado descansando sobre los moldes de terciopelo rojo de su interior.

—Es usted un hombre valiente, primer legislador Hanfire —dijo el inspector de naufragios—. Ojalá hubiese podido conocerlo mejor.

—Todavía hay tiempo —empezó Hanfire.

—No. Me temo que no lo hay —respondió Hensher—. Lo siento, señor. Me equivoqué con todo esto. Estamos en serio peligro.

—¿Se refiere... a usted y a mí?

—Me refiero a Baal Solock.

El primer legislador Hanfire suspiró y asintió. Después se colocó junto al inspector de naufragios, delante del carruaje vacío.

Entonces aparecieron los primuls. Al principio llegaron uno o dos, y sus tristes y delgadas figuras se distinguían con el tenue parpadeo de los relámpagos. Después llegaron más, una docena, dos docenas. Eran muy oscuros y temibles: seres cubiertos de púas que salían silenciosamente de entre los matorrales y que brillaban bajo la luz de la tormenta. A Hanfire le pareció que tenían todo el cuerpo cubierto de espinas de color negro brillante y muy afiladas.

El inspector de naufragios apuntó con su pistola. Samial Cater Hanfire hizo lo mismo.

—De verdad que lo siento —insistió Hensher.

—No se preocupe —respondió el primer legislador.

Y ambos empezaron a disparar.

Tras ellos, ahogado por el rugido de sus pistolas, el dispositivo de zinc continuaba con sus furiosos chasquidos y el comunicador seguía parpadeando.



CAPÍTULO 2

Todo aquello parecía un chiste, aunque nadie le veía la gracia.

Perdet Suiton Antoni, actuaría principal del legislador supremo de Fuce, leyó de nuevo el informe y no vio indicios de que se tratase de una broma. Con sólo treinta y tres años, Antoni, una mujer con unos dedos y una mente muy hábiles, se tomaba su trabajo muy en serio. Tanto que ya le había costado su matrimonio y la mayor parte de su círculo de amigos. Las mujeres habían empezado a avanzar en la Legislatura de Baal Solock hacía muy poco, y ninguna mujer había ocupado nunca un puesto tan elevado o tan ambicioso como Perdet Suiton Antoni. Hacía falta tener mucha tenacidad y mucho empuje para derribar la vieja y retrógrada actitud que muchos tenían en cuestiones de género y profesión. Una mujer tenía que trabajar el doble de duro y ser el doble de buena que cualquier hombre en su mismo puesto para conseguir un ascenso, incluso ahora que las reglas habían cambiado y que el sufragio femenino estaba reconocido por la ley.

Antoni era una mujer de complexión menuda que aparentaba ser mucho más joven de lo que era en realidad. En las ocasiones solemnes, el traje ceremonial, los brocados y las pieles parecían quedarle grandes, y muchos decían —la mayoría hombres— que no era sólo el traje lo que le estaba grande, sino también el cargo. Para ella, cada día era una batalla para conseguir que los hombres la tomasen en serio.

—Esto es absurdo —dijo.

El rubricador que estaba de turno en la cámara de comunicados se encogió de hombros con pesar.

—Por lo que parece es auténtico, señora. Si se fija, tiene la marca que denota la autorización del inspector de naufragios.

Antoni ya la había visto. Tenía buen ojo para esas cosas. No hacía falta que se lo

dijeran.

—Pero está solicitando...

La risa hizo que la actuaría se interrumpiera.

El rubricador también rio, sin ganas, sólo para hacerle costado.

Antoni dejó de reír y el rubricador hizo lo mismo.

—Esto no ha pasado nunca antes —dijo ella.

—Disculpe, señora, pero sí ha pasado.

—¿Cuándo?

El rubricador se encogió de hombros.

—Pues... tendría que consultarlo. Puede que haga unos quinientos años.

—Esto es absurdo —repitió Antoni.

—Esperemos que sea una falsa alarma —dijo el rubricador—. Tendremos que rellenar demasiado papeleo si va en serio.

Antoni ojeó el informe una vez más. Sabía que podía pasarlo por alto; era decisión suya. Podía pasar por alto cualquier cosa que no considerase digna de molestar al legislador supremo.

Pero no había llegado donde estaba pasando por alto las reglas. Nadie conocía los estatutos de la Legislatura mejor que Perdet Suiton Antoni. Era una mujer de pasos, de procedimientos. Y aquel informe, por muy ridículo que pareciera, llevaba el sello de urgencia y había seguido el procedimiento correcto. Antoni sabía que ciertos protocolos no podían ser pasados por alto así como así, aunque aquello le pareciera absurdo. Sólo porque algo sucediese una vez cada mil años no significaba que no fuese importante.

—Escucha —dijo Antoni al rubricador—, tengo que tratar esto como si fuese auténtico. Informa a tu personal. Si es un engaño, descubriremos quién está detrás de todo esto. Hasta entonces, estad preparados. De momento tengo que acotar como si fuera real. Tengo que enseñarle esto al legislador supremo.

—Me alegro de no ser yo quien tenga que hacerlo —apuntó el rubricador.

Antoni asintió.

—Espera aquí —le ordenó.

Mientras ella se alejaba por el largo pasillo lleno de corrientes de aire, el rubricador se volvió nada sus hombres, dio unas palmadas con sus nudosas manos y los instó a prepararse para condiciones de emergencia.

Era Qesh Azure, el legislador supremo de Fuce, se encontraba regando su alto jardín con una pequeña regadera verde. El jardín era una larga terraza en el tejado del palacio, y estaba maravillosamente adornado con maleza que el legislador supremo se negaba a cortar o a podar. Se las daba de botánico, y aquella era su colección de preciosas muestras. Había escrito varios libros sobre el tema, libros que se habían

publicado diligentemente y que descansaban, sin ser leídos, en la biblioteca de palacio. Años antes, desde el alto jardín podían verse los tejados y las chimeneas de Fuce. Ahora costaba ver hasta las rejas por las que trepaba la maleza.

El legislador supremo llevaba puesta una bata, una larga túnica de seda. Hacía tiempo que había perdido el cinturón, de modo que se la cerró sobre su corpulenta percha con una de las manos. *Princeps*, su perro de ataque, una bestia negra brillante de fuertes músculos y babeante hocico, trotaba por detrás de él por la maleza sin correa.

—Mi Señor Azure —le llamó Antoni desde las puertas del jardín.

El legislador supremo era invisible entre los brotes de musgo y las plantas trepadoras.

—¿Señor? —insistió.

Princeps se puso tenso y empezó a gruñir, hinchando el lomo como un toro.

—Tranquilo, *Princeps*. Buen chico —lo calmó el legislador, dejando a un lado su regadera—. Sólo es Antoni. Ya conoces a Antoni, ¿verdad? Sí, claro que sí. Claro que sí.

El perro dejó de gruñir y salió de entre la maleza para encontrarse con su invitada. Antoni se puso tensa al ver que el can se acercaba. Éste dio dos vueltas a su alrededor.

—¡Deja que te huela! —se oyó una voz desde la maraña de verde—. ¿Antoni? Deja que te huela. No te hará nada.

Antoni estiró el puño. El perro se acercó a él, lo olió y lo lamió.

Antoni se estremeció.

Con un gruñido de decepción que parecía un trueno distante, el perro regresó al jardín y empezó a mordisquear un hueso.

—¿Antoni?

—¡Mi señor!

Azure emergió de entre la maleza.

—Hola, querida. ¿Qué sucede?

Antoni entregó el informe al legislador supremo.

—Supongo que se trata de una broma —empezó—, pero el protocolo me obliga a actuar como si fuese real.

Azure observó el papel.

—¿Hensher ha enviado esto?

—Eso parece, señor.

—¿Desde dónde?

—Desde los Cantones Pythoanos, señor.

—No he estado nunca allí. He oído que son terriblemente rurales. Terriblemente rurales ¿A quién tenemos en esos pagos?

—A Hanfire, señor.

Azure se paró un momento a pensar y negó con la cabeza.

—No lo conozco.

—Estuvo aquí en el último banquete de invierno. Es un hombre muy inteligente y muy correcto.

Azure se encogió de hombros.

—Sigo sin caer.

—¿Debemos tornarnos esto en serio, señor? —preguntó Antoni.

—Si proviene de ese Hamfer...

—Hanfire.

—Como se llame..., entonces no. Pero fue Hensher quien solicitó esta señal. —El legislador supremo hizo una pausa y observó su jardín. Su bata se abrió. Antoni apartó la mirada y la posó en unos girasoles que había cerca—. El inspector de naufragios sabe lo que se hace, ¿no te parece, Antoni?

—Sí, señor. ¿Le importaría, con todos mis respetos, cerrarse la...?

—¿Qué?

—Decía que el jardín está especialmente bonito hoy, señor.

—Me alegra que pienses eso. —El legislador supremo ojeó de nuevo el informe—. Ésta es una cuestión de protocolo, Antoni.

—Sí, señor.

—Sea falso o sea cierto, es una cuestión de protocolo.

—Así es, señor.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez?

—Lo he comprobado, señor. Seiscientos treinta y tres años.

Azure asintió y quitó las flores marchitas de un grupo de nardos.

—Si se trata de una broma macabra, haré que les corten la cabeza a los responsables.

—Sí, señor.

—Pero si no lo es... Antoni, ya sabes qué hay que hacer.

—Señor, de verdad quiere que...

—El inspector de naufragios no es ningún idiota. No habría hecho esto a menos que esperase que actuásemos. Si se trata de alguna broma suya, lo despellejaré vivo y usaré su cráneo de copa.

—Hensher nunca me pareció un hombre al que le gustasen este tipo de juegos —respondió Antoni.

—A mí tampoco. Ve y ponlo todo en marcha, por favor.

—Lo haré, señor —contestó Antoni.

La capilla Alarum era en realidad un sótano bajo la Sagrada Catedral en el corazón de

Fuce. El tiempo y las circunstancias habían hecho que se levantaran edificios por encima y alrededor de ella.

La puerta estaba cerrada. Antoni tuvo que esperar varios minutos mientras el conserje buscaba la llave.

—Hacía mucho tiempo que nadie preguntaba por ella —dijo el conserje después de soplar el polvo de la llave. Entonces miró a la actuario principal con los ojos cubiertos de cataratas—. Disculpe, señora, pero ¿es esto...?

Antoni lo interrumpió.

—Estoy convencida.

La puerta se abrió con un chirrido largo y aletargado. Antoni entró sola en la fría y oscura cripta, y los antiguos sistemas de los globos de luz, al sentir su calor corporal o el movimiento, fueron cobrando vida lentamente hasta que la capilla quedó envuelta en un resplandor verde nacarado.

En las estanterías de piedra y las hornacinas a su alrededor, Antoni vio urnas y ánforas cubiertas de polvo y pintadas con figuras de guerreros. Guerreros vestidos de gris que procedían del cielo. Seiscientos treinta y tres años atrás habían acudido en ayuda de Baal Solock. Mientras avanzaba, Antoni observó las estilizadas figuras pintadas, con las piernas separadas y las lanzas levantadas para atacar.

—Definitivamente esto es absurdo —dijo para sí.

El pedestal estaba hecho de ébano o de alguna roca negra que resultaba cálida al tacto. Era sorprendentemente pequeño, y desprendía una ligera esencia de calor, como el enclave de un astrópata. Los viejos sistemas seguían activándose. Antoni tocó las superficies del pedestal con cuidado y apartó el polvo acumulado con el puño.

La actuario había llevado un códice consigo. Sacó el pequeño volumen con cierre de latón del bolsillo de su abrigo, lo abrió y empezó a leer. Nadie había llevado a cabo esa acción desde hacía mucho tiempo, y nadie a había ensayado siquiera. Algunos procedimientos del tribunal se ensayaban de manera regular, pero aquél no. Por un momento, Antoni se sintió ligeramente conectada con la última persona que había sacado aquel códice de la biblioteca y lo había abierto: otro actuario principal cuyo nombre —sin duda masculino— se había perdido hacía seiscientos treinta y tres años.

Las instrucciones eran bastante sencillas. Antoni colocó el códice abierto sobre el pedestal y observó cómo las hojas se abrían de manera natural por la página correcta. La memoria del tejido. Su predecesor había abierto el libro y lo había colocado justo donde Antoni lo había puesta ahora para poder consultarlo.

Se quitó el sello del dedo y lo insertó en el lector del cierre. El diseño de la serpiente bicéfala encajó y giró como una llave. Un panel rectangular se abrió en la parte frontal del pedestal, lo que permitió que escapase más aire caliente y reveló un

pequeño teclado y otros varios controles.

El código mostraba una lista de secuencias numéricas que debían introducirse, con su correspondiente significado. Antoni tardó un momento en decidir cuál era la más apropiada. Finalmente se decidió por una solicitud de asistencia general y, nerviosa, tecló el código indicado. Después siguió detenidamente el resto de instrucciones.

El toque final. Un simple botón empotrado con los bordes de latón. Antoni mantuvo el dedo índice sobre él durante largo rato, y entonces lo apretó.

No sabía muy bien qué esperar, aunque preveía algo impresionante. Se oyó un clic, después silencio, y después un leve gruñido que fue ganando fuerza hasta convertirse en un prolongado murmullo que inundaba la estancia. El calor irradiaba del negro pedestal. Las luces de la capilla perdieron intensidad durante un ínfimo instante. Entonces se oyó otro sonido. Más que oírlo, Antoni lo sintió y se alejó del pedestal algo alarmada.

De repente, todos los sonidos desaparecieron y volvió a hacerse el silencio. El pedestal se apagó, excepto por un lento parpadeo de luz azul.

Antoni cogió el código y continuó leyendo. No había nada más. Había terminado.

La actuaría salió de la capilla y las luces se apagaron a su espalda. El conserje la esperaba junto a la puerta.

—¿Cuándo empezará, señora? —preguntó.

—Ya he terminado —respondió Antoni—. Cierre la puerta.



CAPÍTULO 3

Dos meses después apareció una estrella en el cielo occidental.

Durante tres horas brilló a través de las turbias y grises nubes del alba, y aquellos habitantes de Fuce que todavía no habían huido hacia el sur, dejando sus propiedades bien cerradas y tapiadas con tablas de madera, lo veían como un mal augurio.

Un mal augurio tardío. Todas las cosas malas que un augurio como ése podía presagiar seguramente habían sucedido ya.

La estrella se volvía cada vez más brillante y más grande. Se dividía en tres puntos de luz brillante. Después se acercó todavía más y se reveló como una oscura figura sobre la que se habían instalado tres deslumbrantes faros.

Era una nave.

Uno de los guardias de palacio despertó a Perdet Suiton Antoni, y la acturaria principal corrió a las altas ventanas que había a lo largo del ala oeste del palacio para ver qué pasaba. Sus sentimientos habían cambiado mucho en los últimos dos meses. Lo que en su momento había sido desconcierto y sospecha se había convertido en un terrible temor.

Y ahora, de repente, en esperanza.

—¡Reúne un séquito! —gritó—. ¡Una guardia de honor, rápido!

Su voz quedó ahogada mientras la nave sobrevolaba Fuce emitiendo un gran rugido.

Antoni abandonó el palacio en una calesa de dos ruedas aguijoneando a los servidores. Apenas había tenido tiempo de ponerse su ropa formal. Sus soldados corrían tras ella a pie con un golpeteo de escudos y armas. Dejaron a la banda atrás. Los músicos estaban tardando demasiado en preparar sus instrumentos.

—¿Adonde ha ido? —gritó Antoni al líder de la tropa—. ¿Alguien la ha visto aterrizar?

—Las luces provenían de los humedales —respondió éste—. Al otro lado del parque estatal.

Se apresuraron en esa dirección. El suelo se volvió demasiado cenagoso para la calesa. Antoni la abandonó y se remangó el bajo de sus vestiduras para correr junto a los soldados.

Entonces vio una forma entre los árboles. Una niebla de vapor de agua que se disipaba lentamente en el alba. La actuaría percibió un curioso olor a calor, sustancias químicas y barro.

—¡Rápido! —gritó a los hombres desplegados por la embarrada hierba que la rodeaba—. ¡Y cuidado vuestra apariencia! ¡Eh, tú! ¡Estírate bien la túnica!

—Sí, señora.

El líder de la tropa agarró a Antoni firmemente del brazo.

—¿Qué pasa?

—Podría tratarse de cualquier cosa, señora. Podrían ser... más de ellos. Deje que vaya yo delante.

La actuaría ni siquiera se había planteado aquella posibilidad y sintió un escalofrío. Después asintió, avergonzada ante su repentina cobardía. El líder de la tropa avanzó ordenando a sus hombres que se desplegasen. Antoni los siguió. El vapor se estaba disipando. Unos cuantos viejos sauces medraban por los bordes del humedal, y al otro lado se encontraba la nave. De aspecto feroz y líneas elegantes, su casco galvanizado estaba lleno de arañazos, abolladuras y agujeros, y sus trenes de aterrizaje estaban medio hundidos en la tierra blanda.

Antoni frunció el ceño. Parecía tratarse de una nave muy pequeña.

Los soldados se detuvieron temerosos y apuntaron con sus armas en su dirección. El gris amanecer era pesado y silencioso, excepto por los graznidos y el chapoteo de las aves acuáticas de los humedales y del estuario que había más adelante. Los hilos de niebla se desenroscaban en el aire como una gasa.

Entonces se abrió una escotilla y una de las rampas de la nave descendió con un fuerte zumbido. Las aves acuáticas que andaban cerca echaron a volar y huyeron batiendo las alas presa del pánico.

Una única figura descendió por la rampa. Tan sólo se distinguía su silueta entre la neblina. Al llegar al final se agachó e hizo algo. Antoni se asomó para verlo mejor. ¿Qué estaba haciendo? ¿Ungirse? ¿Beber?

La figura volvió a levantarse. De repente, de la nada se oyó una voz aumentada.

—A menos que pretendáis ser mis enemigos —declaró—, dejad de apuntarme con vuestras armas.

Nerviosos, los soldados bajaron lentamente sus armas de fuego.

Antoni avanzó, adelantó al líder de la tropa y se acercó a la figura.

—Soy Perdet Suiton Antoni, actuaría principal de... —Antoni dejó de hablar y se

detuvo.

La nave que tenía delante era definitivamente pequeña, pero la figura a los pies de la rampa no lo era. Era un gigante envuelto en una armadura gris plomo con bordes en rojo y blanco. Llevaba la cabeza descubierta, un pesado cráneo sobre un ancho cuello y el pelo negro y rizado alrededor de la coronilla. Parecía tener el doble o el triple de tamaño que un hombre adulto corriente, e incluso el más alto de los soldados del séquito de Antoni sólo le llegaría al pecho a aquel gigante.

—Dios mío... —murmuró la actuario.

El gigante dio un paso hacia ella. Antoni dio un grito ahogado y se arrodilló en el fango.

—No hace falta que hagas eso —dijo el gigante. Su voz era tan profunda e intensa, que Antoni la sintió vibrar en su diafragma—. Por favor, levántate, actuario principal.

Antoni alzó la vista, pero no se levantó. Se quedó mirando el rostro del gigante. Era inmenso y anguloso, como el precipicio de una montaña, pero su mirada era aguda y viva.

—Tú me mandaste llamar.

—Yo... Bueno, nosotros... Bueno, la gente de Baal Solock... enviamos... envié... una señal. Sólo una señal... siguiendo la vieja ley de la promesa... Una señal para los Serpientes de Hierro de Ithaka. Para solicitar... para solicitar ayuda...

—Soy Priad de Damocles, de los Serpientes de Hierro. Escuché vuestra señal y he respondido a ella. ¿Dónde está el enemigo?

Antoni se puso en pie, con el faldón de su traje cubierto de barro.

—Al norte. Al norte de aquí.

—¿Número y disposición? ¿Tipo?

—No lo sé. Sí que sé que los primuls han atacado nuestro mundo.

—¿Los primuls? Ése término es muy antiguo. No había oído a nadie usarlo desde hace años. Ven conmigo, por favor.

El gigante indicó a Antoni que lo siguiera al interior de la nave. La actuario vaciló.

El gigante se volvió.

—Disculpa. Me he adelantado. Supongo que se celebrará algún tipo de ceremonia. ¿Vuestro líder quiere darme la bienvenida o algo así?

Antoni negó con la cabeza.

—Nuestro legislador supremo se ocultó en un lugar seguro hace seis semanas, cuando los ataques de los primuls se volvieron más intensos. No... no hemos preparado ningún tipo de bienvenida. Sólo he vacilado porque...

—¿Porque qué?

—Tengo miedo de subir a tu nave. Yo nunca...

—Entiendo. Tranquila. Es totalmente segura. Es como subirse a un barco. Por favor, ven conmigo. Necesito la mayor información posible si he de ayudaros.

Antoni asintió y avanzó para reunirse con el gigante. Cerca del inicio de la rampa tropezó con el barro y el gigante alargó la mano y la agarró del brazo para estabilizarla.

La presión de su mano era como la de una trampa para osos. El inmenso guantelete del gigante rodeó por completo el brazo de Antoni.

—¿Te encuentras bien, actuario principal?

—Sí. Me preguntaba...

—Continúa.

—¿Eres un Serpiente?

—Sí.

—¿Has venido solo?

—Sí.

Antoni sonrió y asintió.

—Entiendo. La nave era demasiado pequeña. ¿Cuándo llegarán el resto de Serpientes?

—¿Qué resto? —respondió el gigante.



CAPÍTULO 4

Antoni siguió al guerrero gigante por la rampa hasta el interior de la nave. Sus pasos resonaban contra la cubierta de metal.

—No lo entiendo —dijo la actuaría.

El interior de la nave tenía un extraño olor a humedad, a metal caliente, a aceites esenciales, a lejía y a ozono. Se encontraban en una especie de bodega con un suelo negro enrejado y con llamativos apliques verdosos empotrados en las paredes de color cardenillo. Todas las superficies estaban marcadas y gastadas por el uso. A través de la chapa de la pared se escuchaban constantes y palpitantes chasquidos y gorgoteos mientras los sistemas de la nave se enfriaban y se desconectaban.

No tenía ni el aspecto ni el olor que Antoni había imaginado para una nave espacial. El gigante recorrió el suelo enrejado y se acercó a una hilera de pantallas encendidas instaladas a lo largo de un lateral de la bodega.

—¿Qué es lo que no entiendes, actuaría principal?

Antoni se aclaró la garganta.

—¿Estás... solo? ¿Has venido a ayudarnos solo?

—Sí —respondió el gigante—. Así es como suele ser. Si un mundo cliente solicita la ayuda de Ithaka, el señor del capítulo normalmente autoriza la respuesta de uno de sus guerreros. Y eso suele ser suficiente.

—¿Y qué pasa si el problema es grave? —empezó ella—. Un hombre no debe de ser suficiente si...

—Yo me encargaré de evaluarlo. Si hiciera falta, llamaría a otros. Pero no creo que sea necesario en esta ocasión.

—Con todos mis respetos, los territorios de la Legislatura están siendo atacados. Ha habido incursiones bastante brutales y muchos muertos. Han ardido pueblos y ciudades. Hemos enviado a nuestros mejores soldados. Ninguno ha vuelto. No hemos

vuelto a ver a ninguno de ellos. Los primuls...

—Son despiadados —la interrumpió el gigante—. Lo sé, los conozco muy bien. De hecho, habéis tenido suerte.

—¿Suerte? —repitió ella.

—En los últimos seis meses mi compañía ha estado entablado combates esporádicos con los eld... con facciones primul en esta zona estelar. Una serie de refriegas en media docena de mundos. Los hemos dispersado y ahora mi grupo de batalla está ocupado dando caza a los que quedan y reduciéndolos. La Casa del Capítulo transmitió vuestra señal a mi barcaza de combate. Estábamos a tan sólo unos sistemas de distancia. Se consideró que lo más oportuno era que descendiese cuando pasásemos por delante. Actuaría principal, ¿cómo crees si no que respondimos a tu señal tan rápido?

—¿Tan rápido? —respondió—. ¡Han pasado dos meses!

El gigante la miró con una leve e indulgente sonrisa.

—¿Cómo has dicho que te llamas, actuaría principal?

—Perdet Suiton Antoni —respondió ella.

—Bien, Perdet Suiton Antoni..., está claro que eres una mujer muy docta. ¿A qué distancia crees que se encuentra Ithaka?

—No lo sé —admitió.

—¿Acercándose al pársec, tal vez?

—No sé qué es un pársec.

El gigante asintió.

—Ithaka está muy, muy lejos, actuaría principal. Los Serpientes de Hierro tardarían entre diez y doce meses como mínimo en llegar hasta aquí. Estábamos en la zona. Por eso habéis tenido suerte.

—No sabía... —empezó Antoni.

—¿El qué?

—No sabía que el espacio fuese tan grande. Ithaka está en las Estrellas del Arrecife, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y tan extensas son las Estrellas del Arrecife que se tardaría un año en llegar desde Ithaka hasta Baal Solock?

—En lo que al espacio se refiere, el tiempo es relativo. Se tardarían tres años y medio en recorrer todo el grupo de Estrellas del Arrecife, y ésa es sólo una pequeña parte de todo el Imperio. Considerando la galaxia, Ithaka se encuentra a un paso. Una brillante estrella amarilla que puede verse en verano cerca del horizonte occidental.

—¿Sabría indicar dónde se encuentra Ithaka en nuestro cielo?

—Es lo primero que comprobé al llegar. Me gusta saber dónde me encuentro en relación a ella. Se podría decir que es una debilidad mía.

Antoni se sintió ligeramente mareada.

—Necesito sentarme —dijo.

El gigante traqueteó hacia ella y abrió un asiento plegable instalado en la pared corroída. La actuario se sentó en él.

—Gracias. ¿Podrías darme un vaso de agua?

Él se detuvo.

—No tengo... Verás, no necesitamos provisiones... Víveres. Podemos operar durante largo tiempo sin...

Ella asintió.

—Entiendo. Tranquilo.

—No —dijo—. Espera. Tengo un poco de agua. —El gigante bajó el brazo y sacó un frasco de una funda sujeta a la placa de armadura que le cubría el muslo. El frasco era tubular, de cobre, ribeteado con unas tiras de zinc. Lo abrió y se lo ofreció—. Me temo que estará algo salada.

Ella bebió. Estaba salada, pero agradecía el trago.

—Gracias —dijo, devolviéndole el frasco.

El gigante asintió de nuevo, volvió a cerrarlo y lo guardó. Se acercó al otro lado de la bodega y presionó una serie de pesados interruptores de presión instalados en la pared.

A la izquierda, una sección de la pared se deslizó y reveló equipos de guerra, armaduras y armas colgadas en sus correspondientes soportes. Antoni vio largas lanzas de cobre, un par de escudos y una enorme arma de fuego que supo, con sólo mirarla, que sería demasiado pesada para ella.

A la derecha, una escotilla se replegó dejando a la vista una bodega secundaria en la que había una especie de nave colgada de una estructura. Para Antoni tenía el aspecto de un bote de remos, pero gris y blindado, con asientos para dos y con armas pesadas instaladas en la proa. El gigante le dio a unos interruptores y la electricidad empezó a correr por la pequeña nave y a cargar sus motores.

El gigante volvió a su banco de pantallas.

—Se han borrado —dijo.

—¿El qué?

—Mis radares. Esperaba obtener una imagen topográfica decente mientras descendía para determinar una posición para los hostiles, pero se han borrado. Supongo que será a causa de la radiación.

—¿Radiación? ¿Qué es eso?

—Es posible que los primuls se estrellasen aquí, actuario principal. Que no se trate de una invasión sino de un aterrizaje forzoso. Su impulsor habrá tenido fugas, puede que haya explotado y que haya contaminado cientos de kilómetros cuadrados. Las lecturas son tan toscas que no puedo encontrar un emplazamiento fiable.

—Yo puedo indicarte dónde están —afirmó Antoni—. En el palacio tengo mapas.

—Te lo agradecería mucho —asintió el gigante.

Los soldados se replegaron mientras ella dirigía al gigante a través de los humedales. La actuario no paró de hablar en todo el camino, y el gigante apenas respondía. Se limitaba a seguirla, erguido como un hombre importante de las viejas leyendas, y ayudándola a enderezarse cuando ella tropezaba o resbalaba.

Cuando atravesaron los arcos de palacio, el gigante dijo:

—Es poco frecuente, ¿verdad?, que una mujer ocupe un cargo como el tuyo.

—Así es —respondió ella—. Soy la primera mujer en conseguir el cargo de actuario principal. Me lo he ganado.

—No tengo la menor duda.

—En Baal Solock nos sentimos orgullosos de haber reconocido la igualdad de género. Vivimos una época moderna e ilustrada.

—Sí —respondió el gigante, sonriendo de nuevo—. Supongo que así es.

—Están ahí —indicó Antoni.

El gigante estudió los mapas que Antoni había extendido.

—¿En las tierras altas?

—Más allá de Charycon. Colinas y valles. La mayoría de aldeas han sido arrasadas. Toda la zona de los Cantones Pythoanos se considera peligrosa.

El gigante observó los mapas parpadeando de vez en cuando. Con cada parpadeo se oía un clic.

—¿Qué es eso? —preguntó Antoni.

—Estoy almacenando datos.

—¿Tus ojos actúan como una cámara?

—Sí. Supongo que podría decirse que sí.

Sus ojos volvieron a emitir un chasquido. Ahora la estaba mirando a ella.

—¿Has registrado mi imagen? —preguntó.

—Sí, actuario principal. Reconocimiento de objetivos. No me gustaría dispararte por accidente.

—¿Por qué ibas a hacerlo? —preguntó Antoni.

—Porque sé lo que vas a pedirme.

—¿Cuándo?

—Mañana.



CAPÍTULO 5

Una vez más, el amanecer era frío y gris. La niebla, más densa que el día anterior, envolvía todo Fuce y volvía todos los sonidos extraños y huecos.

Antoni salió a la fría humedad del patio de palacio. Los centinelas estaban de guardia y, en alguna parte, un oficial ordenaba el cambio de turno. Su voz se oía distorsionada a través de la niebla.

La actuario dejó en el suelo su pequeña maleta. Vestía un abrigado traje de viaje de lana compuesto de camisa y pantalón, con pieles impermeables por encima. Y esperaba.

Princeps y otros tres perros de ataque del legislador supremo vagaban por el patio. El legislador supremo había insistido antes de partir en que sus leales canes permaneciesen allí «para proteger el palacio», Antoni se mantuvo alejada de ellos.

Un nuevo sonido atravesó la niebla. Era el ruido de un motor. La actuario alzó la vista, seguida de los centinelas y los perros. El ensordecedor motor se fue acercando y después se apagó a las puertas del patio de palacio. Al momento, unas fuertes pisadas crujieron en la entrada. El gigante, vistiendo su inmensa armadura, apareció de entre la niebla.

Los perros corrieron inmediatamente hacia él, gruñendo y con el lomo erizado.

—¡Detenlos! —gritó Antoni al centinela más cercano.

Pero él sólo pudo encogerse de hombros, impotente.

El gigante se detuvo cuando los perros fueron hacia él. Entonces se agachó sobre una de sus rodillas y emitió un rápido y agudo silbido, un sonido que Antoni jamás hubiera imaginado que pudiese salir de una boca humana.

Los perros se tumbaron inmediatamente sobre sus vientres y apoyaron la barbilla contra los húmedos adoquines. Uno de ellos emitió un leve aullido. El gigante, todavía de rodillas, movió sus dedos cubiertos de metal y *Princeps* se levantó, corrió

hacia él con la cabeza agachada y dejó que el gigante lo acariciase. El perro gimoteó y se tumbó panza arriba con las piernas separadas.

El gigante se puso de pie y señaló a *Princeps* con un dedo. El perro de ataque se tumbó sobre su vientre una vez más. El guerrero pasó junto al can en decúbito supino y se acercó hasta Antoni.

—Buenos perros. ¿Son perros de guerra?

—Sí.

—Son unos animales magníficos.

—¿Cómo has...? —empezó, pero después cambió de idea.

—Vas vestida para viajar —señaló el gigante.

—Tengo intenciones de ir contigo. Creo que hay dos asientos en tu pequeña nave.

—Entonces lo miró de frente—: ¿Esto es lo que sabías que iba a pedirte?

—Sí —respondió—. No voy a discutir. Me has mandado llamar para llevar a cabo una misión y quieres ver cómo se desarrolla. Es normal que los clientes requieran que haya un testigo o un inspector para supervisar nuestras acciones.

—Entonces, ¿me llevarás contigo?

—Actuaria principal, hemos aprendido por experiencia que es mejor decir que sí que negarnos y tener a alguien como tú siguiéndonos. Necesito saber dónde te encuentras en cada momento para poder protegerte. Pero hay unas condiciones. Tendrás que hacer lo que te diga en todo momento, sin protestar y sin hacer preguntas. Me acompañarás sólo hasta cierto punto. Una vez que hayamos llegado al extremo táctico del área de operaciones, te quedarás allí y dejarás que siga solo.

—Un momento, yo...

—Éstas condiciones no son negociables, actuaria principal. Puedes venir conmigo hasta el límite del área de combate y esperarme allí. Soy muy competente, pero no puedo garantizar tu seguridad una vez entremos en la zona de combate. Aguardarás en el límite táctico. Una vez que haya terminado, volveré a buscarte y dejaré que examines la escena para que compruebes que he acabado con todos. ¿Estás de acuerdo con estos términos?

—Supongo que sí.

—¿Sí o no? Si crees que no vas a poder cumplirlos, te quedarás aquí.

—Está bien.

—¿Vas armada? —preguntó el gigante.

—¿No eres capaz de verlo? —respondió ella.

Él la miró y parpadeó emitiendo un nuevo clic.

—Batería eléctrica en el bolsillo superior izquierdo. Un comunicador o un dispositivo de grabación. Un pictograbador en el bolsillo de la cadera. Batería eléctrica en el cuello y en la espalda del abrigo... Supongo que se trata de un elemento de calefacción. Pistola con carga en el bolsillo inferior del abrigo. ¿Es

láser?

—Sí.

—Muéstramela.

Antoni sacó la pequeña pistola láser que había sacado de la armería de palacio aquella misma mañana y se la entregó. El la observó durante un momento.

En sus inmensos guanteletes parecía un juguete infantil. Después se la pasó al centinela más cercano, que la cogió al vuelo.

—Nada de armas de fuego, actuaría principal. Debo tener total decisión sobre la administración de fuego. Aparte de la del enemigo, por supuesto. No puedo dejar que lleves ninguna pistola. En caso de emergencia, podría confundir demasiado las cosas.

—Hizo una pausa—. Huelo a pólvora y ficelina de cartuchos de ignición.

—Todos los centinelas están equipados con armas de proyectiles sólido.

—Sabes que no me refiero a eso. Por favor.

Antoni suspiró y se sacó la pistola del bolsillo del pantalón. El gigante la cogió, la desarmó y se la lanzó a los centinelas.

—De todas formas, buen intento —dijo.

—¿Y cómo se supone que voy a protegerme? —preguntó Antoni.

—No lo harás. De eso me encargo yo. Ésa es la cuestión. ¿Alguna cosa más? Dímelo ahora.

—Tengo una hoja. Un cuchillo de monte.

—Enséñamela.

Ella se levantó el dobladillo de la pernera derecha del pantalón. La hoja estaba atada a su pantorrilla en una funda.

—Puedes llevarla. Pero pónitela en el cinturón, donde yo pueda verla y tú cogerla con facilidad.

Negando con la cabeza, la actuaría obececió.

—¿Alguna cosa más? —preguntó.

—No.

—Sigo oliendo a pólvora.

—Son cartuchos de repuesto. Están en mi maleta. Ahora mismo los saco.

—Déjalo. Tenemos que marcharnos. —El gigante se dio la vuelta, y después se volvió de nuevo—. Debes darme tu palabra, como servidora del Imperio de la Humanidad, de que obedecerás mis instrucciones en todo momento. Sólo digo esto porque quiero que sigas con vida. Si me desobedeces, probablemente acabarás muerta.

—¿Es una amenaza? —preguntó ella con franqueza.

—En absoluto. Pero yo sé lo que estoy haciendo, y tú no. Como te acabo de decir, quiero que sigas con vida. Si me desobedeces, puede haber accidentes, ¿entendido?

—Perfectamente.

—¿Tengo tu palabra?

—La tienes.

—Entonces vámonos.

El gigante atravesó el patio y empezó a sumergirse en la niebla. Antoni miró a los centinelas que aguardaban cerca de ella y se encogió de hombros.

—Que el Emperador la proteja, señora —dijo uno de ellos nerviosamente.

—Parece que ya lo está haciendo —respondió. Entonces cogió su maleta y corrió tras el gigante.

El vehículo de dos asientos estaba aparcado al otro lado de la puerta entre la persistente niebla.

Antoni se acercó y encontró a los perros de ataque de palacio sentados formando una obediente línea junto a él. El gigante estaba inclinado, alborotándoles las orejas y hablándoles en voz baja.

Los canes gruñeron cuando ella se acercó, maleta en mano.

—Tranquilos —dijo el gigante, y los perros obedecieron.

Antoni observó la máquina de viajar. Emanaba un hedor a aceite lubricante y a calor.

El grosor de su macizo blindaje y la potencia de las armas que llevaba instaladas eran evidentes. El gigante había amarrado equipo extra en la caja de cargamento de la parte trasera. Antoni parpadeó y miró el vehículo de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó el gigante.

—¿Por qué...? —empezó ella.

—¿Por qué qué?

—No tiene patas ni ruedas, pero no toca el suelo.

—Tecnología gravítica. Es un deslizador gravitatorio.

—¿Flota?

—Sí. —Se acercó hasta colocarse delante y por encima de ella cara a cara—. Escucha, actuario principal, creo que lo mejor será que te quedes en palacio, después de todo.

—No.

—No puedo... —Se detuvo y se corrigió a sí mismo—: No voy a permitir distracciones innecesarias. Te perturba incluso mi maquinaria. Es un choque cultural y es perfectamente comprensible. Quédate aquí.

—No —insistió Antoni.

—Si ver mi Land Speeder te altera, el Trono sabe qué...

—Estoy bien —dijo ella—. Sólo estaba... impresionada. La tecnología gravítica es una maravilla.

—Gravítica. Tecnología gravítica.

—Estaré bien. Soy la actuario principal del legislador supremo de Fuce. Puedo con esto. Estaré bien y no seré ningún estorbo. Ahora, ¿cómo se monta en esta cosa?

—Sólo hay que agarrarse y subir, como a un barco. No. Por el otro lado. Ahí va el piloto.

—Ya lo sabía.

—¿Ibas a pilotarlo tú?

—Sólo estaba echando un vistazo. ¿Por aquí? ¿Así? Y... ¿cederá bajo mi peso?

El gigante negó con la cabeza.

—No, señora. No cederá.

—Porque es tecnología gravítica —afirmó ella con confianza. Después tomó asiento y se cruzó de brazos—. ¿Ves? Estoy perfectamente. Mírame, aquí sentada en tu Land Speeder.

—Muy bien...

—He olvidado mi maleta —dijo ella de repente, intentando bajarse de nuevo.

—Yo la cogeré —dijo mientras la recogía del suelo y la aseguraba en la caja de la parte trasera.

—Gracias.

El gigante se acercó a su lado del vehículo flotante.

—Ahora abróchate el arnés.

—Claro. —Antoni vaciló—. ¿El qué?

—El arnés. Éstas correas de aquí. Abróchatelas por el cuerpo y alrededor de la cintura. La lengüeta de metal se encaja en la hebilla así. ¿Ves?

—Puedo hacerlo. ¿Para qué es esto exactamente? ¿Para los prisioneros?

—No, por seguridad. Es un vehículo rápido —dijo, enfatizando especialmente la última palabra.

—Claro, entiendo.

El gigante se dirigió hacia el otro lado del Speeder, donde los perros esperaban. Les dijo algo y los animales alzaron la mirada y empezaron a mover sus amputadas colas impacientemente.

—Tú —dijo el gigante, y *Princeps* saltó sobre la carrocería del Speeder.

—¿Piensas traer un perro? —preguntó Antoni.

—Sé por experiencia que pueden resultar útiles cuando hay primuls implicados.

—Entiendo. Me fiaré de tu experiencia. ¿Y va a viajar aquí?

—No, tendrá que ir en la jaula de cargamento, puesto que tú estás ocupando su asiento. —El gigante guió al perro, que no paraba de agitar el muñón sobre la carrocería, y lo hizo sentarse en la zona de carga.

Después se agarró y subió con su inmenso tamaño hasta el asiento del conductor. El Speeder flotante se bamboleó como un bote de remos en aguas mansas conforme se sentó en su asiento. Se abrochó el arnés y activó algunos botones del tablero de

mandos. Los sistemas de tracción empezaron a aullar a medida que se activaban; el mismo sonido que Antoni había escuchado momentos antes.

—¿Lista, actuaría principal? —preguntó.

—Cuando quieras —asintió.

El Speeder empezó a avanzar por el gris amanecer. Antoni reprimió un sollozo.

—¿Tienes miedo? —gritó el gigante por encima del rugido del motor.

—Un poco.

—Te aseguro que puedo con esos primuls.

—No estaba pensando en ellos —admitió Antoni—. Tengo miedo de esta forma de locomoción sobrenatural.

—Te acostumbrarás.

—¡Ni en un millón de años! —chilló mientras empezaban a tomar velocidad.

Estaban dejando atrás los jardines de palacio y el parque. Los tres perros de ataque que se habían quedado en tierra galopaban tras ellos aullando y ladrando como sabuesos siguiendo a su presa. *Princeps* se puso de pie en el espacio de cargamento y empezó a ladrarles asomando el hocico por la jaula, con las orejas y la lengua agitadas por el aire.

Pronto dejaron a los perros atrás.

—Una cosa, actuaría principal —gritó el gigante por encima del rugido—. Se supone que los brazos van por fuera del arnés.

—¿Ah, sí? —respondió Antoni, con los dientes apretados a causa del viento y amarrada como un escapista—. Pues estoy bien así.



CAPÍTULO 6

En unas pocas horas realizaron un viaje que normalmente habría tardado una semana en hacerse, incluso en un carruaje veloz. Las carreteras y los terrenos rurales pasaban tan deprisa que Antoni pensó que iba a vomitar, y detestaba vomitar.

Atravesaron pueblos y aldeas, huertos y bosquecillos al borde de las carreteras, en cuestión de segundos. Volaban hacia el interior, hacia la luz del sol. La tierra que los rodeaba se cocía bajo el calor del cielo. Los campos secos habían sido cosechados y ahora estaban desnudos. El aire estaba impregnado de un olor a ahechaduras y a rastrojos quemados.

Princeps parecía disfrutar del aire. Se tumbó en un rincón de la jaula de cargamento y sacó la cabeza por la malla metálica, con la lengua ondeando al viento como un estandarte.

De repente, Antoni se atragantó y empezó a toser. Después escupió.

—¿Estás bien? —preguntó el gigante.

—Un bicho.

—Mantén la boca cerrada.

Atravesaron Tiermont, Rakespur, Dionsys. Pequeñas aldeas bajo el sol que desaparecían de su vista casi antes de aparecer. Pero, junto a la tumultuosa cabecera del río Pythoa, estaba desierto, y las cabañas de paja quemadas hasta el suelo.

La nave se detuvo y la acturaria y el gigante bajaron al suelo. Un olor a fuego apagado inundaba el aire. Las cabañas y las edificaciones anexas se habían visto terriblemente reducidas por las llamas. Tan sólo quedaban negros tocones y arcilla retorcida deformada por el intenso calor.

Antoni observó la escena. El gigante se acercó a la mustia maleza en busca de

algo. *Princeps* salió corriendo del Speeder y empezó a olfatear las cenizas.

Los grillos y demás insectos de la laguna chirriaban entre los matorrales bajo el sol abrasador. Antoni se llevó la mano al mango de su cuchillo. Entonces vio una cesta de huevos que estaba tirada en el suelo. Muchos de ellos estaban rotos. El calor del sol había medio cocido las claras. Las moscas zumbaban a su alrededor.

Princeps empezó a ladrar. Estaba centrado en algo que había entre las cenizas y tenía cubierto el negro pelaje de polvo gris.

Antoni se acercó al perro, los pájaros cantaban desde los árboles al otro lado de la carretera. Unas florecillas blancas resplandecían en los setos, mecidas por la brisa. Una libélula, arqueada e inmaculada, descendió en picado junto a su rostro, se quedó suspendida, y se marchó a toda velocidad.

—¿Qué haces? —le preguntó al perro. El animal la ignoró y siguió olisqueando—. ¡Para!

Princeps continuó rebuscando. Antoni se inclinó y apartó al perro. Se agachó sobre un montón de polvo y tocó algo suave, duro y caliente. Escarbó un poco más apartando la tierra y la arena con la mano y desenterró el misterioso objeto. Era una mandíbula. Una mandíbula humana. Las terribles llamas habían eliminado cualquier resto de carne y de grasa.

—¡Oh! —exclamó.

Princeps, con quien jamás había sentido ningún tipo de conexión, la miró con los ojos abiertos de par en par y con la lengua fuera apartando las moscas.

—Creo que hemos encontrado algo espantoso —le dijo al perro. *Princeps* se dio la vuelta y empezó a escarbar de nuevo, levantando nubes de polvo bajo sus patas—. ¿Qué has encontrado? —preguntó—. *Princeps*, ¿qué has encontrado?

La actuaría extendió la mano hacia el montón de tierra que había removido el perro y la retiró inmediatamente con un gesto de dolor. Algo le había cortado la base del pulgar de un modo tan profundo que la sangre empezó a brotar de un corte invisible.

Antoni se chupó el dedo, sacó su cuchillo y usó la hoja para excavar. En menos de un minuto extrajo un objeto afilado y brillante, angular y no más grande que una moneda.

—¿Te has cortado con eso? —pregunta de repente el gigante, surgiendo a su espalda.

—No, no. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Qué es?

El gigante se inclinó, cogió el objeto brillante y afilado y lo examinó.

—¿Qué es? —insistió Antoni.

—La punta de un rifle cristalino.

—Eso no me dice nada.

—Pues a mí me dice mucho, actuaría principal. Eldars. Eldars oscuros.

—¿Quiénes?

—Primuls. Es una prueba.

—¿Una prueba de que no estaba mintiendo?

—Nunca he pensado que mintieras, actuaría, pero tenía que saber a qué iba a enfrentarme. ¿Te has cortado con esto?

—No, no pasa nada...

—¿Te has cortado con esto? —insistió el gigante. De repente su voz había adoptado un tono intimidante. Antoni retrocedió asustada. *Princeps* se echó a temblar. Ella extendió la mano.

—En el pulgar, pero no es nada.

El gigante analizó su mano sucia. El profundo e invisible corte seguía sangrando.

—Es algo. Y pueden olerlo.

—¿Quiénes?

—¿Tú qué crees?

Entonces se acercó a la máquina de viaje, abrió un botiquín y sacó un pequeño frasco de metal. Después volvió junto a ella.

—Extiende el dedo.

—¿Así?

—Sí.

El gigante presionó el pulverizador del frasco y cubrió el dedo de la actuaría con una película de líquido.

—Tejido cutáneo en forma de aerosol. Deja que se seque.

—¿Para que no muera desangrada?

—No, para evitar que te huelan.

—Ah.

El gigante la ayudó a levantarse.

—Creo que han asesinado a más de sesenta personas aquí.

—¿Por qué...? ¿Qué te hace pensar eso?

—He realizado un escáner táctico alrededor del emplazamiento. Puedo ver huesos calientes en el suelo. Éste lugar es una profusión de color para mí: descarga de fuego, vertido de calor, huesos quemados.

—¿Vertido de calor? ¿Te refieres a la sangre?

—Sí, actuaría principal. Vamos.

Montaron de nuevo en el Speeder. El gigante dio unas palmadas, y *Princeps* se metió en la jaula de un salto.

—Asegúrate el ar...

—Ya lo he hecho —respondió Antoni.

Sobrevolaron las colinas hacia Timmaes y después hacia Gellyn, y ambos lugares estaban desiertos.

—Fue por aquí —dijo Antoni tras interpretar sus sensores— donde desaparecieron el inspector de naufragios y el primer legislador Hanfire.

El gigante asintió.

—Creo que nos estamos acercando al límite táctico del área de operaciones. Ha llegado el momento de que siga solo, actuaría principal. Tengo que dejarte aquí. —El gigante empezó a descender lentamente—. Camina hasta el municipio más cercano y deja que me encargue yo de esto.

—¿Sola?

—Te dejaré al perro para que vigile.

—Preferiría quedarme contigo.

—Y yo que no lo hicieras. Mis órdenes, ¿recuerdas?

—La verdad es que no me fío de ese perro.

—Es un buen perro.

—Es un cabrón.

—En determinados momentos yo también lo soy —respondió el gigante. Después sonrió, pero era una sonrisa fría—. Hora de marcharse, actuaría principal. Por favor. A partir de ahora la cosa se pondrá interesante.

—Ya me interesa ahora.

—No he escogido la palabra adecuada. Por favor, baja y vuelve a...

Un aullido en la parte de atrás interrumpió al gigante. Princeps estaba de pie con el pelo del lomo erizado. Con un último ladrido de angustia, saltó del Speeder, que avanzaba a paso lento, y huyó corriendo por la carretera.

—Mierda —dijo el gigante, y con un rápido acelerón hizo avanzar el Speeder.

—¿Qué está pasando? —preguntó Antoni alarmada.

—Agáchate, no te alejes de mí y haz exactamente lo que yo te diga.



CAPÍTULO 7

Lo que aconteció después sucedió demasiado deprisa para Antoni, pero fue casi mejor que no fuese del todo consciente de lo que estaba pasando. Cuando se dio cuenta, era demasiado tarde para gritar.

El Speeder aceleró tan rápido que la actuaría quedó aplastada contra su asiento bajo la presión del arnés. La calurosa luz del sol, interrumpida por los árboles que tenían por encima, parpadeaba ante ella. El gigante alargó la mano izquierda rápidamente, ajustó una caja de mandos en la consola y un fuerte ruido metálico traqueteó encima del morro del vehículo, justo por delante de ella.

Después se oyó un sonido más fuerte, una serie de violentos estallidos que ahogaron tanto el traqueteo como el ruido de los motores a toda máquina. Los sonidos golpeaban a Antoni como si fueran puñetazos, y el humo caliente hacía que le escocieran los ojos. El Speeder parecía ir dando bandazos, como si su velocidad se viese interrumpida por una serie de golpes de martillo.

Una hilera de árboles en la curva de la carretera que tenían por delante quedó triturada en una enorme explosión de astillas.

El gigante detuvo bruscamente el Speeder y Antoni se vio lanzada hacia adelante contra los tirantes que la sujetaban. Después rotó el vehículo noventa grados sobre su eje vertical hasta que estuvo de cara a los árboles y se colocó en el lazo izquierdo de la carretera. Los cañones instalados en la proa del vehículo se desataron de nuevo e hicieron añicos la carretera. El estruendo de los cañonazos era extraordinario.

Tras esto se escuchó una especie de zumbido, como si un enjambre de abejas estuviese pasándoles por encima. El gigante colocó su mano en la espalda de la actuaría y la obligó a agacharse lo máximo posible. Antoni oyó los golpes de los impactos, el roce con el metal, como si se lanzase gravilla contra latón. Algunos de los impactos producían extrañas y chirriantes notas. El Speeder volvió a moverse. La

entrada de aire de los rugientes reactores estaba tan angulada que prácticamente avanzaban de lado por la carretera. El gigante mantenía su lado del vehículo de cara a la lluvia de impactos. Antoni se dio cuenta de que lo hacía para protegerla.

Súbitamente, colocó el Speeder de frente de nuevo y lanzó una tercera salva de impactos de cañón. La actuaria divisó como una línea de polvorientos impactos cosía la carretera, y se estremeció al ver como un viejo arce y una aulaga que tenían por delante se desintegraban en una nube de fuego, humo y cenizas.

A Antoni le pareció ver una figura en la carretera. Parecía un hombre, pero no lo era. Era demasiado alto, demasiado delgado, demasiado negro y brillante. Corría dando unos brincos que ningún ser humano sería capaz de imitar.

Después desapareció.

El Speeder volvió a dar sacudidas. Los violentos cambios de velocidad en los últimos segundos le habían provocado a Antoni profundas náuseas y sólo sirvieron para aturdir sus sentidos. Pero la actuaria se tragó las náuseas. Detestaba vomitar.

Parecían estar dirigiéndose a toda velocidad hacia el borde de la carretera, hacia la maleza de espinosos setos y helechos.

El Speeder atravesó esa barrera sin vacilar apartando la maleza. Antoni oyó cómo las espinas y las pequeñas ramitas chirriaban contra la carrocería, y cómo las ramas y los zarcillos se tensaban y crujían al partirse.

Salieron a un espacio despejado, a un campo de maíz que había sido dejado sin recolectar para que madurara y se dorase a finales de temporada. La extensión de cultivo estaba tan seca como el polvo, y el aire que despedía el veloz transporte levantó una inmensa nube de paja y de cascarillas tras ellos, como si fuera humo o la espuma de una enorme ola.

Antoni quiso gritar, pedirle que parase, pero el ruido del reactor era demasiado alto y la paja le golpeaba la cara y la obligaba a mantener la boca cerrada. De repente cambiaron de dirección y atravesaron el amplio campo.

Se veían figuras entre los maizales. Estaban medio escondidas pero se las podía distinguir, ya que su color negro las delataba contra el brillante y dorado color del grano. Estaban corriendo, saltando a través de los altos cultivos, huyendo ante el Speeder. Antoni había salido de caza en su día y sabía el aspecto que tenían las presas que huían tras ser vistas. Las negras formas casi daban lástima en su huida.

Los cañones del vehículo escupieron de nuevo, lanzando ráfagas de caliente y agradable humo contra su rostro, y una porción del maizal desapareció llevándose a la oscura figura con él. El gigante apuntó en su dirección y lanzó otra descarga explosiva contra el alto y balanceante maíz. Otra figura negra se retorció y cayó, y una tercera salió volando brevemente por los aires.

Fue transportada por el aire sólo un momento antes de desaparecer de su vista, pero aquélla sería una imagen que se quedaría grabada en la mente de Antoni para

siempre: una delgada y negra forma humanoide, retorcida y rota, con las extremidades dobladas por la fuerza del impacto de forma totalmente antinatural.

Algo estalló tras ellos con una fuerza que sobrecogió y aturdió a la actuaria. El Speeder empezó a vibrar terriblemente y los motores dejaron de silbar y emitieron un ruido áspero y ahogado. Empezaron a girar hacia la izquierda, sobre el maíz, y cuando Antoni miró atrás, vio que estaban dejando un reguero de oscuro humo marrón.

—¿Qué...? —gritó—. ¿Qué ha pasado?

El gigante no respondió. Incluyó el morro hacia un olivar que se encontraba en el extremo occidental del campo. Descendieron bajo las arqueadas ramas y se detuvieron con una sacudida.

El humo ascendía por uno de los lados del anclaje del motor.

—¿Qué ha pasado? —insistió.

El gigante salió del vehículo.

—Ponte a cubierto —le dijo, señalando una zanja que había cerca disimulada entre finos juncos—. Agáchate.

—Pero...

—¡Hazlo! —ordenó.

Antoni se desabrochó el arnés y desmontó del vehículo. Ahora veía perfectamente el daño que algún proyectil le había ocasionado al Speeder. La chapa estaba abollada y carbonizada. El gigante se equipó con material de la jaula de cargamento: el arma pesada que la actuaria había visto en la nave, que se colgó del hombro con la correa; un pequeño escudo acorazado para su antebrazo izquierdo y una espada con una corta y pesada hoja.

—¡Vamos! —gruñó.

Su voz la hizo estremecerse. Se había puesto el casco, una cosa pesada con ranuras para los ojos y con una rejilla para la boca, y su voz sonaba a través del altavoz del casco dura y metálica. Antoni corrió hacia la zanja.

Para cuando estuvo a cubierto, con las zarzas tirando de su ropa y los insectos zumbando en el tranquilo aire a su alrededor, el gigante le había dado la espalda al Speeder y se alejaba del olivar hacia el campo de maíz iluminado por el sol.



CAPÍTULO 8

Antoni permaneció quieta en la áspera penumbra de la maleza durante lo que parecieron ser varias vidas. El encuentro en la carretera y la caza por el campo abierto que tuvo lugar a continuación habían pasado demasiado deprisa y no eran más que un recuerdo borroso de violentas y desagradables sensaciones en lugar de una coherente secuencia de eventos que su mente pudiese describir con palabras.

Ahora que estaba quieta, ahora que estaba sola, el tiempo había empezado a transcurrir lentamente. Podía oler la seca tierra del campo, la humedad del suelo de la zanja. Podía oler su propio sudor, y al darse cuenta se ruborizó. Podía oír los insectos chirriando en la hierba a su alrededor, y en algún lugar se oía el arrullo de un pájaro. Al menos sus náuseas habían disminuido. Era todo un alivio.

El gigante había desaparecido. El Speeder seguía donde él lo había dejado, en el olivar, y el humo seguía saliendo del motor dañado. Había apagado la unidad propulsora, y ésta emitía una serie de sonidos mientras se enfriaba.

Más allá de la penumbra del olivar, el dorado trigo relucía de forma deslumbrante bajo el sol. La brisa mecía las espigas maduras. Las moscas del trigo revoloteaban sobre el cultivo.

Tras un largo rato, la actuario oyó sonidos distantes. Un tembloroso estrépito, como si alguien le hubiese dado la vuelta a una mesa de caballete, un crujido. Tres o cuatro fuertes y rápidos estallidos que Antoni supuso que eran disparos. Una pausa. Más estallidos. Después, dos discordantes y resonantes impactos más, como si un martillo golpease el agua congelada de un abrevadero en el silencio del invierno.

Finalmente un aullido de puro e intenso dolor.

Antoni se estremeció.

Unos minutos más tarde se oyeron nuevos disparos, pero éstos provenían de mucho más lejos.

Después no se oyó nada más que los insectos y el canto de los pájaros.

Cuando ya no pudo aguantar más estar ahí agachada, Antoni salió de la zanja y miró a su alrededor. Aparte del feo y bélico Speeder estacionado bajo los olivos, no había nada que indicase que aquella escena fuese algo más que un día de después de temporada en los rurales Cantones Pythoanos.

La actuaría decidió que tenía que hacer lo que le había ordenado el gigante. Pero no su última instrucción de permanecer en la zanja, sino la primera, la que habían acordado antes de la emboscada de abandonar el «área de operaciones» y dirigirse hacia la aldea más cercana por la carretera. Mientras permaneciese allí sería un estorbo para él, una distracción que no necesitaba.

Se acercó al Speeder y extrajo su maleta de la jaula de cargamento. Después se orientó y empezó a caminar hacia lo que le parecía que era el sur.

El camino la condujo a través de una serie de olivares y de campos de cultivo. El sol quemaba y el aire estaba repleto de escarabajos voladores y de moscas. Ella avanzó, maleta en mano, como un viajero en busca de alojamiento. Hacía tanto calor que tuvo que aflojarse un poco la pesada ropa de viaje.

Al cabo de un rato, Antoni estaba convencida de que algo la estaba siguiendo. Algo que, sin duda, olía la sangre de su pulgar y el sudor de su cuerpo. Estaba segura de que en un momento dado había oído un gruñido proveniente de la maleza que la rodeaba. Entonces empezó a desear fervientemente que el gigante le hubiese permitido llevar un arma.

De repente se le ocurrió una idea. Se sentó a la sombra de una haya adulta, abrió su maleta y extrajo los cartuchos de repuesto que no había tenido tiempo de dejar atrás. Había diez unidades, todas con una carga completa para el revólver que se había quedado en palacio. Rebuscó en la maleta y encontró hojas de papel vitela y algo para encender fuego.

Con cuidado, extendió una hoja de vitela y vació las diez cargas en ella hasta formar un buen montón de pólvora. Después, con cuidado de no derramar nada, la envolvió formando un tubo y cerró los extremos retorciendo bien el papel. Era algo provisional, pero estaba contenta con el resultado, aunque no estaba segura de qué pasaría una vez encendiese uno de los extremos retorcidos.

Se puso de pie, se colgó la maleta al hombro de la correa y siguió avanzando, con el paquete de pólvora en una mano y el encendedor en la otra.

Caminó durante otros cinco o diez minutos hasta el siguiente olivar.

Entonces se detuvo. No oyó ningún sonido revelador, absolutamente ninguno, pero una especie de sexto sentido la alertó y se dio la vuelta sobresaltada. Diez pasos por detrás de ella, parte de la profunda sombra que había bajo el olivo se despegó de ésta y se transformó en una figura.

Antoni se quedó helada.

La figura era muy alta y muy delgada, como la sombra de un hombre proyectada por el sol del ocaso. Su forma era negra y afilada, como un cuchillo de ébano. Su rostro era blanco como el hueso, completamente aborrecible y totalmente inhumano. El monstruo sonrió y sus dientes relucieron.

Sin hacer ningún sonido, el primul caminó hacia ella. Sus largas piernas avanzaban como un compás por un mapa. Andaba con gran elegancia, como un bailarín. Era imposible que Antoni hubiese sabido que la estaba siguiendo a menos, y esto era lo que más la aterrorizaba, a menos que él hubiese pretendido que ella lo supiera. La actuaria sabía que los primuls eran unos seres absolutamente crueles que disfrutaban jugando con sus presas. Y ahora ella era la presa de aquel monstruo.

Intentó levantar el encendedor, pero sus manos dejaron de moverse al advertir un último y espantoso detalle.

El primul llevaba un adorno en su delgado peto, algo pálido y blando que había sido estirado hasta cubrir el brillante metal negro. Era una cara, una máscara de carne que había sido arrancada de un cráneo humano.

Aunque carecía de la forma y la estructura de marcadas facciones del hombre que en su día la había llevado, ella lo reconoció.

Era el inspector de naufragios.



CAPÍTULO 9

Antoni se estremeció ante aquel horror y empezó a retroceder. De repente, el primul dejó de sonreír y se acercó a ella a una velocidad que ningún ser debería tener derecho a poseer.

Algo impactó contra él por el costado y lo tiró al suelo. Hubo un terrible forcejeo acompañado de gruñidos. *Princeps*, tan enjuto, negro y agresivo como el ente contra el que luchaba, tenía al primul cogido por la garganta.

Lanzando un salvaje grito de indignación, el primul arremetió contra el can con un largo brazo y el perro de ataque preferido del legislador supremo voló por los aires. *Princeps* aterrizó estrepitosamente con un agudo alarido de dolor. El primul se levantó.

Para entonces, Antoni había encendido su improvisada bomba.

La vitela ardía rápido. Apenas tuvo tiempo de lanzar el paquete antes de que la carga de pólvora estallase.

La fuerza del impacto golpeó al primul que corría hacia ella en el pecho. Hubo un fogonazo cegador, un zumbido que acabó en un estallido ensordecedor, y la criatura fue impulsada hacia atrás por el olivar. Antoni corrió hacia ella. Los oídos le zumbaban. El primul no estaba muerto en absoluto, pero *Princeps* corrió hacia él de nuevo y lo agarró por la pálida garganta una vez más antes de que pudiese levantarse. El perro y la criatura forcejearon en el suelo, aullando y gruñendo. Antoni sabía que no podía permitir que aquella cosa volviese a levantarse.

Extrajo su machete y, tras vacilar un momento, clavó la hoja en el cuello del primul.

Éste empezó a tener convulsiones. Antoni se apartó con las manos manchadas de sangre alienígena, y *Princeps* retrocedió también, gruñendo y gimoteando.

El primul tardó un tazo en morir. En un momento dado, la acturaria estaba

convencida de que iba a arrancarse el cuchillo y volvería a levantarse, pero empezó a dar sacudidas en el suelo hasta que, finalmente, sus talones empezaron a golpetear el suelo como un tambor.

Entonces se detuvo. Su cuerpo quedó sin vida.

Antoni, pálida y temblando, miró a *Princeps*. El perro, con sangre en los dientes, la miró con los ojos muy abiertos.

La actuario dio un paso hacia el cuerpo sin vida del primul y se detuvo. Dejó caer la cabeza, casi avergonzada. Había sido una ingenua al pensar que sería tan fácil.

Se dio la vuelta.

Salieron de detrás de los árboles que la rodeaban: primero dos, después tres, hasta cinco en total: cinco primuls en círculo a su alrededor que la miraban con odio por lo que le había hecho a su semejante.

Los seres se lanzaron contra ella.

Durante muchos años después, y por el resto de su vida, Perdet Suiton Antoni se preguntó a menudo cómo fue posible que ninguno de ellos lo oyese llegar. De repente estaba allí. ¿Cómo podía algo tan grande desplazarse tan rápido y de una manera tan silenciosa y aparecer sin que nadie se diese cuenta?

Entre el momento en que los primuls empezaron a avanzar y el momento en que se habrían abalanzado sobre ella, el gigante apareció y se interpuso entre ella y aquellas hediondas y saltadoras criaturas. Fue casi como si hubiese detenido el tiempo y se hubiese incluido en la escena en ese instante concreto.

Lo que siguió después duró unos tres segundos.

El gigante llevaba su escudo de combate en el brazo izquierdo y su corta y pesada espada en el puño derecho. Conforme llegaba, balanceó el brazo del escudo y golpeó con él al primul más cercano, rompiéndole varios huesos y lanzándolo a un lado. Después giró sobre sus talones y rebanó con su espada el cuello y el hombro del segundo, provocando una lluvia de oscura sangre roja. Al instante le lanzó otro golpe bajo por detrás y atravesó los muslos del cadáver mientras éste caía, de forma que la masa corporal del primul quedó hecha unos pedazos apilados. El tercero, que se acercaba por el lado izquierdo del gigante, tenía una especie de pistola en la mano, un feo y puntiagudo dispositivo que escupía balas afiladas de metal zumbante. El gigante se volvió levantando el antebrazo izquierdo a partir del codo y se protegió el rostro con el escudo de combate a tiempo para interceptar los proyectiles. Éstos impactaron contra el metal con fuertes y furiosos estallidos. Uno se incrustó en él. Otro rebotó y decapitó un árbol joven que había cerca. Cuanto la tercera bala impactó, el gigante giró hábil y ligeramente el brazo y la desvió hacia el rostro del cuarto primul. La cabeza de la criatura se partió como un fruto repleto de sangre y la intensidad del golpe lo lanzó de espaldas al suelo con las piernas abiertas. Aterrizó boca arriba con las extremidades extendidas.

Antes de que el tercer primul pudiese disparar su arma de nuevo, impulsó su brazo derecho hacia adelante y lanzó su espada como una lanza. Atravesó el pecho del primul, lo levantó del suelo con la fuerza de la estocada y lo dejó empalado contra el tronco de un olivo con los pies colgando y sacudiéndose.

El primul que quedaba, con siniestras hojas en ambas manos, danzaba por detrás del gigante. Con la mano derecha libre, éste agarró la pesada arma que llevaba colgando de su larga correa y disparó al primul dos veces, en la cara y en el pecho.

El doble estallido de la inmensa arma fue tan atronador que hizo que Antoni gritase y se cubriese los oídos. La fuerza de los disparos desgarró al primul y lanzó su cuerpo destrozado por el olivar. Rebotó de lado contra el tronco de un árbol y cayó entre los helechos.

Después se hizo el silencio, excepto por el borboteo y el goteo de la sangre. El gigante levantó su arma de fuego, esta vez agarrando la parte inferior del cañón con la mano izquierda. Se volvió lentamente apuntando a los árboles, barriendo el área punto por punto.

—Hemos... —empezó Antoni.

—¡Silencio!

Ella se calló. El gigante continuó inspeccionando la zona con su arma. A Antoni le pareció oír los zumbidos y chasquidos de los sensores del casco mientras buscaban y analizaban el perímetro.

Finalmente bajó el arma y la miró.

—¿Estás bien? —preguntó. Su voz resonaba con un tono profundo a través de la rejilla metálica.

—Físicamente sí —respondió ella.

—¿Qué quieres decir?

Ella suspiró, temblando.

—Creo que nunca... Esto ha sido... Creo... Creo que no voy a volver a dormir bien jamás.

El gigante no dijo nada. Se acercó al cuerpo del primul que había aplastado con su escudo y, sin dudar, le disparó en la cabeza. Antoni se estremeció ante el brutal estruendo.

—Los has matado a todos en un instante —dijo Antoni—. Ha sido muy rápido. Ha sido terriblemente rápido. No he podido... Los has matado a todos.

El gigante recuperó su espada insertada en el tronco del árbol y dejó caer el cuerpo inerte en el suelo.

—Parece que no a todos —dijo.

Se acercó hasta la criatura que Antoni y el perro habían vencido.

—¿Has hecho tú esto?

—Sí —respondió ella.

El gigante extrajo el machete y limpió la hoja con un puñado de helechos.

—Estoy impresionado —dijo, y le devolvió el cuchillo—. No hay muchas almas en las Estrellas del Arrecife, aparte de los miembros del capítulo, que puedan decir que han matado a un primul.

El gigante enfundó su espada y alzó los brazos para liberar el seguro de la gorgera y poder quitarse el casco.

—Te dije que no te movieras —dijo. Su voz seguía siendo dura, pero al menos ya no tenía ese tono hueco y metálico.

—Y eso hice, pero antes de eso me dijiste que abandonara el área y que te dejara trabajar. Y eso es lo que estaba haciendo. Estaba haciendo lo que tú me ordenaste.

Por primera vez, Antoni advirtió las nuevas abolladuras y rasguños en la armadura del gigante.

—¿Estás herido? —preguntó.

—No —respondió, sorprendido de que ella se preocupase.

—¿Ha terminado?

—Parece que sí —contestó—. He matado a un buen número hoy, un número que bien podría componer un equipo. Dudo mucho que una nave de ese tamaño pudiese transportar más primuls.

—Entonces... ¿ha terminado?

—La nave se estrelló en el siguiente valle. He calculado el lugar. Cuando compruebe esa zona, habrá terminado.

—¿Y qué hago yo? ¿Espero aquí?

—No —respondió el gigante—. Ven conmigo. Podré protegerte mejor si estás cerca.



CAPÍTULO 10

El gigante atravesó los esplendorosos trigales y avanzó por las boscosas laderas seguido de la mujer y del perro. El día seguía siendo terriblemente caluroso y bochornoso, y los truenos amenazaban por el oeste. Con paso constante, el ascenso les llevó dos horas a través de los oscuros claros y los terraplenes bajo la dura luz del sol. Cansada y acalorada, Antoni se quitó la chaqueta y se la ató a la cintura. De vez en cuando se volvía hacia el tranquilo valle y las pendientes que iban dejando atrás, las zonas boscosas y los sotos silvestres en los campos abiertos. El aire era azul claro y el blanco resplandor del sol proyectaba una luz casi cegadora. La actuaría se cubrió los ojos.

De vez en cuando, mientras ascendían por la pendiente, el gigante se detenía y apuntaba con su arma barriendo los claros que los rodeaban. En esos momentos Antoni esperaba, ansiosa y tensa, con el perro a su lado. Cuando recibían la señal de que todo estaba despejado, *Princeps* la miraba con la lengua colgando.

Llegaron a la cumbre de la ladera al finalizar el día, cuando el sol empezaba a ponerse lentamente. Lo que había al otro lado suponía un marcado contraste con la tierra que habían dejado atrás. Era como si dos mundos totalmente diferentes estuviesen unidos por la cadena de colinas.

El valle que tenían ante sí era oscuro y sombrío. La inmensa colina que habían escalado ocultaba el sol. Parecía un abismo miasmático envuelto en una misteriosa bruma. El aire olía a rescoldos y a cenizas. Bajo ellos, los bosques habían ardido y habían desaparecido varias hectáreas en todas direcciones. Los negros troncos de los árboles se erguían como barras de carbón sobre el suelo blanco y cubierto de cenizas. No había signos de vida.

Cuando iniciaron el descenso hacia la penumbra, Antoni advirtió que todos los árboles muertos estaban orientados en la misma dirección, como si una fuerte onda

expansiva los hubiese derribado. Residuos de ceniza blanca cubrían los troncos blancos como el hielo. Mientras caminaban, sus pies levantaban nubes de polvo de los restos carbonizados del suelo.

Poco a poco se fueron adentrando en aquel mundo quemado y neblinoso. En él reinaba un silencio inquietante, privado del canto de los pájaros y del ruido de los insectos. Cuando rompían ramitas muertas con sus pisadas, los crujidos resonaban fuertemente en la oscuridad. El pelaje negro de *Princeps* se volvió gris a causa del polvo blanco.

Antoni vio unos árboles por delante de ellos, árboles desnudos que seguían de pie en la niebla. Entonces se dio cuenta de que no eran árboles en absoluto. Eran costillas de metal y montantes rotos, el armazón siniestrado de una gran nave que se había precipitado contra aquella ladera y había incendiado el entorno con el calor de su impacto.

Siguieron avanzando a través de los restos desperdigados. Antoni alzó la vista hacia las secciones carbonizadas del casco y los mamparos doblados enterrados en el suelo. Pequeñas piezas de metal y extraños y bruñidos componentes de la nave relucían bajo el denso hollín.

El ambiente era muy frío, pero Antoni tenía calor, como si tuviera fiebre. La actuaria volvió a aflojarse la camisa de nuevo. Estaba transpirando.

El gigante se detuvo y se acercó a ella. Abrió un compartimento de su armadura y extrajo un pequeño inyector.

—Descubre tu brazo —dijo.

—¿Para qué?

—Voy a ponerte una inyección. Ésta área tiene mucha radiación. Necesitas esto o sufrirás las consecuencias de la exposición.

Antoni no estaba segura de qué significaba aquello, pero parecía algo grave, de modo que se remangó el brazo. Al instante sintió el pinchazo de la inyección. Después se frotó la pequeña moradura que había dejado en su pálida piel.

—¿Tú no la necesitas? —preguntó.

—Estaré bien.

—Pero si la llevas es porque...

—Estaré bien. Mi cuerpo es... diferente al tuyo.

—¿Y qué hay del perro? —preguntó.

Él sonrió ligeramente.

—Los perros son muy resistentes.

Siguieron caminando un poco más.

—Debo advertirte sobre la inyección —le dijo—. Es posible que te produzca algo de náuseas.

—¿Náuseas?

—Lo más probable es que sólo estés un poco atontada. Pero se te pasará. Si te encuentras muy mal, dímelo. A cada uno le afecta de un modo distinto.

Antoni se sentía perfectamente, pero la idea la alarmó. Detestaba vomitar, sobre todo delante de alguien.

—Mira eso —dijo el gigante súbitamente.

Por delante, a través de la bruma, se alzaba una gran forma que parecía el contrafuerte de un castillo. Antoni parpadeó. De repente le costaba concentrarse. Formaba parte de la nave, era alguna sección o algún compartimento que había permanecido prácticamente intacto. Tenía el aspecto de media docena de inmensas vainas de semillas fusionadas.

—Es el habitáculo principal —informó el gigante—. Bien blindado, con autoprecinto. Por eso sobrevivieron al impacto.

Antoni asintió, pero estaba más preocupada por el hecho de que le resultaba difícil mantener el equilibrio. Entonces tropezó ligeramente.

—Creo... —empezó.

El primer retortijón la pilló de improviso. Dio un grito ahogado y cayó de rodillas. El dolor disminuyó, pero estaba demasiado mareada como para levantarse de nuevo.

—¿Actuaria principal? —dijo el gigante, acercándose a ella.

—¡Date la vuelta! ¡Vuélvete! ¡Vuélvete! —gorgoteó, consciente de lo que venía después. Un caliente torrente de vómito salió arrojado de su cuerpo, Después tuvo otra arcada—. ¡No me mires! —gritó, y vomitó por segunda vez.

—Pero si es normal que... —empezó el gigante.

—¡Para mí no! ¡Deja de mirar, por el Trono!

Frunciendo el ceño, el gigante obedeció. Ella vomitó varias veces más hasta que su interior estuvo vacío. Después se sintió débil y temblorosa. Había vomitado con tanta fuerza que le había salpicado la camisa. La vergüenza se apoderó de ella.

—Deja que te ayude a limpiarte.

—¡No!

La actuaria se levantó y se sentó apresuradamente en un montante doblado por el calor. La atormentaba el desastre que había armado; y el olor del desastre. Abrió la maleta, sacó una botella de agua y dio un trago para intentar enjuagarse la boca y la garganta. Un segundo después también vomitó el agua.

—Maldita sea... —gruñó con la cabeza inclinada hacia adelante—. ¿Qué me has hecho?

—Te he salvado la vida —respondió el gigante cortésmente, dándole la espalda—. Te he salvado de tumores y leucogenes y de varias otras cosas abominables que habrían hecho que tus últimos días fuesen insoportables. Pero entiendo que este momento te resulte desagradable.

Antoni habría contestado algo si no hubiese estado demasiado ocupada teniendo arcadas. *Princeps* la miraba preocupado y confuso con la cabeza ladeada.

—¿Puedes seguir? —preguntó el gigante.

Antoni medio articuló un sonido que pretendía ser un furioso «No».

—Bien, pues yo debo hacerlo. ¡Perro!

El gigante miró a *Princeps*. No dijo nada más ni hizo ningún gesto, pero el perro corrió y se sentó junto a Antoni con la cabeza erguida y alerta.

—Volveré en seguida —informó el gigante.

—¡Desarmada! —gritó Antoni agarrándose el estómago y mirándolo.

—¿Qué?

—¡Que estoy desarmada!

El gigante se detuvo un momento y después se acercó hasta ella. Extrajo un objeto grande y pesado de su equipo y se lo entregó.

—Es lo único que puedo darte. Lo único que tengo que puedes levantar. Trátala con respeto. Es una granada.

—Enséñame cómo funciona —jadeó.

—Aprietas este botón. ¿Ves? Y la lanzas. Tendrás tres segundos. Lánzala con fuerza y agáchate. No es un arma ligera. ¿Entendido?

Involuntariamente, Antoni volvió a vomitar, esta vez sobre las inmensas botas de su acompañante.

—Lo siento.

—¿Lo has entendido?

—Sí.

—Lo mejor es que no la uses. Utilízala sólo como último recurso. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo, de acuerdo! Vete antes de que vomite otra vez.

—Tardaré cinco minutos —le prometió.

Después desapareció entre el vapor. Ella se sentó en unos restos de la nave siniestrada, agarrándose el estómago y meciéndose hacia adelante y hacia atrás. Las náuseas recorrieron de nuevo su cuerpo y le volvieron las arcadas.

Princeps se quedó a su lado con la cabeza levantada.

De repente, el perro de ataque se levantó y observó la sección principal de los restos. Un segundo después, el sonido de unos disparos resonó desde el inmenso casco. Al principio fueron dos o tres; después se oyeron varios estallidos seguidos que retumbaban como un taladro. *Princeps* aulló. Entre los intermitentes disparos, Antoni podía oír una especie de zumbido, como el de una sierra circular atravesando la madera blanda.

La actuaría quiso levantarse pero le temblaban las piernas. La cabeza le daba vueltas. Se sentó de nuevo y volvió a vomitar. Ahora las arcadas le producían dolor.

Los sonidos de lucha cesaron. El silencio volvió a inundar el sombrío y calcinado

valle. El cielo se estaba oscureciendo, lo que aumentaba la triste sensación de desolación.

Princeps gruñó.

Algo se movía a su izquierda. Se estaba aproximando a ellos. Antoni parpadeó en un intento de despejarse la vista y la mente y trató de ver qué era.

—¿Serpiente de hierro? —gritó con voz ronca.

Una figura salió de la oscuridad y avanzó hacia ellos atraída, por su voz. No era el gigante.

El primul cojeaba y sangraba por un agujero abierto en su brillante pectoral negro. Estaba sujetando una pesada caja. Un arcón abierto que necesitaba ambas manos para transportar. A ver a la actuaría, soltó la caja sobre el suelo de cenizas. Ésta se balanceó sobre sí misma al caer y volcó su contenido. Antoni se limitó a observar lo que había caído sobre el blando polvo blanco. Era una mandíbula, una enorme mandíbula mugrienta, con las manchas marrones que causa fumar cigarrillos de Iho. Inmediatamente le recordó a la que había sacado del suelo quemado de Peros, aunque ésta era mucho más grande. Había pertenecido a un gigante. No a un gigante como el serpiente de hierro, sino a un auténtico gigante, a un monstruo. Los dientes, los que quedaban todavía adheridos al hueso, eran amplios y planos, como las hojas de un cincel, rotos y descoloridos. Atornilladas en un lateral de la mandíbula, alrededor de la articulación, había trozos de chapa de metal oxidado.

Antoni fue alzando lentamente la vista del extraño tesoro y se encontró con la penetrante y malévolamente mirada del primul. La miraba con lascivia, hambriento, ansioso. Tal vez viese en ella una oportunidad, un rehén, un objeto de trueque a cambio de su miserable vida.

—¿Qué es eso? —preguntó la actuaría.

—¿*Kéhess séhssso*? —repitió la criatura, sin entender lo que significaban aquellos sonidos. Su voz era como un cuchillo sobre piedra de afilar. Después dio un paso hacia adelante—. ¿*Kéhess séhssso*? —rio burlescamente. Con la mano derecha extrajo un cuchillo con forma de gancho de una funda que llevaba en la cintura.

—No te acerques, ¿me oyes? —gritó, e intentó ponerse de pie.

La criatura dijo algo en su propia lengua, algo crispado y agudo.

—¡Maldito seas! ¡He dicho que no te acerques! —gritó.

Princeps estaba agachado y gruñendo con el lomo erizado.

Antoni se levantó con la intención de mostrarle su arma al enemigo, pero la granada se deslizó entre sus débiles dedos y aterrizó ante ella con un golpe sordo.

El primul arqueó las cejas al ver lo que había en el suelo y ladeó la cabeza como un perro.

Antoni se lanzó a por la granada, y lo mismo hizo el primul. Ella llegó primero, pero la criatura chocó contra ella. La actuaría pudo oler la hediondez animal que

desprendía, su calor corporal, la extraña esencia a almizcle de su carne alienígena. Era rápida, despiadada y terriblemente fuerte. Su armadura era como la seda, imposible de agarrar. La golpeó con fuerza, y ella gritó al sentir que se le partía una costilla. El primul la agarró del pelo, inclinó su cabeza hacia atrás y levantó el cuchillo para rebanarle la garganta.

Princeps lo mordió fuertemente alrededor de la muñeca levantada y la criatura dio un alarido. El perro emitía sonidos guturales, un gruñido constante con la boca llena y las mandíbulas apretadas. El primul le dio una patada y tiró más fuerte del pelo de Antoni, que dio un grito de dolor al sentir que su costilla se retorció y se le clavaba. El dolor le hizo perder todo el control y volvió a vomitar, una violenta descarga de ácido biliar en plena cara del primul.

Éste la soltó, escupiendo y maldiciendo. Antoni rodó por el suelo. El primul se sacudió a *Princeps* de encima y se puso en pie mientras se limpiaba la cara.

Antoni acabó boca abajo sobre las cenizas. Entonces se dio cuenta de que tenía la granada en la mano. Se puso de pie, sujetándola en el puño izquierdo con los dedos bien cerrados alrededor de su pesada forma.

—¡Atrás! —advirtió a la criatura.

Ésta volvió a escupir mientras se limpiaba salpicaduras de bilis de su mejilla de alabastro.

—¡No te acerques! —gritó la actuaría de nuevo, levantando la granada y sujetándola fuertemente.

Entonces se oyó un leve chasquido.

Antoni se dio cuenta de que había presionado el botón. El primul también había oído el chasquido. Sus ojos se abrieron de par en par.

La actuaría le lanzó la granada, aunque tenía a la criatura justo delante de ella. El primul la esquivó y la bomba pasó junto a su hombro izquierdo y aterrizó en el arcón abierto que estaba detrás de él.

Antoni empezó a darse la vuelta y a agacharse.

El mundo se desplegó, como una flor que abre sus pétalos. La luz le golpeó, fuerte como un muro, y la arrastró lejos de allí.



CAPÍTULO 11

Antoni recobró el sentido. El estallido la había desplazado varios metros y la parte de atrás de su ropa estaba chamuscada. El ambiente estaba cargado de un horrible olor a ficelina y a carne quemada. Había pequeñas columnas de humo a su alrededor.

La actuario se dio la vuelta. *Princeps* le lamió la cara.

—Basta —resolló, con la garganta seca del calor.

Entonces el perro la acarició con el hocico. Antoni percibió el típico olor a perro mojado de los departamentos del legislador supremo y el hedor a pelo quemado.

—¿Estás bien? —le preguntó al perro mientras se sentaba.

De repente se sintió estúpida por haberle hecho una pregunta a un animal.

Partes de su abrigo estaban chamuscadas, pero *Princeps* estaba intacto. Y ella también.

Se levantó.

El primul yacía en el suelo, destrozado. Había perdido buena parte de ambas piernas y un brazo. Una amalgama de huesos sobresalía desde su abollada armadura y de la carne desgarrada y llena de ampollas. Las blancas cenizas que había a su alrededor estaban casi negras de sangre. Débilmente levantó su estrecha y delgada cabeza y la miró. Su carne blanca estaba también salpicada de color carmesí. Uno de sus lascivos ojos había reventado.

La criatura miró a su alrededor con la cabeza temblorosa y vio el arcón. De la caja ya no quedaba nada, sólo un amplio y humeante agujero en el suelo, de cuya superficie habían volado las cenizas del infierno previo y se había abierto un espacio de tierra calcinada. La mandíbula también se había destruido. Lo único que quedaba de ella eran unos cuantos dientes humeantes desperdigados por el suelo.

El primul empezó a reír. Era una mezcla entre un chillido y un aullido, interrumpido por un asfixiante estertor mientras la sangre inundaba su garganta.

—¿De qué te ríes? —inquirió—. ¿De qué?

La criatura no respondió. Sólo continuó riendo, y las carcajadas resonaban en la oscuridad del silencioso valle.

Todavía reía cuando el gigante regresó y la silenció de un tiro en la cabeza.



CAPÍTULO 12

Antoni no recordaba mucho del viaje de regreso a Fuce. El gigante le había dado alguna especie de medicina para aliviar el dolor que le había provocado somnolencia. La fatiga hizo el resto. Recordaba el movimiento del Land Speeder, el traqueteo de los motores dañados resonando en la penumbra de los bosques que atravesaban. El gigante no dijo nada.

En un momento dado se despertó y vio un enorme cielo cubierto de brillantes estrellas como lentejuelas. Supuso que una de ellas debía de ser Ithaka.

Cuando volvió a despertarse hacía frío. Ya no se movían. Unas voces llamaban a un médico, y gracias a la luz de unos faroles vio los muros de piedra del palacio del legislador supremo.

No volvió a despertarse hasta el alba, aunque no sabía a qué día correspondía aquel amanecer. Estaba en su propia cama en las dependencias de palacio. Su torso estaba envuelto en vendas. Una enfermera que llevaba un almidonado griñón blanco y que había estado velándola a su lado se levantó y fue a avisar al médico.

El médico le dijo que sus heridas eran graves, pero no críticas. Le preocupaba el estado de su salud. Sus análisis de sangre habían revelado extraños niveles de varias sustancias y...

—¿Dónde está el gigante? —preguntó.

La informaron de que estaba preparándose para partir. Antoni se sintió ofendida de que no hubiese considerado el hablar con ella antes de marcharse. Ante su insistencia se envió un mensajero al parque estatal.

—¿Me has llamado? —preguntó el gigante.

—Y tú has venido —respondió ella.

A pesar de las protestas del médico, Antoni se había levantado de la cama y estaba sentada en una butaca de respaldo alto en el balcón del legislador.

—Y ahora te marchas, de modo que supongo que todo está solucionado.

—Así es, actuaría principal —contestó.

—¿Quieres sentarte? —lo invitó, señalando otra silla.

—La rompería si me sentase —se excusó.

—Entonces, ¿todo ha acabado?

—Ya te lo he dicho. Considero que la zona está limpia. Sin embargo, le he dejado instrucciones al líder del ejército. La zona debe estar restringida. Nadie debe ir allí. No es una cuestión de superstición.

—¿Por la contaminación?

—Exacto. He señalado la región proscrita en tus planos. Debe ser un edicto civil y debe hacerse cumplir. Los agricultores no deben volver a ese lugar. Es por su propio bien.

—Puede que no sea una cuestión de superstición —dijo ella—. Pero la superstición ayudará. ¿Cuánto tiempo debe permanecer cerrada la región?

—Para siempre —respondió.

—No creo que...

—La contaminación permanecerá durante mucho tiempo, mucho más de lo que puedas medir o juzgar. Lo mejor es pensar que debe cerrarse para siempre.

—La Legislatura de Baal Solock está en deuda contigo. Deberíamos celebrar la ocasión con algún festejo.

—No es necesario. Además, la ciudad está vacía. La gente tardará un tiempo en salir de sus escondites y regresar a sus casas. Gracias por sugerirlo, pero debo partir.

Antoni parecía alicaída.

—Está bien, si tienes que hacerlo... Pero tengo que escribir un informe para el legislador supremo. Querrá saber todo lo que ha sucedido de manera detallada. ¿Dijiste que tu nombre era Priad?

—Sí.

—¿Y qué rango tienes? ¿General? ¿Señor de la guerra?

El gigante negó con la cabeza.

—Poseo el honorable rango de hermano.

—¿Hermano? ¿Como un monje? Entiendo. Pero tendrás hombres a tu cargo, ¿verdad?

—No, actuaría principal. Soy un hermano guerrero, un serpiente de hierro. Estoy orgulloso de ser un miembro de la escuadra Damocles.

Antoni estaba confusa.

—¿Eres sólo un guerrero?

—Sólo un guerrero corriente. Hace un año no era más que un aspirante y luchaba por demostrar mi valía para ser incluido en la fraternidad. Conseguí una plaza en Damocles, y con ellos he entrado en acción tres veces. El sargento de mi escuadra,

Raphon, me eligió para esta misión. Lo consideró una buena oportunidad para poner a prueba mi capacidad en una misión individual.

El gigante vio la expresión de los ojos de la actuaría.

—Siento decepcionarte, actuaría principal. El capítulo no le hace menosprecio alguno a Baal Solock al enviar a un hermano recién nombrado como yo. Así es como hacemos las cosas.

—Y un solo guerrero suele ser suficiente —añadió ella—. Eso es lo que me dijiste, ¿verdad? No estoy decepcionada. Creo que esto hará que mi informe sea más excepcional. Si un solo guerrero «corriente» puede hacer lo que tú has hecho, no puedo ni imaginar...

Antoni dejó la frase por terminar. Cambió ligeramente de postura en la butaca para aliviar ligeramente el dolor de sus costillas.

—¿Qué era esa cosa? ¿Ésa mandíbula? —continuó después.

—No la vi. Por tu descripción deduzco que se trataba de algún trofeo de guerra, algopreciado para los primuls. Pero ahora la han perdido.

—No del todo —respondió ella.

Sobre la mesita que había a su izquierda descansaba un pequeño plato. En él había dos largos dientes sucios. Los había recogido de las cenizas y los había guardado.

Él asintió.

—Ahora son tu trofeo, acataría principal. Un trofeo para una cazadora de primuls.

—No creo que... —empezó entre risas.

—Cuídate, actuaría principal. Que el Emperador proteja tu mundo y a tu gente.

—Bueno, si decide no hacerlo, sé adonde acudir.

Al día siguiente, en un gris y neblinoso amanecer, como el día que había llegado, el gigante se marchó. El rugido de los motores de su nave resonó por los humedales y por el parque estatal, e hizo temblar los ventanales del palacio del legislador supremo.

Vestida con una larga toga y apoyada sobre un nudoso bastón, Antoni estaba ante una de las altas ventanas en el ala oeste y observaba cómo se elevaba la brillante luz blanca de los propulsores a través de la neblina gris y cómo desaparecía lentamente en el cielo.

Después se alejó cojeando por el vacío vestíbulo con el perro negro pegado obedientemente a sus talones.



SEGUNDA PARTE
ORO NEGRO
MISIÓN EN ROSETTA



CAPÍTULO 1

El frasco es tubular, de cobre y ribeteado con bandas de zinc. El hermano Memnes lo extrae de una funda atada al quijote de su servoarmadura Mark VII.

Éste es el rito de la Ofrenda de Agua, y nadie apartará la vista. Nueve guerreros acorazados, toda la escuadra de asalto, rodean al arrodillado apotecario mientras éste quita el tapón y vierte unas cuantas gotas en su guantelete segmentado. Sus armaduras son de color gris plomo, con los bordes blancos y rojos, y el desierto las ha cubierto con una capa de polvo blanco. Los hilos de agua forman surcos negros sobre el polvoriento metal de sus dedos acorazados. Mientras los hermanos entonan el rito sagrado con voz monótona a través de los altavoces de sus visores, Memnes deja caer el agua sobre la roca que ha escogido. En un segundo, los soles la han evaporado y no queda ni rastro de ella, pero el rito se ha completado. Se ha ofrecido el agua, valiosas gotas de los rugientes y salados océanos de su mundo natal, Ithaka.

Nacieron en un mundo de mares. Surgieron de él como los nacarados dragones de agua que les dan nombre. Para ellos, es la encarnación del Emperador, a quien sirven viajando por el espacio. Allá adonde van realizan esta ofrenda, el agua de vida de Ithaka, la sangre del Emperador. Éste lugar, llamado Rosetta en las antiguas y crípticas cartas de navegación que les habían mostrado en la sesión de instrucciones, es ahora un lugar consagrado. El agua ha ungido este vasto paisaje de calor y polvo.

Son los Serpientes de Hierro. El símbolo de la serpiente de doble curva se muestra orgulloso en sus hombreras de respuesta automática. Son la escuadra táctica Damocles, y éste es su deber sagrado. Permanecen en círculo mientras el hermano Memnes se levanta para unirse a ellos, diez dioses guerreros con forma humana, acorazados y terribles. Entonan un lento ritual y llevan el compás con el ruido metálico amortiguado que generan al golpear con los guanteletes las plicas del quijote.

Habían puesto el seguro a sus armas para el rito de la Ofrenda de Agua, ya que las armas preparadas para el ataque supondrían una ofensa. Una vez terminada la salmodia, se mueven con suave precisión e insertan los cargadores con forma de hoz en sus pistolas bólter. El hermano Andromak conecta la alimentación de su pistola de plasma. Unas crepitantes centellas de luz azul cobran vida alrededor de la garra relámpago del hermano sargento Raphon. Él asiente. El círculo se rompe.

La salina reluce como la leche al sol. El tinte del visor y los nictitantes párpados biónicos atenúan la luz y la convierten en una brillante translucidez azul. Los hermanos guardan silencio mientras sortean las piedras que cubren los bordes de la depresión y avanzan en fila de a uno entre las sombras.

Han salido dos soles: uno apagado y aterciopelado como un albaricoque.

Y el otro grande, abrasador y demasiado brillante incluso a pesar de la protección de los visores. El tercero, un pequeño punto de calor como una llama de fusión, asomará por el horizonte en cuatro minutos.

En fila y por este orden están el hermano sargento Raphon, el hermano Andromak, el hermano Priad y el hermano Calignes. Diez pasos por detrás de ellos están el hermano Pindor, el hermano Chilles, el hermano Xander y el hermano Maced. Después hay otro espacio y les siguen el hermano Natus y el hermano apotecario Memnes. El hermano Andromak lleva el estandarte del capítulo, el emblema de la serpiente de doble curva, inmovilizado sobre sus hombreras.

No se oyen palabras; no son necesarias. Los visores están provistos de agudos sensores. Las distancias se calculan y se registran; el terreno se evalúa y se escanea. El hermano sargento Raphon utiliza su auspex para inspeccionar al frente. Saben para qué están aquí y qué deben hacer. Y cuándo deben hacerlo.

Por el este se levanta un viento bajo que recorre la salina. Levanta la sal a su paso y forma remolinos de polvo blanco. Éste bulle y sacude los afloramientos de roca o se revuelve formando líneas por la llanura. El hermano Priad piensa que las ondas de sal parecen serpientes, u olas rompiendo en una costa rocosa. Después asiente con la cabeza hacia el hermano Calignes: un buen augurio.

Encabezando la serpiente de hombres, el hermano sargento Raphon también lo ha visto. Sabe que el polvo se ha revuelto a causa del viento que precede a la salida del tercer sol. El tercer sol es pequeño, pero su fuerza radiactiva sobre Rosetta es terriblemente intensa. El tercer amanecer está casi sobre ellos.

Con un gesto de la mano les indica que marchen a paso ligero. Los hombres continúan avanzando entre las sombras color añil de las dispersas rocas blanqueadas como dientes. Los serpientes de hierro entran en un cañón blanco y negro dividido por la luz y la sombra.

Luz y sombra. Ésa es la clave.

Al otro lado, por debajo, en una pequeña cuenca erosionada en la salina, está el

objetivo. Raphon lo ve por primera vez. La Novena Refinería Rosetta Excelsis: un edificio de diez kilómetros cuadrados remachado con cañerías de metal naranja y negro que le dan el aspecto de una avispa aplastada por un gran pie en medio del desierto. Unas vigas grasientas sostienen las estructuras y prominentes chimeneas con la boca manchada de hollín despiden oscuros gases y alguna que otra erupción hacia el cristalino azul del cielo del desierto. Raphon lo observa por un momento, unos segundos, pero a él se le antoja una contemplación eterna. Sabe, porque se lo han dicho, que aquél es un complejo vital, que extrae fluido negro de la roca porosa, bien enterrado bajo la salina. Hace diez semanas, los conductos que iban desde aquí hasta el puerto de carga de Alpha Rosetta estaban secos. El preciado abastecimiento de combustible se había detenido. Sin su flujo, los batallones acorazados de la Guardia Imperial de media docena de mundos vecinos se habían visto obligados a cesar en su actividad.

Raphon enciende su comunicador y selecciona el canal de mando.

—Damocles, tengo ante mí el objetivo. Procederemos en cuanto lo ordene.

Habían recibido la orden de liberarlo. El hermano bibliotecario Petrok, el gran Petrok en persona, había dado la orden: «Liberad el complejo y el abastecimiento de combustible. Exterminad a cualquiera que se oponga».

Una misión sencilla. Raphon sonrío de nuevo, sintiendo el tranquilizador peso del bólter en el puño derecho y el calor de la cuchilla relámpago que le cubre el izquierdo.

El tercer sol sale. Un breve y extraordinario fenómeno atmosférico estría la salina del desierto. Los tres soles, con sus respectivas intensidades y direcciones opuestas, inundan la inhóspita blancura con un asombroso entrecruce de sombras. El desierto se convierte en un tablero a parches de luz y oscuridad, grises pendientes, insondables charcas, intersecciones de un fuerte resplandor tan agreste como la nieve. Raphon sabe que aquel fenómeno se conoce como «los Amaneceres». El bibliotecario Petrok fue bastante específico. A esta hora, durante cuatro minutos y tres cuartos, la conjunción de soles genera un laberinto de sombras en el paisaje.

—Damocles: ¡avancen!

Aquella era su oportunidad.

Diez guerreros acorazados descienden por la horadada pendiente a la carrera, atravesando la sombra y la luz, perdidos como arena tamizada en la complejidad del parpadeante cruce de luces.



CAPÍTULO 2

El hermano Raphon llega a una muralla en pendiente revestida de hierro. Trepa por ella, abriendo asideros con su garra y deslizándose hacia arriba, y saca el bólter.

Dos hombres custodian el parapeto, dos hombres que visten monos de refinería reforzados con secciones de armadura corporal. La parte de atrás de sus túnicas está marcada con símbolos de los Poderes Oscuros, de Tzeentch. La piel de sus rostros es oscura y nudosa, como la de los cocodrilos. Bajo ella, se han inyectado alquitrán líquido para teñirla, y en la carne se han incrustado remaches de metal de las vigas.

El bibliotecario Petrok dijo que eran una marca de honor del asqueroso grupo al que rinden culto. Están junto al cañón automático de posición, contemplando la salida del sol y sintiendo el calor en sus abultados y oscuros rostros.

Raphon dispara dos veces. Uno cae sin cabeza; el otro se tambalea: su columna vertebral se ha convertido en una explosión de sangre, cartílago y fragmentos de hueso.

El hermano Andromak llega a otra parte del perímetro. El parpadeo de luces y sombras de los tres soles lo confunde, pero el sargento Raphon les había explicado cómo podían sacarle ventaja a aquella situación. Abre de una patada la persiana y entra en la penumbra, sujetando con fuerza su pistola de plasma. Seres de ojos brillantes y rostros oscuros alzan la vista durante un segundo y mueren gritando.

El hermano Priad dirige el asalto por la muralla norte. Activa varias granadas y las esparce como semillas por el suelo de rejilla. Las explosiones recorren la longitud de la muralla. En alguna parte, una alarma empieza a sonar.

Están dentro.

Pindor abre un agujero entre unas torres de perforación disparando a destajo. Grupos

de aturdidos enemigos salen como pueden, turbados, y son reducidos mientras huyen. Calignes entra en una zona de servicio junto a la muralla norte y encuentra a tres contrarios luchando con el trípode de un bólter de asalto, El guerrero decide ahorrar munición y acaba con ellos usando el cuchillo.

Chilles y Xander descubren a una docena de enemigos aterrorizados y empiezan a cruzar fuego hasta pulverizarlos a todos. Cada vez salen más, que responden con rifles láser y con cañones automáticos. Un disparo abrasado deja una abolladura en la hombrera de Xander. Memnes se acerca a ellos y se une en el intercambio de fuego. Como los tres soles con sus inexorables sombras, las tres líneas que trazan sus disparos bólter se unen y revientan sacos de carne corrupta. Memnes ríe mientras lleva a cabo el trabajo del Emperador.

Calignes avanza de búnker en búnker matando enemigos. Al pasar por delante de una entrada se vuelve y se encuentra de frente con los tintados rasgos de un infiel dando gritos que abre fuego contra él con un cañón automático. Los impactos en su peto lo obligan a retroceder tres pasos. Calignes lanza un gruñido. Uno de los disparos le ha arrebatado el bólter de la mano y ha perdido el dedo meñique. De repente, el cargador del cañón enemigo se vacía y, mientras el fanático intenta recargar, Calignes corre hacia él y le revienta la cabeza entre sus manos aumentadas.

Los serpientes de hierro se adentran en el complejo. Entre dos bajos blocaos de cemento, veinte cultistas se abalanzan sobre Maced como hormigas y lo aporrean con vigas y con llaves inglesas. El ríe mientras los aniquila, les rompe el cuello, les parte las piernas, atraviesa sus cuerpos con su puño. Su traje de campaña se tiñe de sangre. Después corre sobre el líquido escarlata, entra en la sala de control y arremete contra los dos cultistas que encuentra en la consola principal hasta dejarlos retorciéndose.

Su risa se oye a través del comunicador. El resto de serpientes se regocijan al oírla. Raphon mata a otro enemigo con un tiro de su bólter mientras lanza una carcajada. Priad dispara en automático. Andromak los abrasa. Y así van matando al enemigo uno tras otro.

Algo detiene a Chilles en seco. Se para, casi pensativo, intentando verle sentido a las cosas, luchando por superar su hambre de batalla. Está en la pasarela de una torre de perforación con una buena vista al centro de control. Baja la mirada.

Un disparo le atraviesa el torso de lado a lado. Conforme sus piernas ceden, Chilles grita de rabia. Todavía no había muerto. Su rostro golpea el suelo de rejilla, abollándolo.

Todos perciben su muerte. A través del comunicador de signos vitales interalimentados, todos la sienten. Los serpientes de hierro lamentan la pérdida de Chilles incluso antes de que toque el suelo. Y contemplan su última visión: el marine traidor. La descomunal y pustulosa forma de un guerrero colmillo oscuro, riendo socarronamente tras la humeante boca de su arma. Con los ojos húmedos de ira, Priad

se vuelve y se encuentra a otro colmillo oscuro a escasos pasos de él, embistiendo con una oxidada y espinosa lanza. Priad huele la putrefacción en el ambiente, el fétido hedor a materia en descomposición.

Un bólter no es suficiente para limpiarla. Priad lanza la granada que tiene en la mano con tanta furia que derriba al colmillo oscuro al golpearlo en el estómago. Éste cae hacia atrás, casi de manera cómica, con los brazos y las piernas extendidos por el impacto. Después, la granada explota.

Priad se empapa de fluido color malva. El líquido obstruye los conductos de ventilación por un momento y el guerrero cae asfixiado por el hedor. Mientras tiene arcadas ve unos pies ante sí, las glandes botas revestidas de acero de otro colmillo oscuro que está regocijándose con una risa líquida, a punto de disparar.

Raphon acaba con él. Aprieta el gatillo de su bólter hasta que el cargador queda vacío y un huracán de proyectiles convierte al marine del Caos en un montón de restos orgánicos y metálicos envuelto en una nube de sangre.

Raphon ayuda a Priad a levantarse.

—Son más de los que pensábamos —brama.

—¿No es ésa la tradición?

—¿La de matar?

—Así es... Envíame más, haz que sean letales, haz que el combate merezca ser luchado.

Raphon golpea a Priad en el hombro en señal de respeto y de aliento mientras el hermano más joven invierte el ciclo de los sistemas de ventilación de su casco para expulsar el icor que bloquea la entrada.

Se dan la vuelta. Se oye otro grito. Maced está muerto. Trozos de metralla venenosos de alguna inhumana arma de los colmillos oscuros han hecho trizas sus piernas y su torso. Un sucio y tóxico cuchillo silencia su grito de rabia.

La venganza arde en sus gargantas, volviéndolas tan secas como las salinas. Mientras avanza junto a Priad, Raphon utiliza su auspex para evaluar el despliegue de Damocles. La precisión de su ataque disminuye mientras los hombres se vuelven para vengar a sus hermanos caídos. El asalto se ve comprometido.

Raphon no permitirá el fracaso. Activando de nuevo su comunicador lanza una serie de órdenes que redirigen y fortalecen el decaimiento de avance de sus hombres. Cita los sermones de motivación sobre el uso y el abuso de la venganza en combate que todos escucharon durante su adoctrinamiento táctico en la luna-fortaleza de Karybdis.

Memnes lo apoya interviniendo a través de un subcanal, entonando el canto fúnebre de Ithaka que glorifica a los que mueren en nombre de Emperador.

Raphon y Priad se reúnen con Andromak y Xander en una pasarela vallada junto a una de las bocas de un pozo del complejo. El ambiente está cargado de petróleo

líquido. Xander encuentra el cadáver de Maced hecho pedazos a la sombra de un conducto y le hace señales a Memnes.

El apotecario se acerca y extrae de su cinturón el reductor y otras herramientas de extracción. El nartecium de Memnes ya no puede hacer nada por Maced. Las relucientes tenacillas de acero del reductor ya están manchadas con la sangre de Chilles. Con movimientos diestros pero respetuosos, Memnes abre el peto de la armadura de Maced y empieza a separar la carne en busca de la sagrada glándula progenoide. Un tesoro tan escaso, la fuente genética del poder de un marine espacial, no debe abandonarse.

Por fin la libera. Es un objeto refulgente. La deposita en un recipiente brillante, la limpia con un rociado de pulverizador de sphyxator y la introduce con cuidado en un tubo estéril con cierre autohermético. Tapa el tubo y vuelve a meterlo en su compartimento en el nartecium, junto al que ya contiene la glándula de Chilles. Hay otros ocho tubos vacíos, idénticos a éstos.

Unos aullidos y gritos salvajes resuenan por la estructura de hierro. Andromak y Xander han acorralado a uno de los colmillos oscuros. El cruce de fuego es breve pero intenso. Xander recibe un disparo que le arranca uno de los disipadores de residuos térmicos de su generador dorsal. En respuesta, el guerrero lanza un disparo de bólter a través de un hueco en el visor del colmillo oscuro. Mientras el siervo del Caos cae y se revuelve, Andromak lo asa lentamente con su cañón de plasma.

Raphon y Priad bordean los búnkeres abovedados a cien metros al oeste. Afilados rayos de sol se entrelazan con las largas sombras proyectadas por los contrafuertes. Priad ve que las inscripciones grabadas en los revestimientos imperiales de hierro, elogios al Trono Dorado, han sido eliminados y se han sobreescrito con repugnantes blasfemias. El guerrero empieza a repetir el canto fúnebre para calmarse.

Raphon lo manda callar. Unas gotas de algo parecido al alquitrán manchan la blanca arena en los espacios abiertos bajo el sol. Los guerreros creen que tienen a otro de los colmillos acorralado entre dos estaciones de bombeo, pero la bullente maquinaria empaña el auspex de Raphon.

El colmillo los ataca por la espalda y agarra a Raphon por detrás con unas gigantescas extremidades acorazadas que se cierran sobre su garganta. El enemigo atraviesa su cadera izquierda con una lanza de púas oxidadas. Priad sí vuelve y se lanza contra ellos, de modo que los tres caen al suelo, enzarzados. El colmillo tiene la mitad de tamaño que cualquiera de ellos y viste una antigua armadura negra y brillante, como un gran escarabajo, decorada con unos sucios eslabones de cadena. Priad se retuerce y lucha para acercar su bólter al rostro de aquel ser maligno.

Con sangre en la boca, Raphon pelea contra el colmillo, resiste la presión sobre su garganta y aguanta el dolor. Se arquea para proporcionarle a Priad un tiro limpio. La lanza se parte y se hace añicos en el interior de Raphon. Éste pierde el conocimiento.

El colmillo agarra a Priad de la muñeca y lo levanta, pero ha cometido un error. Le da vía libre. Aunque sigue agarrado, Priad dispara dos veces, los disparos a quemarropa destrozan el casco y el cráneo del colmillo y hacen estallar su generador dorsal.

El estallido hace saltar a Priad y a Raphon por los aires y los lanza a diez pasos de allí. Cuando Priad se levanta de nuevo, están en un amplio charco de sangre que brota del agujero en la armadura de Raphon. La herida es enorme. La sangre sale por debajo de él a través del agujero. Sin palabras pues si hablase tendría que gritar, Raphon tiembla y desconecta su garra relámpago.

Priad quiere protestar, pero sabe que éste no es el momento ni el lugar Raphon ha estado preparando a Priad para asumir las responsabilidades de mando desde que entró a formar parte de Damocles cinco años atrás. Priad siempre deseó que aquella sucesión tardase mucho tiempo en tener lugar. Se quita el guantelete izquierdo y se arma con la garra.

Conecta el cable de alimentación en una toma con forma de runa que tiene en el codal. La vieja arma conserva restos de pan de oro en la parte trasera de los nudillos, recordando su historia y sus usos. El comandante de la escuadra Damocles siempre ha portado la garra. Priad flexiona los dedos mientras la carga eléctrica resplandece a su alrededor. En el suelo, convertido en una entumecida isla de metal en medio de un lago de sangre, Raphon activa su canal de mando y comienza su elogio, el cambio de mando, instruye a todos para que obedezcan las órdenes de Priad.

Está muriendo, su vez es cada vez más débil. Entonces llega Memnes. El apotecario agarra la mano desnuda de Raphon. En su día era un gesto de honor. Abre el nartecium y busca sus herramientas médicas.

—No hay tiempo —murmura el moribundo.

Memnes realiza un escáner y asiente. La pelvis de Raphon está destrozada y la parte inferior de su abdomen está llena de fragmentos de metal de la estaca que aún lo empala. Con la enfermería de una nave, cuidados, tiempo y biónica, sería reparable, pero no tiene nada de eso, y la estaca estaba envenenada. La inmundicia y las toxinas impregnaban el arma del marine traidor, una plaga de esporas que se abren camino a través del cuerpo de Raphon a pesar de su implantado metabolismo sobrehumano. Pronto no será más que un montón de carne en descomposición, y la glándula progenoide también.

Memnes extrae la glándula. No espera a que su compañero muera. A pesar del dolor de la extracción, el apotecario está convencido de que todos los marines preferirían morir sabiendo que su legado está a salvo. Las heridas de la intervención, agresivas y profundas, matan a Raphon. La muerte tal vez sea un alivio frente a la ola tóxica que inundaba su cuerpo.

Un tubo más en el compartimento.



CAPÍTULO 3

Priad conecta el canal de mando y se dirige a sus hombres. Ellos lo saludan con adusta solemnidad y con absoluta devoción. Más tarde lamentarán la muerte de Raphon. Natus informa de que el perímetro sur es seguro, y Pindor y Calignes añaden que toda oposición ha cesado. En trece minutos han matado a trescientos once enemigos, incluidos los colmillos oscuros. Ellos han perdido a tres hombres; la victoria les ha salido muy cara.

Los serpientes de hierro se reúnen en el puente principal mientras Memnes y Andromak calcinan los cadáveres del enemigo y disponen a sus tres compañeros muertos con honor y ceremonia. Siguiendo instrucciones almacenadas en la memoria de sus cascos, Priad y Natus trabajan duro para volver a ensamblar el oleoducto para que se reanude el bombeo de combustible.

Calignes busca los deshilvanados e incompletos registros del control de personal de la refinería. Después llama a Priad y le muestra lo que ha encontrado: listados de anómalas perforaciones de sondeo y de espectrografías de petróleo. Desde hacía tres meses, Rosetta Excelsis estaba extrayendo algo distinto al petróleo del subsuelo del desierto.

—Hay algo ahí abajo —dice Calignes—. Algo antiguo y terrible que ha permanecido latente en las reservas de petróleo durante...

No termina la frase. Lapsos de tiempo de tal magnitud están fuera de su comprensión o de su capacidad de expresión.

Priad está callado, petrificado quizá. Su misión aquí, cuya dirección había heredado y pretendía desempeñar con leal precisión, era recuperar aquel valioso pozo. Se daba por hecho que las fuerzas enemigas habían tornado el lugar para perjudicar al Ejército Imperial.

Pero no era así, y el despliegue de los Colmillos oscuros para reforzar a las tropas

del culto cobraba ahora sentido. Aquí hay algo de gran valor para los Poderes Oscuros. Algún artefacto, tal vez, algún icono, algo poderoso, quizá una entidad, enterrada en las profundidades de los oscuros lagos de petróleo.

Damocles ha ganado: ha recuperado el complejo, ha cumplido su misión a un alto precio. Y aun así ha perdido. Han ganado un lugar que no tiene ningún valor, han recuperado un territorio que pertenece al Imperio sólo para comprobar que ha sido mancillado y saqueado. De haberlo sabido desde órbita podrían haber...

Priad se detiene. Se despeja la mente con lentas entonaciones del canto de la concentración. La decepción envenena la mente, al igual que el sentimiento de fracaso o de la pérdida de la fe en una causa. Calignes también lo sabe y se une a Priad para eliminar los pensamientos negativos de pérdida y de error que lo corroen. No necesita que le den pie ni que nadie le ordene que lo haga. Son Adeptus Astartes, el capítulo de los Serpientes de Hierro. No hay fracaso, no hay derrota. Sólo hay victoria y muerte, y ambas deben saborearse cuando se presentan.

Priad mira a su alrededor e imagina el momento en que la refinería escupió por primera vez la mancha que proviene de la profundidad. Siente una pequeña puñalada de compasión por el personal de la planta, hombres que había ayudado a masacrar este mismo día. Leales sirvientes del Emperador que habían tomado los caminos oscuros por algo que habían empezado a exhumar de las profundidades. Ahora no tienen elección. Deben hacer lo que debía haberse hecho desde un principio.

Priad ordena a Natus que deje de trabajar: en la reconfiguración de las bombas del oleoducto. Convoca a Pindor y a Xander y les ordena que reúnan todos los explosivos que puedan encontrar. Los guerreros recogen toda la munición de granadas de los marines espaciales y después buscan entre las reservas de las armas del enemigo.

Memnes entra en el puente y Priad lo informa del descubrimiento. Entonces, el recién llegado desactiva el cierre hermético de su casco y se lo quita. Tiene la cabeza rapada y cubierta de gotas de sudor. Se pasa la mano derecha hacia atrás por el pelo de tres días. Su viejo rostro muestra una expresión sombría y seria.

—Has tomado la decisión correcta. Es lo que habría hecho Raphon.

A pesar de ser el número dos en la cadena de mando de la escuadra, el viejo apotecario cuenta con la antigüedad a su favor, y su aprobación es siempre agradecida por el líder. Memnes sabe que eso es lo que Priad, un marine que no tiene ni la mitad de su edad, está buscando.

—No hemos fracasado. Simplemente la naturaleza de la victoria ha cambiado — le dice.

—Lo sé. Lograremos una auténtica victoria a partir de este triunfo frustrado y celebraremos ambos en nombre del Emperador.

Pindor informa que han terminado de reunir los explosivos. Los introducen en una carretilla de carga y los empujan hasta la boca del pozo. Natus y Andromak

quitan los contrafuertes de uno de los túneles principales y preparan los explosivos, metiéndolos en sacos de malla que habían contenido mineral.

Están a punto de terminar cuando comienza el contraataque: un bombardeo desde el este que fractura la muralla que cerca la instalación y que aplasta dos torres de perforación en un frenesí de chispas y de chirridos de metal. Varias bolas de fuego se elevan hacia el cielo. Priad había indicado la salida por el este, y ahora da la contraorden de hacerlo por el oeste. El cambio añadirá cuatro minutos al vuelo de la Thunderhawk.

Pindor se apresura para completar la colocación de los explosivos. Se ha quitado la parte superior de la armadura y la ha dejado a un lado para poder acceder al reducido espacio bajo la boca del pozo. Varios cables de alimentación cruzan su desnudo caparazón desde el cinturón, sujetos en su sitio mediante grapas de carne. Sus hombros desnudos muestran viejas cicatrices de rituales de castigo llevados a cabo en Karybdis. Pindor siempre obtenía bajos resultados en los ritos de disparo matinales, pero su destreza en la lucha cuerpo a cuerpo y en explosivos lo hicieron indispensable. El tejido cicatrizado, hinchado y rosado como el coral, se arruga y se retuerce mientras trabaja.

El enemigo avanza por el este. Se suceden nuevos bombardeos de largo alcance, y después los primeros signos de tropas. Colmillos oscuros, en dos grupos de asalto, con el soporte de Razorbacks.

Damocles ya no tiene armas de largo alcance, nada para atacar a distancia como los Razorbacks. La resistencia a estas alturas sería fútil. Priad ordena iniciar las oraciones del mediodía, y todos se reúnen a su alrededor, de rodillas, con las cabezas desnudas y agachadas, mientras él entona las letanías de devoción, los salmos de destrucción y de fortaleza. Lo hace para que ni siquiera consideren la idea de que han fracasado. Nadie expresa semejante pensamiento. Después pide a cada uno de sus hombres que pronuncie unas palabras por los caídos.

Calignes recuerda a Chilles, un momento de valentía en Paradis Antimony. Todos asienten, rememorándolo. Xander muestra una cicatriz que podría haberlo matado en Basalt Ignius III de no haber sido por Maced. Maced también es recordado. Natus celebra la destreza táctica y el coraje del hermano sargento Raphon. Andromak evoca el día en que Chilles mató un dragón de agua en su amada Ithaka. Desnudo sobre una roca, equipado con una lanza marina. Tomó la piel del cuerno como trofeo. Las brillantes escamas seguían enroscadas en su cinturón cuando murió. Memnes también recuerda a Maced, y destaca su brutal fuerza contra el espeluznante H'onek de Parlion Uno-Once. Una leyenda del capítulo. Una leyenda que ha muerto hoy, en carne, pero que perdurará en la memoria. No ha sido en vano, se recuerda Priad duramente.

Pindor se une a ellos, todavía medio desnudo, cubierto de sudor y grasa. Se

arrodilla y narra una corta historia sobre Raphon a las puertas de Fewgal, cegado por el barro y matando a todos los enemigos que se encontraba, pidiendo todo el tiempo entre maldiciones «una buena lanza marina» para ponerlos a prueba. Pindor les arranca una risa: una risa, sincera, franca, revitalizante. En el interior de los guerreros ya no hay rastro de derrota o de fracaso.

«Así es como debe ser —piensa Priad—. Hemos ganado; los Serpientes han ganado, pase lo que pase».

—Lo he conseguido —informa Pindor a Priad mientras las risas se disipan.

Entre todos ayudan a Pindor a ponerse la armadura, mientras Calignes programa la perforadora para excavar y la envía hacia abajo. Residuos petrolíferos caen entre sus pies como una negra ola y después se escurren entre las rejillas del suelo del puente.

El enemigo está a las puertas. Un tumulto de voces y de pólvora. Con los cascos en su sitio, los siete serpientes de hierro se retiran en fila de a uno por la principal avenida de carga, bajo las sombras de los elevadores y de las esqueléticas grúas. Disparan mientras avanzan, trazando surcos de proyectil y de fuego de plasma en dirección a los edificios y las hornacinas.

En la puerta occidental de carga, forman una punta de flecha a medida que la guardia de avance de los colmillos corre hacia ellos por la avenida. Estallidos de luz inundan el aire y hacen estallar las paredes de metal y las vigas y levantan el polvo blanco del suelo. Una terrible tormenta desciende tras ellos. Los serpientes derriban a dos enemigos con fuego concentrado antes de que Priad ordene que atraviesen la puerta. El se detiene en la entrada el tiempo suficiente como para que el primero de los colmillos lo alcance. Priad se quita a la asquerosa criatura de encima con la garra relámpago.

En nombre de Raphon.

Una granada que habían guardado derriba la puerta de carga tras ellos y los guerreros se alejan de Rosetta Excelsis por el desierto tras detener momentáneamente el avance del Caos. La cruda luz de los soles del mediodía ilumina el paisaje y elimina las sombras. El horizonte entre la tierra blanca y el cielo incoloro ha desaparecido.

La cañonera espera, difusa por el calor y el polvo, en un estrecho arroyo. La rampa de entrada está bajada como una lengua sobre la blanda sal. Los disparos de bólter silban tras ellos mientras embarcan. Los Colmillos Oscuros han conseguido salir y corren hacia ellos. Memnes y Priad, en la retaguardia, se vuelven y entablan combate por última vez, matando como para remarcar que su victoria es innegable.



CAPÍTULO 4

Desde el espacio, la superficie de Rosetta es dura, blanca y llena de cráteres, como la parte trasera de un cráneo seco. Están a punto de llegar a la órbita transitoria cuando las municiones estallan, novecientos metros más abajo, en las reservas de petróleo. Desde esa altura no se ve nada. Casi una hora después, la superficie se vuelve oscura e hinchada, como la madera podrida, y la mancha se extiende tres mil kilómetros cuadrados alrededor del centro de la refinería. Los incendios bajo la corteza terrestre, unidos a los trastornos magmáticos y alimentados por una desconocida fuente de explosión, abrasan Rosetta entera al día siguiente.

En el frío y húmedo vientre de la cañonera, los cascos ruedan sobre el suelo de metal en pequeños círculos mientras la nave cabecea. Los supervivientes de Damocles permanecen sentados en silencio. Están cansados, aturridos, enojados. Lloran la pérdida. Ahora, y sólo ahora, se permiten esos pensamientos. Han perdido. Pero han ganado. Han conseguido una victoria, la victoria correcta, pero no la victoria que esperaban o la que se suponía que tenían que alcanzar.

Memnes saca su frasco. Es tubular, de cobre y ribeteado con bandas de zinc. Lo extrae de una funda atada al quijote de su armadura.

Éste es el rito de la Ofrenda de Agua, y nadie apartará la vista. Seis figuras acorazadas, los supervivientes de la escuadra de asalto, observan mientras Priad coge el frasco. Quiere saciar su sed con agua fresca, pero sabe que esto debe hacerse primero. Da un sorbo de agua salada de Ithaka. La traga. Está ácida, caliente, salada, amarga.

Después mira a sus hombres y ellos golpean su quijote a modo de aprobación. La ceremonia ha finalizado, pero el amargo sabor permanece.

Priad no está seguro de si es por el agua de su mundo natal o por la misión.



TERCERA PARTE
ROJO VIVO
MISIÓN EN EIDON



CAPÍTULO 1

Roca verde, cielo ámbar, calor candente. Todo se revelaba con un refulgente resplandor que se colaba a través de la abertura de la silbante rampa de desembarco hidráulica.

El extremo inferior de la rampa blindada chirrió contra el polvo de cristal de mica del círculo de aterrizaje. Los engrasados pistones se detuvieron con un silbido. El vapor se disipó, y ahí estaba. Eidon. Un precioso y antiguo mundo provisto de una belleza salvaje y natural.

En esto pensaba Petrok, bibliotecario del capítulo, mientras descendía de su lanzadera de desembarco e inspeccionaba la abierta majestuosidad del terreno. Estaba listo para la lucha, la cabeza desnuda y bien afeitada, los negros mechones recogidos tras su pronunciado cráneo, una descomunal figura, alta y ancha, incluso para un marine espacial. El borde de su armadura gris plomo era blanco y rojo.

Pero también tenía alma. Eidon era absolutamente hermoso. Las rocas del paisaje que rodeaban el círculo de aterrizaje eran de un vivo color verde, semicristalino, y brillaban en la cálida y clara luz del día. En el horizonte, recortadas fumarolas expulsaban fuego blanco. Los fuegos de fósforo que ardían bajo las grietas y las fallas de la tierra alimentaban las fundiciones y las forjas de la venerable ciudad de Eidon.

El rojo vivo, las llamas que mantenían los altos hornos y las fábricas de Eidon activos en nombre del Emperador.

Petrok destacó la majestuosidad del lugar a su semántico, Rodos, mientras descendían el camino de cenizas desde el círculo de aterrizaje, bajo los arcos de rococemento en ruinas, hacia el principal puesto imperial de campaña. Sus portadores los seguían en procesión. Rodos lo miró sin saber si Petrok hablaba en serio o no.

Petrok decidió dejarlo. Si el hombre no era capaz verlo, no tenía ningún sentido intentar explicárselo. Sabía que los corazones de muchos habitantes de Ithaka estaban

demasiado encallecidos como para ver nada que no fuese guerra. Petrok se preguntó si el hecho de que él pudiese apreciar aquella belleza era un punto débil o su mayor punto fuerte.

La fatalidad había llegado a Eidon un año antes, cuando los eldars oscuros lo tomaron en una sola noche. La acción había marcado el comienzo de un nuevo periodo de ataques primul. Los enemigos salieron de sus umbríos refugios y de sus escondites para atacar los Mundos del Arrecife. Debido a la posición estratégica de su mundo base, el capítulo tenía el privilegio de asumir la carga de todas las incursiones que se daban en esta parte del Imperio, y había sido así desde que se tenía constancia.

La Guardia Imperial, una inmensa fuerza de trescientos mil hombres, principalmente tropas de asalto Leoparda y armaduras ligeras Donorianas, se había desplegado por Eidon durante los primeros meses para intentar la liberación. Habían fracasado y permanecían en punto muerto.

Mientras libraba a seis escuadras de la hermandad de las constantes represalias contra las incursiones de los eldars oscuros en otra parte de los Mundos del Arrecife, el poderoso Seydon, señor del capítulo, envió a sus Serpientes a Eidon, donde la Guardia había fallado. La fuerza estaba bajo el mando del veterano capitán héroe Phobor y del bibliotecario Petrok.

El aterrizaje de Petrok se había retrasado por un bombardeo orbital. Para cuando él y el joven semántico tonsurado marchaban hacia el puesto imperial, Phobor ya estaba dirigiendo un asalto por las murallas meridionales de la ciudad de Eidon.

Petrok oía resonar los estallidos y las descargas de la distante lucha a través de las arenosas y verdes pendientes, y veía cómo se elevaba la cortina de humo a tres kilómetros de distancia. Las blancas fumarolas de fósforo del horizonte continuaban expulsando y emborronando el cielo ámbar con su primigenio calor.

El puesto estaba prácticamente vacío. Media docena de ornamentados toldos blancos, ligeramente decolorados tras meses de exposición al abrasador calor, se mecían bajo la brisa. Había filas de tiendas más pequeñas, de lona más oscura y más basta, y montones de municiones cubiertas con telas metálicas en refugios protegidos con sacos de arena. Habían sido pintadas con una capa de color verde lima para camuflarlas en el paisaje verde. Tras las principales carpas de mando, al abrigo de la colina, hileras de tiendas formaban un hospital de campaña a lo largo de la carretera del valle. Petrok percibía el olor a podredumbre y a desinfectante que emanaba de ellos.

Los guardias con la librea de Leoparda saludaron al bibliotecario que se aproximaba. Su formidable semántico lo seguía un paso por detrás portando una caja que contenía la sagrada baraja de tarot del bibliotecario en un soporte de satén. Tras ellos llegaron el portador del ornamentado casco de Petrok y el portador de la espada de energía *Bellus*. Tras ellos iban dos portadores más balanceando incensarios y

aguando estandartes de la hermandad. Y tras ellos iban cuatro más, portando el sagrado Libro de Vidas en su polvoriento arcón de madera noble. Todos los portadores eran figuras homúnculas y encorvadas que vestían trajes ceremoniales.

Uno de los guardias señaló la carpa principal. Petrok vio que estaba temblando y con el rostro pálido y frío a pesar del calor del mediodía. Sin mediar palabra, Petrok avanzó hacia la tienda de campaña. Sus portadores resoplaban y gruñían disimuladamente por debajo de sus capuchas a los guardias, y lo obligaron a volverse.

—¡Ya basta! —les gritó Rodos.

En el interior de la carpa había una inmensa mesa redonda cuya superficie era una placa de cristal iluminada por debajo mediante unas luces que se movían y que mostraban las acotaciones y la disposición de la ciudad y la ubicación de las tropas. Los oficiales de la Guardia estaban de pie ante ella, y todos alzaron la vista y dieron un paso atrás solemnemente mientras el distinguido guerrero y su comitiva entraban.

—Soy Petrok, de los Serpientes de Hierro —anunció, como si alguno de los presentes no supiera quién era.

Uno, un general leopardano, según indicaban las franjas de su manga, dio un paso adelante.

—General de división Corson. Bienvenido, gran señor. Su digno comandante ya ha comenzado el asalto. Ha solicitado que usted realice su evaluación estratégica lo antes posible para que...

Petrok levantó su enorme y acorazada mano.

—Sé perfectamente lo que mi comandante espera de mí. Muéstreme las disposiciones.

Corson acompañó a Petrok hacia la mesa. El bibliotecario se inclinó sobre ella, su aguda vista emitía unos leves chasquidos mientras captaba todos los detalles, todos los puntos de luces parpadeantes, todas las runas. Sus ojos registraban los datos y los transmitían a su cerebro, su mejor arma, donde se reordenaban, se consideraban, se analizaban y se diseccionaban.

Petrok sonrió.

—¿Señor? —preguntó Rodos al advertir su expresión.

—Dispersión fluida desde tres puntos partiendo de dos inserciones. Típico de nuestro estimado capitán Phobor. Es lo mismo que hizo en Tull.

Rodos observó el tablero por un momento intentando entender el patrón.

—Ya veo —dijo.

Pero no lo veía, y Petrok lo sabía. Rodos tenía mucho camino por delante antes de poder dominar las técnicas de memoria y comparación que permitían que una gran mente táctica captase todas las posibilidades de una batalla a simple vista.

Pero la auténtica razón por la que Petrok se había permitido sonreír no era su inmediato reconocimiento de la táctica preferida de Phobor. Era algo muy simple. La

mesa le recordaba al tablero del strategium con el que había desarrollado su oficio hacía tiempo con la ayuda de su viejo y querido maestro Nector. Era sólo un bonito recuerdo, pero se alegró de disfrutarlo. Todavía tenía, como le gustaba recordarse, un alma.

—¿Y estos de aquí? —preguntó, golpeando la placa de la mesa con la punta de los dedos.

—Tres batallones de Leoparda de reserva.

La voz del general de división sonaba apagada y asustada.

—¿Por qué?

—Su... su valiente capitán quería... quitarlas de en medio. Insistió bastante. No quería que... que...

—Complicasen su objetivo —concluyó un oficial donoriano con aire de suficiencia por detrás, disfrutando claramente el desasosiego del leopardano.

Petrok sonrió de nuevo. Se imaginaba cómo Phobor habría llegado dando gritos y acusando a los oficiales de la Guardia Imperial de debilidad, de cobardía, de incompetencia y de todo tipo de pecados que se pudiese cometer bajo los soles. Habían fracasado con la sagrada liberación, y Phobor ahora los haría sudar y más tarde arrepentirse con el castigo. No era de extrañar que todo el campamento estuviese aterrado.

En las filas del oficial se oía un murmullo, y Petrok frunció el ceño, mirando todavía la mesa.

—¡Silencio! —rugió Rodos al advertir las arrugas en el rostro de su bibliotecario.

Los murmullos cesaron de nuevo.

Incluso los portadores habían dejado de gruñir.

Petrok apoyó las manos en el tablero y se inclinó hacia abajo para observar mejor. Ya no estaba realizando una evaluación táctica con la parte anterior del cerebro. Estaba analizando con la parte más oscura y más profunda de su mente. Estaba usando sus dones para ver más allá del ahora, para ver el cuándo y el sí, para prever las vicisitudes de la batalla.

Un repentino frío inundó el recinto de la carpa. El tablero de cristal empezó a llenarse de escarcha alrededor de las manos de Petrok. Uno de los oficiales subalternos de la Guardia se desmayó e inmediatamente lo sacaron de allí. Los portadores empezaron a murmurar y a gruñir, hasta que Rodos los mandó callar con una feroz mirada.

Petrok hizo caso omiso de todo lo que sucedía a su alrededor. Estaba concentrado en el pasado, el presente y el futuro. Estaba observando más allá de la realidad, viendo como las estructuras cambiaban.

Era... perfecto. La estratagema de Phobor había sido absolutamente apropiada. Las vanguardias y los refuerzos estaban en el lugar adecuado. La ciudad de Eidon

caería en cuestión de cuatro horas, con mínimas pérdidas por su parte. Lo único que aportaría su informe a Phobor sería una reafirmación en su confianza.

Aunque había algo... Un pequeño detalle que no encajaba. Algo persistente y acuciante, como una fastidiosa piedrecita que se cuela en la juntura de un guante de exterminador. «¿Qué es? ¿Qué es?».

—¿Señor? —preguntó Rodos.

Petrok se irguió.

—Esto —dijo, señalando una luz al este del iluminado mapa.

Rodos consultó la clave.

—La escuadra Damocles, señor. El capitán Phobor los envió para garantizar que el enemigo no huyese de la ciudad cuando ésta cayese.

—Es un plan muy sensato, pero me preocupa. Aquí la lucha es muy intensa.

—El mapa no indica eso.

—Puedo sentir cosas que el cristal y el electrocristal no perciben. Damocles está en peligro.

—Se trata sólo de una unidad —expresó otro general leopardano en voz alta—. ¿No es primordial la victoria en su conjunto? No se puede enviar a nadie de la zona de ataque principal para auxiliarlos. Las pérdidas son... inevitables. —El general guardó silencio al darse cuenta de que había hablado demasiado.

Petrok alzó la vista, pero sus ojos reflejaban compasión. Sabía que los guardias se habían visto obligados a combatir contra un enemigo superior, y se imaginaba la dureza con la que Phobor había recriminado su fracaso a aquellos hombres.

—Tiene razón, señor —asintió—. Las vidas deben ser siempre algo secundario a la victoria. Pero no pienso dejar que mueran estos guerreros de Ithaka si puedo evitarlo.

Después se volvió bruscamente y extrajo su gran espada de energía de la vaina que sostenía el portador de la espada que aguardaba a su lado. El portador dio un respingo. La hoja, la gran *Bellus*, resplandecía y zumbaba conforme volvía a sentir el contacto con el aire.

—¿Qué va a hacer, señor? —preguntó Rodos.

—Lo que debo hacer. Esperad aquí. Enviaré mi informe táctico al capitán Phobor cuando regrese.

A pesar de su miedo y su respeto por Petrok, los oficiales de la Guardia empezaron a gritar todos a la vez. Phobor les había encargado una tarea: recibir al gran bibliotecario y apresurar su valoración sobre las primeras líneas. El miedo a perder la vida los hizo dudar de la inmensa y acorazada figura que estaba en la entrada de la carpa.

—Haz que se callen, semántico —ordenó Petrok tranquilamente por encima del griterío de los soldados al tiempo que salía de allí.

Mientras el bibliotecario se marchaba a toda prisa por la roca verde hacia el calor candente, oyó como Rodos gritaba «¡Silencio!» una y otra vez.



CAPÍTULO 2

En un verde desfiladero de roca en el extremo oriental de la ciudad de Eidon, inundado por el hedor de las cercanas fumarolas de fósforo, el hermano Andromak, de la escuadra Damocles, maldijo Eidon en nombre de todos los espíritus que podía recordar y disparó a destajo con su pistola de plasma. En respuesta, los disparos enemigos llovieron sobre el barranco y volaron uno de los remates con la forma de una serpiente mordedora que llevaba sobre los hombros: el emblema de la serpiente de doble curva.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gruñó el hermano Pindor a su espalda, medio arrastrando a Andromak a cubierto junto a la pared del barranco—. ¡Por ahí no hay salida!

—¿Crees que no lo sé? —bramó Andromak mientras manipulaba su arma caliente y remplazaba un cable de alimentación que estaba a punto de derretirse.

—¡Comandante!

El hermano sargento Priad oyó el grito de Pindor por el comunicador y se resguardó de una abrasadora salva enemiga tras una inmensa roca verde.

Después intentó analizar el terreno y encontrar algún punto débil en el fuego enemigo. Entonces ordenó a Calignes, Illyus y Xander que avanzasen. Tras ganar unos pocos metros, un disparo atravesó la hombrera de Xander y los tres se lanzaron al suelo para ponerse a cubierto. El fuego era demasiado intenso.

Priad maldijo. Preferiría estar de vuelta en Ithaka cazando dragones de agua que atrapado en aquel callejón sin salida.

Maldijo también cuando el capitán Phobor los había enviado al este a hacer guardia en caso de que alguno de los enemigos oscuros intentase huir de la ciudad. Priad sintió que pretendían dejar a Damocles a un lado a la hora de compartir la victoria. Él habría preferido que su escuadra participase en el asalto principal.

Ahora estaban allí marginados, casi olvidados, y ninguno de ellos podía haber

predicho la intensidad del ataque al que iban a enfrentarse. Priad no se lo explicaba.

Parecía que los oscuros hubiesen aceptado su derrota y luchasen para retirarse de la incandescente ciudad por el este. Damocles era la única unidad disponible en esa zona para detener la retirada. Las chispas ardientes caían sobre ellos.

De repente, el apotecario Memnes llegó junto a Priad, cobijándose tras la rápida carrera que acababa de hacer. El visor de su casco se había quemado por el roce de un disparo.

—¡Memnes! —gruñó Priad—. ¡Explícame esto!

—No puedo, hermano sargento —respondió el guerrero de mayor edad ásperamente—. Se suponía que éramos la salvaguardia. O eso dijo Phobor. Pero parece que nos estamos enfrentando a la fuerza principal del enemigo.

Priad guardó silencio. Observó el virulento tiroteo a través del sistema óptico de aumento de su casco. Ninguno de ellos había caído hasta entonces. Andromak y Pindor estaban resguardados en el barranco. Calignes, Illyus y Xander permanecían atrapados entre el fuego. Natus, Scyllon y Kules estaban alineados tras la posición que él y Memnes compartían.

Una ráfaga de disparos llovió desde las empinadas pendientes de piedra de la ciudad de Eidon que tenían ante sí.

Aparte del intercambio de voces de los miembros de la unidad allí presentes, cualquier otro tipo de comunicación era imposible debido al ruido estático que producían las fumarolas de fósforo en erupción. Incluso a través de su respirador, Priad podía oler el caliente hedor de los pozos de fuego.

Ni siquiera podían saber cómo iba el asalto principal. Tal vez Phobor y sus escuadras estuviesen muertos y desperdigados por los baluartes occidentales de la ciudad. Tal vez estuviesen solos.

Priad ralentizó la respiración para aclararse la mente. Después se volvió hacia Memnes, y aunque no veía nada a través de las lentes de su visor excepto la abollada placa que le cubría la cara, podía sentir el viejo y sabio rostro que se escondía tras ella y la compasión y el apoyo que expresaba.

«Tomarás la decisión adecuada. Confiamos en ti. Damocles confía en ti, hermano sargento».

Priad sacó la placa de datos de la bolsa que llevaba atada al muslo y comprobó de nuevo el detallado mapa retroiluminado del este de la ciudad. Analizó las ondulaciones del terreno, los puntos de acceso, las fortificaciones. Los urbanistas imperiales habían hecho un buen trabajo.

Y aquellos eldars oscuros habían tomado la ciudad en una noche.

«¡Malditos sean! ¡Damocles haría lo mismo en una hora!».

Deslizó un botón lateral de la placa y superpuso los datos estructurales.

Mostraban la densidad y el grosor de las murallas de roca, los puntos fuertes y los

pilares de las defensas. Mostraba los puntos débiles físicos del terreno y de los edificios por los que luchaban.

«Tiene que haber algo... Tiene que haber algo...».

Y había algo. Priad superponía y descubría constantemente, comparando y recomparando. Según los viejos mapas, había una sección del muro oriental compuesta de fragmentos compactos de roca en lugar de ferrocemento porque así convino durante la construcción.

Priad sintió que las manos se le humedecían de la emoción dentro de los guanteletes. Se volvió sobre su espalda, con los hombros pegados a la roca, y empezó a copiar los datos de la placa en un mensaje de voz destinado a Andromak. Los disparos de los eldars oscuros cosían la verde roca a su alrededor y cubrían a Priad y a Memnes de un fino polvo verde lima.

—¡Andromak! —bramó Priad por el altavoz del casco al portador del estandarte de la escuadra—. ¡Abre tu conexión de datos y atento a mi envío!

Andromak respondió con un sordo y atonal ladrido por el metálico altavoz. Una luz roja en el puño de la armadura de Priad adquirió un tono oscuro, lo que indicaba que la conexión estaba activa, y Priad envió la imagen por el comunicador.

—¡Ya lo veo, hermano sargento! —respondió la voz metálica de Andromak—. ¿Tengo que disparar ahí?

—A la de cuatro, Andromak. Tú llevas el rifle de plasma. Derriba esa muralla por su punto débil. Damocles, preparaos para actuar a la de cinco. En cuanto Andromak la eche abajo, corred y atravesadla.

Su voz sonaba como un gruñido robótico y desprovisto de emoción a través del comunicador, pero el resto de marines respondieron todos a una con tono decidido. Incluso el apotecario Memnes, que estaba a su lado, lo hizo.

Priad comprobó su bólter y su garra relámpago. La garra crepitaba en el aire seco, hambrienta de sangre. Priad rezó al alma perdida del hermano sargento Raphon para que protegiese a Damocles desde donde se encontrase en los Cielos Perdidos, donde los océanos estaban siempre agitados y donde el Emperador conocía a todos los hombres por su nombre y los dragones emergían eternamente para la Gran Caza.

«Haz que seamos tan afilados, tan exactos y tan rápidos como un arpón, —pensó Priad—. Raphon, ayúdanos a acabar con el enemigo como lo haríamos con un dragón que emerge de los mares, sin flaquear y sin dudar. Haz que nuestro golpe sea el golpe de la victoria».

Priad empezó a contar.

A la de cuatro, Andromak salió corriendo de su refugio liberando una abrasadora lanza de energía de plasma por el barranco con exacta precisión. La roca verde estalló con el vómito de llamas, más brillantes y fuertes que el achicharrante rojo vivo que abrasaba el horizonte.

Damocles avanzó. Los marines espaciales salieron al descubierto, disparando a destajo contra las murallas.

El humo los envolvía.

Avanzaron diez metros, veinte.

Después Priad vio la muralla. Estaba completa, entera, seguía en pie a pesar de la candente llama de plasma que Andromak le había disparado.

Los eldars oscuros, invisibles en sus puestos superiores, volvieron a cargar.

Un disparo cristalino impactó contra la pierna de Scyllon y lo derribó.

Kules vaciló al ver los proyectiles que pasaban rozándolo a su alrededor.

Natus cayó al suelo gritando. Había perdido un brazo desde el hombro en un estallido de fuego, sangre y fragmentos de armadura.

—¡A cubierto! ¡A cubierto! —gritó Priad.

Todos corrieron a resguardarse, Memnes arrastró al lisiado Natus hasta un lugar seguro tras una roca. El fuego enemigo inundaba el aire y rompía las rocas tras las que se guarecían. El polvo de cristal y el humo de las armas bañaban el acceso.

Veinte metros. Sólo habían avanzado veinte metros y la muralla seguía intacta.

El espacio para resguardarse era tan pequeño que Priad se vio obligado a tumbarse boca abajo sobre el polvo verde. Volvió la cabeza a ambos lados y vio a Illyus tumbado boca arriba a su lado. Un humeante agujero le había atravesado el visor y el guerrero iba goteando sangre. Illyus había perdido un ojo y una mejilla por un impacto de proyectil cristalino. Priad se incorporó un poco, extrajo su botiquín médico y roció el rostro de su compañero a través del agujero con tejido cutáneo reparador de heridas. Illyus seguía consciente. Su fortaleza era admirable, incluso para un marine espacial. A pesar de que había perdido la mitad de la cara, todavía fue capaz de murmurar alguna broma a su hermano sargento.

Priad olía la sangre. Pensaba que era la de Illyus, hasta que se dio cuenta de que eso era imposible. Bajó la vista y vio el agujero que tenía en su propio muslo. Un proyectil cristalino le había atravesado la armadura y la carne de la pierna. Pero no sentía dolor. La adrenalina eclipsaba la agonía; eso y los sistemas aumentados de su cuerpo.

Más tarde sentiría el dolor, pero aquello no era lo que más le preocupaba en aquel momento. Esperaba que su físico astartes bastase para combatir los venenos y demás porquerías con las que contaminaban sus armas.

Pero la herida se había autocauterizado. Al menos no se desangraría.

—Huelo la sangre de un héroe —dijo una voz a través del comunicador.

—¿Quién es? ¿Quién habla?

Priad se dio la vuelta, recibiendo más disparos del enemigo de las fortificaciones superiores.

—¿Quién?

Había una figura tras ellos en la roca verde: un serpiente de hierro, alto, con la cabeza desnuda, envuelto en una capa, que avanzaba inmune a la lluvia de disparos que perforaba el suelo a su alrededor, pero que milagrosamente lo dejaba ileso. Tenía una espada levantada, una espada de energía que sonaba como el agudo lamento de un dragón de agua.

¡Petrok! ¡Era el gran Petrok en persona!



CAPÍTULO 3

Petrok se puso a cubierto junto a Priad.

—Bien hallado, hermano sargento —sonrió.

—¡Sin duda alguna, señor!

—¿Te duele la herida de la pierna?

—No, señor, puedo moverme y luchar si tengo que hacerlo, y sé que debo hacerlo.

—Honras a Karybdis con tu valor, líder de Damocles. ¿Y tus hombres?

Priad señaló a un lado a los nueve marines espaciales que se protegían de la lluvia de fuego.

—Natus está tullido, ha perdido un brazo. Illyus, el que está a tu lado, está herido de gravedad. El resto están más o menos intactos.

Petrok se acercó a Illyus, que seguía tendido en el suelo. Tas echar un vistazo a su rostro, dijo:

—Te quedará una noble cicatriz, Illyus.

—Gracias, señor.

—No me lo agradezcas a mí. Yo no te lo he hecho. Tu vendaje está aguantando y has dejado de sangrar. Eres fuerte, y tu cuerpo combatirá cualquier tipo de veneno o sustancia nociva. Me aseguraré personalmente de que te pongan el mejor ojo que exista si luchas conmigo.

—¡Con ojo o sin ojo, lucharé contigo en cualquier lugar y en cualquier momento!
—respondió Illyus con ferocidad. Después se incorporó como pudo y agarró su arma del suelo.

Petrok miró a Priad.

—Tienes una buena escuadra, hermano sargento.

—Gracias, señor.

—Llámame Petrok. Es más rápido y más sencillo en el calor de la batalla. Y me gusta que mis amigos me llamen por mi nombre.

—Señor... Petrok...

—Mejor, Priad. Ahora infórmame de la situación.

Priad señaló las infranqueables fortificaciones.

—El capitán Phobor nos envió aquí para vigilar en caso de retirada.

—Típico de los movimientos de manual del capitán —susurró Petrok con una sonrisa burlona que hizo reír a Priad de manera involuntaria.

—No esperaba mucho. La verdad es que pensaba que nos habían dado un papel secundario. Pero la resistencia es enorme, es como si ya estuvieran huyendo... o como si estuviesen protegiendo algo importante.

—Una buena observación, Priad..., yo he tenido la misma sensación. Veras, Phobor está tomando la ciudad en estos momentos. Pero lo que está pasando aquí no tiene justificación. He venido personalmente porque estaba preocupado. No me gusta perder a ninguno de nuestros hermanos acorazados Tú matas dragones marinos a la primera, ¿no es así, Priad?

Priad se sorprendió ante aquel reconocimiento y sintió un gran orgullo a pesar del tumulto que los rodeaba.

—Tuve el honor de matar a un dragón a la primera, señor.

—Petrok.

—Petrok. Sí, el verano de mi admisión en la hermandad. Maté una de esas bestias con mi primer arpón en los canales al otro lado del archipiélago Telos.

—Eso me han dicho. Todo un logro. Yo necesité tres arpones para acabar con mi primer dragón. Deberías enseñarme algún día.

—Señor... Petrok —Priad rio a pesar de que no era su intención.

—¿Qué crees que están protegiendo? —preguntó Petrok directamente.

—No lo sé —respondió Priad, serio de repente—. Algo de valor. De gran valor para ellos.

—Eso parece. ¿Qué táctica habéis seguido hasta ahora?

Priad dobló su pierna dolorida y comprobó el cargador de su bólter.

—Hemos atacado, así de simple. Cuando las cosas se han puesto feas de verdad, he intentado que Andromak, nuestro hombre con arma de plasma, derribase este tramo de muralla, donde parecía haber un punto débil. —Priad le mostró la placa a Petrok—. Pero la táctica ha fracasado, de modo que nos hemos quedado atrincherados aquí.

Petrok observó la placa que Priad le había entregado durante un momento, mientras los proyectiles cristalinos perforaban la roca verde a su alrededor. Cuando Petrok devolvió la placa a Priad, ésta estaba llena de polvo.

—Tenías razón, Priad.

—¿En qué, señor?

—¡Petrok, Petrok! —insistió con una sonrisa el bibliotecario.

Era desconcertante ver su rostro desnudo. Priad casi se estremecía de pensarlo.

—¿En qué tenía razón, maestro Petrok? —preguntó.

—Mataste a la bestia a la primera, ¿verdad?

—Tuve suerte.

—¿Cuántos han sido capaces de hacer lo mismo?

—Supongo que muy pocos.

—El dragón marino está acorazado y es muy feroz. A veces uno necesita emplear varios arpones, independientemente de lo fuerte que sea su lanzamiento, para matarlo. Al menos ésa ha sido mi experiencia.

—¿Qué quieres decir?

Petrok se volvió de nuevo y ajustó su comunicador para dirigirse a toda la escuadra Damocles.

—Los dragones son difíciles de matar. Puede que sepas dónde golpearlos, pero aun así a veces es necesario realizar varios intentos, hermano Andromak. Prepara tu rifle de plasma y repite tu golpe. Damocles, repitamos nuestro intento.

Petrok volvió a mirar a Priad.

—Con tu permiso, por supuesto.

—Desde luego, pero no estoy seguro de que...

—Los que son tan valerosos que pueden matar a un dragón de un solo golpe no han aprendido lo acertado que es repetir un ataque.

—¿Señor?

—¡Ahora, Andromak! —bramó Petrok.

El hermano Andromak volvió a salir de su refugio y lanzó una abrasadora lanza de plasma contra la muralla. Ésta derritió y chamuscó las fortificaciones de la ciudad de Eidon. En cuanto el ataque se detuvo, el enemigo volvió a abrir fuego. Un bombardeo de fuego cristalino y de tiros láser regaba el acceso. La roca y la tierra se levantaban bajo los miles de impactos individuales, como si fuesen géiseres. La verde e inmensa roca que cobijaba a Xander se fracturó y explotó, y el astartes se desplazó como pudo en busca de un refugio mejor.

—¡Una vez más, Andromak! —gritó Petrok a través del comunicador—. ¡Dispara de nuevo!

Andromak obedeció. Permaneció en pie a pesar del golpe que recibió en el hombro al disparar su inmensa arma.

Algo tembló en cuanto el fuego de plasma lo alcanzó. Primero se formó una pequeña grieta baja que se dividió en varias resquebrajaduras irregulares. Era como ver crecer un árbol sin hojas. Andromak disparó de nuevo por si acaso.

Un tramo de la muralla cedió y se derrumbó aplastando varios cuerpos oscuros.

Una nueva explosión voló por los aires otro tramo de muralla. Los escombros llovían, y una onda expansiva de polvo verde se abrió paso por el acceso.

—¡Ahora! ¡Por Karybdis! —gritó Petrok.

Aumentando sus dispositivos ópticos contra la muralla de humo, la escuadra Damocles avanzó tras él hacia la brecha.

Los cuerpos rotos y aplastados de los enemigos yacían entre los escombros: eran figuras negras, delgadas y ganchudas, o seres pálidos, en carne viva tras la explosión, con la boca abierta. Los marines decidieron no mirar ni a unos ni a otros. Escalaron la montaña de escombros tras Petrok y Priad disparando sus bólteres hacia la oscuridad que los recibía. Tenían el flanco oriental de la ciudad abierto y estaban adentrándose en su interior.

Petrok encabezaba el ataque, con su espada de energía chirriando en el aire. Priad lo seguía de cerca, disparando su bólter e instando a los hombres a atravesar la brecha.

A los diez minutos ya habían tomado la primera sección de la muralla. Petrok continuaba avanzando y diezmado con su espada las defensas enemigas: seres oscuros y parpadeantes que corrían a su alrededor a gran velocidad, pero ninguno lo suficientemente rápido como para evitar su hoja. *Bellus* derramó una cantidad importante de sangre enemiga. Petrok dejó un rastro de destrozos a su espalda: manos de tijera amputadas, cascos partidos en dos y torsos rajados.

La escuadra Damocles avanzaba tras el gran héroe, siguiendo su rastro de destrucción. Se desplazaban en formación amplia, bordeando los pasillos laterales y las cámaras, flanqueando a Petrok. La ciudad se había levantado siglos atrás, construida a partir de una roca tallada en varios bloques y pulida hasta formar paredes prácticamente lisas. Ornamentados globos de luz recorrían los muros o colgaban de los techos, y la blanca luz reflejaba la piedra verde y lo bañaba todo de una luz pálida y tenue. A Priad aquello le recordaba las aguas de Ithaka, las veces que se había sumergido en su verdor, en su silencio.

Allí no había silencio. Los atronadores estallidos, los gritos y los chillidos de los enemigos caídos, el traqueteo de los bólteres y el aullido del rifle de plasma. Los marines espaciales hablaban entre ellos a través de sus comunicadores, y todos oían el furioso zumbido de la espada de energía de Petrok. Priad se inclinó hacia atrás para evitar una salva de disparos que volaron la esquina de una pared que tenía ante sí, lanzando esquirlas de piedra verde en todas direcciones. Un momento después estaba encima del enemigo, una criatura con una armadura roja segmentada que emitía gritos incoherentes. Sus ojos eran dos líneas amarillas tras el visor. El ente se tambaleaba hacia él con una cuchilla doble y blandiendo una arma de fuego con hoja incorporada en la otra garra. Priad lo derribó con un disparo de bólter que le estalló en pleno pecho y lo hizo volar por toda la cámara hasta que cayó al suelo, chillando y

agitando las extremidades con un frenesí mortal. Su sangre pintó semicírculos en la pared que había sobre él.

Andromak achicharró los pasillos y las entradas con su arma de plasma mientras entonaba el himno de Karybdis. Cualquier movimiento, cualquier sacudida de alguna oscura extremidad o de alguna afilada hoja, y carbonizaba el aire de la cámara hasta chamuscar la mampostería.

Calignes y Pindor encontraron un camino a la derecha aloqueado por una pila de muebles y de tablones blindados. Disparos cristalinos llovían sobre ellos desde el fuerte improvisado. Avanzaron todos juntos y derribaron la barricada con toda su fuerza y todo su peso sobre los eldars oscuros que la defendían. Hubo un breve y confuso combate cuerpo a cuerpo entre Los restos. Pindor disparó a uno de los enemigos a quemarropa y después le aplastó la cabeza a otro contra la pared con el puño derecho. Calignes estranguló al tercero.

Siguieron avanzando. Pindor se separó brevemente de Calignes y se encontró en una amplia y simple cámara en la que los enemigos emergían de entre las sombras. El guerrero acabó con todos ellos con su bólter y su cuchillo en un frenético combate que duró cinco o seis segundos, pero que recordaría toda su vida.

Xander, Kules y Scyllon continuaron hacia un búnker de municiones y masacraron a cuarenta eldars oscuros en un combate directo. El viejo bólter de Kules brillaba incandescente mientras lo usaba para aporrear a un eldar oscuro antes de lanzarlo a un lado y sacar su espada.

Natus, a pesar de sus heridas, mantenía su posición en el exterior sujetando el bólter con la mano que le quedaba y acabando con los eldars oscuros mientras corrían, uno tras otro.

Memnes ayudaba a Illyus a avanzar, y ambos se vieron envueltos en un fuego cruzado que acabó con los eldars en una bruma de humo y de sangre.

Priad estaba con Petrok, adentrándose en las profundidades de las fortificaciones orientales. La garra relámpago del sargento, ávida de víctimas, golpeó al eldar oscuro y lo hizo pedazos mientras avanzaba. Su bólter rugía su cántico fúnebre. Los primuls estallaban a su alrededor, caían por todas partes y salpicaban de sangre el suelo embaldosado.

La espada de energía de Petrok atravesaba las rocas, los ladridos, las armaduras y la carne y dejaba a su paso los restos del enemigo como humeantes escombros. El bibliotecario entonaba la canción de caza de los ithakanos mientras luchaba. Era la vieja trova, el verso oficial de los cazadores de dragones mientras salían a buscar a su presa. Priad lo acompañó y empezó a cantar con el gran héroe, regocijándose con la matanza y con la nube de sangre.

Finalmente, Petrok se inclinó hacia adelante y se dejó caer sobre sus rodillas con la punta de la ensangrentada espada sobre la roca de la ciudad de Eidon y suspiró.

—¿Maestro Petrok? —preguntó Priad al tiempo que disparaba al último desgraciado que aparecía tras las sombras de las rocas que los rodeaban.

—Phobor ha tomado la muralla. La ciudad de Eidon es nuestra. Los Serpientes han ganado.

Priad vaciló.

—Entonces, ¿por qué estás tan pálido, maestro? ¿Por qué estás tan angustiado?

Petrok volvió a levantarse, limpiándose la sangre de la mejilla y elevando su poderosa espada de energía para que pudiese silbar en el aire sobre su cabeza.

—Porque vienen hacia aquí. Los oscuros vienen hacia aquí. Huyen presa del pánico y se dirigen en esta dirección, abandonan el oeste de la ciudad. ¿Puede Damocles librar una auténtica batalla?

—¡Por mi juramento que pueden! —gruñó Priad.

Cuarenta segundos después, la escuadra Damocles tuvo ocasión de demostrar aquel alarde.

Chillando y huyendo por la brecha de la ciudad, las inmensas fuerzas de los eldars oscuros se retiraban hacia el este y se encontraban con los solitarios guerreros de la escuadra Damocles. Los eldars estaban frenéticos y furiosos; su instinto de supervivencia estaba totalmente subsumido por la urgente necesidad de escapar. No tenían clemencia, y no mostraban ninguna intención de rendirse o de someterse. Llegaron como un negro y acorazado torrente de densa maldad que salía de la ciudad a toda prisa, como las ratas que huyen de un incendio, o el agua a través de una presa agrietada.

Abrumado, Priad mataba sin cesar, y en un momento dado se vio arrastrado por la marea de enemigos, hasta que Petrok lo levantó del cuello y volvió a recuperar el equilibrio.

Codo con codo, Petrok y Priad, con la espada y con la garra, redujeron a los eldars a un inmenso montón de cadáveres.

La sangre inundaba los pasillos: abundante, roja y hedionda. Tras los eldars, los guerreros de la escuadra Damocles cerraban la trampa. Andromak estaba junto a sus comandantes y lanzaba sus rayos de plasma hacia los extremos abarrotados, acabando con decenas de enemigos mientras éstos atacaban e intentaban huir presa del pánico. Después intervino Xander con su rugiente bólter. A continuación lo hicieron Calignes y Pindor, golpeando con sus espadas. A pesar de haber perdido media cara, Illyus arremetía en la oscuridad. Scyllon, Memnes, Kules. El lugar parecía un matadero. Un campo de muerte. Diez serpientes de hierro contenían la ola de eldars oscuros. Y el tullido Natus esperaba fuera, entonando la trova, disparando a todos los rezagados que conseguían atravesar aquel bloqueo mortal.

Priad estaba empapado de sangre y su bólter seguía disparando, a pesar de haberse quedado sin munición, hasta que Petrok lo detuvo.

—Ya hemos terminado Priad. Hemos acabado con miles de ellos.

Priad se quitó el casco y lo dejó caer al suelo. Éste se desplazó unos metros flotando en una corriente de sangre enemiga que descendía por el pasillo. El aire era denso; estaba cargado de humo y del vapor de la sangre. Habían gastado prácticamente toda su munición y estaban agotados, pero habían acabado con un gran número de eldars. Los cuerpos que los rodeaban indicaban que la escala de su victoria era inimaginable.

—Éste día será recordado por Damocles —susurró Priad en medio de la humedad y la oscuridad.

Después inició una escueta oración de agradecimiento al Emperador.

—Hay algo más —respondió Petrok secamente mientras daba unos pasos hacia adelante—. No hemos terminado.



CAPÍTULO 4

Volvieron a avanzar por los pasillos, escalando los montones de cadáveres y disparando sus bólters en las cabezas de todo aquello que se moviese. Ocasionalmente, el intenso calor del rifle de plasma del hermano Andromak abrasaba el túnel. Memnes, el viejo y leal Memnes, se acercó a Priad.

—Algo va mal, algo va mal.

Priad empezó a negar con la cabeza para tranquilizarlo, y alargó la garra relámpago hacia la oscuridad, pero una voz resonó a sus espaldas:

—Memnes tiene razón. Buen instinto, hermano. —En aquel oscuro lugar, la voz de Petrok sonaba alta y penetrante.

Priad formó a la escuadra tras él y avanzó hacia ella. Petrok se encontraba asomado a una sima desde la que las fumarolas de fósforo expulsaban el intenso calor infatigablemente.

—Mira —dijo Petrok, señalando con su gran espada.

Priad se asomó y miró donde le indicaban.

Abajo había cargas, extraños paquetes de explosivos amarrados a las paredes de las fumarolas. Aquél era el legado final de los eldars oscuros. Habían minado la ciudad de Eidon y las fumarolas de fósforo. Lo que no podía ser suyo, no sería de nadie.

—Eso explica que toda su fuerza se concentrase en el este y mi... sospecha. Los oscuros sabían que los venceríamos hoy. Nos mantuvieron luchando el tiempo suficiente para instalar esta trampa.

—¿Podemos detenerlo?

Petrok se encogió de hombros.

—Sus materiales son exóticos y extraños para nosotros. No garantizo que sepa comprender sus mecanismos explosivos.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Memnes.

—Sacarlos de ahí —respondió Priad directamente—. Los han colocado ahí para hacer reventar las grietas de fósforo. Si no podemos evitar que exploten, al menos podemos asegurarnos de que estallen lejos de su objetivo.

Petrok le lanzó una mirada franca y clara.

—Así es. Es lo único que podemos hacer. Incluso si estas cosas son inalterables, o están programadas para explotar al tocarlas, es nuestro deber.

Petrok se inclinó por la fumarola y alcanzó el paquete de carga más cercano. Tuvo que usar la punta de su espada para soltar las garras de metal que lo sujetaban a la roca. Lo subió lentamente. Se trataba de un cubo negro cubierto de pinchos con una parpadeante luz roja.

—¿Quién quiere ser el primero?

Memnes lo cogió con cuidado y con firmeza y empezó a caminar con paso decidido por los pasillos llenos de cadáveres desperdigados hacia la brecha de la muralla. Para cuando el guerrero hubo desaparecido de su vista, Petrok había soltado dos cargas más y Xander y Scyllon también estaban en camino, custodiando sus paquetes mortales.

Andromak se encargó de la siguiente. Después lo siguieron Illyus, Calignes, Pindor y Kules.

Petrok apartó la vista de la fumarola y miró a Priad. El sudor recorría su rostro, provocado por la tensión, tal vez, aunque Priad sabía que el calor que emergía de la fumarola era muy intenso.

—Quedan cuatro —anunció el bibliotecario.

—Entonces tendremos que llevar dos cada uno. No podemos esperar a que vuelvan los demás.

—Será muy difícil cargar dos.

—Lo haremos.

Petrok asintió y se estiró más para liberar las cargas que quedaban. Priad tuvo que agarrarlo de la cintura y de las piernas para que pudiese alcanzar las dos últimas. Extrajo las cuatro de una en una.

Priad cogió las dos que le tocaban. Eran pesadas, y no tenía ninguna intención de tratarlas bruscamente. Además, estaba convencido de que la luz parpadeaba con más rapidez que cuando Memnes había cogido su explosivo.

Petrok insertó su espada en el aro de su cinturón y cogió los dos últimos paquetes.

Priad ya se había puesto en marcha.

Con toda su concentración dedicada a mantener las bombas niveladas y en no agitarlas demasiado, era difícil recordar la ruta de inmediato. Habían llegado allí luchando, y todas las estancias devastadas por la batalla parecían iguales.

Priad llegó a un cruce y oyó a Petrok por detrás que le indicaba que fuese hacia la

izquierda. Y así lo hizo. En otra esquina estuvo a punto de resbalar con la sangre que cubría el suelo.

Ahora no había duda de que las luces parpadeaban cada vez más deprisa. A través de la verde penumbra empezaron a divisar la luz. Rojo blanco, el cielo ámbar. La brecha de la muralla oriental de la ciudad de Eidon por donde habían entrado.

Priad y Petrok avanzaban como podían intentando mantener el equilibrio en la montaña de restos y de líquido, y tratando de no agitar demasiado las cargas. El resto de la Damocles había descendido por el acceso del barranco hacia el abrigo de la escarpadura tras desperdigar los paquetes en la pendiente, alejados de la muralla de la ciudad. Los hombres empezaron a gritar palabras de aliento y a apurarlos para que se dieran prisa.

El sargento y el bibliotecario dejaren sus cargas en el suelo junto a los que el resto de la Damocles había colocado cuidadosamente fuera de la ciudad tomada. Todas dispuestas en el suelo parecían un extraño cultivo de frutos oscuros plantados en el polvo del desierto. El parpadeo de luces se había convertido ahora en un brillo rojo continuo.

—¡Corre! —gritó Petrok.

Priad no necesitaba que se lo dijera, y ambos corrieron por la pendiente, dando fuertes zancadas sobre el cristal de roca, armando un gran estrépito con el ruido metálico que producía su armadura y con el silbido de los sistemas hidráulicos. Priad oyó que el gran bibliotecario empezaba a decir algo.

Las cargas explotaron en una cascada casi continua de atronadoras detonaciones. Un estallido de rojo vivo más brillante que las fumarolas. Un contundente impacto de onda expansiva que les lanzó despedidos a ambos como si fueran arpones.



CAPÍTULO 5

Pequeñas nubes de humo negro y una enorme cortina de polvo manchaban el cielo ámbar que cubría la ciudad de Eidon. Los refuerzos aéreos, las oscuras figuras de las naves de suministro y de despliegue de tropas volaban bajo a través de la niebla.

En el punto sobre el acceso occidental, las fuerzas imperiales estaban celebrando su victoria, y la masa de serpientes de hierro aclamaba a su capitán héroe Phobor. Aquéllos con mejores voces entonaban una canción, los guanteletes golpeaban contra las placas de las armaduras. El rito de la Ofrenda de Agua ya se había realizado, y los Serpientes de Hierro disfrutaban de su triunfo.

Petrok y los hombres de la escuadra Damocles llegaron cuando la fiesta estaba en pleno apogeo. Estaba anocheciendo, y las estrellas empezaban a parpadear en el claro cielo sobre el velo de humo. También se podían divisar grandes luces, las luces de las naves de combate imperiales y de las naves escolta que permanecían en órbita. La noticia del éxito ya empezaba a recorrer el espacio disforme en dirección a la Casa del Capítulo en Ithaka.

Más abajo en los campamentos, se habían encendido braseros y los tambores resonaban. Cuando los hombres abandonaron el campamento y se dirigieron a los transpones de tropas para dirigirse a la siguiente zona de guerra, pequeños grupos de pálidos y temerosos oficiales de la Guardia marchaban escoltados hacia las naves de castigo. Eran órdenes de Phobor. Habían fracasado y pagarían por ello.

El ruido de los vehículos blindados y de las unidades de artillería que se preparaban para desembarcar inundaba la humeante noche. En las oscuras carreteras serpenteaban hileras de linternas y de faros de vehículos. Arriba, las nubes resonaban y las naves de refuerzo traían técnicos y trabajadores para que se encargasen de las fundiciones.

—¡Señor! ¡Estaba muy preocupado por su bienestar! —empezó el semántico

Rodos al ver reaparecer a Petrok. Dio una palmada y unos seres diminutos emergieron correteando de la oscuridad y se encargaron de *Bellus* y de los ennegrecidos guanteletes del bibliotecario.

—Estoy muy bien —respondió Petrok—. Llama a más personal para que atiendan a estos hombres.

Priad dirigió a la escuadra Damocles hacia el campamento. Andromak y Kander ayudaban a Natus, y Memnes sujetaba a Illyus. Antes de aceptar cualquier tipo de ayuda o de reconocimiento de ninguno de los presentes, Priad formó a los Damocles en un círculo y pidió a Memnes que dirigiese el rito de la Ofrenda de Agua para marcar el final de su lucha. Después podrían descansar, celebrarlo y ser atendidos.

Rodos observó el rito y esperó hasta que hubo terminado, después mandó llamar a los cirujanos y a los sirvientes de: capítulo. Las figuras salieron disparadas de las carpas. Algunas llevaban suministros o herramientas médicas. Illyus y Natus fueron llevados a las tiendas de cura inmediatamente.

Petrok observaba y se aseguraba de que la escuadra era bien atendida.

—Lo estaba buscando —dijo Rodos al bibliotecario en voz baja, situándose a su espalda.

—¿Phobor? —preguntó Petrok mientras se daba la vuelta.

—Estaba enfadado. —Rodos asintió—. Parece que le amargó la victoria el hecho de que no estuvieses por ahí siguiendo todas sus órdenes.

—Había otras cosas que hacer cosas más importantes.

—Yo no lo pongo en duda, señor, pero él lo hará. —Asintió Rodos de nuevo—. Ahora parece...

La voz de Rodos se fue apagando. Phobor había aparecido, poderoso y oscuro frente a las llamas. Su rostro cubierto de cicatrices se mostraba sombrío. El fuego iluminaba el emblema de la serpiente bicéfala que lucía en las placas de los hombros de su armadura.

—¡Petrok! Me preguntaba dónde demonios te habías metido. Mis órdenes fueron muy claras, ¿recuerdas? Quería una valoración de mis tácticas.

Petrok bebió un sorbo de una copa que uno de aquellos pequeños seres le había ofrecido antes de responder.

—Tus tácticas eran perfectas. Lo has demostrado tomando la ciudad, por el amor del Emperador. No necesitabas mi aprobación.

Phobor se encogió de hombros. Petrok sabía perfectamente que era uno de esos guerreros de corazón blindado. Disciplina absoluta, coraje absoluto. Nada de imaginación. Nada de... alma.

—¿Has elogiado a tus hombres por la victoria? —preguntó el bibliotecario.

—Sí, a todos ellos —asintió Phobor.

—Me temo que no a todos. Deja que te hable de la escuadra Damocles y de lo

que hemos conseguido hoy al otro lado de la ciudad. Deja que te hable de otra guerra, del auténtico valor, y del rojo vivo.



CUARTA PARTE
LLUVIA ROJA
MISIÓN EN CERES



CAPÍTULO 1

Hasta allí donde les alcanzaba la vista, el lugar parecía una inmensa herida abierta. El suelo de Ceres era rico en hierro, lo que le aportaba un intenso tono rojo. El viento arrastraba las partículas de metal hasta la atmósfera, de modo que cuando llovía, la lluvia era un líquido carmesí.

Estaba lloviendo en esos momentos. Llevaba semanas haciéndolo. La llovizna, de un color vivo como la sangre oxigenada, caía de unas nubes bajas y oscuras y transformaba el suelo rojizo en suaves y húmedos pliegues escarlata, lo que le daba un aspecto de carne cruda.

A través de la tierra herida, el Rhino arrastraba sus pesadas orugas resbalando y sacudiéndose en el rojo fango. Sus distintivos colores, gris, blanco y rojo, estaban cubiertos de un acuoso rosa por la lluvia, y los estandartes del capítulo colgaban en la parte trasera, oscuros como vendajes empapados.

Más adelante se encontraba Hekat, y la muerte tan viva y tan sangrienta como la lluvia.

Destacamentos de guerreros de la hermandad del capítulo, bienamados del mismísimo Emperador, habían llegado a Ceres dos semanas antes para interrumpir el repentino levantamiento de una secta del Caos. Ceres era un mundo agrícola con una escasa población que crecía alrededor de pequeños municipios separados de sus vecinos por miles de kilómetros cuadrados de tierras de cultivo. El levantamiento había afectado a Nybana, el municipio principal y campo de aterrizaje, un lugar abarrotado de viviendas en ruinas, tolvas de grano, trilladoras y áreas de carga. Aquél había sido el puerto de la primera escala del capítulo. Cuatro escuadras completas de inmensas figuras acorazadas, cuarenta guerreros, habían desembarcado de sus naves al amanecer y habían dado una batida en el municipio, incinerando a los miembros de la secta sin preguntar y sin mostrar piedad. La lucha había sido intensa pero breve,

sólo había durado hasta el mediodía. Armados con pistolas automáticas, guadañas y un celo fanático, los cultistas eran despiadados y temibles, pero no tenían nada que hacer contra los bólters y los poderes sobrehumanos de los notorios marines espaciales. A mediodía, el estandarte de los Serpientes de Hierro y el águila imperial ondeaban sobre el ayuntamiento de Nybana.

Después, el capitán Phobor, el venerable y condecorado comandante de los Serpientes de Hierro, junto con sus oficiales de escuadra, se reunió con el inquisidor Mabuse, quien había pasado unos meses en Ceres sacando la secta a la luz antes de contactar con el capítulo para solicitar ayuda.

En el atrio del ayuntamiento, la falange de guerreros gigantes permanecía de pie en un diligente silencio formando un semicírculo alrededor del inquisidor de pelo cano vestido con una túnica mientras él les informaba de la situación. Mabuse empezó a elogiar su actuación en la liberación de Nybana. En el exterior se oían los estallidos de los bólters mientras la escuadra de asalto terminaba la limpieza. Los cuerpos de los cultistas caídos, unos seiscientos o más, se habían apilado en un granero de la periferia y se habían incinerado con los lanzallamas. El acre olor a quemado inundaba el aire a pesar de la intensa lluvia.

—Se hacen llamar los Hijos de Khorne —dijo Mabuse. Su majestuosa voz flaqueó ligeramente al tener que pronunciar aquel oscuro nombre—. No parecen saber mucho de juegos de palabras. Mis investigaciones han demostrado que la mancha vino de otro mundo. Nybana es el puerto principal, y una gran parte de la población está formada por indigentes que se encargan de manipular y desplazar las mercancías y las cargas procedentes de una docena de planetas. Un indeseable aquelarre que practicaba ritos oscuros en secreto entre ellos trajo el veneno aquí y lo liberó entre la población.

—¿Afecta sólo al asentamiento principal? —preguntó Phobor con voz metálica e inexpresiva, filtrada por los altavoces de su casco.

—No, capitán, creo que no. —Mabuse se levantó y se acercó hacia una ornamentada mesita.

A la izquierda de Phobor, el hermano sargento Priad de la escuadra Damocles observaba al inquisidor con ojos curiosos. Llevaba nueve años sirviendo a los Serpientes de Hierro, y durante los últimos cuatro había estado al mando de aquella cuadrilla tan condecorada. Había visto cosas tan terribles y tan maravillosas en aquel tiempo que ningún entrenamiento en la Sala del Capítulo de Karybdis lo habría preparado para ello. Pero no había visto nunca a un inquisidor imperial tan de cerca. Sabía que no había dos iguales, y sabía que todos eran temidos, quizá tanto como los propios marines espaciales. Los inquisidores eran seres singulares, que afrontaban tanto los peligros físicos de la galaxia como los tormentos mentales de ilimitados males mientras se esforzaban por descubrir las manchas de la Gran Pestilencia.

Mabuse era un hombre alto y enjuto de unos cuarenta años con un mechón de pelo blanco y un rostro anguloso y de rasgos duros y tensos, como si su pálida piel se aferrase firmemente a su cráneo. Su túnica era negra y acababa en un galones dorados, y Priad vio ahora que su mano era una prótesis mecánica compuesta de intrincados calibradores y engranajes también dorados.

Mabuse cogió un objeto de la mesa con su mano artificial. Era una estatuilla de unos treinta centímetros de altura hecha de paja trenzada.

—Un muñeco hecho de cereal —les dijo Mabuse, sujetándolo en alto para mostrárselo—. Un objeto votivo muy común en muchos mundos rústicos o agrícolas. Aquí, en Ceres, los hacen en la época de recolección, uno por cada una de las distantes ciudades de siega, y se exponen aquí, en el ayuntamiento, durante el Tiempo de Celebración.

Después levantó otra figura de la mesa. Había algo terrible y retorcido en ella, aunque no era más que un muñeco de paja entrelazada.

—Encontré éste... y seis más iguales. Muñecos de Khorne, por llamarlos de alguna manera. Veo que vosotros, los marines, tampoco captáis los juegos de palabras. No importa. Todos se han creado siguiendo el método de los distintos municipios de siega, pero el diseño se ha alterado para convertirlos en símbolos de culto.

Mabuse dejó el objeto de nuevo sobre la mesa, como si no deseara seguir tocándolo más tiempo, ni siquiera con su mano de metal.

—Y con esto podemos deducir que al menos seis de los municipios han sido contaminados por la secta, Aunque el mayor levantamiento, aquí en Nybana, se haya sofocado, es de vital importancia que estas ramas alejadas también se comprueben y, si es necesario, se quemen y se depuren.

—¿Se pueden identificar los municipios afectados a partir de los muñecos? —preguntó Phobor.

—Por supuesto —respondió Mabuse, como si un acto tan arcano de adivinación fuese un juego de niños—. Debe enviar a sus equipos de inmediato, capitán. Envíelos para purgar estos lugares. Hasta entonces, Ceres se considerará un planeta impuro.

Había dieciocho granjas en Ceres en las afueras de Nybana. Mabuse y sus asesores habían identificado seis de forma concluyente a partir de las abominables figuras, pero el inquisidor insistía en que debían comprobarse todas y cada una de ellas. Phobor dejó una escuadra con él para mantener Nybana a raya, y envió a las otras tres a llevar a cabo la purga.

La escuadra Damocles fue enviada al noroeste. En aquella dirección había cuatro granjas: Nyru, Yyria, Flax y Hekat. De éstas, sólo la más distante, Hekat, se había marcado como contaminada por uno de los muñecos.

Priad y su escuadra tardaron un día entero en atravesar la tierra empapada de

lluvia para llegar a Nyru, y otro día más en confirmar que no estaba contaminado. Otro día de viaje los llevó hasta Yyria, que también demostró estar limpia, aunque el miedo y el resentimiento de sus habitantes levantaron sus sospechas y prolongaron la investigación.

Después pasaron otro día y medio de viaje a través de las tierras altas de barbecho y la estación húmeda los recibió con tormentas bajas, chubascos de vapor sangriento y de intensa lluvia roja. Llegaron a Flax al séptimo día de abandonar Nybana. Para entonces habían recibido los informes de las otras dos escuadras. La escuadra Pliades había hallado cultistas en el municipio de Broom, lejos, al sur, y habían entablado un continuo combate en la calle que había durado un día y una noche. La escuadra de Manes había descubierto otro nido de maldad en un municipio llamado Sephoni, y se había visto obligada a incendiarlo.

Damocles llegó a la granja de Flax.

Flax estaba desierta. Priad calculó que llevaba una semana vacía. La escuadra Damocles salió de sus Rhinos y se desplegaron por las calles húmedas de color sangre, y no encontraron nada más que cobertizos quemados, tolvas saqueadas y cosechadoras oxidadas. Por fin, el hermano Calignes encontró a la población. Habían sido asesinados. Cuatrocientos hombres, mujeres y niños liquidados con guadañas. Sus troncos y las partes de su cuerpo estaban amontonados en un silo de maíz, pudriéndose. El lugar estaba plagado de gorgojos.

Priad informó de la noticia a Phobor, que estaba en Nybana. El propio inquisidor Mabuse habló con él para hacerle unas preguntas. «¿Se trataba de un grupo de cultistas que habían decidido suicidarse? ¿Había alguna señal de auténtica corrupción? ¿Era posible que aquel lugar hubiese sido pasado a cuchillo por cultistas de otra granja, como la de Hekat?».

Mabuse les proporcionó unas simples instrucciones sobre qué era lo que tenían que buscar. Priad lo escuchó con atención y después envió a sus hombres a efectuar el rastreo. Una hora después se subió a la parte trasera del Rhino, se quitó el casco y volvió a ponerse en contacto con Mabuse a través del comunicador. En el exterior seguía cayendo la sangrienta lluvia.

—Señor, creo que es obra de gente de fuera. No hay ni rastro de ningún altar ni de ningún lugar de culto en Flax. Las únicas señales que hemos encontrado son los símbolos blasfemos garabateados con sangre en los laterales del granero donde se encontraba la pila de cuerpos. Mis hombres han hallado huellas de pisadas en los maizales que rodean el municipio. Al principio he pensado que podría tratarse del rastro de la huida de los asesinos, pero las huellas se cruzan y se superponen. Desde lo alto de los graneros; se ve que forman un patrón. Las líneas de pisadas son intencionadas. Forman un inmenso símbolo impuro en el maíz, de cientos de pasos de ancho. Inquisidor, espero no tener que volver a ver semejante símbolo de los Poderes

Oscuros nunca más.

—Buen trabajo, hermano sargento. Redacta tu informe. Estoy convencido de que se trata de un sacrificio. Una fuerza de cultistas lo bastante grande como para superar a cuatrocientos humanos y asesinarlos anda suelta por vuestra región. Lo que han hecho en Flax es una declaración, Debéis acabar con ellos. Por las pruebas que tenemos deberíamos empezar por Hekat.

La escuadra Damocles se preparó para avanzar hacia Hekat, a dos días de distancia. Priad ordenó al hermano Pindor que cogiese el lanzallamas del Rhino y que incendiase los maizales, para eliminar el símbolo dibujado en los cultivos. También incineraron a los muertos y bendijeron la inmensa pira consagrando a los inocentes y a los caídos en nombre del Emperador.



CAPÍTULO 2

Ahora tenían la granja de Hekat ante sí, y el Rhino resoplaba y resollaba por la embarrada carretera hacia el conjunto de graneros, silos, viviendas y molinos.

El hermano Scyllon conducía el transporte acorazado. Dando sacudidas en la sección trasera, los hombres de la escuadra Damocles comprobaron de nuevo sus armas y murmuraron oraciones personales de salvación y de tolerancia para sí mismos.

Priad permanecía sentado en el asiento con fijaciones cercano a la escotilla trasera. Estaba ajustando la pesada garra relámpago alrededor de su mano derecha. Ésa garra era el símbolo de liderazgo de la escuadra Damocles. El sargento Raphon, santificados sean su recuerdo y su descanso, la había llevado antes que él, y se la había legado al joven serpiente cuando cayó en Rosetta hacía cuatro años.

Antes de Raphon había adornado el puño de Pheus, héroe de batalla. Antes de Pheus había honrado la fortaleza de Berrios, un poderoso ithakano. Antes que él el gran Sartés lo había empapado con sangre irdol. Antes de eso, Dysse se había labrado el camino al sueño de los campeones con su eléctrica majestuosidad, abriéndose paso a través de las crueles hordas de piratas elders.

Y antes de eso, una lista de héroes cuyos nombres y hazañas Priad conocía a la perfección y que lo acompañaban cada vez que se ponía la garra. Se remontaba al mismísimo Damocles. Fue el gran Damocles, el más grande entre los grandes, quien, generaciones atrás, levantó la garra por primera vez y bautizó con su nombre al equipo de combate.

Priad dobló los largos dedos segmentados del guante de metal y observó como las chispas azules crepitaban dedo a dedo. La garra pesaba cerca de setenta kilos y medía tres veces el tamaño de una mano humana. Pero incluso sin los mecanismos de aumento de fuerza de su servoarmadura modelo Mark VII, Priad no tendría

problemas para levantarla. Pertenecía a los Adeptus Astartes. Era un titán posthumano, forjado genéticamente para servir al Emperador de Terra desde su nacimiento hasta su muerte. Desprovisto de su armadura seguía siendo una fuerza de destrucción superior. Acorazado, con la cara oculta tras el inexpresivo visor del casco de los marines espaciales, con las extremidades recubiertas con placas de ceramita impulsadas eléctricamente, sus sentidos aumentaban multiplicándose por mil. Era un asesino de dioses.

¡Que la Pestilencia vomitase sus oscuras deidades! ¡Él les haría frente y acabaría con ellas!

Priad observó la palma abierta de la resplandeciente garra. Vio las hendiduras y las abolladuras de combate que llevaba como insignias de valor. Conocía cada una de ellas. Éste profundo arañazo se lo hizo Raphon en combate cuerpo a cuerpo con un demonio en Brontax. Ésta marca irregular se la hizo Pheus cuando acabó con un dreadnought del Caos. La punta de un dedo que faltaba la había perdido Dysse al atravesarle el pecho al señor de la guerra Grondal y arrancarle el corazón.

Después advirtió algo más al verse reflejado en la superficie del guante de acero. Un rostro: pálido, de vello oscuro y de ojos negros y decididos. Su propio rostro.

Por un instante se vio demasiado mortal y vulnerable. Priad cogió su casco y lo fijó en su sitio. Lo que veía ahora reflejado en la bruñida garra a través de las lentes de su visor de combate era mucho más tranquilizador: un marine espacial.

—Estamos a diez minutos del municipio —informó Scyllon a través de los auriculares individuales.

Priad asintió y miró a sus hombres, analizándolos uno a uno.

Rules, el más bajo de todos ellos, con poco más de dos metros de altura, tenía una constitución gruesa como un barril, y había recogido su largo pelo negro contra el cuero cabelludo mientras se ponía el casco.

Illyus, con su rostro bien parecido repleto de cicatrices y de suturas alrededor de su ojo artificial, estaba colocando el cargador en su bólter.

Xander era el más joven y el más alto de todos, y sus ojos dorados parecían ausentes.

Pindor, con sus ojos hundidos y su mirada despierta, estaba reiniciando las conexiones de su armadura.

Natus estaba aflojando los pistones de su brazo izquierdo biónico y acomodaba el bólter en la funda del muslo.

Andromak, sonriendo como siempre, nivelaba el peso del inmenso rifle de plasma en las correas de su espalda.

Calignes, con los rasgos marcados, los ojos oscuros y una expresión de picardía, estaba limpiando las conexiones de su cuello antes de ponerse el casco.

Memnes, el apotecario, el conservador de la vida, el pastor de la muerte, con su

barba gris y su solemnidad, comprobaba el contenido del nartecium antes de cerrarlo.

Scyllon conducía, desnudo hasta la cintura para manejar mejor los controles. Su musculado torso estaba cubierto de conductos y de implantes de conexión.

«La escuadra Damocles —pensó Priad—. Alabada sea. Asesinos de dioses, arrasadores de mundos, marines espaciales, tan grandes y valientes como todo grupo de Serpientes de Hierro que haga honor a ese nombre».

Priad miró al viejo Memnes. El de la barba cana entendió la señal y elevó la voz para empezar la Letanía de la Guerra Inminente, a la que se unieron el resto de hombres. Memnes entonó la Llamada de Ithaka y el Juramento de Lealtad de Karybdis y todos respondieron sin vacilar.

Los que todavía no se habían colocado el casco lo hicieron. Kules tomó los mandos del Rhino mientras Xander y Pindor ayudaban a Scyllon a ponerse la armadura. Cada cierre del blindaje de la armadura fue bendecido.

El capitán Phobor había llevado a cabo el rito de la Ofrenda de Agua, vieja tradición de los Serpientes de Hierro, en Nybana nada más llegar la fuerza, pero ahora Memnes volvió a realizar el rito de la Ofrenda, pues era apropiado hacerlo antes de una batalla. El frasco tubular de cobre que contenía la preciada agua de los eternos mares de su mundo natal, Ithaka, pasó de mano en mano, y todos los hombres ungieron el símbolo de la serpiente alada de su peto con una gota o dos mientras Memnes entonaba las antiguas palabras.

El hermano Andromak cogió el estandarte de les Serpientes de Hierro, el emblema de la serpiente de doble curva, y lo fijó en sus hombros. El hermano apotecario Memnes lo ungió también con el agua. Ésta era clara, como el cristal líquido. «Qué distinta a la sangrienta agua que llueve sobre nosotros aquí», pensó Priad.

El Rhino giró rápidamente en la plaza principal de Hekat y Kules lo detuvo.

El lugar parecía desierto.

Priad abrió la escotilla trasera y la escuadra Damocles se desplegó en formación, con las armas cargadas y levantadas en busca de cualquier movimiento.

No había nada.

Ominosa y del color de la sangre, la lluvia caía sobre ellos.



CAPÍTULO 3

El despliegue de los serpientes de hierro avanzaba por la calle principal de la granja al tiempo que escaneaban todos los rincones con sus auspex y sujetaban las armas con sus acorazadas manos. Ocho de ellos iban a pie, con Priad a la cabeza. Kules avanzaba lentamente con el Rhino tras ellos, con las turbinas paradas y con la estructura principal de faros y reflectores encendida para rastrear la tormentosa oscuridad del lugar. La lluvia caía en forma de oscura aguanieve a través de los rayos de intensa luz. Scyllon estaba junto a la torreta abierta con las manos en los agarres del bólter de asalto que estaba montado en el afuste exterior.

No se oía nada más que el crujido de sus pisadas, el leve murmullo del transporte y el golpeteo de la lluvia.

Priad levantó la mano izquierda mostrando tres dedos, trazó un círculo en el aire y señaló.

Calignes, Xander y Pindor avanzaron hacia la izquierda y comprobaron las puertas y los sombríos pasajes entre los edificios.

El primero indicó que todo estaba despejado y los tres marines adoptaron posiciones de disparo a la izquierda de la calle.

Priad volvió a repetir el gesto, esta vez con la mano derecha, cubierta con su guante de energía. Mostró tres dedos crepitando electricidad.

Andromak dirigió a Illyus y a Natus por la derecha. En esta ocasión la espera fue más larga, ya que Natus comprobó un granero abierto que los granjeros habían utilizado para almacenar maquinaria rota y basura. Cuando salió, negó con la cabeza en un gesto claro y exagerado.

Andromak comprobó la entrada principal de lo que parecía ser el ayuntamiento. Después se volvió e hizo un gesto juntando las manos. Priad sabía que esto significaba que estaba «cerrado» o «encadenado».

Priad se acercó hasta Memnes, quien se encontraba observando aquel deprimente lugar con aire especulativo. Los inmensos y acorazados pies del comandante chapoteaban en los charcos de lluvia carmesí que se habían formado en las roderas de tractores de la embarrada calle. Era como estar en un matadero que llevaba décadas sin limpiarse.

—¿Crees que ha sucedido lo mismo que en Flax, hermano apotecario? —preguntó Priad, iniciando y terminando su comunicación con un chasquido de ruido estático.

Memnes negó con la cabeza.

—Hay algo diferente, sargento. Puede que encontremos a la población asesinada en alguna parte, como los encontró Calignes en Flax, pero hay algo más...

Memnes deslizó su visor hacia arriba para que la lluvia roja salpicase su rostro desnudo. Si cualquier otro Damocles hubiese hecho algo así, Priad lo habría reprendido por constituir un blanco fácil. Pero Memnes, el viejo Memnes, tenía más experiencia que todos los demás juntos y era capaz de oler las señales de peligro. El sargento sabía perfectamente que, en ocasiones, valía la pena dejar que olfatease el lugar.

—Miedo, expectación, ansiedad... El ambiente está cargado de todas estas sensaciones. Hay gente viva aquí aunque nuestros auspex no lo detecten.

—¿Están escondidas?

—Eso parece...

Priad se preguntó si debía abrir el sistema de megafonía del Rhino y saludar a la gente oculta con una declaración de apoyo y de rescate, pero decidió no hacerlo. El silencio era inquietante, pero por alguna razón no deseaba interrumpirlo.

Cruzó hacia donde estaban Andromak y Natus junto a las puertas del ayuntamiento. Sólo se detuvo para permitir que los dos hombres preparasen sus armas y abrió las puertas de una violenta patada. La cadena rota de un remolque arrastraba por el suelo desde las astilladas puertas. Alguien se había encerrado allí dentro.

El trío entró apuntando con sus armas en busca de objetivos. La estancia, una inmensa sala con pilares de madera, era oscura, y el suelo estaba cubierto de escombros. Un inmenso tragaluz aparecía hecho añicos, y la lluvia entraba por el agujero e inundaba el suelo. Natus intentó encender las luces levantando un conmutador que había en la pared, pero la energía estaba cortada. Activaron la visión nocturna y observaron el lugar bajo una fantasmagórica fosforescencia verdosa.

—El suelo está inundado por la lluvia —dijo Natus a través del comunicador.

—No todo —respondió Andromak. Había llegado a un rincón empapado de líquido rojo, pero estaba muy alejado del agujero del techo—. Eso no es lluvia. Esto es sangre.

Tenía razón. Era imposible distinguir dónde acababa la lluvia y dónde empezaba la sangre, pero de todos modos allí había mucha sangre. Salpicaba las paredes, y había manchas y alguna que otra huella de manos, pero no había ni rastro de cadáveres.

Priad avanzó hacia la cámara del consejo que había tras la sala principal. Allí había más sangre, y empapaba las alfombras de arpillera y los suaves tapizados de las filas de asientos. La pared más alejada estaba cubierta de paneles con los nombres de los alcaldes del municipio y la producción anual detallada en una orgullosa hoja de oro batido. Los paneles habían sido acribillados con armas de bajo calibre y estaban agujereadas y astilladas. Priad advirtió que había miles de casquillos de bala por el suelo.

—Menuda pelea —dijo Andromak, que estaba a su lado.

—¿A qué le estaban disparando? —preguntó Natus, pasando por delante de ellos.

Señaló a un punto, y a sus expertos ojos estaba claro que los daños ocasionados por los disparos trazaban arcos definidos en las paredes, como si los constantes disparos automáticos hubiesen intentado alcanzar a algún objetivo que se movía con alarmante velocidad.

Andromak abrió una puerta que había a la derecha de una patada, junto a la sala del consejo y encontró archivadores y unos lavabos sucios. La sangre también cubría las mugrientas baldosas azules de aquel cuarto, y los tabiques de madera de las letrinas habían sido partidos en dos por el frenético fuego automático.

Tras la sala del consejo, por un largo pasillo de baldosas de ónice, hallaron una capilla dedicada al Emperador representado como el proveedor de una copiosa y fructífera cosecha. Pero la estatua del Emperador, que sujetaba una espada en una mano y una reja de arado en la otra, había sido decapitada. La balaustrada había sido reducida a astillas por los disparos.

Una de las abominables figuras demoníacas que el inquisidor Mabuse había llamado de forma irónica «muñecos de Kharne», estaba clavada en el pecho de la estatua. Por todo el pedestal había escritas unas palabras compuestas de letras y de símbolos tan groseros que a Priad se le revolvía el estómago sólo de verlas.

El sargento oyó a Natus toser y hacer arcadas por debajo de su casco, y ahogarse con las náuseas.

—¿Hermano Natus?

Éste emitió una especie de maullido por el comunicador. Incluso el más fuerte de la hermandad podía ser presa de los insidiosos horrores del Caos, y aquella abominación los había sacudido a todos y les había revuelto las tripas. Profanar la imagen del Emperador con aquellas señales...

Priad sabía que necesitaba a Natus entero. A pesar de lo horrible que le resultaba la imagen también a él, se volvió hacia su hermano serpiente.

—¡Natus!

El guerrero era incapaz de articular una palabra coherente. Priad levantó su puño izquierdo y lo golpeó con el dorso de la mano en el visor de su casco. El guerrero retrocedió con el visor abollado.

—¡Vuelve en ti, hermano! ¡Esto es justo lo que pretende la Oscuridad! ¡Por eso llevaron a cabo este sacrilegio! ¡Para amedrentar a hombres como tú!

—Lo... lo siento, hermano sargento —respondió Natus, aturdido después de recuperar el pensamiento racional.

Priad levantó el bólter, se dio la vuelta e hizo añicos la figura deformada y el muñeco de paja con un estallido de explosivos disparos. El ruido era ensordecedor.

Los comunicadores no tardaron en cobrar vida.

—¡Armas de fuego! ¡Hemos oído armas de fuego!

—¿Hermano sargento? ¡Responde!

—¿Qué está pasando ahí?

—Tranquilos —respondió Priad al tiempo que sustituía hábilmente el cargador de su bólter—. Sólo estaba haciendo un poco de limpieza. No hay blancos, pero el enemigo anda por aquí. Estad alerta.

Fuera, al otro lado de la calle, Xander oyó las palabras del hermano sargento. Junto a Calignes y Pindor aguardaban a la izquierda de la calzada.

De repente, un pequeño punto blanco apareció en su auspex. Se movía y se desplazaba siguiendo un patrón irregular. A quince pasos de ellos, tras una fila de tiendas de productos agrícolas y de herrerías.

—¡Contacto! —informó.

Calignes y Pindor también lo vieron, y los tres se volvieron para dirigirse a los edificios que había a la izquierda. Memnes cruzó hasta ellos mientras preparaba su bólter. Kules avanzó ligeramente con el Rhino, desde donde Scyllon barría la zona con el bólter de asalto.

Xander se volvió para mirar a Memnes.

—¿Entramos?

—¿Hermano sargento? —preguntó Memnes.

—Vamos hacia allí —respondió Priad por el comunicador—. Entrad.

Xander y Memnes avanzaron por un pasaje lleno de escombros, un callejón secundario que los llevó a la parte trasera de los almacenes de grano y las herrerías, hasta los patios traseros de las chabolas adosadas. Calignes y Pindor abrieron de un golpe la puerta del garaje para tractores y avanzaron a través del sombrío interior, completamente lleno de vehículos agrícolas cubiertos de lona impermeable. Cadenas oxidadas colgaban de las vigas bajas del techo. La pareja avanzaba en paralelo a Xander y a Memnes siguiendo los puntos azules de los marines espaciales en sus auspex. El punto blanco parpadeaba por delante, entre los dos frentes.

Xander y Memnes se abrieron paso a través de una puerta trasera de madera conglomerada hinchada por la lluvia y avanzaron pegados a una pared de ladrillo medio derrumbada y cubierta de musgo negro y de líquenes. Estaba en una estrecha zanja que daba a las tiendas de productos agrícolas y al garaje.

La luz era escasa y la lluvia cada vez más densa. Las oscuras y arremolinadas nubes parecían estar justo sobre sus cabezas. Incluso con las lentes de visión nocturna, la visibilidad era muy baja.

—Ahí —dijo Memnes con el visor todavía levantado, señalando hacia adelante—. Está en ese edificio anexo.

Se trataba de un cobertizo de una única planta de chapa de zinc. Xander y Memnes avanzaron hasta la entrada occidental, la más alejada de la calle principal. Calignes indicó que él y Pindor se dirigían al otro extremo desde la parte trasera del garaje.

Xander bajó el picaporte para comprobar si estaba cerrado.

Algo salió del cobertizo, abriendo la puerta violentamente y golpeando a Xander con ella. Tenía una fuerza tan descomunal que el inmenso y acorazado guerrero salió despedido hacia atrás a través de la pared desmoronada que había al otro lado de la zanja. Derribó una sección de ladrillos podridos y acabó boca arriba en el patio de una de las chabolas adosadas.

Justo detrás de él, Memnes se preparó y disparó, lanzando una brillante línea de proyectiles que reventaron el marco de la parte izquierda del cobertizo. Intentó seguir la forma que había salido con tanta furia derribando a su compañero. Era lo único que podía hacer para verla.

Distinguió una criatura cuadrúpeda, larga y delgada, y el doble de grande que un hombre. Era de color rojo sangre, como la lluvia. Memnes vio lo que parecían ser unos enormes y afilados dientes como las hojas de una espada; unas garras; una batiente, nudosa y cartilaginosa cola, tan larga como la columna de un humano.

Todos sus tiros fallaron, pero obligaron a la criatura a volver al cobertizo.

El guerrero corrió tras ella.

—¡Calignes! ¡Por el amor de Terra! ¡Va hacia ti! —bramó por su comunicador.

En el otro extremo del cobertizo, Calignes y Pindor se tensaron y abrieron fuego, pero también fueron demasiado lentos. Un borrón rojo, algo que no podían ver, pero que sabían que estaba allí, salió de repente del cobertizo y saltó sobre ellos.

Calignes sintió un fuerte impacto y se tambaleó, aturdido y sin aliento, antes de caer con fuerza hacia un lado sobre un montón de ruedas de tractor. Al instante oyó a Pindor gritar por el comunicador. Emitió un sonido de sorpresa que se cortó bruscamente.

Priad, Andromak y Natus, con Illyus siguiéndolos de cerca, salieron de la parte trasera del garaje de tractores a toda prisa. Encontraron a Calignes tirado contra los

oxidados cubos de las ruedas. Algo había atravesado la parte delantera de su peto y había dejado tres rayas irregulares en la ceramita. La sangre brotaba de la armadura desgarrada.

No había ni rastro de Pindor, excepto por su bólter, que estaba tirado en el suelo.



CAPÍTULO 4

Se reunieron junto al Rhino. Scyllon y Natus metieron a Calignes en el vehículo y le curaron las heridas. Los desgarros eran profundos y se negaban a coagular. La sangre brotaba de su cuerpo como el agua de la lluvia. Xander estaba aturdido pero intacto.

Priad conectó el auspex principal del Rhino y buscó a Pindor, o al rastro de luces de su armadura, su señal identificativa. No había nada. Era como si el hermano Pindor se hubiese evaporado.

Memnes advirtió el estado de ánimo de Priad y lo asustados que estaban los miembros de la escuadra en general. Estaban acostumbrados a la superioridad de ser Adeptus Astartes, y las pocas veces que se encontraban con algo más imponente se quedaban aturdidos. Ni siquiera él mismo podía explicarse la velocidad de aquella criatura. Avanzaba tan deprisa y con tanta fuerza que no había podido verla claramente.

—Debo encontrarlo —dijo Priad a Memnes en voz baja—. Vivo o muerto, pero encontraré a Pindor.

Memnes asintió. No esperaba menos de su valiente sargento.

—No pienso aceptar que haya desaparecido. —Priad observó con el ceño fruncido el auspex del Rhino—. Sentiste rastros de vida, pero todavía no hemos encontrado nada en nuestros dispositivos.

—Sentí algo, hermano sargento. Podría haber sido esa criatura.

—Sentiste miedo, viejo amigo. Ésa cosa ha derribado a cuatro de nuestros serpientes de hierro y se ha llevado a uno de ellos como trofeo. No tenía miedo.

—Es cierto. Entonces no podemos fiarnos del auspex.

—¡Desde luego que no! —afirmó Priad—. Algo lo está bloqueando, algo que está ocultando a Pindor, a los habitantes... y a ese monstruo. Menos a corta distancia Xander nos guió hasta ella en cuanto captó su señal —reflexionó el sargento—. En

ocasiones el adamantium bloquea los auspex.

—Pero creo que aquí no hay adamantium. Tampoco tengo conocimiento de que haya ninguna sustancia en la zona que afecte a los radares imperiales. Si no podemos fiarnos de los auspex, es por una cuestión de... brujería. La habilidad de la Oscuridad para mentir y confundir.

—Sí, yo también lo he pensado. Todos nuestros instrumentos están ciegos. Tú fuiste el único que consiguió verla.

—Tenía el visor levantado —subrayó Memnes.

Priad levantó su propio visor y se volvió hacia los hombres.

—Buscamos a una criatura terrible que es invisible a nuestros instrumentos. Levantaos los visores. Usad bien vuestros ojos.

Aquello era algo inaudito, pero todos obedecieron. Levantaron los visores y se volvieron vulnerables para ser menos vulnerables.

—¡Formad equipos de búsqueda! —ordenó Priad. Su voz sonaba extraña y cruda al no estar filtrada a través del altavoz—. Dividíos el municipio y registradlo de arriba abajo.

Los ocho miembros activos que quedaban de la escuadra Damocles registraron Hekat, sótano por sótano, ático por ático, granero por granero, silo por silo. Trabajaban en parejas. Calignes, cuyas heridas habían dejado de sangrar gracias a las pulverizaciones de tejido cutáneo del nartecium de Memnes, permaneció en el Rhino vigilando las calles desde la torreta.

Mientras exploraba junto a Kules, Priad se preguntaba si debía informar a Phobor y a Mabuse en Nybana. No sabía qué decirles o qué clase de consejo podrían ofrecerle. Finalmente decidió enviar un simple mensaje de batalla codificado informando de que se habían enfrentado a la secta y que se estaban encargando de su destrucción.

Desde Nybana llegaron varias respuestas urgentes prometiendo enviar refuerzos. Algunas procedían de Mabuse, exigiendo conocer la naturaleza del culto.

Lejos del Rhino, Priad ignoró la avalancha de mensajes. Haría aquello a su manera. Encontraría a Pindor y resolvería la situación.

En el Rhino, Calignes oía los pitidos del comunicador exigiendo una respuesta. Implicaría mucho dolor tener que bajar hasta la cabina, de modo que los silenció.

Al igual que el hermano sargento Priad, estaba convencido de que no había nada que la escuadra Damocles no pudiese superar. Además, para cuando la ayuda llegase, ya sería días demasiado tarde.



CAPÍTULO 5

Illyus y Scyllon los encontraron en las criptas del sótano del templo de la Eclesiarquía, en el extremo norte de la calle principal. Trescientos cincuenta granjeros y familias encogidos de terror tras unas puertas cerradas y bloqueadas. Ninguno de los Damocles entendía por qué los auspex no los habían detectado.

Bajo la supervisión de Memnes, los civiles fueron sacados de allí y llevados a un refugio en el comedor de una granja; un largo y bajo edificio lleno de mesas de caballete y rudimentarias sillas de metal. El apotecario les proporcionó asistencia médica y Scyllon y Xander se encargaron de protegerlos mientras Natus hacía acopio de provisiones en las tiendas y les preparaba algo de comer en las cocinas del comedor.

Priad y Andromak interrogaron a los líderes granjeros, tres hombres asustados y consumidos.

—Nos enteramos de lo que había sucedido en Flax, de modo que decidimos escondernos. Llegó una... criatura y mató a decenas de habitantes. Por eso nos escondimos en la cripta.

—¿Qué es esa... criatura? —inquirió Priad.

—¡Por el amor del Emperador, mi señor, ni siquiera la vimos!

—¡Llegó al municipio y empezó a matar!

Priad miró a Andromak.

—Entonces, ¿Hekat iba a servir para llevar a cabo un sacrificio, como en Flax?

—Eso parece, hermano sargento... Y eso significa que los cultistas se esconden en los maizales.

Priad se levantó y abandonó la estancia. Algo no encajaba. Lo sentía tan claramente como Memnes podía oler sus «rastros».

El muñeco que habían visto en Nybana señalaba claramente aquel lugar como el

centro del culto, o al menos como el lugar en el que los cultistas estaban activos. Sin embargo, allí no había nada más que habitantes que se habían visto obligados a ocultarse bajo tierra a causa de una bestia, y un intento de desangrar a la población para adorar a alguna especie de deidad.

¿Qué era entonces aquel lugar, un centro de culto o un sitio inocente? No podía ser las dos cosas.

Y si era un sitio inocente, ¿qué significaba el muñeco de Nybana? ¿Cuál era su propósito?

¿Llevarlos hasta allí?

El líder de los granjeros salió de su ensueño.

—Tú nos salvarás, ¿verdad, valiente marine espacial? ¡Por el amor del Emperador! ¡Por favor!

Priad asintió. Lo haría. Lo juró.

Illyus y Kules exploraban los silos de grano en el extremo este de Hekat cuando las lluvias se tornaron torrenciales. Una avalancha de grano y de gorgojos cayó de la empapada tolva y cubrió sus pies. Illyus quería cerrar su visor para evitar que la sangrienta lluvia lo golpeará en la cara, pero las órdenes de Priad habían sido muy claras, de modo que siguió avanzando y apuntando con su pistola.

Illyus había perdido un ojo en Eidon, y su implante biónico temblaba y le molestaba. Cuando vislumbró la forma roja parpadeando a través de la lluvia, lo primero que pensó es que se trataba de una imagen fantasma evocada por su órgano artificial.

Después se dio cuenta de que sólo podía verla a través de su ojo real.

Todo lo que habían conjeturado era cierto. La criatura que acosaba Hekat sólo podía verse de manera natural. Los dispositivos mecánicos y biónicos, los auspex y los radares no servían para nada.

Illyus empezó a disparar y a gritar.

Kules se acercó para unirse a él disparando su arma, y llegó justo a tiempo para ver como la gran bestia salía de entre la lluvia a toda velocidad y derribaba a Illyus con su batiente cola.

El guerrero descargó su cargador contra el monstruo. Estaba ocupado asesinando a Illyus, de modo que por un instante se transformó en un objetivo inmóvil. De no haberse parado para partir a Illyus en dos, se habría movido demasiado rápido como para poder verlo.

Kules hizo estallar a la criatura con una docena de disparos certeros. El tejido y la sangre pulverizados se unieron al aguacero.

La sensación de triunfo le duró poco. Aquélla cosa había decapitado y destripado a Illyus en un instante. El serpiente de hierro caído yacía desparramado bajo los

restos destrozados de aquel demonio.

Kules conectó su comunicador e informó de lo sucedido.

—¡Hemos matado a la bestia! —comunicó Priad a los habitantes que lo rodeaban—. ¡Damocles, seguidme! Vosotros, aldeanos, os quedaréis aquí hasta que volvamos. Vuestra pesadilla ha terminado.

La escuadra Damocles formó filas y abandonó el comedor.

Ninguno de ellos advirtió las miradas de inquietud que los agricultores les lanzaban.

Kules velaba el cuerpo de Illyus y esperaba a que el resto de Damocles llegase. Intentó imaginar cuál había sido el propósito de la criatura. Estaba claro que quería asesinar y aterrorizar al municipio, pero ¿qué más pretendía? ¿Por qué estaba allí? ¿Qué estaba protegiendo?

Desobedeciendo las órdenes que había recibido, Kules avanzó y entró en un silo que había a la izquierda del callejón. Lo que vio allí le heló la sangre.

En el contenedor de metal que había en la base del silo se había levantado un altar. Estaba repleto de parpadeantes velas y en las paredes se habían grabado unos horrendos dibujos.

Pindor colgaba en vertical sobre un crucifijo formado de cinta de embalar y alambre. Lo habían maltratado y torturado y lo habían despojado de su armadura. Veinte hijos de Khorne, parecidos a los que Kules y el resto de serpientes de hierro habían asesinado en Nybana, permanecían de pie en círculo realizando una ceremonia.

Pindor estaba al borde de la muerte.

Uno de los cultistas se volvió, vio a Kules y lanzó un grito de alarma. Al instante, los veinte infieles que seguían el ritual se volvieron, alzaron sus armas automáticas y dispararon hacia la puerta de entrada del silo que enmarcaba al serpiente de hierro.

Kules se bajó el visor y entró en la cámara bajo los constantes impactos que estallaban contra su servoarmadura. Una vez dentro abrió fuego con su bólter y fue aniquilando a los cultistas uno tras otro.

Cuando llegó hasta el crucifijo, usó su hoja para liberar a Pindor y abrazó su cuerpo flácido y desnudo.

—Te sacaré de aquí, hermano —dijo Kules.

Pero no sería tan fácil.



CAPÍTULO 6

Tal y como concluyó el inquisidor Mabuse más adelante en su resumen de las hostilidades en Ceres, el centro principal del culto era el municipio de Hekat, y no Nybana. Tras sofocarse el levantamiento principal en Nybana, los cultistas dejaron rastros deliberadamente para conducir a los Serpientes de Hierro al municipio de cosecha más remoto, donde pretendían llevar a cabo el sacrificio.

La bestia que Kules había matado... sólo había sido un entretenimiento, una fuerza guardiana invocada desde la disformidad para mantener a los marines ocupados. Hekat y su gente, quienes se habían convertido por completo al culto a Khorne, querían sacrificar a un astartes. Si lograban derramar a sangre de uno de los hombres del Emperador, podrían llevar a cabo un hechizo que abriría los cielos y liberaría a una encarnación del mismísimo Khorne.

Priad dirigía a su cuadrilla por las calles para apoyar a Kules y se vieron atacados desde todas direcciones por los mismos agricultores a los que habían jurado salvar. Por primera vez en su vida, el hermano sargento Priad se dio cuenta de que iba a verse obligado a romper su promesa.

Los cultistas, quienes tan sólo unos minutos antes daban la sensación de ser frágiles granjeros necesitados de ayuda, cargaban contra ellos desde todos los flancos arremetiendo con salvaje frenesí.

—¡Matadlos! ¡Matadlos a todos! —gritó Priad a sus hombres mientras se abrían paso hacia el silo.

Sus armaduras y sus bólters apenas eran suficientes contra el superior número de cultistas.

Andromak perdió un dedo a causa de un disparo.

Xander cayó y fue golpeado con rejas de arado casi hasta morir hasta que Matus fue en su auxilio.

Scyllon recibió un golpe de guadaña en el brazo y sangró durante semanas.

Los agresivos cultistas tomaron el Rhino en la calle principal. Calignes, débil a causa de la pérdida de sangre, estaba medio moribundo. Los atacantes le prendieron fuego y le arrancaron las extremidades una por una.

Memnes cayó sin emitir sonido alguno después de que una bala le atravesase el rostro sin protección.

Priad llegó hasta el silo y acabó con los cultistas que los rodeaban. Estaba tan empapado de rojo por la sangre como por la lluvia. Por fin, el sargento llegó hasta Kules y lo ayudó a arrastrar a Pindor hasta un lugar seguro.

Después, con su ardiente garra relámpago, se dispuso a terminar su cruda tarea, revocando su palabra y liquidando a los agricultores traidores en lugar de salvarlos.

Al amanecer de la mañana siguiente había terminado el trabajo.

Memnes, Calignes e Illyus habían muerto, al igual que cuatrocientos setenta cultistas.

Una victoria, si se la podía llamar así. Priad no sentía que hubiesen vencido. El sargento obvió todas las atenciones que el inquisidor Mabuse tenía para con ellos y dirigió a su escuadra hacia la lanzadera de despegue.

—Has hecho un buen trabajo, Priad. El Emperador alabará tus acciones. —La voz de Mabuse sonaba tan majestuosa como siempre.

—He guiado a mis hombres hacia una trampa que usted debería haber advertido, inquisidor —respondió Priad mientras se cerraban las escotillas—. La próxima vez, si el Emperador quiere, lo hará mejor.

Las escotillas se cerraron. Llevándose a sus nobles muertos, la escuadra Damocles abandonó Ceres y regresó al vacío del espacio.

Baje sus pies, la lluvia roja caía incesantemente.



QUINTA PARTE
ESTELA CARMESÍ
ITHAKA



CAPÍTULO 1

Ithaka. La orgullosa Ithaka. Mundo de océanos. Cuna de Serpientes. La acorazada nave de desembarco gira como un cometa a gran altitud, despidiendo juego como una estrella fugaz. En su candente casco resplandece la insignia de la serpiente de doble curva que representa al Capítulo de los Serpientes de Hierro...

Priad desabrochó los seguros de su asiento y avanzó vistiendo su armadura completa hasta la ventanilla más cercana, donde se detuvo con las manos apoyadas contra cada una de las paredes de la portilla. Por debajo, a través de los luminosos chorros de fuego de reentrada en la atmósfera, veía los océanos, el oscuro tumulto de extensa agua fría, el hostigante frenesí de los profundos mares ithakanos.

La nave de desembarco descendió en picado, se niveló y dejó de arder. Volaba casi rozando la superficie del océano, azotada por los salados vientos huracanados y por inmensas olas de kilómetros de altura. Seunenae, los altos muros de hierro, la pesadilla de todos los cazadores de dragones.

Priad vio el brillante reflejo de la veloz nave de desembarco sobre la rizada y turbulenta oscuridad inferior. También divisó marysae, la blanca espuma del mar, y el bullente caldero de ulbrumid, el rastro del dragón.

Ithaka. La orgullosa Ithaka. Mundo de océanos. Cuna de Serpientes.

Llegarían a tierra en un par de minutos, tiempo suficiente para que el líder de la escuadra destapase el frasco de cobre y realizase el rito de la Ofrenda de Agua.

Priad llevaba diez años fuera de casa. Y éste era su hogar. Era Ithaka.

El agua salada empezó a correr por sus mejillas. El rito había comenzado. El sargento se quitó el guantelete, se secó las lágrimas de los ojos y ungió el emblema de los Serpientes de Hierro del mamparo. Sus hombres lo observaban mientras lo hacía.

A veces el ritual era especial. En ocasiones el frasco no era necesario.

La nave de desembarco atravesaba el cielo hacia el oeste a la velocidad de una bala trazadora sobrevolando las aldeas de pescadores y los bosquecillos de los archipiélagos bañados por el sol hacia los peñascos del Paso del Primarca. Éstas grandes torres de roca se elevaban sobre el agua a lo largo de una curva de doscientos ochenta y ocho kilómetros donde los archipiélagos daban al océano abierto.

Priad ya había dado instrucciones al piloto de la nave de desembarco. Ésta aminoró y reguló la velocidad y viró hacia el Peñón de Sulla, un risco de treinta metros que dominaba las líneas occidentales del paso. Las aves marinas de pico de gancho y los pájaros de escamas de litoral abandonaron sus lugares de descanso en las rocas asustados por el estruendoso ruido de los motores a reacción de la nave. Alzaron el vuelo en bandadas y trazaron círculos chasqueando los picos y gritando al viento. La luz del sol se reflejaba en sus escamas grises. La blanca agua rompía y estallaba alrededor de la base del risco.

La nave de desembarco se detuvo abruptamente sobre la cumbre llana de la roca, con las tres garras de aterrizaje extendidas. La escotilla se abrió con un sordo sonido metálico y dejó que el fresco aire del mar y el bramido del océano penetrasen en la cabina.

Los guerreros lo sintieron en sus rostros. Todos los miembros que componían la escuadra Damocles se habían quitado el casco. Priad los dirigió al fresco exterior de la cumbre del risco. Todos a una inspiraron el limpio y metálico aroma del mar abierto. Era abrumadoramente intenso.

Durante largos periodos de tiempo, todo lo que percibían lo hacían a través de los sistemas de transmisión de sus armaduras. Ahora se encontraban completamente expuestos al viento. Los receptores olfativos instalados en sus cráneos amplificaban los olores de un lugar un millón de veces. Priad suspiró. Podía oler el ozono en el fuerte viento, la cal en el guano de los pájaros de escamas. Detectaba el aroma de la salina mucosidad de los bivalvos agarrados a la base de la roca, el oleaginoso avance de un banco de rocaloes a diez kilómetros de distancia y la cítrica fragancia de un vaso de alcohol de grano vertido a veinte kilómetros de allí, en una taberna junto a mar del archipiélago.

Era demasiado.

Priad caminó sobre el crujiente suelo salado hasta el borde del risco. Baje sus pies había una vertiginosa caída hasta el agua. Las aves de pico de gancho giraban en bandada y atravesaban los débiles arco iris que formaba el vapor. El sargento se volvió para mirar a sus hombres: Kules, Xander, Pindor Natus, Andromak, con el estandarte de la serpiente ondeando entre sus omóplatos, y Scyllon. El piloto y su asistente también habían emergido de la nave de desembarco y estaban arrodillados algo alejados del grupo principal mostrando sus respetos.

—En nombre del primarca que nos dio origen, en nombre del capítulo que nos

une, en nombre del Dios Emperador que nos gobierna, en nombre de Ithaka..., que aquello que fue de Ithaka pertenezca a Ithaka de nuevo.

Priad destapó su frasco de cobre y dejó caer el último chorro de agua. Las gotas cayeron por el lateral del risco, centelleando al sol. Era el ritual de Regreso. Todos los serpientes de hierro llevaban un frasco de agua de vida sagrada de su mundo natal para ungir sus acciones por toda la galaxia, pues el agua de vida procede del océano y el océano es la sangre del Emperador Ahora, al regresar, lo poco que quedase debía devolverse al mar.

Uno tras otro, los hombres dieron un paso hacia el borde y vertieron e contenido de sus propios frascos. Cuando todos hubieron terminado, Priad Andromak y Xander regresaron al precipicio y vaciaron los tres recipiente de los que no habían logrado regresar a casa. El agua de vida de Calignes Illyus y del apreciado Memnes. Después, Kules, Scyllon y Natus dieron un paso hacia adelante portando las eusippus, las urnas de cobre. Por ser el miembro de más edad de la escuadra Damocles, esta última tarea le correspondía a Pindor, el guerrero de ojos de lince, no al sargento.

Mientras Priad entonaba el Lamento de Dysse, Pindor abrió la tapa de los tres eusippus y vertió la ceniza gris que contenían. Fina, ligera y clara ésta se mezcló con el viento e iba y venía como el agua al mar. Los guerrero podían olería. Microscópicas motas en el viento. El olor a muerte y a gloria Calignes. Illyus. Memnes. Caídos frente a un archienemigo en Ceres. Desaparecidos, pero no olvidados. En la bolsa de la cadera de su armadura Priad había preparado el relato de sus vidas, actos y muertes, y estaba sellado y listo para ser incluido en el archivo de la Casa del Capítulo.

—¡Mirad! —exclamó Pindor, agarrando a Priad del brazo—. ¡Mirad allí!

Más allá de los peñascos, apenas a un kilómetro de distancia, el océano bullía con furia. Ulbrumid. El rastro del dragón. El gran remolino era oscuro como la noche bajo la batiente espuma de agua blanca. Miles de aves marinas daban vueltas sobre el inmenso movimiento.

Por un instante, un gran anillo de serpiente emergió de entre la espuma destellado bajo la luz del sol. Después desapareció. El ulbrumid se fue apagando y las aves marinas se fueron dispersando.

—Es una buena señal, un buen augurio —dijo Pindor.

Priad asintió. Las grandes serpientes de Ithaka se habían reencontrado mutuamente.



CAPÍTULO 2

—¿Habéis celebrado los rituales pertinentes? —preguntó el semántico Phrastus.

—Sí, señor —asintió Priad—. Hemos llevado a cabo el ritual del Regreso. Ésta mañana, en el mundo natal que tenemos bajo nuestros pies. Fuimos directamente allí antes de venir aquí.

—Entiendo. —Phrastus se acercó a su atril de escritura y cogió una holopluma del recipiente de energía—. ¿Sus nombres?

Priad estaba ausente mirando por la ventana presurizada de la cámara de la torre hacia las fortificaciones de rococemento y los estériles riscos de la luna desde la que se veía a Ithaka, verde y blanco, asomar por el horizonte.

—¿Nombres?

—De los caídos, sargento.

—Ah. —Priad suspiró—. Calignes, Illyus y Memnes.

El semántico escribió sus nombres.

—¿Alguna hazaña que registrar?

Priad extrajo el documento sellado de la bolsa de su cadera y se lo entregó.

—Ahí están redactados todos sus méritos, con todo tipo de detalles y pormenores. Todos cuentan con mi más absoluto reconocimiento.

—Serán catalogados.

Priad se quitó el nartecium del hombro y lo dejó sobre una mesa auxiliar. En su interior, en tubos esterilizados provistos de cierre automático, yacían las preciosas glándulas progenoides extraídas de los caídos. Con Memnes muerto, Priad se había visto forzado a extirpar las glándulas él mismo.

Phrastus tocó una campana y llamó a los apotecarios para que se llevasen el nartecium.

—Necesitarás sangre nueva —dijo Phrastus, dejando a un lado la pluma y

acercándose a Priad.

—Sí.

—El capitán Phobor me ha pedido que te ayude personalmente en la selección.

—Me siento muy honrado, señor.

—He preparado una lista de aspirantes de la hermandad. Todos son nuevos reclutas de la mejor calidad. Están ansiosos por formar parte de una escuadra activa, y Damocles tiene una gran reputación.

—Me alegra oír eso, señor.

—Habéis perdido a vuestro apotecario, ¿verdad?

—A Memnes. Sí, señor.

—Ésa es la decisión más difícil. Hay dos candidatos muy prometedores. Ambos acababan de ser elevados a ese rango. Sykon y Eibos. Estoy convencido de que tanto uno como otro estará a la altura de vuestras necesidades.

—No lo dudo, señor, pero tenía a Khiron en mente. He oído hablar de lo sucedido en Cozan, y pensé que...

—¿Khiron? Ah. No, no. Lo siento, hermano. Eso no será posible.

Priad miró a su alrededor. El olor de la Casa del Capítulo le resultó de repente intensamente estéril y frío.

—¿No es posible?

—Que el Emperador te tenga en su gracia —lo despidió el semántico—. Bienvenido de nuevo a Karybdis, hermano.

Karybdis. Luna-fortaleza. Casa del Capítulo. Descalzo y vestido con un; holgada túnica blanca, Priad estaba de pie en la cubierta de mármol de la plataforma de observación en la cumbre de la fortaleza de la Casa del Capítulo. Desde aquí podía ver a través de las poderosas defensas del bastión de los Serpientes de Hierro, a través de las inclinadas torretas de los principales emplazamientos, los inmensos muros de oclusión, las puntiagudas protuberancias de las baterías de vacío, semejantes a los erizos de mar. Podía oler la piedra, el promethium, la ficelina, los distintos combustibles. La energía cruda. Aquí era donde se creaba y se formaba el legado de los Serpientes de Hierro, y desde aquí marchaban a conquistar las estrellas en nombre del Emperador. Priad se había pasado dos horas en la armería con sus hombres mientras los funcionarios del capítulo retiraban lentamente y bendecían cada uno de los segmentos de sus armaduras tipo Mark VII y se las llevaban para revisarlas y repararlas. Después pasaron otra hora en remojo en los calientes baños del balneario, en profundas bañeras esculpidas en planchas de coraza pulida de gran dragón. Después se zambulleron en las piscinas y más tarde pasaron a la zona de friegas frías, los bruscos cuidados de la madera de thryxus, para purgar y rascar la piel y el exoesqueleto, la aplicación de brillante aceite caliente de orub, un bálsamo para los

conectores corporales doloridos y para las inflamadas tomas de bioconexión.

Les habían aceitado el pelo, se lo habían trenzado y enroscado; sus rostros habían sido afeitados y embadurnados con cera depilatoria. Todos los serpientes de hierro de la tropa regular estaban siempre bien afeitados. El tratamiento de cera mantenía sus caras suaves durante años. La irritación que producía el vello al salir en un rostro cubierto por el casco durante meses se consideraba una distracción a la hora de combatir.

Limpio, aceitado, exfoliado y ungido. Hacía años que Priad no se sentía tan limpio y tan puro. Sentía un hormigueo en la piel. El perfume de los aceites y ungüentos que lo cubrían le resultaba perniciosamente dulce. Los aromas atacaban a sus desprotegidos sentidos sobrehumanos de manera empalagosa e invasiva.

Y se sentía ligero, sobrehumano. Como si pudiese saltar, romper el cielo con sus propias manos y no regresar jamás.

No se había percatado de lo pesada que se había vuelto su armadura, por mucha fuerza e invulnerabilidad que le proporcionase en combate. Se había acostumbrado a su oneroso peso y al control que aquel bozal ejercía sobre sus sentidos. La verdad es que no se había despojado de su armadura por un periodo de tiempo considerable desde hacía diez años.

Diez años. Diez años atrás había estado en aquella misma cubierta, vestido y limpio de manera similar. Había mirado hacia la fortaleza de Karybdis y se había regocijado. Entonces era el hermano soldado Priad, recién seleccionado para la escuadra Damocles por el sargento Raphon y el apotecario Memnes.

Ahora se encontraba allí de nuevo como el hermano sargento Priad, ocupando el puesto de Raphon. Y Memnes también había muerto.

Priad era dolorosamente consciente de cómo había llegado aquel honor a sus manos. Bajó la vista y las observó, sorprendido de verlas humanas y desnudas. Le resultaba extraño que la gran garra relámpago no se cerrase al cerrar la mano.

Había mantenido a la escuadra unida desde la muerte de Raphon. Habían alcanzado la victoria en Ceres y en Eidon, aunque la lucha en Ceres había sido especialmente cruenta. Ahora tenía que recomponerla. Casi un tercio de la escuadra debía ser reseleccionada y reclutada.

Priad alzó la vista a las estrellas, como solía hacer cuando buscaba orientación, independientemente de en qué parte de la galaxia se encontrase. Ni siquiera conocía los nombres de la mitad, aquél era el trabajo de los bibliotecarios o los apotecarios, pero solía encontrar significado en su formación. Después de todo, el Dios Emperador de la Humanidad estaba en las estrellas, en cada una de ellas.

Directamente sobre él se encontraba la estrecha franja de las Estrellas de Arrecife, la constelación lineal a la que pertenecía Ithaka. Aunque los Serpientes de Hierro viajaban por todo lo largo y lo ancho del espacio al servicio del Emperador, aquel

grupo de estrellas era su particular campo de batalla. Desde el comienzo de la era imperial, el capítulo había custodiado las Estrellas del Arrecife y había prometido mantenerlas seguras, especialmente contra el influjo de los eldars oscuros, su más antiguo enemigo.

—En ocasiones, los dragones grandes y viejos se sumergen durante años —dijo alguien en voz baja—, pero nunca a tanta profundidad como se encuentran tus pensamientos ahora mismo, muchacho.

Priad se volvió e inmediatamente se puso de rodillas. De repente el ambiente se cargó de un sagrado olor a energía y a maquinaria eléctrica.

—¡Señor del capítulo! —exclamó al tiempo que hacía la señal del águila.

—Levántate, muchacho. El sabio Emperador te dio unas fuertes piernas utilízalas.

Priad se levantó lentamente con la cabeza inclinada.

—Mírame, Priad.

Priad levantó poco a poco la cabeza.

El señor del capítulo Seydon no era más que una sombra, vestido con una toga, misterioso y enorme. Su capa estaba compuesta de pequeños fragmentos pulidos de cuerno de dragón, unidos como un rompecabezas con hilo de oro. Su lenta respiración empezaba en los tanques de intercambio ocultos bajo su capa. Tenía la cabeza cubierta, pero una especie de luz interior emergía desde donde deberían haber estado sus ojos.

Medía por lo menos un metro más que Priad.

—Señor...

—Hay muchas cosas que un serpiente de hierro puede permitirse temer, muchacho: las masivas legiones del archienemigo..., las hordas de puercos verdes..., los enjambres de las detestables colmenas..., pero yo no soy una de ellas. Reduce tu pulso y tu respiración, Priad. Tranquilo.

—No esperaba verle, señor.

—Siempre intento ver a los serpientes que regresan tras una larga ausencia, especialmente a aquellos a los que aprecio. Y he apreciado a la escuadra Damocles desde que le dije a Damocles que la formase. Es una de las mejores escuadras de guerra que haya producido jamás este capítulo. Una de las Notables, junto a Tebas, Veii, Parthus y la adorada y valiente Skypio. Y tú, Priad, ahora tú eres Damocles.

—Sí, señor.

—Petrok habla muy bien de ti. Lo impresionaste en Eidon, y hace falta mucho para impresionar a mi ilustre bibliotecario.

—No es para tanto, señor.

—Me han dicho que Memnes ha muerto. Una lástima para el templo. Es una gran pérdida.

—Señor.

—¿Quién más?

—Calignes e Illyus.

—Calignes... Siempre me gustó Calignes. Tenía un aire de antiguo Pheus, con ese porte. E Illyus... Ahora tenía la marca de un líder. Podría haber dirigido una escuadra propia algún día.

Priad estaba atónito. Aunque la hermandad contaba con un millar de marines, el señor del capítulo hablaba como si los conociese a todos personalmente.

—A ellos los echarás de menos más a largo plazo —dijo Seydon.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Todo el mundo lamentará la muerte de un gran hombre como Memnes. Eso hará que el sentimiento de pérdida resulte más inmediato y más intenso. Pero Calignes e Illyus... Sé por experiencia que a la larga a quien más echa de menos un líder de escuadra es a los soldados más comunes. Nadie lamenta su pérdida como un comandante de escuadra, que echará de menos sus matices y sus movimientos.

—Estoy seguro de ello, señor. Pero Memnes ha supuesto una gran pérdida para mí.

—Por supuesto. ¿Has pensado ya en un sustituto?

Priad asintió.

—Fue algo osado, señor. Quería un apotecario con experiencia. A Khiron...

—No, a Khiron no, muchacho. Olvídalo. Khiron no volverá a formar parte de una escuadra nunca más.

—Señor, he... he oído lo que sucedió en Cozan. Toda la escuadra de Ridates murió excepto Khiron, el apotecario. Estoy convencido de que no fue culpa suya.

Seydon se volvió y dirigió su mirada al paisaje lunar.

—No, no lo fue. Los hombres mueren en la guerra, y la escuadra de Ridates cayó valientemente. Khiron tuvo suerte de sobrevivir, y sé de buena tinta que desearía no haberlo hecho. Me habría gustado tenerlo de nuevo en una escuadra. Pero son acontecimientos más recientes los que lo descartan de ser considerado.

—¿Señor?

—Busca a otra persona, Priad. Mira en tu corazón. Estoy convencido de que harás una buena elección.

—Gracias, señor. Lo intentaré, pero... —La voz de Priad se fue apagando.

Silencioso como un fantasma, el antiguo señor del capítulo había desaparecido.

El hermano Natus lanzó un gruñido y dejó caer todo su peso sobre la pierna izquierda mientras el aspirante ponía toda su fuerza en el golpe. El cnokoi que blandía silbó sobre el hombro derecho de Natus, y éste giró sobre sus talones y golpeó diestramente con su propio báculo al aspirante en el tórax, doblándolo en dos y lanzándolo boca arriba contra la estera de paja.

Xander y Andromak rieron y aplaudieron. Natus sonrió y se inclinó para ayudar al aspirante sin aliento a levantarse con su aumentado brazo izquierdo.

—Buen intento —dijo—, pero tu ataque era demasiado amplio y te ha dejado desprotegido.

—Sí, señor —asintió el aspirante mientras se dirigía cojeando hasta el extremo de la estera, donde esperaban el resto de aspirantes.

Al menos tres de ellos estaban sentados atendiendo sus heridas y sus contusiones.

Priad estaba junto a Pindor, Kules y Scyllon en el extremo opuesto de la sala de entrenamiento. Como todos los serpientes de hierro presentes en la cámara, tanto los veteranos Damocles como los aspirantes iniciados llevaban un ajustado traje flexible de piel gris oscuro que dejaba las manos, los pies y la cabeza al descubierto. El traje se ajustaba al cuerpo de su portador mostrando los contornos del poderoso físico que cubría. Unos tachones de goma cubrían los bultos de las tomas de corriente cutáneas y de los implantes dérmicos.

Sólo el semántico Phrastus vestía una toga. Llevaba un euchoi largo de seda gris ribeteado con cuentas blancas y rojas y estaba sentado en un banco de piedra tomando notas en una placa de datos.

—¡Siguiente! —gritó, chasqueando los dedos.

El siguiente aspirante de la fila se acercó a la estera y recogió el cnokoi del suelo. Con dos metros de largo y hecho de bronce, el cnokoi era un arma de prácticas diseñada para simular el peso y el equilibrio de una lanza marina. No tenía la punta afilada, sino que acababa en una especie de espátula plana y roma.

—¿Nombre? —preguntó Phrastus.

—Dyognes —respondió el aspirante. Era alto y delgado, con el pelo recogido en la coronilla con un pequeño nudo.

—Empieza —dijo el semántico.

Natus adoptó una postura informal de cuclillas con las piernas separadas, la clásica laoscrae o postura de cubierta que permitía que un hombre se mantuviese en pie en un barco mecido por las aguas agitadas. Tenía el bastón cruzado delante del pecho, con la punta superior hacia fuera para desviar los ataques y la inferior hacia atrás, lista para lanzar un gancho bajo desde la cintura cuando menos lo esperase el oponente. Dyognes, el aspirante, adoptó una postura similar pero menos agachada, y ambos empezaron a moverse en círculo. «No tardará en derribarlo, su centro de gravedad está demasiado alto», pensó Priad.

Dyognes embistió a Natus con la punta del báculo, quien la desvió con su propia punta y lanzó el gancho bajo en respuesta. Pero Dyognes bloqueó el gancho con un fuerte sonido metálico, volvió a embestir con la punta superior y, mientras Natus esquivaba el golpe, desplazó hábilmente ambas manos hacia el otro extremo de su cnokoi y lo deslizó como un remo tras las rodillas de Natus.

Éste aterrizó fuertemente sobre la estera, sin aliento. Ahora eran los aspirantes los que aplaudían. Andromak y Xander volvieron a reír.

—Bien —asintió Natus de mala gana mientras el aspirante lo ayudaba a levantarse.

—¿Otra? —preguntó Dyognes.

—Es mi turno —dijo Scyllon, acercándose a la estera y cogiendo el cnokoi de las manos de Natus mientras éste se retiraba.

Después de Priad, Scyllon tenía la mayor reputación entre los componentes de la Damocles a la hora de cazar dragones, y era un maestro en el arte de la lanza.

Priad se acercó hasta Phrastus mientras empezaba el combate.

—Interesante —dijo el semántico.

Dyognes había sido el primer aspirante en ganar un encuentro contra los miembros de la Damocles desde que la sesión había comenzado esa mañana.

Scyllon avanzó sin formalidades. Ni siquiera parecía que se estuviese preparando. Después giró lanzando una ráfaga de ataques, altos y bajos, que obligaron al joven aspirante a retroceder tambaleándose por la estera. El aire resonaba con golpes de bronce sobre bronce.

Justo cuando parecía que estaba a punto de salirse de los límites rojos de la estera, Dyognes se repuso y lanzó una serie de ataques que forzaron a Scyllon a agacharse primero y a retroceder después. Priad observó que lo que destacaba particularmente de la capacidad del aspirante era su estilo poco ortodoxo. Dyognes cambiaba frecuentemente la posición de sus manos, de manera que variaba rápidamente la dirección de los golpes, y tampoco tenía miedo de embestir con una sola mano para prolongar su alcance.

Por supuesto, quitar una de las manos del báculo en un combate estaba mal visto. Al hacerlo se agarraba con la mitad de fuerza, lo que suponía el doble de posibilidades de que el enemigo te arrebatase el arma.

Dyognes bloqueó tres expertas embestidas de Scyllon y después lanzó un gancho bajo en un momento tan oportuno que Scyllon tuvo que dar un salto atrás para evitar que le rompiese las costillas. Pero aquel ataque lo había pillado desprevenido. Dyognes se aprovechó de la situación y embistió con su báculo con una mano para golpear a Scyllon en la cabeza.

Pero Scyllon fintó. Embistió con su arma y golpeó la muñeca de Dyognes. El cnokoi del aspirante salió despedido por los aires. Scyllon empujó a Dyognes en el pecho con la punta de su bastón y lo derribó sobre la estera.

Hubo un aplauso general.

—Ganador, Scyllon —anunció Phrastus.

—No —intervino Priad.

Los aplausos cesaron. Priad señaló el pie izquierdo de Scyllon. Estaba pisando

completamente la línea roja.

—Fuera del límite. Ganador, Dyognes.

Scyllon maldijo su propio error con buen humor y ayudó a Dyognes a levantarse.

—Ahí tenemos a uno —dijo Priad, al semántico—. Anótalo.



CAPÍTULO 3

—Mató al hermano Krates de la escuadra de Phocis.

—¿Que hizo qué? —inquirió Priad incrédulo.

—Baja la voz, hermano. No es un tema del que les guste hablar en la Casa del Capítulo. La desgracia de Khiron ha cogido a todo el mundo por sorpresa.

Priad no podía creer lo que estaba oyendo. Estaba junto a su viejo amigo, el hermano sargento Strabo, de la escuadra de Manes, en el atrio del templo de la Casa del Capítulo, justo al final de las oraciones del crepúsculo. Las columnas del pórtico se elevaban sobre ellos, decoradas con hojas de acanto y relieves de bestias. En las hornacinas había unas orgullosas estatuas de kuroi de mármol y cerámica. Priad estaba casi ahogándose con las esencias del humeante incienso. Su nariz no estaba acostumbrada a un espectro tan amplio de olores sin filtrar.

—Según tengo entendido, Ridates, Phocis y Tebas fueron enviados a Cazan —susurró Strabo—. El archienemigo se encontraba allí en gran número, protegiendo alguna especie de abominable altar o algo así. La escuadra de Ridates fue exterminada, a excepción de Khiron, y Phocis sufrió varias bajas hasta que Tebas le dio la vuelta a la situación y destruyó al enemigo. Después regresaron aquí con los heridos.

—¿Y?

—Dos días después de su regreso, Khiron entró en el apotecarión y disparó su pistola bólter contra la cabeza del hermano Krates, uno de los heridos de Cozan. Sin más.

—Pero... ¿por qué?

Strabo se encogió de hombros.

—Comentan que Khiron aseguraba que Krates era un instrumento de la disformidad y que estaba protegiendo al capítulo. Pero no tenía pruebas. Lo más

probable es que Khiron perdiera la cabeza después de haber perdido a toda su escuadra. Desde entonces, por lo que parece, está encerrado y delirando. Puede que se celebre un juicio, pero lo más probable es que se enfrente al... oethanar.

Priad negó con la cabeza. Aquello no tenía sentido. Khiron era uno de los apotecarios más sensatos y más respetados de los Serpientes de Hierro. Que perdiese la cabeza así...

—¿Quieres que ocupe el lugar de Memnes?

—Sí —respondió Priad.

—Yo que tú lo dejaría correr, hermano. Busca a otra persona. Khiron ya no forma parte de la hermandad.

Después de que sonase la campana de la tarde y tras un breve descanso para alimentarse, la rutina de la práctica de combate dio comienzo de nuevo. La escuadra Damocles volvió a la sala de entrenamiento para poner a prueba a más aspirantes.

Priad tenía a Dyognes en mente, y había un par más que prometían. Ahora, en la sesión vespertina, otros dos aspirantes habían destacado, especialmente un fornido joven llamado Aekon.

El semántico Phrastus también había convocado a uno de los que había sugerido como apotecario, un hombre rotundo de pelo cano llamado Sykon. A Priad el tal Sykon no le gustó demasiado, pero esto se debió más al propio estado mental del sargento que al comportamiento del hombre en sí. No dejaba de pensar en Khiron.

Había conocido y admirado al apotecario desde que él mismo había sido un aspirante y, de hecho, su intención era probar suerte para entrar en la escuadra de Ridates antes de que Raphon lo enviase a la escuadra Damocles. El haber sido elegido para formar parte de una de las escuadras más prestigiosas del capítulo, una de las Notables, lo había sorprendido y se había sentido muy honrado. Por aquel entonces Priad no reconocía su propia valía. Fue después cuando descubrió que era uno de los mejores aspirantes de su promoción y que varios comandantes de escuadra se habían peleado por él. Priad se diferenciaba del resto en que no se había unido a los Serpientes de Hierro con ambición de ascenso. Muchos de los aspirantes soñaban con ser reclutados en las escuadras de élite como la de Skypio o la de los Exterminadores. Priad se contentaba con ser un serpiente de hierro. Un puesto en una de las escuadras tácticas estándar como la de Ridates habría sido más que suficiente para él. Echando la vista atrás, se preguntaba si habría sido su falta de ambición la que lo había llevado hasta donde se encontraba ahora. Tal vez los comandantes de capítulo se habían fijado en él porque siempre le había preocupado más el arte de la guerra y el servicio que la promoción o la gloria.

Y eso era precisamente lo que lo atraía de Dyognes y de Aekon. Se acercaban a la estera sin la ferocidad de los demás. Y éstos solían marcharse de ella de rodillas.

Priad realizó personalmente los últimos combates de la sesión. Intentó no pagar su exasperación con los pobres estúpidos que corrían hacia él dando golpetazos con el cnokoi como si nunca antes hubiesen cogido uno. Intentó recordarse a sí mismo que todos esos hombres habían matado al menos a un dragón marino con una sola mano. Eran los mejores de Ithaka. Priad los dejó jadeando y escupiendo sangre en la estera.

—Hemos terminado —anunció el sargento, y el grupo se separó.

Priad entregó el cnokoi a uno de los aspirantes para que lo volviese a colocar en el estante de la pared.

Phrastus se acercó hasta él.

—Creo que no es necesario que pregunte... —empezó el semántico.

—A menos que tenga algo mejor que mostrarme mañana, señor, mis elegidos son Dyognes y Aekon.

—Buenas elecciones —respondió Phrastus—. Confirmaré la selección con el capitán Phobor y los prepararé para los ritos de iniciación. Pasarán a formar parte de la Damocles a finales de este mes. —El semántico hizo una pausa—. Respecto al apotecario... Su iniciación debería tener lugar al mismo tiempo.

—Quiero reunirme con ambos candidatos aquí mañana a las siete, y le comunicaré mi elección después de la reunión. También quisiera a los reclutas Dyognes y Aekon, y al resto que hemos anotado como posibles candidatos. Los reconsideraré a todos una vez más para estar seguro.

—Todavía hay tiempo esta noche, hermano sargento.

—Mañana, señor, por favor.

El tolo yacía bajo la Casa del Capítulo, profundamente incrustado en la corteza de roca de Karybdis. Se trataba de un blocao de castigo que, gracias a la meticulosa disciplina del capítulo, apenas se usaba. Sus residentes más comunes solían ser prisioneros de guerra que esperaban a ser interrogados bajo los atentos ojos de los guardianes del capítulo.

Phybos, el guardián de servicio de esa noche, era un entrecano veterano que había perdido las dos piernas y un brazo en Kinzia hacía cinco décadas. Llevaba una larga barba gris y el pelo recogido hacia atrás, y su transporte mecánico retumbaba mientras lo llevaba por el frío pasillo de piedra.

—Esto es inadmisibles, hermano sargento —protestaba.

—Pero ¿está permitido?

—Sí. Supongo que sí. ¿Tienes algún motivo?

—¿Necesito alguno?

—Eres el líder de la escuadra Damocles, hermano. No, no lo necesitas. —Phybos se detuvo de repente e hizo un gesto de desaprobación negando con la cabeza.

—¿Ha dicho algo?

—¿Estás de broma? —respondió Phybos. El guardián volvió a negar con la cabeza y gritó—: ¡Cállate, en el nombre del primarca!

Priad frunció el ceño. El no había oído nada.

—Está delirando. Delira día y noche —dijo Phybos mientras continuaba avanzando—. ¿Has oído eso?

Priad seguía sin oír nada.

—Lo que dice no tiene sentido. Y no te acerques demasiado a él.

Phybos se detuvo delante de una pesada puerta de bronce y empezó a abrirla lentamente usando el manajo de llaves que llevaba colgadas alrededor de su escuálido cuello. La puerta se abrió y reveló la reja de una jaula interior y, más allá, una sombría celda que encerraba al apotecario Khiron.

—Ahí está —anunció Phybos—. Delirando, como te he dicho.

Khiron no estaba delirando. Estaba sentado al fondo de su celda, en silencio, mirando fijamente por la ventana abierta. Su rostro estaba cubierto de amoratadas magulladuras alrededor de la nariz y las mejillas.

—Déjanos solos —dijo Priad.

—No tardes demasiado, hermano —respondió Phybos, y se alejó de allí.

—Priad.

—Hermano Khiron.

—Me temo que ya no soy tu hermano —respondió el hombre más viejo—. Me han apartado de la hermandad.

—¿Por qué ha dicho el guardián que estás delirando? —preguntó Priad, acercándose a los barrotes.

—¿Es que no lo hago? ¿Acaso no estoy lanzando insultos y blasfemias contra la celda?

—No.

—Vaya. Pues eso es lo que la mayoría de los hombres cree que estoy haciendo.

—¿Por qué?

—Porque el... —Khiron se detuvo—. Da igual. Me alegro de que tú me veas a mí y no a un monstruo desquiciado. Pero es absurdo intentar explicártelo. No serviría de nada, y dirían que estoy intentando engañarte.

—Yo... —empezó Priad, pero no sabía qué decir.

—Deja que te haga una pregunta —dijo Khiron—. ¿Por qué has venido?

—No podía creer lo que me contaban. Quería verlo con mis propios ojos.

—Ahora soy la comidilla de todos, ¿verdad?

Priad negó con la cabeza.

—No quería decir eso. Damocles perdió a Memnes en Ceres. Esperaba reclutarte como sustituto. Pero mi elección fue... prohibida.

—¿Memnes... muerto? —Una auténtica tristeza ensombreció el rostro sabio e

hinchado de Khiron—. Entonces ambos hemos sufrido grandes pérdidas esta temporada.

—Se lamentará la pérdida de la escuadra Ridates. Eran todos valientes hermanos. Khiron se levantó, pero no se acercó a los barrotos.

—Un tiroteo en un barranco. Murieron todos en menos de seis minutos. Sólo me salvó la cruel casualidad. Unos disparos derribaron la pared del barranco y quedé enterrado entre los escombros. El impacto me rompió el pómulo y el tabique nasal, como puedes ver. El archienemigo pensó que yo también había muerto. —El apotecario fijó la mirada en Priad—. Ojalá hubiese podido hacer algo más por ellos en lugar de tener que extraer las glándulas progenoides de cada uno de sus cuerpos mientras éstos se enfriaban.

—Hiciste todo lo que pudiste.

Priad estaba intentando incitar a Khiron para que hablase. Si la pérdida de su escuadra había acabado con su cordura, aquellas crudas preguntas debían exponer su locura y convencer a Priad. Pero Khiron seguía tranquilo.

—¿Han decidido celebrar un juicio? —preguntó el sargento de la Damocles.

—No. He solicitado el oethanar. Está programado para dentro de dos puestas de sol.

Oethanar. El juicio del dragón. El peor destino que un hombre de Ithaka podía sufrir. Solo y desarmado en una alta columna de roca se enfrentaría a los dragones que fuesen invocados. Si seguía con vida después de seis horas, su culpabilidad estaba clara. Las bestias no tocaban a los contaminados. Si se lo llevaban, se lo declaraba hijo de Ithaka y su inocencia se celebraría con canciones y titos fúnebres.

—Ojalá se te lleven rápida y limpiamente —dijo Priad.

—Gracias, hermano.

Priad se volvió para marcharse, pero se detuvo.

—Si vas a enfrentarte al oethanar de todos modos, cuéntamela.

—¿El qué?

—Tu verdad.

—Mi verdad, ¿eh? —Khiron volvió a sentarse—. ¿No tienes miedo de que mancille tu mente?

—Cuéntamelo.

—Un demonio, Priad. Un ser de la disformidad. Estaba en Cozan, en el aire, en el follaje, rondándonos y dirigiendo a las bestias enemigas. Orquestó la masacre de la escuadra Ridates. Pero era un ser cobarde y feroz. Cuando la escuadra Tebas acabó con sus secuaces, huyó y se ocultó.

—¿Dónde?

—¿Dónde? En el hermano Krates. Estaba en su interior cuando lo trajeron de vuelta, herido. Nadie podía verlo. Nadie sabía que estaba ahí. Los cegó a todos con su

belleza de demonio. Pero yo sabía que estaba allí.

—¿Cómo?

—Podía olerlo. Había estado cerca de él, ¿recuerdas? Pasó justo por mi lado tras la masacre creyendo que había muerto bajo las rocas que aplastaron mi rostro. Jamás olvidaré ese olor.

—¿Qué olor?

Khiron alzó la vista hacia el techo de la celda en busca de inspiración.

—No tiene equivalente. Una vez lo has olido, lo reconoces.

—¿Y ese olor estaba en Krates?

—Sí. Ya no era Krates. Era esa cosa, riendo y celebrando haber conseguido entrar en la Casa del Capítulo, lista para atacarnos en pleno corazón. Por eso disparé al pobre Krates.

—Al menos podrás enfrentarte a las bestias sabiendo que la detuviste.

—No, Priad —lo rebatió Khiron, con el rostro alarmantemente serio—. Sigue aquí. Maté a Krates, pero no la maté a ella. Fui un estúpido. Usé un arma en lugar de las llamas. Ha pasado a otro cuerpo, a otro huésped.

Ahora Priad se sentía inquieto. El apotecario no parecía estar loco en absoluto.

—Yo no he olido nada.

—Claro que no. Ha embaucado a toda la Casa del Capítulo, pero sigue aquí, de eso puedes estar seguro. Está engañándoos a todos.

Phybos reapareció de repente y golpeó las rejas con su bastón.

—¡Deja de una vez tus delirios, escoria! —gritó, aunque Khiron había mantenido un tono de voz bajo y suave. El viejo guardián del capítulo se volvió hacia Priad—. ¿Es que no has tenido suficiente?

—Creo que sí —respondió el sargento.

La entrada del balneario estaba tranquila y oscura, iluminada únicamente por las lámparas que colgaban de las columnas interiores. La principal piscina de baño medía cincuenta metros cuadrados y estaba llena de sagrada agua de mar traída desde Ithaka.

Priad se quitó el ajustado traje y se sumergió en el agua. Nadó un par de largos rápidos y después se quedó flotando boca arriba, observando la luz de las estrellas que entraba a través de la ventana circular del abovedado techo.

De repente se dio cuenta de que no estaba solo.

Por encima del suave golpeteo del agua de la piscina contra la roca oía unas débiles pisadas de pies desnudos entre las columnas.

Esperó oír un saludo o un chapoteo, pero no sucedió nada. Al cabo de un par de minutos, se impulsó desde la cintura y dio una voltereta bajo el agua. El ruido submarino rugió en sus oídos. En la débil luz vio piernas de hombres que avanzaban hacia él por la piscina desde todos los flancos.

Priad emergió de nuevo. Seis hombres, de pie donde no cubría, lo rodeaban y avanzaban con confianza hacia las zonas más profundas.

Eran los miembros supervivientes de la escuadra Phocis.

—Priad de Damocles —dijo uno—. Nos ofendes.

—¿Que yo qué?

—Estamos heridos por el Caos y tú te pones de su lado.

—¡No! ¿Qué os hace pensar eso?

—Sabemos que has hablado con Khiron —gruñó otro—. ¡Ésa maldita escoria de la disformidad! ¡Asesinó a Krates! ¡Ayudó a los demonios!

—¿Por qué le mostraste piedad y hablaste con él? —preguntó un tercero.

—Yo no le mostré nada. Sólo quería la verdad.

—¿La verdad? —rugió otro hombre a su derecha.

—¿Cómo osas despreciar a la escuadra Phocis de ese modo? —inquirió el guerrero que tenía a su lado.

—Hermanos... Siento mucho respeto por la escuadra Phocis. ¿Por qué habéis venido aquí así? ¿Cuál es vuestro propósito? —Priad se puso en tensión.

Jamás se habían dado luchas entre escuadras Serpientes de Hierro, pero sabía que en algunos capítulos pendencieros, la rivalidad a veces causaba peleas entre hermanos.

¿Estaba el honor de Phocis tan dolido que se habían vuelto contra él? Aquello era intimidación.

—¡Hablad! —insistió Priad—. ¿Qué pretendéis, hermanos?

—¡Ya basta! —resonó una fuerte voz desde un lateral de la piscina.

Priad entrecerró los ojos y distinguió la alta figura del capitán Skander, el líder de la escuadra Phocis.

—Hemos dicho lo que necesitábamos decir —anunció Skander—. No vuelvas a insultar a mi escuadra, Priad de la jactanciosa Damocles.

Los miembros de Phocis se retiraron, salieron de la piscina y siguieron a su comandante al exterior del balneario.

Priad se quedó solo en las oscuras aguas.



CAPÍTULO 4

Eran justo las siete, tres horas después de que sonase la campana del amanecer. Priad había dormido mal a causa de todas las preocupaciones que rondaban por su cabeza. Ahora estaba en el centro de la estera del cuadrilátero de combate en la sala de entrenamientos con un cnokoi en las manos.

—¿Señor? —preguntó el aspirante Aekon, avanzando por la estera para situarse frente a él.

—¿Aekon?

—Parecía estar ausente, señor.

—Igual que tú.

Priad bajó el bastón e hizo una pausa. En la estera contigua, Xander estaba entrenando con Dyognes. Junto a la arqueada entrada, el semántico Phrastus estaba presentando a los candidatos apotecarios, Sykon y Eibos, a Andromak y a Pindor.

Más lejos, a medio camino de las salas de entrenamiento, Priad vio al capitán Skander dirigiendo a los hombres de Phocis para un ejercicio de combate cuerpo a cuerpo. Más allá de ellos, el sargento Strabo estaba llevando a cabo una práctica de lanzallamas con los hombres de la escuadra Manes, y los paidotribae estaban ejercitando a otros aspirantes.

Los sentidos sobrehumanos de Priad percibían el olor a promethium, a sudor, a las aulagas; y en los hombres de Phocis detectaba ligeramente el agua salada de la piscina de la noche anterior.

Había estado a punto de contarles a Andromak y a Pindor lo que había sucedido en el balneario, pero no quería ser responsable de una enemistad entre escuadras.

El sargento se sacudió todos estos pensamientos de la cabeza y levantó su cnokoi.

—Empecemos —dijo a Aekon.

Intercambiaron unos cuantos débiles golpes. Priad sabía que podía bloquear todos

sus ataques.

—Tendrás que hacerlo mejor —dijo, adoptando la postura del laoscrae.

El capitán Skander volvió a llamar su atención al gritarle a uno de sus soldados mientras mantenía la mirada en dirección a Priad. Skander lo fulminó con la mirada.

—¿Señor? —titubeó Aekon.

—¡He dicho que empecemos! —gritó Priad, y dirigió el báculo de bronce hacia el rostro de Aekon.

El muchacho se volvió y desvió el golpe. Priad volvió a rodearlo y a bloquearlo con el cnokoi. El sargento miró a un lado y vio que Skander seguía mirándolo como si le quisiera ver muerto.

Priad dio un golpe a ciegas.

La luz y el dolor explotaron tras sus ojos. Aprovechando el momento de distracción del sargento, Aekon lo había golpeado directamente en la nariz con el cnokoi.

—¡Señor! ¡Señor, lo siento! —oía graznar al aspirante—. Pensé que bloquearía mi golpe, pensaba que...

Priad se puso de rodillas. La cabeza le daba vueltas. El chico le había dado un buen golpe. A Priad se le había nublado la vista. La sangre brotaba de su nariz rota y le caía por la barbilla y el pecho. A su alrededor se formó un barullo de voces, y tras éstas, el sargento podía oír los desdeñosos abucheos y las burlas de los hombres de las escuadras Phocis y Manes.

Se llevó una de las manos al rostro. Tenía la nariz y el pómulo izquierdo rotos. El golpe habría aplastado un cráneo humano normal.

—Tranquilo, Aekon —dijo, arrastrando las palabras y escupiendo sangre—. Ha sido culpa mía por no concentrarme. Has visto una oportunidad y la has aprovechado. Me habría ofendido más que no lo hubieses hecho. En Damocles no hay sitio para hombres que muestran clemencia con el enemigo.

El sargento se levantó, se limpió las lágrimas de los ojos y sintió como el lando tejido de su rostro empezaba a hincharse mientras su metabolismo modificado se encargaba de la herida. Ahora no podía oler nada más que el intenso y sofocante olor a hierro de la sangre.

—¡Por el Trono Dorado, hermano! ¡Ése chico te ha hecho más daño que toda esa escoria de Eidon! —bromeó Andromak mientras lo sujetaba por el brazo.

—Deja que te mire la herida —dijo Sykon.

Priad rechazó su ayuda.

—¡Dejad de preocuparos por mí como si fuese un cachorrito indefenso! ¡Ya basta! —Ya veía algo mejor, y los mecanismos de sus aumentados vasos sanguíneos, junto con los agentes genéticos de coagulación de la sangre, ya estaban conteniendo la hemorragia—. Iré al apotecarión cuando haya terminado la sesión. Ahora, Aekon y

yo vamos a iniciar un combate.

Se limpió la cara con el dorso del puño y dejó una mancha de sangre en sus nudillos. Aparte del olor a sangre, su sentido del olfato no registraba nada. Probablemente el golpe de Aekon le había dañado también los sistemas augméticos olfativos.

—¡Vamos, vamos! —gritó, indicando al nervioso Aekon que regresase a un punto de partida sobre la estera.

Sangre. Y algo más que sangre.

Priad se dio cuenta de repente. Había un olor, una fuerte esencia esconda tras el persistente dominio de su propia sangre. Era dulce y rancia a la vez. Suave pero intensa. Era... No se parecía a nada que hubiese olido antes.

«No tiene equivalente. Una vez lo has olido, lo reconoces».

El olor a asesinato, a aberración, a demencia. El olor a la disformidad.

—¿Hermano sargento? —Aekon lo observaba atónito.

Priad pasó por alto su mirada y se volvió para inspeccionar la cámara. Cerca, estaba muy cerca... Oía su propio latido en la sien como un tambor. ¿Dónde? ¿Dónde?

Priad empezó a avanzar, a correr. Dejó a Aekon de pie en la estera y saltó por encima del hombro:

—¡Damocles, formad y cubridme! ¡Despliegue Hades! —sorprendidos, pero reaccionando enseguida, los hombres de su escuadra abandonaron sus combates y sus conversaciones y corrieron a seguirlo.

De un salto, Priad llegó a la plataforma de entrenamiento donde la escuadra Phocis estaba practicando. De un golpe con el hombro envió a uno de los hombres que había acosado en el balneario al suelo. Otro se volvió, y Priad le propinó un codazo en el costado.

—¡Skander! —bramó.

La incursión de Priad lo había cogido por sorpresa y el capitán Skander tenía los ojos abiertos de par en par.

El cnokoi del sargento lo derribó.

Aunque aturdido, Skander estaba lo bastante alerta como para rodar y esquivar el siguiente golpe de Priad. El bastón de metal abolló la plataforma de madera.

Los hombres de Phocis rugieron de rabia. Uno intentó agarrar a Priad, pero éste se volvió y golpeó al hombre con la parte plana de su lanza de entrenamiento. Otros dos más avanzaron hacia él, pero antes de que se dieran cuenta, el resto de la Damocles había llegado y estaba atacando, forcejeando y cubriendo a su líder.

Todos los Damocles estaban vestidos para las prácticas con cnokoi con sus ajustados trajes grises y llevaban los correspondientes bastones de metal. Los hombres de la Phocis vestían media armadura, y estaban practicando con bastones

oukae y pequeños escudos. Los hombres de Priad contaban con la ventaja del alcance y de la fuerza, pero la escuadra de Phocis estaba mucho mejor protegida.

Andromak y Scyllon embistieron con sus bastones, rompiendo escudos y protectores de antebrazos. Natus le arrebató de las manos el bastón oukae a uno de los hombres y después le sujetó hábilmente por la barbilla con la cabeza de su báculo. Xander, Kules y Pindor estaban luchando con sus propios rivales. Uno de los hombres de la Phocis golpeó a Natus fuertemente en la clavícula con su bastón, y estaba a punto de repetir el ataque cuando Dyognes lo derribe de un golpe de cnokoi en la frente.

La atención de Priad estaba totalmente centrada en Skander. El capitán hizo que el sargento perdiese el equilibrio, y ambos cayeron sobre el extremo de la plataforma hacia el área de prácticas ocupada por la escuadra de Manes. Priad oía voces, la de Strabo entre ellas, gritándoles a todos que se detuvieran. Los hombres de la Manes soltaron sus lanzallamas y corrieron para intentar separarlos. Varios acabaron participando en la lucha.

Priad no desistía. Luchando cuerpo a cuerpo con Skander, el sargento sentía que se ahogaba con el hedor a disformidad que desprendía su rival.

Skander tumbó a Priad sobre su espalda y embistió con su oukae. El corto bastón de madera noble se hizo pedazos contra el cnokoi de Priad, pero Skander le propinó una fuerte patada que le rompió dos dedos y lanzó el báculo de bronce rodando por el suelo.

Priad se agachó y lanzó un puñetazo que le rompió la cabeza a Skander por uno de los lados. El dolor de los dedos rotos ascendía por el brazo de Priad. Skander lanzó un puñetazo contra la garganta del sargento de la Damocles y después lo golpeó con el borde de su escudo en la cabeza.

—¡Basta ya! ¡En el nombre del primarca, dejadlo! —gritó Strabo.

Respirando con dificultad, Priad se detuvo. Por un momento se preguntó si se habría vuelto loco. La ira aporreaba en su cabeza. Después miró el rostro ensangrentado de Skander. Si era todo una locura, perdería el mando de su escuadra. Lo más probable era que perdiese su puesto en el capítulo.

Skander despotricaba contra él, lo maldecía y lo insultaba. Priad había dejado de oler la disformidad. Había hecho el ridículo y había deshonrado a su escuadra. Había...

Entonces miró a Skander a los ojos. Había algo en ellos. Una especie de sombra. Una corona de oscuridad alrededor de sus pupilas.

«Fui un estúpido. Usé un arma en lugar de las llamas. Ha pasado a otro cuerpo, a otro huésped».

Priad dio un paso atrás y chocó contra Strabo. Su viejo amigo lo cogía de los brazos intentando sujetarlo. Priad se liberó bruscamente y arrancó el lanzallamas del

hombro de Strabo.

Al instante se volvió y apretó el botón.

Un cono de fuego envolvió al capitán Skander. Éste se retorció y gritaba mientras las llamas lo engullían.

Las alarmas empezaron a sonar.

La lucha había cesado. Todos los Damocles: Phocis, y Manes, los aspirantes, el semántico y el paidotribae estaban absolutamente impactados observando la bola de fuego humana que estaba en el suelo.

Y al hombre que lo había quemado.

—Pero ¿qué... qué has hecho? ¡En nombre del Dios Emperador! —tartamudeó Strabo.

—Mira —dijo Priad débilmente—. Mira.

Algo salió del cuerpo en llamas de Skander. Era una cosa pequeña, correosa, que batía sus alas de murciélago consumidas por el fuego para intentar huir volando. Brillaba como si estuviese hecha de humo. Sus dedos eran zarcillos de hueso articulado y su rostro estaba compuesto de un centenar de ojos parpadeantes.

El sonido que profería heló la sangre de todos los presentes.

—¿La has visto? —preguntó Priad.

—S-sí... —murmuró Strabo.

—Bien —respondió Priad, y envolvió al demonio en llamas, aniquilándolo.



CAPÍTULO 5

—La he visto con mis propios ojos —le decía el semántico Phrastus al capitán Phobor.

El veterano de los Serpientes de Hierro tenía la mirada puesta en Priad, quien permanecía sentado en la plataforma de entrenamiento dándose ligeros toquitos en la nariz.

—Al principio pensé que el sargento Priad se había vuelto loco al atacar así al capitán —continuó Phrastus—. Pero la he visto. Era una criatura de la disformidad. Y salió del interior de Skander.

—¡Priad! —gruñó el capitán Phobor.

—¿Señor? —respondió, poniéndose de pie.

Los hombres de la Damocles estaban tras él, magullados y con los labios ensangrentados tras el combate. A Priad le llamó la atención ver a Aekon y a Dyognes ocupando su puesto en la línea.

—Habrás preguntas, Priad. Muchas preguntas.

—Señor.

—Por lo que dice nuestro digno semántico, y el resto de los presentes, lo más probable es que seas exonerado, e incluso elogiado.

—Señor. Espero que lo sucedido aquí sirva para ayudar en el caso de Khiron también.

Phobor hizo una pausa.

—Es demasiado tarde para él.

—¿Qué quiere decir?

—El capitán Skander solicitó que Khiron fuese enviado a Ithaka a primera hora del día. Lo siento. El oethanar ya ha comenzado.

Los mares que rodeaban el Paso del Primarca estaban embravecidos. La blanca maryaes inundaba la línea de columnas y del océano emergía una violenta tormenta.

Retyarion. La tormenta del dragón. Los feroces aguaceros que parecían seguir el movimiento de las serpientes marinas. Pronto, los seunenae, los muros de hierro que envuelven, emergerían de las aguas profundas y se elevarían violentamente a kilómetros de altura.

—¡No puedo acercarme más! —gritó el piloto de la lanzadera—. ¡Los golpes de viento nos lanzarán contra las rocas!

—¡Maldita sea! —gruñó Priad—. ¡Desciende, entonces! ¡Voy bajar!

—¡Estás loco!

—¡Hazlo!

—¡Por Seydon, mira el auspex! —gritó el copiloto por encima del ruido del viento y de la lluvia—. ¡Hay formas sólidas en las profundidades! ¡Kraretyer!

Priad vio las arremolinadas formas verdes en la pantalla del escáner. Eran grandes. Puede que no fuesen kraretyer, los machos gigantes. Pero eran grandes. Tres, cuatro. Tal vez cinco.

—¡Desciende! —insistió Priad.

Las turbinas de la lanzadera chirriaron al descender a menos de diez metros del agua. Era un queche de caza, delgado y alargado, que Priad había robado prácticamente del muelle de la Casa del Capítulo.

El sargento se dirigió a la plataforma de carga donde había dos pequeños esquifes sobres unos andamios hidráulicos. Ordenó a Scyllon, Xander y Kules que se metieran en uno, y el otro lo ocupó él mismo. Todos seguían vestidos con sus ajustados trajes grises.

—¡Pindor! ¡Andromak! ¡Conmigo! ¡Natus... a los amarres!

Natus corrió hacia la popa apartando a los nerviosos y desconcertados aspirantes, Aekon y Dyognes. Priad quería a alguien con experiencia a cargo de los amarres. Una salida limpia era esencial para una cacería, y Natus era un experto en esa clase de embarcaciones.

Andromak agarró a Priad del brazo mientras éste soltaba los amarres de proa. El portaestandarte de la escuadra alargó la muñeca derecha. Se veía torcida tras habérsela roto en el combate.

—Apártate, hermano, no me sirves de nada. ¡Tú! —Priad señaló a Dyognes.

—¿Señor?

—¿Sabes manejar lanzas?

—¡Sí, señor!

—¡Ocupa su lugar!

Dyognes ayudó a Andromak a salir del esquife, lo sustituyó como guardiamarina y desenfundó las lanzas que estaban apiladas en el armero.

Priad miró a Andromak, a Aekon y a Natus.

—Aseguraos de que nuestro hermano piloto no se marcha volando. Necesitaremos que nos recojáis.

—¡Sí, señor! —respondió el trío a coro.

De repente sonó una campana.

—¡Altura idónea para el lanzamiento! —gritó Natus.

—¡Preparaos! —ordenó Priad.

El sargento se apoyó sobre una de las rodillas en la proa de su esquife y agarró los cabos laterales. El dolor de sus dedos rotos era intenso. Tras él, Dyognes hizo lo mismo, y Pindor se agarró a la popa de la delgada embarcación.

En el otro bote, Scyllon, Xander y Kules copiaron las posturas.

—¡Vamos!

—¡Ventre abierto! —exclamó Natus, levantando la voz para que se oyera por encima del ruido del motor y del mar que entraba por las compuertas abiertas.

—¡Cazad con los ojos del primarca y la gracia del Emperador! —gritó.

Con ojo experto y sereno, observó el indicador de la velocidad del viento y la guiñada de la lanzadera.

—¡Agarraos bien! ¡Ahora!

Natus soltó la palanca de amarre. Los esquifes salieron de la lanzadera y cayeron hacia el agua.

Impacto. Un remolino de burbujas y un torrente de agua. Priad se sujetaba mientras la nave daba la vuelta, hundiéndolos, y después volvía a su posición original mientras los tanques de flotabilidad cargados de helio hacían su trabajo.

Arrodillado en la parte trasera de la nave, Pindor pisó los aceleradores con el pie y, con una sacudida, salieron disparados hacia adelante, elevándose por encima del oleaje y saltando sobre las enormes olas como un pez volador. Las delgadas cápsulas que contenían las placas antigraavitatorias se extendían a ambos lados de los esquifes.

—¡Virad! ¡Virad! —gritó Priad con la voz perdida en el rugido del mar.

Pero Pindor, al timón, entendió sus gestos.

Todavía agachado en la proa, Priad se volvió a mirar a Dyognes.

—Saca una lanza —le ordenó.

Dyognes se agachó, con las piernas separadas para aguantar los zarandeos, y extrajo una larga lanza marina del estante. Dos metros de bronce pulido acabados en una larga punta afilada de adamita. De inmediato se la pasó ágilmente a Priad.

—Saca otra y espera —le ordenó Priad.

El sargento se colocó en posición con la lanza apoyada en la cadera y la punta inclinada hacia la proa.

Navegaban alrededor de la Columna Oullo, rozando el borde de la marysae que rodeaba la torre de roca. Priad había vivido ya una retyarion, y mucho peor que

aquella, pero se estaba volviendo cada vez más intensa. El cielo sobre el mar se había vuelto de un fulminante amarillo oscuro. Las olas de hierro estaban cerca.

—¡Rodeadla! —gritó Priad, formando círculos con un dedo en alto para que su timonel pudiera verlo.

El esquife viró a la izquierda, rebotando a través de las olas que se acercaban. El casco retumbaba.

Priad miró a popa. El otro esquife los seguía de cerca. Scyllon estaba en la proa, lanza en mano; Xander tras él, en medio del barco, listo para pasar más lanzas hacia adelante; y Kules estaba agachado, al timón.

—¡Rastro de dragón! —gritó Dyognes.

La oscura y azotante ulbrumid rompía el agua a doscientos metros a babor. Priad agarró fuertemente el mango de su lanza. De repente se había olvidado del dolor de sus dedos.

El ulbrumid se apaciguó y desapareció. «Se elevan bajo la superficie. Están ahí abajo, pero no van a atacar aún», pensó Priad.

—¡Auspex! —gritó.

Dyognes ya estaba en ello, secando las gotas de agua de la pantalla. El auspex estaba instalado en cubierta, justo delante de la posición del encargado de pasar las lanzas, en medio del bote.

—¡Bastante profundo! ¡Son dos! ¡Uno debajo de nosotros a noventa metros!

—¿Hay más?

—Tres más a una distancia de seiscientos metros. —Dyognes ajustó los diales de latón a prueba de agua del telémetro.

—¡Y otr...! ¡Por el Dios Emperador!

Priad sintió las sacudidas y agarró los cabos automáticamente. La espuma se formó a su alrededor en una explosión de agua blanca. El sargento divisó por un instante una placa pulida de coraza flexible que se deslizaba bajo ellos.

Dyognes había dado un trago de agua de mar y no paraba de toser y de escupir.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Ése ha salido de repente!

Estaba justo debajo de ellos, pero no había emergido. Seguían girando y elevándose.

—¡A la izquierda! —indicó Priad con las manos.

Pindor viró.

Pasaron objetos flotando en el agua. Brontoie, los tambores del llamamiento, boyas de percusión automática soltadas desde las lanzaderas que habían llevado a Khiron hasta allí al amanecer. Su constante pero irregular ritmo imitaba el sonido de una presa herida en el agua y atraía a los dragones. Un brontoie podía atraerlos desde miles de kilómetros de distancia.

Priad miró hacia atrás. Vio su única lanzadera merodeando cerca de la Roca

Astillada y otro queche de caza descendiendo en picado tras ellos Liberó sus esquifes a medio kilómetro de donde estaban.

Por el comunicador, Priad oyó el canto de batalla de los hombres de la Manes. Los esquifes de la Manes se acercaron a toda velocidad y las cuatro embarcaciones levantaron una masa de espuma blanca mientras rodeaba la Torre de Boethus y los riscos menores que había cerca. El capitán Phobor le había dicho a Priad que las naves del cethanar habían dejado a Khiron en la Columna Lacres, una roca de treinta metros de altura, justo al borde del Paso del Primarca.

Ahora Priad podía verlo, un dedo de piedra que emergía de la blanca espuma. Había docenas de tambores de llamada en el agua marcando su atrayente ritmo. Tal vez hubiesen llegado demasiado tarde.

—¡El dragón! ¡Los sonidos del dragón! —gritó Dyognes.

Salió del océano a cincuenta metros tras el escuadrón de esquifes de caza, salpicando agua desde los bordes de sus espinosas y entrelazadas placas. Se elevaba veinte metros por encima del agua, apenas un tercio de toda su longitud. Era un subadulto en proceso de madurez. Su acorazado cráneo, del tamaño de una nave de desembarco, se abrió y reveló unas fauces blancas y unos traslúcidos y articulados colmillos más largos que una lanza de mar. La criatura gritó. El sonido subsónico los golpeó con violencia. Después se retorció y volvió a sumergirse en el mar con la estremecedora fuerza de la salva de un cañón y levantó inmensas olas con el impacto.

Pero Priad no estaba pendiente de él.

Tenía la mirada fija en la Columna Lacres. Ulbrumid bullía en la base de la roca. Y en lo alto, en la cumbre llana, se erguía una solitaria figura: Khiron.

El ulbrumid estalló y un dragón se enroscó alrededor de la Columna Lacres. Su coraza plateada indicaba que se trataba de una hembra madura y medía ciento cuarenta metros de largo. Con las espinosas placas reluciendo, fue envolviendo el pilar de roca mientras se elevaba. Después llegó una segunda criatura, un macho joven de ocho metros. Éste se enroscó por encima de la hembra, retorciéndose e intentando apretarla contra la roca con sus anillos.

Los dragones se mordían, chillaban y chocaban las fauces entre ellos. El ultrasonido de sus gritos rizaba el oleaje, provocando olas y remolinos. El esquife se tambaleó, pero Pindor los estabilizó y viró.

Priad levantó su lanza e hizo el gesto de bajar la mano para que Pindor aminorara la velocidad.

Ulbrumid rugía en las aguas que tenían por delante y mecía el esquife. Con una ola de espuma, la cabeza plana con forma de flecha de un tercer dragón atravesó la superficie con la mandíbula abierta. Era otro dragón joven, pero lo bastante grande como para tragárselos enteros.

Priad se levantó en la cubierta de lanzamiento, adoptó la postura agachada del

laosrae y soltó su lanza. Ésta rozó el hueso del pico del dragón antes de caer al mar.

La criatura se sumergió de nuevo en el agua y desapareció de su vista.

—¡Pásame otra! —gritó Priad.

Dyognes agarró una nueva lanza de mar y se la pasó al sargento.

—¿Qué dice el auspex?

—¡Está debajo de nosotros! ¡A diez metros!

—¡Virad! ¡Virad!

Pindor hizo virar el esquife bruscamente. Priad observaba el agua, agachado, con la lanza preparada. Tenía el brazo tendido hacia atrás y la punta de la lanza junto a su oreja.

La criatura volvió a emerger a la superficie. Priad vio como la espinosa coraza atravesaba las olas mientras se deslizaba por debajo de ellas.

El sargento volvió a lanzar.

La lanza fue directa a clavarse entre unas placas laterales del costado del dragón. El agua se oscureció a su alrededor.

—¡Esperad! —gritó Priad, agarrando los cabos laterales.

El frenesí de la muerte del dragón agitó las aguas y provocó el caos. La embarcación fue levantada por completo del mar tras un golpe de la cola que se retorció de agonía.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Priad.

Pindor agarró el timón para corregir la posición y los sacó de aquella espuma mortal.

Priad se volvió justo a tiempo para ver como una hembra madura levantaba uno de los esquifes de Strabo por encima del agua y lo convertía en astillas. Los cuerpos de los tripulantes se agitaban y caían. La bestia embistió y agarró al lancero en el aire como un felino capturando una presa colgante.

Arrojando lanzas desde la cubierta de proa, Strabo hizo retroceder su esquife desesperadamente para asistir a los hombres del bote siniestrado.

—¡Scyllon! —silbó Priad por el comunicador—. ¡Vamos!

—¡Sí!

Los dos esquifes de la Damocles avanzaron a toda velocidad hacia la Columna Lacres. Dyognes le pasó una nueva lanza a Priad. Quedaban otra tres en el otro estante.

Priad miró a Khiron, desesperado sobre el risco. Por debajo de él, la hembra madura y el macho joven estaban enzarzados en un combate de apareamiento, desmenuzando la roca mientras apretaban sus anillos. El macho, más pequeño y más grueso, clavó los colmillos profundamente en el lomo de la hembra. En respuesta, ésta empezó a dar sacudidas y a balancear la sinuosa cabeza violentamente, y le destrozó la garganta al macho con sus inmensos y afilados dientes.

Muerto, el macho cayó al océano aflojando su abrazo. La fuerza del impacto levantó una oleada que hizo volcar los dos esquifes de la Damocles. Priad resopló mientras volvían a enderezarse. El sargento seguía sujetando la tercera lanza.

La hembra había desaparecido.

Priad miró a su alrededor. No había ni rastro de ella. ¿Habrían sido tan graves las heridas propinadas por el joven que se había retirado?

Priad miró a Khiron. El apotecario estaba de pie en la cima de la Columna Lacres, mirando hacia abajo.

Desapareció por un instante y después volvió a aparecer, corriendo.

Khiron saltó de la cumbre de la columna y adoptó una postura perfecta para zambullirse. Golpeó el agua como un misil.

Un salto de treinta metros hacia el marysae, en el agua blanca. «Ni siquiera los mejores...», pensó Priad.

—¡Hermano sargento! —gritó Dyognes.

—¿Qué?

—¡Una señal! ¡A doce metros y subiendo!

Priad observó el agua. De repente hubo un estallido de espuma. Khiron emergió, tosiendo y escupiendo, cincuenta metros por delante.

—¡Pindor! ¡Llévanos hasta él!

—¡Hermano sargento! —volvió a gritar Dyognes—. ¡Otra señal! ¡Un enorme eco, a seis metros a popa!

Priad se volvió. Entonces vio al ulbrumid. Y vio lo inmenso que era. No era la hembra que regresaba. Era la razón por la que ella había huido.

Un macho maduro. Un macho gigante. Un kraretyer.



CAPÍTULO 6

Priad se inclinó por la popa y agarró a Khiron, que luchaba por mantenerse a flote, del brazo. Con gran esfuerzo, consiguió levantar al apotecario medio muerto por encima de la borda. El esquife de Scyllon se acercó para ayudarlo.

El kraretyer emergió tras ellos.

Incluso el viejo Pindor gritó alarmado.

Era un viejo macho. Un monstruo de trescientos metros. Su circunferencia medía lo mismo que el risco más ancho. Su inmenso cráneo parecía del tamaño de una barcaza de combate. El gigante se elevaba sobre ellos y el agua caía en cascada de sus vetustas placas. Entonces abrió sus fauces y reveló unos colmillos de cinco metros de largo.

La criatura lanzó un bramido. La superficie del agua se crispó. Ambas tripulaciones se agacharon angustiadas tapándose los oídos. La cubierta de lanzamiento de madera noble del esquife de Priad se resquebrajó.

El macho embistió hacia adelante, con la parte delantera fuera del agua Scyllon le arrojó una lanza que rebotó en su coraza, y después cogió una; nueva que le pasó Xander.

Volvió a lanzar.

Ésta vez el lanzamiento fue perfecto.

La lanza penetró entre la tercera y la cuarta placa y se insertó en la carne del animal a gran velocidad.

El viejo macho ni siquiera pareció sentirla.

Priad arrastró a Khiron a la cubierta de lanzamiento y se volvió para recoger su lanza. El inmenso dragón estaba justo encima de ellos.

El sargento arrojó el arma con todas sus fuerzas. Ésta golpeó las escama de la nariz del macho y rebotó.

—¡Otra! —gritó Priad.

Pero Dyognes estaba echado hacia atrás a punto de arrojar la siguiente lanza él mismo.

Maldiciendo, Priad se agachó y cogió la última lanza del estante.

Dyognes lanzó. La lanza fue directa al ojo derecho del macho, que empezó a dar sacudidas y a retorcerse.

Priad tenía la última lanza en las manos. Echó su brazo hacia atrás lanzó.

El arma fue directa a la enorme garganta del dragón.

Mientras caía, mientras moría, el dragón macho levantó inmensas ola que empujaron los esquifes y los destrozaron contra las columnas de piedra.

La mancha de sangre de dragón se extendía y teñía un kilómetro cuadrado de agua. Miles de aves de pico de gancho y de pájaros de escamas acudieron en bandada a alimentarse.



CAPÍTULO 7

Ithaka. La orgullosa Ithaka. Mundo de océanos. Cuna de Serpientes. El apotecario se arrodilla en la espuma de la playa mientras la luna se eleva entre los riscos del Paso del Primarca. Las olas rompen alrededor de su inmensa figura acorazada mientras rellena los diez, frascos de cobre con el agua de vida del mundo natal.

Es la hora de partir. La barcaza de batalla espera para trasladarlos a una nueva misión. Éste es el último acto antes de la partida, el rito de la Demanda de Agua.

El apotecario entona la letanía y los hombres de la escuadra Damocles, vistiendo la armadura completa, forman un círculo a su alrededor frente a la línea de agua, contestando las respuestas del ritual. Cada uno recibe su frasco de agua de vida. Los últimos dos son para los nuevos reclutas, que lucen orgullosos sus bruñidas placas de guerra. Dyognes. Aekon.

El rito ha concluido. El apotecario cierra su propio frasco y lo introduce en la bolsa de su muslo.

—¿Preparado, hermano apotecario? —pregunta Priad.

—Preparado, hermano sargento —responde Khiron de Damocles.



SEXTA PARTE
SANGRE AZUL
MISIÓN EN LORQU



CAPÍTULO 1

Brillante como un cuchillo serrado, y con la luz del día parpadeando en sus prominentes proas, la barcaza imperial se iba alejando tras ellos hasta convertirse en una reducida estrella que empezaba a mezclarse con el cielo occidental. Por debajo y a lo lejos, la sombra de su nave de desembarco temblaba y saltaba mientras los perseguía por los secos y rosados terrenos agrestes de Iorgu.

La tierra estaba cuarteada como la piel reseca, o como arena de playa cocida y agrietada al sol tras retirarse la marea. Priad sabía lo bastante sobre Iorgu como para entender que aquellos lechos marinos llevaban eones secos y que la marea jamás regresaría a ellos. Cada pocas decenas de kilómetros sobrevolaban una ciudad desierta o un poblado: pequeñas agrupaciones de blancas bóvedas como broches de perlas que resaltaban entre las dunas rosa, o se extendían a lo largo de los bordes de los cañones de roca roja como costras de sal secadas al aire.

La nave tembló mientras los propulsores se desplegaban y se encendían, impulsándolos hacia el norte. Al cambiar de ángulo, los dorados rayos del sol penetraron a través de las ventanillas e iluminaron lentamente los rostros de los hombres que se encontraban a estribor.

Los guerreros de la escuadra Damocles estaban sentados en los asientos de contención, espalda contra espalda, cinco mirando a babor y cinco a estribor. Iban vestidos con el equipo de guerra completo de los astartes, excepto la cabeza, que llevaban al descubierto. Los diez cascos de sombrío visor estaban suspendidos en unas abrazaderas hidráulicas por encima de sus asientos. Sus armas estaban aseguradas en unos compartimentos bajo los apoyabrazos.

Priad desvió ligeramente su mirada del seco paisaje que parpadeaba a sus pies y consultó la luminosa pantalla roja de la placa de datos que había sobre su ventana. Rumbo, altura, velocidad relativa de vuelo, tiempo estimado para el aterrizaje...

—Dos minutos —anunció—. Activad las armaduras.

Una serie de leves aullidos le respondieron mientras diez generadores dorsales de energía M37 despertaban. Priad sintió inmediatamente que un enervante vigor palpitaba en sus extremidades recubiertas de ceramita; la tranquilizadora oleada de fuerza inhumana.

—¿Son las señales vitales satisfactorias, hermano Khiron?

—Tengo diez latidos constantes, hermano sargento —respondió el apotecario de la escuadra inmediatamente.

—Noventa segundos —dijo Priad—. Sellad las armaduras.

Los sistemas hidráulicos silbaban y traqueteaban. Los diez cascos descendieron sobre las cabezas de los marines. La mayoría de los hombres llevaba el pelo recogido por detrás o trenzado sobre el cuero cabelludo, listos para encajarse el casco, pero Priad advirtió que el joven Dyognes se recogió hábilmente su brillante melena de negros tirabuzones por el borde del casco que descendía justo antes de que éste llegase a encajar con el cierre del cuello. El casco de Priad emitió un chasquido al asegurarse y al instante estuvo respirando el aire fresco del abastecimiento interno y viéndolo todo a través de la brillante pantalla verde de los sistemas ópticos de su visor.

—Comprobación automática de armas —ordenó Priad con la voz convertida en un murmullo electrónico a través del comunicador de la armadura.

Las placas de datos individuales que tenían ante ellos emitían informes del diagnóstico de su arsenal, que todavía estaba en el armero.

—Prueba de autodetección de objetivos —ordenó.

Las placas parpadearon con rápidos patrones de prueba que medían y calibraban los sistemas de selección de objetivo de cada uno de los marines. A través de los sistemas ópticos de su visor, Priad fijó en blanco seis iconos de prácticas de alcance variable conforme aparecían en su placa de datos, congelando cada uno de ellos con una gráfica cruz blanca. Satisfecho, la placa respondió mostrando el símbolo del águila. El sargento murmuró una oración de agradecimiento.

—Posiciones de aterrizaje —dijo finalmente.

Los asientos reforzaron su agarre, sujetando fuertemente sus extremidades, sus torsos y sus cuellos y rotando ligeramente en posición de aterrizaje para que los marines espaciales estuviesen firmemente acunados e inclinados hacia atrás. Mientras los asientos; se reclinaban, unas persianas segmentadas a prueba de impactos se cerraron como párpados sobre las ventanillas eliminando la luz del sol.

Treinta segundos. Priad conectó la pantalla de su visor para acceder a la vista a través de los pictolectores delanteros de la nave. Entonces vio unos peñascos de color esmeralda y un cielo verde lima que pasaban a toda velocidad, cubiertos de unos gráficos de trayectoria, contorno y de predicción de dirección de vuelo que

cambiaban constantemente. Una columna de datos numéricos invadía el lado izquierdo del panorama. Priad sabía que las rocas esmeralda eran en realidad rosa, y que el cielo verde lima era de un color azul humo. Pero cuando por fin apareció la ciudad, el sargento estaba deseando saber de qué color sería en realidad.

Primero llegaron los puestos de avanzada. Anchas y espaciadas líneas de torres dispuestas en recortadas rocas de basalto que se elevaban como colmillos desde una mandíbula sin carne. Delgadas franjas de autopistas radiaban desde la ciudad. Una muralla anular exterior alta y almenada y después una enorme y sombreada zanja que las carreteras cruzaban sobre altos viaductos de piedra. Unos escalones formaban irrigadas gradas cubiertas de espesas palmeras de Doum.

Más tarde apareció la ciudad de Iorgu. Quinientos metros de muros de cerramiento ligeramente inclinados hacia dentro, lisos como el hielo. Las torres de defensa se elevaban como estalagmitas en los niveles superiores del muro. Al otro lado de la ciclópea muralla, la neblinosa vista de la ciudad interior: torres, agujas y bóvedas agrupadas en torno a los gigantescos edificios de la basílica imperial, el palacio real, la aguja de la Astropática y, en la distancia, el Túmulo Sagrado, la única forma blanda y orgánica que se divisaba. La ciudad era tan inmensa que Priad fue incapaz de asimilarla toda de un solo vistazo, a pesar de su capacidad de visión de ciento ochenta grados.

Una sacudida. Frenado de los motores. Una sensación de ingravidez mientras desaceleraban bruscamente, girando hacia el sur mediante la constante ignición vertical de los propulsores. Ahora algunas de las torres se elevaban a su paso y los hacían parecer diminutos. A sus pies, sobre una amplia plataforma de rococemento a noventa metros por encima del suelo de la ciudad, una estrella de luces de aterrizaje empezó a parpadear. Las luces se encendían y se apagaban desde las puntas de la estrella hacia el centro.

Otra sacudida de los motores. Un bandazo.

Cincuenta metros. Veinte. Diez. Dos.

Entonces se oyó un ruido metálico, como una persiana de hierro cayendo violentamente, y llegaron al suelo.

—¡Damocles! ¡Desabrochaos y desplegaos! —ordenó Priad.

Los asientos volvieron de golpe a la posición vertical. Los alimentadores de energía, los conectores de los monitores y los cierres se soltaron con una serie de chasquidos y sonidos metálicos. Las escotillas se abrieron, elevándose como trampillas, cinco en cada flanco, y la luz del sol inundó el interior de la nave.

Tras recuperar sus armas de los compartimentos laterales de los asientos, la escuadra Damocles salió hacia el brillante calor de la plataforma de aterrizaje.

No se trataba de una zona de combate y no esperaban tener problemas, pero aun así bajaron de la nave formando el despliegue estándar de asalto, cubriendo todas las

direcciones con sus bólteres, barriendo en busca de objetivos, hasta que Priad dio la orden y bajaron sus armas.

Los cinco hombres a ambos lados se volvieron y marcharon tras la nave, reuniéndose como los dientes de una cremallera para formar una precisa doble fila.

El polvo se arremolinaba a su alrededor. Esperaron un momento mientras el hermano Andromak levantaba el estandarte del capítulo y lo fijaba entre sus omóplatos para que ondease sobre su cabeza. Después Khiron realizó los ritos del agua.

—¡Avanzad! —ordenó Priad en cuanto el ritual hubo terminado.

Los pies cubiertos de ceramita marchaban en perfecta sincronía, resonando contra el rococemento. La gran escotilla de latón que había en un extremo de la plataforma se abrió mientras se acercaban a ella. Un hombre alto de barba blanca que vestía una negra chaqueta adornada con galones y unos pantalones blancos de montar salió a recibirlos, escoltado por sesenta fuertes guardias vestidos de seda estampada, cascos con pinchos y mallas de plata que levantaban unos botafuegos a modo de saludo. Los guardias que se encontraban inmediatamente a la derecha del oficial sujetaban un inmenso parasol de lona blanca y de madera de palisandro para proporcionar sombra a su comandante.

—Soy el seraskier Duxl, de la Guardia Interior —se presentó el hombre de la barba. Su rostro presentaba las típicas arrugas de alguien que ha vivido años al sol, y unos augméticos filtros nictitantes de plástico ahumado se habían deslizado sobre sus globos oculares—. Es un honor dar la bienvenida a los consagrados astartes Serpientes de Hierro a la ciudad de Iorgu.

—El honor es mío, seraskier —lo saludó Priad a través de los altavoces. Su voz resonó por toda la plataforma—. Hemos venido para rendir homenaje a vuestro rey.



CAPÍTULO 2

—Esperaba algo más —había admitido Priad en los oscuros y tranquilos sótanos de la Casa del Capítulo de Karybdis—. Me he pasado diez meses reformando a la escuadra Damocles para convertirla en una unidad de lucha, y estamos preparados. Pero los reclutas Dyognes y Aekon nunca han vivido el combate real, y Khiron, aunque me siento afortunado de tenerlo como apotecario, no ha trabajado nunca con la escuadra en el campo de batalla. Me habría gustado... Esperaba... que nos encomendasen una misión de combate.

—Estoy convencido, hermano sargento, de que todos los Serpientes de Hierro esperan que su siguiente tarea sea una misión de combate. —Tremendamente profunda y sin el más mínimo atisbo de luz, la voz del señor del capítulo rodeaba a Priad como el profundo y oceánico volumen de la orgullosa Ithaka.

—Por supuesto, mi señor —respondió Priad inmediatamente, pues no pretendía ofenderlo.

—Estamos comprometidos con el deber, el deber de los astartes, deber que nos concedió el Dios Emperador de nuestra raza. Y aceptamos todo deber que se nos encomiende, sin cuestionarlo.

—Por supuesto, mi señor. —Priad inclinó la cabeza.

Durante un largo instante, el señor del capítulo Seydon de los Serpientes de Hierro permaneció en silencio, una sombra gigante en la escasa luz del templo.

—Nuestro deber es servir al Emperador —continuó Seydon de repente—. Nuestro deber concreto es proteger las Estrellas del Arrecife. Iorgu es uno de los mundos principales de esa región. Un imponente bastión de fuerza imperial. Lamento que el largo y sensato gobierno de la reina Gartrude haya llegado a su fin. Es conveniente que nuestro capítulo envíe a una guardia emisaria para que asista a la coronación de su sucesor. Supondría una falta de respeto que los Serpientes de Hierro

pasasen por alto el evento.

—Entiendo, mi señor.

—He escogido a la Damocles para realizar esta tarea. Para que marchen en el cortejo de ceremonia. Para que sean testigos de la coronación del nuevo rey. Para que representen nuestros intereses y demuestren tanto nuestra inquebrantable lealtad como la permanencia de nuestra vigilia. ¿Cuestionas esta elección?

—No, mi señor. Sólo decía que me habría gustado algo menos... ceremonial.

—Os habría enviado a combatir, Priad, pero el Arrecife está tranquilo por ahora. Sé que estás deseando estrenar y poner a prueba a tu escuadra. Haz esto por mí ahora y yo te buscaré un combate. ¿Qué te parece?

El pulso de Priad golpeó intensamente en sus sienes. Después consiguió esbozar una sonrisa.

—Damocles irá a Iorgu, mi señor —prometió.

—Nos volveremos gordos y lentos —espetó Xander, tirando su casco y sus guanteletes sobre un sillón.

Hasta que Dyognes y Aekon fueron reclutados, Xander había sido el más joven de los Damocles y le gustaba seguir actuando como el agitador.

—¿Gordos y lentos? —repitió el hermano Pindor mientras se quitaba a su vez el casco—. ¿En serio?

—Metafóricamente hablando —respondió Xander—. Fiestas. Pompa. Banquetes. No es eso para lo que nos hicieron.

Scyllon y Andromak gruñeron mostrando que estaban de acuerdo.

—¿Sabes qué, Xander? —dijo Khiron, desconectando sus guanteletes y flexionando las manos desnudas con cuidado—. Esto es precisamente para lo que nos hicieron.

Xander frunció el ceño ante el comentario del apotecario. Khiron tenía una reputación excelente, y nadie en la escuadra Damocles cuestionaba su capacidad, pero seguía siendo un recién llegado, un extraño que ocupaba el lugar de su apreciado Memnes. Todavía se estaban acostumbrando a su manera tan directa de expresar sus conocimientos.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Xander.

—Imagino —apuntó Khiron— que estáis ansiosos por luchar.

—Ése es nuestro trabajo —asintió Xander.

—Cuando el Dios Emperador lo desee. Es nuestra especialidad, pero no nuestro trabajo. —Khiron se volvió hacia Xander. El joven guerrero de oscuras trenzas tenía una mirada orgullosa y glacial y medía una cabeza más que el apotecario de cabello gris, con sus ojos estrechos y su frente prominente—. Nuestro trabajo es servir al Emperador, joven hermano. Si él desea que luchemos, luchamos. Si él desea que

rindamos respeto a una coronación, rendimos respeto. Si él desea que sujetemos un templo que se desmorona con nuestros hombros, lo aceptamos y aguantamos el peso. Si nos dice que nos desnudemos y que hagamos el pino, lo hacemos también. Para eso nos hicieron. Para servir a la voluntad del Emperador.

Xander apartó la mirada.

—¿Estoy castigado, hermano apotecario Khiron?

Khiron rio y dio unos golpecitos en las placas de armadura que cubrían el brazo del guerrero.

—Con que estés es suficiente, Xander. Eso es todo lo que se te pide.

—El área es segura —informó Natus a Priad.

El sargento asintió.

El área era segura. También estaba cargada de opulencia. Cinco apartamentos privados que se comunicaban en el sexto piso del palacio iorguano, cubiertos de sedas y de bordados coshiori e iluminados por globos de luz y lámparas de mecha de cristal estriado. Todos los muebles eran dorados y estaban tallados. Inmensas ventanas de cristal teñido daban a la inmensa ciudad que se extendía a sus pies.

—Somos sus invitados de honor —murmuró Priad.

—¿Qué es... eso? —preguntó el hermano Aekon, mirando confuso un suave montón de almohadas y de cabezales con fundas de seda.

—Es una cama —respondió Priad.

—¿Para dormir?

—Sí. Hay diez de ellas. Dos en cada habitación.

—¡Por la sal de Ithaka! —exclamó Aekon—. Creo que me ahogaré entre tanta suavidad.

—Los iorguanos no entienden realmente lo que somos, ¿verdad, hermano sargento? —preguntó Khiron—. Nos proporcionan camas y delicados salones.

—Y comida —recalcó Priad, señalando una larga mesa repleta de fuentes de frutas, panes y dulces.

Los metabolismos biopotenciados de los guerreros astartes podían pasar sin descansar y sin comer durante semanas. En casos extremos, una reconstituyente siesta de veinte minutos, que podían hacer de pie con la armadura bloqueada, y un paquete de nutrientes suministrados por vía intravenosa podían prolongar su capacidad operacional.

—Somos dioses para ellos —respondió Priad—. Leyendas de las estrellas. La mayoría de los ciudadanos del Imperio se pasan toda la vida sin ver a uno de nosotros en persona. Suponen que somos hombres, pero nos temen como a dioses de guerra.

—Yo no los desengañaría de ninguna de las dos nociones —dijo Khiron.

—Quizá ahora entiendas por qué es tan importante nuestra presencia aquí —le hizo ver Priad a Xander—. El hecho de que diez miembros de nuestro capítulo viajen

hasta aquí y rindan homenaje al nuevo rey es algo muy significativo. Las gentes de Iorgu recordarán esto. El día en que los Adeptus Astartes aterrizaron en tierra iorguana en persona para reconocer a su rey.

Al anochecer, una nerviosa tropa de guardias de palacio llegó para convocarlos a una audiencia. El cielo en el exterior se había vuelto violeta y las doradas torres de la ciudad brillaban con los últimos rayos del sol poniente.

Los guerreros de la Damocles habían lustrado sus armaduras y limpiado hasta el último rastro de polvo. Un terrible silencio inundó la inmensa sala de audiencias cuando entraron en ella, de tres en tres, con Priad a la cabeza. Cinco mil personas (nobles, dignatarios, señores de la ciudad y sirvientes) los miraban sobrecogidos. De repente sonó una fanfarria de trompetas y mucha gente dio un respingo.

Encabezados por el seraskier Duxl, una partida real se acercó para inspeccionarlos. Varios nobles envueltos en sedas con altos y suaves sombreros; bellas concubinas con trajes compuestos únicamente de piedras preciosas; fornidos guardaespaldas que parecían niños junto a los inmensos e inmóviles marines espaciales.

Y el rey electo: Naldo Benexer Tashari Iorgu Stam, por la gracia del Trono Dorado. Un niño, observó Priad, decepcionado. No era más que un emocionado niño mimado con un cuello demasiado largo y ojos llorosos. Las pieles y el oro que lo envolvían tenían el valor de la economía anual de algunas colonias fronterizas, y eran tan pesadas que unos grupos de niños pintados de plata tenían que sostener la cola. El propio Naldo flotaba sobre una placa suspensora que lo desplazaba por el embaldosado suelo.

—Me siento honrado —dijo con voz nasal y aflautada— de que vosotros..., poderosos guerreros, estéis aquí presentes.

—Señor —dijo Priad, inclinando la cabeza hacia el suelo para dirigirse a su majestad. Las palabras de Priad sonaban como distantes truenos a través de los altavoces de su armadura, y algunos de los invitados se estremecieron y lanzaron gritos ahogados—. En nombre de Seydon, señor de los Serpientes de Hierro, en nombre del Dios Emperador de la Humanidad, y en nombre de mi estimado capítulo, yo os saludo y os rindo homenaje.

El sargento se arrodilló, y las articulaciones de su servoarmadura chirriaron suavemente. Incluso arrodillado le llegaba a los ojos al rey electo Naldo. El rostro de su majestad era una pálida mancha verde ante los sistemas ópticos de Priad. De manera espontánea, los gráficos de búsqueda automática de objetivos enmarcaron el semblante de Naldo con unos retículos blancos. Priad desestimó la desleal sugerencia de su visor y el icono desapareció.

Naldo observaba las filas de la Damocles con deleite adolescente.

—Sois tal y como cuentan las historias... ¡o mejor! ¡Guerreros gigantes idénticamente cortados con el mismo patrón!

Priad vaciló. ¿Idénticos? ¿Cómo era posible que aquel niño no viese las diferencias? Dyognes y Xander eran altos como robles, Kules bajo y ancho, Pindor era más viejo, Khiron tenía un porte noble, Aekon era fornido, Watus tenía un brazo biónico, Scyllon era delgado y ágil como una lanza y Andromak robusto y macizo como un acantilado.

«No somos nada, un número. Así es como nos ven a todos. Gigantes reemplazables, réplicas sin personalidad. La armadura nos muestra así», pensó.

—Levántate, guerrero —dijo Naldo, aprovechando la oportunidad de darle una orden a un marine espacial.

Priad obedeció.

—Uníos a nuestras festividades. Socializad libremente.

El rey electo y su séquito se alejaron. La gente empezó a conversar de nuevo y los músicos empezaron a tocar.

—¿Que socialicemos? —dijo Priad de manera privada al resto de la escuadra—. ¿Qué demonios significa eso?



CAPÍTULO 3

Permanecieron atentos y quietos durante dos horas mientras la gala se desarrollaba a su alrededor. Algunos invitados se atrevían a acercarse y los admiraban como si fuesen estatuas. Unos pocos incluso se arriesgaron a tocar su armadura creyendo que les traería buena suerte, o simplemente por una apuesta.

La escuadra Damocles no se movió.

Priad se pasó el tiempo captando y registrando rostros. Su visión óptica vagaba entre los grupos de gente, grabando y etiquetando cada rostro y cada figura que veía y añadiéndolos a la memoria interna de su armadura. No sólo lo hacía con las personas, sino con la estructura y la dimensión de la sala, el número y la ubicación de las salidas, la posición de la banda. Un guerrero de la hermandad aprendía a evaluar y catalogar su situación con fines tácticos siempre que fuese posible, y normalmente sólo tenía tiempo para registrar rápidamente unos cuantos puntos clave. Ahora tenía tiempo de sobra.

El número de pistones o de cuerdas en cada uno de los instrumentos. El número de trastes. El número de botones de una chaqueta o de gemas en la cola de un traje. El número de facetas en una copa de vino. El número de abalorios en los candelabros.

Registró e identificó al robusto comandante de las FDP locales, vestido de manera llamativa con una túnica roja de satén. A cinco gobernadores del subsector y a su personal. Al lord militante Farnsey, a dos comodores de la Marina y a un grupo de guardias que, al igual que la escuadra Damocles, habían sido enviados para asistir a la coronación en representación de sus instituciones. A la princesa real de Cartomax, una bella joven con un rostro quirúrgicamente perfecto cubierto por la gasa de un velo personal, y unos realzados y perfectos senos que resaltaban tras un balcón de diamantes. Al jerarca imperial, el obispo Osokomo, con su masa corporal sustentada por placas gravíticas y su extravagante mitra de tres metros de altura. A un emisario

superior de la nobleza de Navis, que tenía un rostro holográfico para ocultar su impropio tercer ojo. A nueve adeptos superiores del Gremio de Astrópatas. Al oficial superior del Administratum de Iorgu, con dieciséis recolectores. A seis príncipes mercantes. A un hombre vestido con una túnica negra que no había ocultado por completo su dorada mano protésica.

Priad se detuvo.

—Andromak.

—¿Sí, hermano sargento?

—Te dejo al mando.

—De acuerdo, señor.

Priad atravesó la atestada estancia. Hombres y mujeres, la flor y nata de la sociedad iorguana, se apartaron de su camino, aterrados al ver que una de las estatuas se estaba moviendo. Priad ignoró sus susurros y sus exclamaciones y se dirigió a la salida trasera de la gran sala. El hombre de túnica negra había salido a toda prisa en esa dirección.

El pasillo exterior estaba oscuro y silencioso, aunque los sistemas ópticos de Priad veían entre las sombras como si fuese de día.

El sargento sacó su bólter. Una carga completa de munición apareció inmediatamente en la pantalla de su visor, junto con una cruz que flotaba sobre el objetivo. Priad continuó avanzando por el pasillo, estudiando cada centímetro de la estancia verde lima, desde el oscuro turquesa de las sombras más frías y más profundas hasta los blancos destellos de las lámparas.

Una alta figura vestida de negro salió de detrás de un pilar encarándose a él. El hombre levantó las manos, una cubierta por un guante y la otra de oro, y deslizó la capucha de la negra túnica hacia atrás. Tenía el pelo blanco y el rostro anguloso y de piel enjuta.

—Bien hallado, hermano sargento —lo saludó el inquisidor Mabuse.

—¿No intentas ocultarte de mí? —inquirió Priad, desconcertado, preguntándose si debía prepararse para algún truco o alguna magia del Ordo.

Mabuse sonrió, revelando unos pequeños dientes blancos bien ordenados.

—Soy un inquisidor, hermano sargento Priad. Mi trabajo consiste en buscar, encontrar y descubrir..., y en saber con qué pericia hacen lo mismo los demás. No tiene sentido que un mero mortal intente esconderse de un guerrero astartes.

—Pero huiste de la sala en cuanto me fijé en ti.

—La última vez que nos vimos, en Ceres, no nos despedimos en términos muy cordiales. Pensé que tal vez al verme intentarías atacarme.

Priad se sintió insultado ante la idea.

—Soy un sirviente del Trono Dorado, inquisidor. Jamás me entregaría al resentimiento ni a la represalia en contra de otros sirvientes del Emperador... pese a

la opinión que éstos puedan merecerme.

Mabuse asintió.

—Y sin embargo... tu arma está cargada y me estás apuntando con ella.

Priad vio que tenía razón. Enfadado consigo mismo, puso el seguro a su bólter y lo enfundo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó sin rodeos.

—¿En este pasillo? La verdad, hermano, me retiré de la sala para que pudiésemos hablar en privado.

—Me refería...

Mabuse levantó su delicada mano de oro y lo interrumpió.

—Esto es importante, Priad. Sólo tú conoces mi verdadero nombre y mi misión. La corte de Iorgu cree que soy sire Damon Taradae, un comerciante de sericicultura. Me gustaría mantener esa identidad un tiempo más.

—Nadie sabrá la verdad por mí ni por ninguno de mis hombres.

—Me alegro. Gracias, hermano sargento. —Mabuse volvió a asentir, satisfecho.

—Ahora responde a mi pregunta de forma menos literal.

—Por supuesto. Ven...

Con recelo, Priad siguió al inquisidor hacia una alcoba entre gruesas columnas de basalto donde las luces susurraban y brillaban. Mabuse alzó su mano dorada de nuevo y el dedo meñique se separó con un pequeño chasquido y se sostuvo junto a ellos a la altura del hombro sobre un rayo de energía repulsora. La imagen del visor de Priad se nubló de repente.

—Levanta el visor —oyó que le decía Mabuse. Las palabras del inquisidor sonaban amortiguadas por la armadura del sargento.

Priad desactivó el cierre magnético y se quitó el casco. Después miró a Mabuse a los ojos.

—Tranquilo —dijo el inquisidor, señalando ligeramente con la cabeza a su dedo—. Está generando un campo anti-com y anti-picto a nuestro alrededor para que podamos hablar abiertamente. Aquí hay peligro, Priad.

—¿Peligro? ¿Qué peligro?

—No lo sé. Aún no. —Mabuse se encogió de hombros—. Llevo aquí seis semanas, desde que la antigua reina murió. La Inquisición siempre suele enviar a un representante a investigar la muerte de cualquier potentado imperial importante, y la reina Gartrude, que el Emperador la tenga en su gloria, lo era.

—¿Juego sucio?

—Sin duda. Fue asesinada. Pero de un modo tan exquisitamente sutil que parecía que murió de vejez.

—¿Asesinada?

—Sí. El medicae real no vio las señales, pero yo sí.

—¡Entonces debemos informar de esto! Debemos...

Mabuse estiró su mano dorada y la apoyó en el brazo acorazado de Priad. Era un gesto curiosamente atrevido pero informal, y Priad guardó silencio de inmediato, más por la sorpresa que por otra cosa.

—Saber que fue asesinada no es la cuestión, hermano sargento. El trabajo de la Inquisición es averiguar quién lo hizo y por qué.

—El chico... el nuevo rey. Él es al que más le beneficia su muerte —sugirió Priad.

Mabuse rio levemente.

—Eres un guerrero envidiable, hermano sargento Priad, pero desde luego no tienes nada de detective.

—Yo...

—El rey electo Naldo no es el culpable. De eso estoy seguro. Ya tuve en cuenta esa posibilidad. Pero no, el responsable del regicidio tuvo que ser otra persona. Otra u otras. Tengo algunas sospechas. Indagaré sobre ellas en breve. Por ahora sólo quiero que haya paz entre nosotros, Priad. Hazme este favor y mantén mi misión en secreto. Cuando llegue el momento, puede que necesite la fuerza de los Serpientes de Hierro.



CAPÍTULO 4

Ésa noche, cuando las celebraciones en la gran sala terminaron, los Damocles continuaron despiertos. En la penumbra que proporcionaban las lámparas de los apartamentos que les habían procurado, esperaron y holgazanearon, con la armadura suelta o a medio poner. Algunos conversaron. Otros comieron y bebieron los alimentos que les habían servido, sólo por disfrutar de la novedad. Xander echó un pulso contra Aekon y Andromak. El viejo Pindor jugó una partida de regicida con Scyllon.

Priad observaba cómo movían las piezas sobre el tablero de marquetería. «Qué inapropiado», pensó para sus adentros.

Después abrió una escotilla de latón pulido y salió al balcón de su nivel de apartamentos. La noche era cálida, y el seco aire del desierto estaba cargado de esencias a orquídea de las dunas y a gases de combustible. Franjas de nubes plateadas cubrían la luna y brillaban contra un cielo tan oscuro y tan púrpura como un músculo del corazón. Iluminada por una suave luz ámbar, la ciudad acechaba a sus pies. Puntos de luz, los móviles faros del tráfico aéreo que iban y venían a lo largo de las calles que tenía por debajo. Ocasionalmente, un transporte de mayor altitud pasaba cerca, volando entre las doradas agujas.

Priad apoyó las manos en la barandilla del balcón y miró abajo. Las luces del tráfico formaban un largo y relumbrante río, como un kraretyer, un dragón macho gigante, emergiendo para disfrutar del sol.

—¿Hermano?

Era Khiron. El noble apotecario se había soltado la melena gris y ahora le caía sobre los anchos hombros.

—Khiron. Debemos estar en guardia por si hay problemas.

—Sabía que algo te preocupaba. ¿Qué clase de problemas?

—Lo sabremos cuando llegue el momento.

Se oyó un leve murmullo. Priad se preguntó si Khiron había gruñido algo. Después se vio un fogonazo distante y se oyó otro estallido.

Truenos.

Priad oyó un repiqueteo.

Lluvia. Grandes gotas de agua empezaban a caer.

El seraskier Duxl les había explicado que habría cuatro días de celebración. Cuatro días de rituales y de observancias que acabarían con la coronación. La escuadra Damocles caminaría a la vanguardia de la gran procesión cada uno de esos días mientras se llevaban a cabo los rituales. El primer día, el rey electo marcharía hasta la basílica imperial a la cabeza de un séquito de diez mil fieles, y allí se juzgaría su idoneidad para el puesto usando los antiguos tesoros de Iorgu. Diez millones de ciudadanos formarían una línea en las calles para aclamarlos.

Priad preguntó acerca de la lluvia. El seraskier admitió que no era muy frecuente. Allí sólo llovía una vez cada varias décadas, y cuando lo hacía, caía en gran cantidad.

El alboroto de la procesión era peor que el de cualquier batalla. Cuernos y trompetas sonaban y los platillos chocaban. Millones de personas aclamaban y esparcían a su paso hojas de palma recién cortadas de las palmeras de Doum, Los fastuosos regimientos de la Guardia Imperial y de las FDP avanzaban por los principales bulevares de la ciudad, nobles en carrozas antigravitatorias y en limusinas motorizadas, columnas de vehículos de guerra, grupos de bailarines y manadas de perezosos de arena sin pelo, que movían sus inmensas cabezas y ladraban mientras sus jinetes golpeaban sus arrugados costados.

Durante la larga y tediosa ceremonia en la basílica, los truenos resonaron de nuevo, y la aurora boreal tiñó el cielo que ya se oscurecía. La ciudadanía empezó a gritar de sobrecogimiento ante aquel gran augurio. Para cuando el obispo Osokomo llegó a los versículos en los que los tesoros se llevaban hacia adelante, la lluvia estaba aporreando la cúpula y caía como cristal líquido sobre las ventanas multicolor. La luz tintada de la basílica cambiaba y danzaba.

Los tesoros no eran nada espectaculares. Una corona, un orbe, un cetro, un sello, cosas antiguas que sólo se sacaban para las coronaciones. Eran las reliquias legadas por los primeros monarcas de Iorgu, conservadas para siempre en el Túmulo Sagrado, donde la colonia fundadora había construido su refugio original.

Aparentemente poseían poderes arcanos y reaccionarían con un rechazo sobrenatural si se entregaban a un gobernador electo no adecuado. Los tesoros no se movieron de sus almohadones de seda mientras se sostenían bajo el rostro de Naldo. Por lo que parecía, era adecuado para gobernar.

La multitud lo aclamó bajo la tormenta. La comitiva se retiró a palacio. Al día

siguiente irían a ver a los astrópatas para la subsiguiente sucesión de rituales.

La tormenta no amainó. La lluvia apedreaba por la noche y unas auroras boreales todavía más vistosas cubrían el cielo. Tenso y nervioso, Priad se retiró con el resto de la Damocles a sus apartamentos.

A medianoche, un asesor del personal del lord militante Farnsey se acercó a ellos para solicitar una entrevista privada con Priad.

—Mi señor desea que se sepa que hay cierta alarma entre los dignatarios visitantes —comunicó el asesor.

—Entiendo —dijo Priad.

—El tiempo, las luces en el cielo... parecen ser más que un presagio. Parece un mal augurio.

Priad se encogió de hombros.

—Gran hermano de guerra —continuó el asesor, incómodo—, la ciudad está intranquila. En los barrios bajos ha habido algunos disturbios. Además, en las calles corren rumores de que ha habido apariciones y visiones. Unos murmullos en la disformidad están preocupando al Gremio de Astrópatas. El malestar social está aumentando.

—Me he dado cuenta —asintió Priad.

—Se teme que las fuerzas del destino no desean que se lleve a cabo la coronación —prosiguió el asesor—. Si esto continúa, si aumenta, el lord militante y todos los invitados extranjeros se verán obligados a marcharse de Iorgu. Mi señor confía en que los aclamados Serpientes de Hierro los escoltarán hasta que estén a salvo, si acaba habiendo problemas.

—Sirvo al Emperador y a sus vasallos —respondió Priad, recordando las instrucciones de su señor del capítulo.

—Bien —contestó el asesor—. El lord militante se alegrará de oír eso.

Al amanecer, el tiempo empeoró considerablemente. Los disturbios a causa del pánico se habían extendido por las zonas periféricas de la ciudad durante la noche, a pesar de la brutal respuesta del Magistratum, y habían dejado varios municipios en llamas, destrozados y sin policía. Las inmensas multitudes que inundaban ahora las avenidas y los bulevares del barrio central estaban formadas por protestantes, no por fieles. Entonaban oraciones para recibir auxilio y para librarse de la maldición que había caído sobre Iorgu, a pesar de que los camiones antidisturbios del Magistratum los echaban de las calles con cañones de agua. Un rayo había impactado contra la aguja de la Astropática, había matado a cuarenta y dos adeptos y había herido a varias decenas más. Inextinguibles descargas electroluminiscente parpadeaban y ardían alrededor de las torres de alta tensión de dieciocho torres de la ciudad. Se decía que los barrios de la seda habían sido abandonados por completo después de que un terrible fantasma hubiera sido visto merodeando por allí.

A instancias de Priad, Kules había contactado con su barcaza de batalla, que permanecía en órbita. Las imágenes que había recibido en respuesta eran preocupantes. Seis ciudades dormitorio que rodeaban la ciudad de Iorgu mostraban signos de revueltas y de malestar social. Varias zonas de desierto habían desarrollado vegetación y radiantes flores fuera de temporada, volviendo el rosado paisaje de color verde y blanco a lo largo de miles de hectáreas.

Los diluvios habían creado masas de agua poco profundas en las cuencas de los viejos mares secos.



CAPÍTULO 5

Ésta vez el lord militante Farnsey no envió a un asesor. Sorprendentemente se presente en persona.

—Los alborotadores y la muchedumbre se manifiestan alrededor del palacio y aumentan en número. Nos marchamos del planeta.

—¿Nos, señor? —preguntó Priad.

—La nobleza, sargento. Los altos dignatarios. Los augurios dicen que Iorgu está a punto de caer en el fuego y la condena. No debemos estar aquí cuando eso suceda.

—Por supuesto que no —respondió Priad. El sargento estaba a la cabeza de los Damocles de cara al lord militante y su grupo de asistentes y de guardaespaldas. Todos los Damocles vestían ahora su armadura completa, listos para la batalla. Sólo Priad llevaba la cabeza descubierta, con el casco bajo el brazo.

—Confío en que nos escoltarán hasta la plataforma de aterrizaje y nos protegerán hasta que hayamos abandonado el planeta.

—La Guardia Imperial...

—Está ocupada ayudando al Magistratum local a acabar con la revuelta. Tiene las manos ocupadas.

—¿Van a dejarlos aquí? —preguntó Priad.

Farnsey lo miró.

—Debe empezar a aprender sobre prioridades, hermano sargento. Son soldados, y su misión es luchar. Nosotros somos nobles y merecemos todos los respetos. Cumpla con su deber y sáquenlos de este infernal agujero.

—Por supuesto —respondió Priad. Después se volvió hacia su escuadra y se preparó para darles instrucciones.

Un pequeño y brillante misil entró volando en el apartamento, tan bajo sobre las cabezas del lord militante y de su séquito que se vieron obligados a agacharse

consternados. De repente se detuvo y se mantuvo en el aire delante de Priad. Era un perfecto dedo índice humano de oro.

Un holograma borroso, lo bastante pequeño como para caber en la palma de una mano, se materializó en el aire sobre él. Era la imagen de un hombre que vestía una túnica negra.

—Hermano sargento Priad, la hora se avecina —crepitó la voz miniaturizada de Mabuse a través de un dispositivo de altavoces—. Solicito tu ayuda y la de la escuadra Damocles. He descubierto quién fue y por qué.

—¿No puedes proceder sin nosotros? —preguntó Priad en voz baja.

—Sí, hermano. Pero sin vosotros mi misión fracasará y Iorgu perecerá.

—¿Estás exagerando para llamar la atención, Mabuse?

—No —respondió el pequeño holograma—. Estoy subestimando.

—La escuadra Damocles está preparada.

—Seguid mi dedo y os llevará hasta mí —dijo el holograma mientras se disolvía. El dedo dorado giró en el aire y esperó impacientemente.

—¡Damocles! ¡Comprobad las armas y preparaos para el combate! ¡Seguidme!
—Hubo un fuerte repiqueteo mientras los hombres preparaban sus armas.

—¿Que estáis haciendo? ¿Qué estáis haciendo? —bramó Farnsey mientras Priad dirigía a la escuadra fuera del apartamento dejándolo atrás.

—Tengo un auténtico deber que cumplir, mi señor —respondió Priad.

—¿Vais a dejarnos con la muchedumbre? ¿Cómo os atrevéis, astartes? ¡Soy un lord militante! ¡Me acompañaréis a la plataforma de aterrizaje sano y salvo!

Priad se volvió un momento para encararse con él.

—Sugiero que se atrinchere y que se agache, mi señor. La escuadra Damocles no puede asistirlo en estos momentos.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —rugió Farnsey.

—Empezar a aprender sobre prioridades, señor —respondió Priad.

Las maldiciones de Farnsey los siguieron por el pasillo. Los amenazaba con informar de aquello, de desprestigiarlos ante el señor del capítulo, de arruinarlos a ellos y a su reputación.

Las amenazas rebotaban en la armadura de Priad como si fueran gotas de lluvia.

El dedo guía los dirigió por el inmenso palacio real. Algunas estancias y pasillos estaban desiertas, otras mostraban signos de saqueo. En los corredores pasaron a varios sirvientes y asesores que habían robado todo lo que podían coger y estaban ocupados marchándose de allí, y los carros portaequipajes de los nobles que iban a marcharse, así como auxiliares solicitando la asistencia de unos servidores que era poco probable que respondiesen. En una columnata, soldados de las FDP se esforzaban inútilmente por asegurar las persianas de las ventanas rotas por la

tormenta. Los rayos iluminaban la oscuridad exterior y la lluvia entraba a través de los agujeros. Pasaron una sala en la que cientos de habitantes de palacio estaban arrodillados de terror mientras los agitados jefes los dirigían con desesperadas oraciones de liberación.

Los elevadores centrales estaban atestados, de modo que se dirigieron hacia un ascensor de servicio en el lado occidental de la aguja del palacio y lo requisaron. El personal de palacio que esperaba para usarlo huyó en el momento en que los grandes astartes aparecieron.

El ascensor de servicio los depositó en un profundo aparcamiento de viscoso rococemento. Los apliques de la pared parpadeaban con las fluctuaciones del abastecimiento de energía principal.

—Buscad un transporte —dijo la pequeña holofoma de Mabuse.

La mayoría de los vehículos había desaparecido. Los cargados y atestados transportes hacían cola en la rampa de salida. La mayoría de los vehículos que quedaban eran demasiado pequeños para llevar a toda la escuadra.

—¡Aquí! —exclamó Scyllon, leyendo la imagen de su auspex.

En una zona privada había varias carrozas antigravitatorias y barcazas repulsoras que se habían utilizado en la procesión de la coronación. Entre ellos había un lujoso yate terrestre de casco largo. Sirvientes de uniforme peleaban por cargar sus equipajes en él.

—¡Abandonad el vehículo! —ladró Priad a través de los altavoces.

Algunos de los sirvientes corrieron, soltando las maletas que estaban intentando subir al yate. Otros se quedaron petrificados mientras observaban acercarse a los marines espaciales totalmente consternados. Pindor y Natus los apartaron a un lado y montaron en el vehículo.

—¡Cargado y listo para partir! —informó Pindor un momento después.

Priad indicó a Dyognes y a Xander que avanzasen y que se deshiciesen de todo el equipaje que ya se había instalado en el yate.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo? —aulló una voz.

Priad se volvió. Era la princesa real de Cartomax, envuelta en pieles hasta el suelo, con el rostro pálido, corriendo hacia ellos rodeada de media docena de guardaespaldas de gesto avergonzado.

—¡Ése es mi vehículo! —declaró, mirando al hermano sargento.

Apenas le llegaba al codo. Priad estaba asombrado ante su descarada indignación. Parecía no temer en absoluto a los guerreros gigantes. O tal vez su miedo a la situación superaba con creces su miedo a los astartes.

—Lo necesitamos —respondió Priad simplemente.

—¡Malditos seáis! —gritó—. ¡Es mío! ¡Mío!

—Señora, por favor... —gimoteó uno de los guardaespaldas con los ojos fijos en

Priad y en sus hombres y con las manos notablemente alejadas de su propia arma de fuego—. Por favor... son astartes...

La princesa le dio una bofetada tan fuerte que el hombre cayó al suelo.

—¡No tomaréis mi transporte! —le dijo a Priad.

—Ya lo he tomado. Tranquilícese y vuelva al complejo del palacio.

—¡Entonces escoltadme hasta un lugar seguro! ¡Vosotros me servís a mí!

Ahora Priad lo entendía todo. Sí que los temía, porque no los entendía. Criada en la enrarecida atmósfera de una corte real, la habían educado para que considerase a los astartes como guerreros sirvientes. Sirvientes del Imperio. La princesa pertenecía a la realeza, y daba por hecho que ellos debían servirla.

Qué arrogancia tan maravillosa.

—Márchese. Ahora —respondió.

—¿Es que no sabes quién...? —empezó a decir.

—Márchese ahora —repitió Priad.

Ella lanzó un grito de indignación y le disparó a quemarropa con un microláser que llevaba oculto entre las pieles. El impacto chamuscó la placa del peto del astartes y provocó que una lluvia de señales inundase su visor. Scyllon y Aekon apuntaron a la princesa con sus bólteres de inmediato.

Ella lanzó un grito ahogado y retrocedió, incrédula.

—Márchese —repitió el sargento con tranquilidad, intentando hacer caso omiso a las señales de objetivo que llenaban su vista y enmarcaban el rostro de la mujer.

—Señora —retumbó una voz. El dedo dorado estaba ahora suspendido entre Priad y la princesa. Mabuse había aumentado el volumen de sus altavoces—. Le recomiendo que se marche de aquí a toda prisa ahora mismo, Haga lo que el hermano sargento le ordena.

La pequeña holoforma la miraba.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntó con voz ahogada.

La holoforma de Mabuse parpadeó y se disolvió. Después fue sustituido; por la intensa luz de una insignia. El emblema de la escarapela de la Inquisición.

—Por esto.

Ella gimió y salió corriendo.

«Ésa ha sido una buena lección —pensó Priad—. Incluso alguien tan altivo e insensible como para no temer a un astartes alberga terror por la Inquisición».



CAPÍTULO 6

Pindor dirigió el yate por el aparcamiento hasta salir al exterior. Xander y Dyognes se vieron obligados a caminar delante de éste para despejar el tumulto de transportes de la rampa. Una vez en la calle, los dos guerreros volvieron a subir al vehículo y el yate avanzó a toda velocidad por el bulevar.

La lluvia monzónica caía formando cortinas de agua. Unos extraños efectos eléctricos iluminaban el bajo y siniestro cielo, y Priad vio como al menos cinco torres recibían el impacto de un rayo en el mismo número de minutos.

La calzada estaba cubierta con los restos de la revuelta, y vehículos volcados ardían bajo la lluvia. Unas borrosas figuras huían entre las sombras por las calles y los puentes. En un cruce, los cuerpos de nueve oficiales del Magistratum yacían destrozados en la carretera. Los sensores de Priad detectaron esporádicos disparos procedentes de las calles vecinas.

En una sección de cincuenta metros, las ventanas a nivel de la calle de una torre no mostraban su reflejo al pasar, sino un clamor de fantasmas con la boca abierta que les gritaban desde los cristales cubiertos de lluvia.

—¡Por el Trono Dorado! —exclamó Andromak—. ¿Habéis visto eso?

—No —mintió Priad.

El yate giró hacia el este por la autopista principal de la ciudad, sobre un puente peraltado que atravesaba un parque señorial. Las palmeras de Doum del parque estaban en llamas, pero las hojas no ardían.

—Girad al este —indicó Mabuse—. Dirigios al Túmulo Sagrado.

Pindor luchaba con los mandos del yate. Le resultaban extraños y sus inmensas manos cubiertas por los guanteletes eran demasiado grandes para manejar las delicadas y estriadas palancas y pedales. Intentó torcer hacia la amplia avenida que llevaba fuera del centro de la ciudad hacia el área del Túmulo, y estampó el yate

contra una sección del guardarraíl. El impacto hizo que saltasen chispas y dejó una fea abolladura en el lateral del casco del transporte de lujo.

En una rápida sucesión, tres relámpagos golpearon brutalmente la carretera cerca de ellos, uno por delante y los otros dos a la izquierda. Los rayos dejaron humeantes agujeros en el rococemento. Los impulsos electromagnéticos los dejaron aturridos y cegados por un instante, y el dedo dorado cayó sobre el suelo del vehículo, inerte. Un segundo después volvió a levantarse, tambaleándose en el aire, y la holoforma se activó a continuación.

—¡Vamos! —exclamó Mabuse.

—¡Dios Emperador...! —murmuró Pindor.

Priad miró al exterior. Un esqueleto humano con huesos de ébano pulido y con las cuencas de los ojos iluminadas por un espectral resplandor amarillo estaba de pie en la carretera delante de ellos. Medía cuarenta metros de altura.

La escuadra Damocles abrió las escotillas superiores y empezó a disparar a aquella aberración con sus bólter. Las brillantes trazadoras atravesaban el húmedo aire. Andromak lanzó un incandescente estallido azul con su pistola de plasma.

Intacto e inmutable, el esqueleto dio un paso hacia adelante.

—¡Dejad de malgastar munición! —gritó Mabuse, con la voz convertida en un agudo sonido metálico—. ¡Atravesadlo! ¡Sólo es un espectro! ¡Una aparición!

—¡Hacedlo! —ordenó Priad.

Pindor pisó el acelerador al máximo y dirigió el yate hacia la negra y gruesa tibia de aquella pesadilla. Todos se prepararon para el impacto.

No ocurrió nada. La habían atravesado y avanzaban por la avenida. El fantasma gigante había desaparecido en la tormenta.

El Túmulo Sagrado era inmenso. Su cima crepitaba con descargas de electricidad estática. La escuadra Damocles abandonó el yate en la base y avanzaron a paso ligero a través de la incesante lluvia hacia el viejo paso elevado de piedra que cruzaba la zanja que rodeaba el túmulo hacia la entrada principal.

Mabuse los esperaba bajo el dintel de la inmensa entrada. En su mano de carne y hueso llevaba una pistola láser, y desparramados a su alrededor sobre las losas del suelo yacían los restos fundidos e irreconocibles de varios cadáveres. Levantó su mano dorada y el enante dedo voló hacia él y se colocó en su sitio.

—Vamos —dijo, dándose la vuelta para entrar en el túmulo.

Priad vio que llevaba lo que parecía ser una pesada mochila sobre su espalda.

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué es lo que está pasando? —pidió Priad.

—No hay tiempo —respondió Mabuse secamente.

—Esos cuerpos... ¿A quién has matado?

—En serio, hermano sargento... no hay tiempo.

Como subrayando sus palabras, una salva de fuego de pistola automática azotó el túnel de entrada desde el interior y los casquillos de gran calibre rebotaron en el suelo de piedra y en el bajo techo. Natus maldijo cuando varios proyectiles alcanzaron su armadura. Priad corrió hacia los disparos abriendo fuego con su bólder. En su visor, la munición de su arma descendía. La cruz que marcaba el objetivo saltaba y parpadeaba en busca del verde resplandor de un cuerpo.

De repente vio un fognazo de descarga, blanco incandescente en contraste con el fondo esmeralda. La cruz se detuvo.

Priad disparó y una figura humana salió de su escondite con tanta fuerza que rebotó en la pared que tenía detrás.

A su lado, Khiron y Xander derribaron a otros dos.

En una formación perfecta, la escuadra Damocles entró en el atrio interior. Natus y Aekon cubrían la retaguardia, Xander y Scyllon la salida delantera. Pindor y Andromak avanzaron hacia el centro de la sala.

Priad se arrodilló para examinar uno de los cuerpos.

Era un humano, un vecino. No tenía nada especial, aparte del hecho de que treinta segundos antes había sido lo bastante valiente o lo bastante insensato como para abrir fuego contra una escuadra de marines espaciales. El disparo de bólder de Priad casi lo había vuelto del revés.

—¿Un saqueador? —preguntó.

Mabuse se apoyó en el hombro de Priad y estiró su mano dorada. El dedo anular proyectó un fino y abrasador rayo de fusión de casi un metro de largo que eliminó de forma grotesca la carne de la frente del cadáver. Priad se estremeció al ver la runa que tenía marcada en el cráneo.

—Era un adorador —afirmó Mabuse, apagando su rayo de fusión—. La marca interior, la quemadura en el hueso. En todos los años que llevo cazando a estos demonios, jamás he logrado descubrir cómo lo hacen. Cómo graban el símbolo en el hueso sin dejar huella la piel que lo cubre.

—Nunca había visto algo parecido —admitió Priad.

—Es la marca de un antiguo y poderoso culto —explicó Mabuse con toda naturalidad—. He puesto fin a sus actividades en otros tres mundos. Me quedé consternado al descubrir que estaban actuando aquí.

—¿Y cómo lo descubriste? —preguntó Khiron.

Mabuse se volvió hacia el apotecario y sonrió.

—No me lo digas... —apuntó el apotecario—. No hay tiempo para eso.

—Exacto —asintió Mabuse—. Además, hay cosas que no es necesario que sepáis. En pocas palabras, una famosa y bien respaldada secta está activa aquí, en Iorgu. Fueron ellos quienes mataron a la vieja reina por una razón muy sencilla. Querían una coronación.

—¿Qué? —interrumpió Priad—. ¿Por qué?

—Porque sólo durante una coronación se abrirían los cierres del Túmulo Sagrado y las reliquias de Iorgu se extraerían para las ceremonias.

—¿Quieren los tesoros?

—No. Quieren lo que yace bajo el túmulo. Lo que los tesoros mantienen bajo control.

Priad se levantó.

—Si hay algo que haga que quiera aplastarle a alguien la cabeza, son los acertijos, Mabuse.

—Los primeros colonos de Iorgu, los primeros monarcas, vencieron a «algo» aquí. Algo con lo que se encontraron cuando aterrizaron por primera vez. La verdad de la historia se perdió con el tiempo, y lo único que nos queda son los mitos del mundo. Aquí existía un gran mal... Había estado aquí desde antes de la era del hombre. Los primeros iorguanos lo derrotaron y construyeron este túmulo sobre él. Los tesoros son los componentes de un sistema de contención que lo mantiene dormido.

—¿Lo?

Mabuse se encogió de hombros.

—¿Que es lo peor que puedas imaginar, hermano sargento?

Priad no respondió.

—Peor que eso —declaró Mabuse—. Está encerrado, durmiendo, y es seguro sacar los tesoros unos días cada vez que hay una coronación. Pero esta coronación ha sido forzada, y en cuanto los jefes movieron los tesoros, la secta se abrió paso hacia el desprotegido túmulo para llevar a cabo los rituales del despertar.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Priad.

Mabuse abrió su mochila para que Priad viese lo que había dentro. El cetro, el orbe y el resto de tesoros estaban en su interior.

—Volver a colocar las reliquias donde estaban y engranar el sistema de contención antes de que sea demasiado tarde.



CAPÍTULO 7

Los túneles internos del túmulo estaban recubiertos de piedra: el suelo, las paredes y el techo. Desde el atrio descendían en espiral hacia el vientre de la colina, iluminados por varas luminosas parpadeantes y globos de luz enjaulados. A intervalos regulares, otros túneles descendientes se alejaban del principal. Mabuse dirigió a la Damocles por la penumbra y en varias ocasiones decidió seguir los ramales que al hermano sargento le parecía que desafiaban la lógica.

—Confía en mí —dijo Mabuse—. La estructura interior del túmulo está construida como una triple hélice, y está llena de callejones sin salida y de caminos engañosos.

—¿Caminos engañosos?

—Astutas desviaciones diseñadas por los constructores del túmulo. Falsos túneles y curvas ideadas para engañar a los saqueadores de tumbas.

«Me están engañando a mí», pensó Priad.

La realidad era confusa en los niveles inferiores. En una sección de una túnel curvo ligeramente inclinado estaba lloviendo y los relámpagos destellaban. En otra, las paredes se acercaban y se balanceaban como la ola de un maremoto. En una tercera, todas las piedras de la pared se convirtieron en cráneos humanos parlantes. Ninguna de las calaveras tenía cuencas oculares. Los huesos eran lisos hasta los chasqueantes dientes.

Mabuse parecía ajeno a todo aquello.

Sin embargo, al girar otra curva, titubeó y se detuvo.

—He cometido un error —les dijo—. Volvamos. Deberíamos haber girado a la izquierda.

Entonces volvieron sobre sus pasos hasta la última intersección.

—No —decidió de repente—. Tenía razón. Está intentando engañarme. Estás

intentando engañarme, ¿verdad? —El inquisidor gritó la última frase a las paredes, que se tensaron y empezaron a sudar.

Volvieron por donde habían venido. Perros rata sin piel del tamaño de pequeños caballos bloqueaban su camino, con los ojos como amarillo carbón y con sus músculos y órganos a la vista, brillando bajo la débil luz. Aekon gritó por la sorpresa y disparó su bólter.

—¡Espectros! —advirtió Mabuse—. ¡Atravesadlos!

Siguiendo al inquisidor, la escuadra Damocles caminó a través de las bestias semicorpóreas, sintiendo como éstas dejaban un pegajoso resto de ectoplasma en sus acorazadas piernas. Al tocarlas, las despellejadas abominaciones se transformaban en vapor.

—Sólo son fantasmas —aseguró a los serpientes de hierro—. Fantasmas generados por los dolores de parto psíquicos del Durmiente. Todos ellos son fenómenos sintomáticos, como las tormentas, las auroras y los rayos de electricidad estática.

Pero lo que se encontraron en la siguiente curva no era una aparición en absoluto. Los adoradores los atacaron desde la división de otra espiral disparando sus armas. Khiron y Pindor se llevaron la peor parte y se vieron obligados a retroceder. Aekon, Dyognes y Scyllon se enfrentaron al ataque lanzando una andanada de fuego bólter que salpicó las paredes del túnel de sangre y de fragmentos de hueso.

Otros grupos de cultistas les dispararon desde las profundidades. Llevaban una mezcla de armas láser y de pistolas automáticas. Uno tenía un lanzallamas.

La ráfaga de fuego envolvió a Priad y su armadura empezó a emitir una serie de alarmas de peligro. Priad avanzó a través del chorro de fuego y embistió con su bólter y con su garra relámpago. Tres cultistas cayeron bajo las balas y dos más bajo la venerable garra.

Andromak caminaba junto a Priad, y extinguió a tres cultistas más con su pistola de plasma.

Otros se retiraron disparando perseguidos por el aniquilador fuego de Priad.

—¡El inquisidor ha caído! —informó Khiron a través del comunicador.

Priad envió a Andromak y a Kules por delante y corrió junto a Khiron y Natus, que estaban sobre el destrozado cuerpo de Mabuse.

Estaba hecho un desastre. Al menos tres disparos de pistola automática lo habían alcanzado. Su ya pálido rostro estaba más pálido que nunca mientras le entregaba la mochila al sargento. Al hablar, la sangre le salió a borbotones de la boca.

—Termina tú, hermano sargento.

—Quédate con él —le dijo Priad a Khiron mientras agarraba los tesoros—. Aekon, Xander, vosotros también. El resto, venid conmigo.

Los astartes continuaron hacia adelante, haciendo caso omiso de los fantasmas

que surgían ante ellos y luchando contra los cultistas que intentaban detenerlos. Durante treinta y cinco minutos lucharon por el último tramo de túnel que daba a la cámara central del túmulo.

Priad perdió la cuenta de los cultistas que habían eliminado. La pendiente del túnel estaba inundada de sangre.

El sargento oía frenéticos chasquidos, como la estridulación de los insectos, que se volvían más intensos a cada momento que pasaba. Sonaba como si mil millones de bichos estuviesen, chasqueando las alas en la oscuridad.

La cámara central era amplia y elevada, una capilla en las entrañas del túmulo. Irrumpieron por la izquierda, derribando a una docena de cultistas bajo una ráfaga de fuego. En la sala había un podio y un altar de grasienta piedra rosada. Los cultistas habían colocado espeluznantes ofrendas sobre el altar.

Sacrificios. Una carnicería que revolvería hasta los estómagos más resistentes.

El sonido de los insectos aumentaba de volumen. Billones de pares de élitros invisibles se frotaban entre ellos. El aire era espeso y agrio, y los sistemas de mantenimiento ambiental de las armaduras de los astartes empezaban a pasar apuros.

Apariciones de cráneos de cabra silbaban a su alrededor. Kules disparó en la cabeza a un cultista que habían dado por muerto pero que estaba allí intentando agarrar su arma.

El Durmiente estaba a punto de despertar.

Un humo tóxico, el repugnante hedor a eones, giraba alrededor del altar. A pesar de los filtros de la armadura, Priad percibía el olor a moho y a podredumbre de las profundas tumbas, alejadas del aire y de la luz durante miles de años. Había un repulsivo sabor en el aire que podían sentir incluso bajo sus herméticos cascos. Una abrumadora perturbación. Un caleidoscopio de nauseabundos colores.

Priad sabía que su nariz y sus oídos estaban sangrando. Los sistemas de ventilación de la armadura temblaban mientras intentaban enfrentarse al líquido que manaba de él. El sargento vio que Kules y Andromak caían de rodillas. Natus y Scyllon empezaron a disparar a las sombras. Dyognes y Pindor flaquearon, confusos.

Bichos, tenían el cuerpo cubierto de estridulantes bichos. Priad vio como sus chasqueantes formas correteaban sobre su visor moviendo frenéticamente las antenas.

Intentó quitárselos de encima. Intentó llegar hasta el altar.

El Durmiente empezaba a formarse en el aire de la cámara central. Su forma estaba compuesta de arremolinados insectos que se fusionaban lentamente para formar un cuerpo sólido.

Ojos... Inmensos ocelos en forma compuesta... cadavéricos pómulos... Balanceantes apéndices del tamaño de un hombre. Una luz amarilla empezó a manar del monstruoso conglomerado de ojos mientras el cuerpo adquiría solidez.

Los insectos cubrían a los miembros de la Damocles, obligándolos a ponerse de

rodillas. Priad vio como la marea de insectos se comía la carne de los huesos de los adoradores. Tanto los vivos como los muertos, los cultistas fueron consumidos.

Los resplandecientes ocelos amarillos miraban al sargento mientras se iban volviendo mis reales. Los monstruosos apéndices de su boca se estiraron hacia él.

Priad disparó profusamente el bólter contra las carnosas y salivantes fauces y llegó hasta el altar. Tuvo que apartar la sangre y las entrañas para encontrar los huecos para las reliquias que el tiempo había erosionado.

Enjambres de insectos carnívoros se abalanzaron en masa hacia la mochila en cuanto la abrió. El sargento extrajo los tesoros de Iorgu, uno por uno, y los colocó en su lugar.

Cuando cogió el último, el cetro, el abrumador peso de los insectos cubrió su visor y oscureció su vista. Priad los apartó con la mano.

—¡Vuelve a dormir! —bramó a través de las rejillas metálicas de los altavoces obstruidos con partes de insectos y trozos de patas que todavía se movían—. ¡Vuelve a dormir eternamente!



CAPÍTULO 8

Tras aquella calamidad, la ciudad de Iorgu humeaba como una hoguera medio apagada. La tormenta se alejaba por el norte y dejaba el cielo limpio de colores, a excepción del amarillento dióxido de sulfuro que salía de los fuegos.

La ciudad había sufrido una gran cantidad de pérdidas.

—Mensaje del despacho del lord militante Farnsey —dijo Kules mientras lo transfería a la placa de datos de Priad.

El sargento lo compartió con los demás. Quince comunicados formales de denuncia de Farnsey, la princesa real, e incluso del príncipe electo.

—Malditos sean todos —dijo.

La escuadra Damocles había purgado y sellado el túmulo, pero todavía no había hecho ningún informe para nadie. Quizá fuese mejor que los iorguanos ignorasen el destino que habían estado a punto de sufrir.

—Enviarán denuncias a Karybdis —apuntó Khiron suavemente.

—Que lo hagan —respondió Priad. Después sacó el dedo dorado de la bolsa de su cinturón y lo activó. Un pequeño holograma de Mabuse apareció.

—Su excelencia señor del capítulo Seydon —empezó a decir el holograma—. Con mi último aliento, quiero encomendarle a la escuadra Damocles. Estoy convencido de que serán reprendidos y censurados por abandonar su deber de protección para con la nobleza imperial. Sin embargo, hay ciertos hechos que usted debe conocer...

Priad apagó la holoforma.

—Creo que no tenemos nada de qué avergonzarnos —declaró.

Muy por debajo de ellos, el fuego de los motores de su nave se reflejaba en las embarradas llanuras y los temporales mares de Iorgu. Brillante como un cuchillo serrado, y con la luz del día parpadeando en sus prominentes proas, la barcaza

imperial se avecinaba como una estrella naciente en el cielo oriental.



SÉPTIMA PARTE
PIELVERDE
MISIÓN EN GANAHEDARAK



CAPÍTULO 1

El suave banco de arena sedimentada descendía ante él hacia la oscuridad del foso. Por encima, el mundo era un panorama de pálido azul en el que había penetrado la luz del sol. Era un lugar tranquilo, y Aekon pensó que aquello parecía una arenosa playa bajo un claro cielo azul. Excepto por la terrible presión, el frío que lo envolvía y el atronador zumbido que ensordecía sus oídos.

Dio otro ingrátido paso por el banco. Sus pies desnudos levantaban lentas nubes de sedimento alrededor de sus tobillos. Estaba desnudo, a excepción de un calzoncillo y de un cinturón alrededor de su amplio torso que sujetaba una pequeña bolsa cerrada con una cuerda.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? Dieciséis minutos. Había estado contando cuidadosamente, pero aquellos miembros de la hermandad que sabían acerca de estas cosas decían que era muy fácil perder la cuenta. Al cabo de siete u ocho minutos, a pesar del aislamiento de los aumentados sistemas pulmonares, del intercambio osmótico de oxígeno y de la distribución de toxinas metabólicas, la mente empezaba a nublarse. El veneno se acumulaba en el torrente sanguíneo, sumado a los efectos de la temperatura y la presión. Entonces empezaría a cometer errores.

Si se había equivocado en la cuenta, aunque fuese sólo por medio minuto, si su mente se había nublado, todo habría terminado y era hombre muerto. Y un estúpido.

Algunos de la hermandad le habían advertido sobre los sueños narcóticos, la serenidad que se apoderaba de los incautos y de los poco preparados. Decían que los sueños eran agradables, hermosos. Hacían que quien los vivía creyera que se encontraba bien y que podría sobrevivir allí eternamente. Eran los síntomas de una muerte medio completa.

Aekon se apartó del banco y estiró sus poderosos brazos para arrastrarse más hacia el peso del agua y la oscuridad del foso. Sentía que los pulmones le ardían cada

vez más intensamente, el ácido láctico en sus músculos, la brutal presión que estiraba la piel de su rostro y de su pecho. Le pesaban las extremidades.

Sólo un poco más, un poco más al fondo. Dieciséis minutos y medio ahora, según sus cálculos. Su corazón secundario empezó a palpar con fuerza. La oscuridad del foso lo abrazaba. Desde el suave borde del banco, el foso caía de manera abrupta, prácticamente en perpendicular al lecho marino superior. El agua se volvió más fría casi de inmediato. Demasiado lejos de la luz del sol, a diez o doce grados menos que el agua que tenía por encima, empezó a mover las piernas con la cabeza hacia abajo y utilizaba los brazos como remos para empujarse en el agua. Sentía como si tuviese la cabeza envuelta en metal, y el metal lo presionaba con fuerza. Unas pocas burbujas se escaparon por la comisura de sus labios.

Ahora se encontraba en la oscuridad, en las frías entrañas del foso. El Foso. No tenía otro nombre, aunque había sido un lugar especial para la hermandad desde el principio de los tiempos. Un lugar para ponerse a prueba uno mismo, un lugar de resistencia y de coraje, de riesgo y de valor. Un lugar en el que un hombre podía dejar literalmente su impronta.

Un lugar en el que un hombre podía dejar testamento de su propia fuerza y que sólo aquellos tan fuertes, o tan locos, como él podrían ver.

Diecisiete minutos. Sus ojos, aptos para la terapia óptica desde que había cumplido los catorce años gracias al ocuglobo, leían las formas en la oscura profundidad. Captó los objetos ofrendados esparcidos en el lodo en la base del foso. Hojas, escudos, cnokoi, puntas de lanzas marinas, cuentas, huesos, esquirlas de placas de armadura, tótems y amuletos, iconos y trofeos, todos de color pálido en la penumbra, y cubiertos con la blanca filigrana de cal y de algas. Todos los objetos tenían un nombre o una marca grabado, aunque algunos estaban demasiado erosionados por el mar como para poderse leer.

Diecisiete minutos y veinte segundos. Aekon siguió hacia adelante y escogió un lugar posible, un suave remolino de barro entre una estatuilla de bronce y tres puntas de lanza. Las puntas de lanza se habían clavado boca arriba en el lodo, de modo que asomaban como un pequeño cultivo de cuchillas germinantes. La estatua de bronce, que en su día podría haber representado al gran primarca pero que ahora había perdido todo parecido, estaba ladeada, como si no deseara ser testigo de la locura de los hombres.

Aekon movía las piernas para mantenerse en el sitio y abrió la bolsa. Ésta se dejaba caer lenta y pesadamente entre sus entumecidos dedos mientras la corriente la empujaba. Entonces metió la mano y sacó su ofrenda. Era el cargador de un rifle automático con toda la munición. Se lo había arrebatado a un cultista al que había matado durante el asalto en el Túmulo Sagrado en Iorgu. Aquélla había sido su primera misión como serpiente de hierro y como miembro de la escuadra Damocles.

Los cultistas habían sido sus primeras víctimas en el campo de batalla. Era una buena ofrenda, apropiada, y había grabado en ella su nombre y el símbolo de su escuadra.

Colocó el cargador sobre el barro y lo presionó con la mano para que se incrustase bien y no se moviese con las corrientes. Después hizo la señal del águila sobre su pecho.

Pensó en Iorgu por un momento. Su primera misión, y aparte de un par de misiones de guardia sin incidentes, la única en los dos años que habían pasado desde que había sido reclutado en la hermandad y en Damocles. La única en la que habían sido bendecidos con un combate. Las ganas de luchar lo asfixiaban, lo...

Entonces se detuvo. Se asfixiaba y punto. Al pensar en Iorgu se había despistado un instante. Había dejado de contar.

¿Qué pasaba? ¿Empezaba a nublársele la mente? ¿Estaba ya soñando? Ansiaba respirar.

Se frotó los ojos con sus blancos y arrugados dedos con la esperanza de sacarle algo de claridad a su vista y a su mente. Ya había terminado allí. Había hecho lo que había venido a hacer. Sólo tenía que regresar de nuevo a la superficie.

Por un momento, en la oscuridad, Aekon no lograba recordar en qué dirección debía ir.

Se hundió un poco y los dedos de los pies tocaron el lodo. La sensación hizo que se estremeciese. Miró hacia abajo y vio el fondo del foso. Entonces, a pesar de la presión, su mente logró asimilar la simple lógica de arriba y abajo. Flexionó sus gruesas y fuertes piernas y se impulsó contra el lecho marino.

Conforme ascendía por la pared del foso la presión fue disminuyendo. Por encima se divisaba una palidez, un resplandor azul verdoso. Siguió moviendo las doloridas piernas. El agua se fue volviendo más cálida al atravesar el borde del foso y ascender hacia las zonas iluminadas por el sol. Rayos de luz dorada atravesaban el azul del agua como escaleras desde la todavía lejana superficie. Un banco de destellantes peces pasó en rigurosa formación. La subida estaba siendo más rápida que la bajada. ¿Cuánto tiempo llevaba? ¿Cinco minutos? ¿Cuatro?

¿Podría aguantar tanto tiempo?

Aekon empezó a pensar que no. Seguía moviendo las piernas, ascendiendo, agitando ocasionalmente sus cansados brazos, pero su mente iba a la deriva. Pensó en los amigos de su infancia, en un perro de caza que había tenido. Pensó en la pequeña casa de campo en la que se había criado antes de ser seleccionado y reclutado. Pensó en una mujer que posiblemente fuese su madre. Pensó en su primera lanza marina, de tamaño medio, para un niño. Todas estas cosas pasaban por su mente a gran velocidad. No podía concentrarse. Estaba teniendo visiones.

Visiones como el tritón que había acudido para reclamar su vida y llevarse su alma para que durmiese en el Océano Interminable. Alto y fornido, con gotas de aire

atrapadas como mercurio en las curvas de su musculatura, con las piernas unidas como la aleta de un pez picudo. El viejo dios del mar, barbudo y con el cabello cano, con una lanza en la mano.

El tritón se acercaba a gran velocidad a través de la luz. La expresión de su rostro era adusta, tenía los ojos pequeños y la mandíbula prominente, como Khiron...

No, no era como Khiron. Era Khiron.

El apotecario de la escuadra Damocles se apresuró hacia Aekon y le tendió la mano. Su mente se despertó de inmediato y se inundó de claridad.

Rechazó la ayuda de Khiron y negó con la cabeza. Khiron frunció el ceño, extrañado. Aekon volvió a negar con la cabeza. «No quiero ayuda. Tengo que hacer esto solo».

Entonces empezó a mover las piernas de nuevo, con la cabeza inclinada hacia atrás, casi convulsionando su camino hacia la superficie. Khiron lo siguió dando un elegante giro, con la lanza en el costado.

Desde el azul a mitad de camino hasta la superficie plateada y amarilla bajo el sol, el agua estaba cargada de brillantes cardúmenes de peces y de otros seres marinos a la deriva.

Estaba cerca. Muy cerca.

Por fin llegaron a tierra, a la arena de color oro blanco de la playa vacía. Más allá de la orilla en forma de media luna se elevaban los bosques, verdes, densos y exuberantes alrededor del cabo. El cielo ithakano era de un delicado azul, y el sol calentaba de manera implacable.

Aekon no vio nada de esto. Salpicaba a través de las olas, tosiendo y ahogándose, la cabeza le iba a estallar. Intentó forzar la relajación de los esfínteres de su multipulmón, pero le ardía el pecho y habían estado fuertemente cerrados demasiado tiempo. Tenía la piel pálida, sin color, y el sol le quemaba la espalda. Khiron iba tras él, con la lanza cruzada sobre el hombro. Respiraba sin dificultad mientras se aclaraba la garganta y los pulmones.

—Relaja la garganta —dijo.

Aekon cayó sobre las rodillas en el ardiente polvo arenoso. Hizo arcadas y devolvió una pequeña cantidad de agua de mar.

—Relájate —repitió Khiron—. Destensa. Tus pulmones se desbloquearán si dejas de forzarlos.

Aekon asintió. La opresión del pecho y el dolor en las extremidades empezaron a desaparecer. Alzó la vista hacia Khiron.

El apotecario había clavado la lanza en la arena y se recostaba contra ella apoyado sobre un pie. Cada pocos segundos cambiaba al otro pie, para aliviarse del intenso calor de la arena quemada por el sol.

—Vamos a la sombra —dijo Khiron.

De repente, Aekon fue consciente de lo mucho que le quemaba la arena en las rodillas, las espinillas y las puntas de los pies. Se levantó tambaleante y siguió a Khiron hacia la oscura sombra de la arboleda. Allí se estaba más fresco y olía a vegetación húmeda. Los cantos de los pájaros resonaban desde la profundidad del bosque.

Aekon se sentó sobre un tronco y se obligó a sí mismo a practicar un ejercicio de relajación, el limbus, que aliviaba los músculos de las extremidades y relajaba la mente.

—Crees que soy un estúpido —dijo finalmente.

Khiron se encogió de hombros.

—Creo que eres joven. Creo que la estupidez y el valor a veces son dos caras de una misma moneda.

De repente, Aekon miró a su alrededor.

—¿Y Priad...?

—No está aquí. Y no sabe nada de esto. Ni lo sabrá, a menos que tú decidas contárselo.

—Me odiaría por ello.

—El hermano sargento Priad no odia. El odio es un terrible veneno, Aekon. Ya lo sabes. En la mente de cualquier miembro de nuestra hermandad no hay lugar para el odio, del mismo modo que no hay lugar para el temor. El odio nubla y confunde la mente. Como el agua profunda y fría.

Aekon bajó la vista hacia sus propios pies.

—Ningún guerrero necesita el odio o el temor, hijo. Lo único que hacen es interferir en la eficiencia del combate. Priad no te odiaría. Puede que incluso lo entendiera. Pero te expulsaría de la escuadra Damocles.

Aekon refunfuñó.

—No tendría elección, y lo sabes. —Khiron había apoyado su lanza contra un árbol e intentaba recogerse el gris cabello sobre la coronilla—. La hermandad manda. Las ofrendas del foso son una prueba prohibida. Volverías a ser aspirante.

—Pero ¿tú no opinas lo mismo? —preguntó Aekon.

—¿Por qué lo dices?

—Porque... has dicho que no se lo contarás a Priad.

—Yo obedezco las normas del capítulo —afirmó Khiron—. Pero soy un apotecario, de modo que tengo cierta flexibilidad. He venido a la playa a nadar. No he visto nada.

—Gracias —respondió Aekon.

—No me lo agradezcas con palabras —dijo Khiron, quitándole importancia.

Dio unos cuantos pasos y recogió sus cosas de donde las había dejado; la coraza y las grebas de entrenamiento de cuero, el cinturón del cuchillo y la bolsa, la túnica roja

de lino y las sandalias. Después empezó a vestirse.

Aekon lo observaba.

—¿Cómo lo sabías, hermano apotecario? ¿Cómo sabías que haría esto?

Khiron se pasó la túnica por encima de la cabeza, la dejó caer a lo largo de su cuerpo y empezó a abrocharse la coraza.

—Hemos venido a pasar nueve días en el remoto istmo Cydides, un lugar con un buen bosque y colinas, ideal para llevar a cabo entrenamientos y ejercicios, y con buenas enseñadas para las pruebas de natación. Pero todos los miembros de la hermandad saben perfectamente que el istmo también alberga cierta bahía y cierto foso célebre en la tradición informal del capítulo. Durante ejercicios largos como éste, siempre hay un joven audaz que se escapa para probar su fuerza y convertirse en un miembro de ese secreto club de honor. Estuve alerta. Habitualmente suele ser uno de los hombres más jóvenes, de modo que entre tú, Dyognes o alguno de los aspirantes, decidí que serías tú.

—¿Por qué?

—Porque ninguno de los aspirantes destaca especialmente, y ninguno tiene inteligencia o valor como para intentarlo. Porque Dyognes, en mi opinión, no tiene nada que demostrar. Porque tú eres el más joven de todos y sientes que estás a la sombra de toda la escuadra, incluso a la sombra de Dyognes.

—¿Tan transparente soy? —preguntó Aekon—. ¿Tan... débil?

Khiron sonrió. Se estaba atando los cordones de las sandalias.

—Eso sólo lo adiviné. En realidad, hubo algo que me dio una pista. En un viaje de nueve días como éste, se nos ordena que viajemos con lo básico. Con lo mínimo. La armadura de entrenamiento, el escudo y la lanza, aceite y piedra de afilar en una bolsa y un comunicador en la otra. Pero me di cuenta de que tú llevabas una bolsa de más, dentro de tu escudo, pequeña pero pesada. Tu ofrenda.

Aekon rio.

—Debería saber que es imposible ocultarles nada a hombres como tú.

—Deberías. —Khiron se ajustó las grebas alrededor de las pantorrillas y miró a Aekon—. Y bien, ¿lo conseguiste?

Aekon tiró de su cinturón y mostró la pequeña bolsa vacía. No pedía dejar de sonreír.

Khiron arqueó las cejas.

—Enhorabuena. Ahora eres miembro del foso. Uno de los pocos locos.

—A mí no me pareció ninguna locura —respondió Aekon—. Me pareció una auténtica prueba. Nos sentimos demasiado seguros vistiendo nuestra armadura, demasiado seguros con nuestros huesos y nuestros músculos aumentados. Todos los días nos levantamos y nos creemos unos dioses. Ha estado bien no sentirse invencible por una vez. Descubrir el límite de esta carne más que humana. Sentir el peligro, puro

y genuino.

—¿Y el miedo?

Aekon negó con la cabeza.

—No tuve miedo. Ni por un instante. Pero sentí que me estaba poniendo a prueba como hombre, no como superhumano.

—Medes —dijo Khiron, levantando su escudo de combate y ajustándoselo al brazo.

—¿Qué?

—Que no eres tú el que habla, sino el hermano capitán Medes. No te molestes en negarlo, lo he oído hablar. Medes, de la escuadra Skypio, el más valiente de los valientes. Se dice que fue él quien inició el club honorífico, y hasta la fecha practican el rito desafiando los edictos del capítulo. Por ser el miembro más destacado, la élite de la élite, nuestro señor del capítulo le ha concedido cierta libertad. No te dejes atraer por su imprudencia.

—No lo haré, hermano.

—Pero has conseguido llegar al fondo. En la historia de nuestra hermandad, Aekon, treinta y siete hermanos han muerto intentando llegar al foso. Por eso está prohibido. Nos ha hecho perder a demasiados hombres válidos. —Khiron hizo una pausa y añadió—: Además, supongo que es por eso precisamente por lo que los jóvenes insisten en hacerlo. ¿Habrías preferido entrar en Skypio, hijo?

—Por supuesto que no.

—¿Acaso la escuadra Damocles no te parece suficiente?

—¡Claro que sí!

—Entonces no volveremos a hablar de esto. Coge tus cosas. Debemos regresar con los demás antes de que se percaten de nuestra ausencia.

Aekon se puso en pie. Formó una bola con la bolsa vacía y la lanzó a la maleza. Khiron lo siguió por la playa hasta donde Aekon había dejado su equipo, envuelto en la parte cóncava de su escudo y colgado en una rama donde las hormigas no podían llegar a él.

—¿Cuánto? —preguntó Khiron mientras Aekon se vestía.

—¿Cuánto qué?

—Debes de haber llevado la cuenta. ¿Cuánto?

—Veintiséis —respondió Aekon.

—Imposible.

—Estoy bastante seguro. Veintiséis. Diez segundos arriba o abajo. Me despisté un momento, pero no puede haber sido menos de eso.

—Te has equivocado al contar —insistió el apotecario—. Nadie consigue pasar de veintitrés.



CAPÍTULO 2

Avanzaban a través de las profundidades iluminadas por el sol de la jungla, callados como glaciares. Andromak veinte pasos a su izquierda, Pindor veinte pasos por delante, a su derecha. El ambiente era bochornoso, y las moteadas moscas dormitaban en la penumbra entrelazada de enredaderas. Algunos rayos de luz atravesaban la frondosa cubierta del bosque, tan rectos y firmes como las lanzas que cargaban sobre el hombro derecho.

Levaban los escudos levantados a la altura de los ojos y los protectores de los hombros inclinados hacia adelante. Priad rodeó con los dedos el mango de madera noble de las lanzas. Les habían quitado las puntas afiladas y las habían guardado en los huecos de sus escudos por cuestiones de seguridad. En lugar de hojas, las lanzas tenían puntas romas de bronce para las prácticas.

El claro estaba tranquilo, excepto por el canto de un pájaro y el goteo de la humedad. Priad miró a Pindor y el viejo guerrero hizo un gesto con los ojos. Adelante, a la derecha.

Adoptaron posiciones, quietos como estatuas, enroscados entre las raíces de los viejos árboles. Priad oyó movimiento. Algo se acercaba, en silencio, pero no lo suficiente.

Esperar... esperar...

Un abrasador dolor atravesó la carne de la pantorrilla izquierda de Priad. El sargento inspiró hondo sin hacer ni un ruido, y lentamente volvió la cabeza para mirar. Entre las raíces que rodeaban sus piernas, una víbora, verde y negra de dos metros de largo había ocultado su nido. Al ser molestada le había clavado los colmillos detrás de la rodilla, donde se encuentran los dos lados de la greba. Seguía mordiéndolo e inyectándole su veneno.

Priad no se movió. La pierna empezaba a arderle como si le hubiesen atravesado

la médula de la tibia con un atizador al rojo. Un pulso empezó a palpar en su garganta y en la base de su cráneo. Los cazadores locales del istmo usaban el veneno de esas víboras para untar la punta de sus flechas para cazar simios. Un solo rasguño podía matar a un simio adulto lo bastante grande como para alimentar a una aldea durante una semana.

Las palpitaciones y el ardor empeoraron. Priad seguía quieto. La víbora lo soltó, con los sacos de veneno vacíos, y se ocultó entre las raíces. Priad veía los refulgentes orificios rojos desde los que manaba la sangre, que se negaba a coagularse. El sargento mantuvo la calma y permitió que sus sistemas aumentados se encargasen de la mordedura. Su hemastamen empezó a tratar rápidamente su sangre modificada, alterando su composición para combatir el veneno. Su corazón secundario y su riñón oolítico empezaron a trabajar conjuntamente en la desintoxicación, bombeando y filtrando el emponzoñado torrente sanguíneo. Las células de Larraman corrieron hacia la herida y, en contacto con el aire, formaron un sustituto de piel para cerrarla y anularon las propiedades anticoagulantes del veneno de la serpiente.

Durante treinta largos segundos, Priad se sintió débil y mareado, ensordecido por la sangre que golpeteaba en sus oídos.

Después, la molesta sensación de quemazón disminuyó. El dolor desapareció. Los únicos signos de la herida que quedaban eran la costra en su pierna y la inflamación de las glándulas de Betcher en el paladar duro. En lugar de neutralizar la mortal toxina, los sofisticados sistemas de su organismo la habían capturado y la habían almacenado en las glándulas de su boca.

Era una buena señal. Ahora, durante un tiempo, este serpiente de hierro podría morder como su tocaya. Como norma, el capítulo no practicaba activamente el uso de las glándulas, pues se consideraba impropio y rudimentario. Pero cuando los accidentes lo hacían posible, se consideraba una bendición del Dios Emperador. Ser envenenado por una mordedura de serpiente era señal de buena suerte, un buen augurio que todos los miembros de la hermandad ansiaban.

Priad desvió la mirada lentamente hacia el claro que tenía por delante. Los ruidos estaban más cerca ahora. No podía ver ni sentir a Andromak ni a Pindor, aunque sabía que estaban allí. Su destreza era tan infalible como siempre.

Entonces aparecieron los aspirantes. Era un grupo de ocho, todos jóvenes de diecisiete o dieciocho años, en los últimos meses de implantación y de iniciación. Ésta no era su primera prueba de campo, pero eran sus primeros nueve días en un terreno salvaje con auténticos hermanos de batalla. Eran jóvenes, pero estaban totalmente desarrollados: figuras inmensas cuyas estructuras musculares y óseas habían sido amplificadas a un tamaño sobrehumano mediante los largos rigores de su aumento genético. Vestidos con grebas y placas de coraza y armados con lanzas romas y escudos, parecían ya miembros de la hermandad, excepto por sus blancas

túnicas de novicio en lugar de rojas.

Priad observó que se movían bien, pero su disciplina en cuanto al ruido era imperfecta. Dos de ellos, Lartes y Temis, llevaban los escudos demasiado bajos, lo que dejaba expuestas sus gargantas. Aristar portaba mal la lanza, la agarraba demasiado atrás para lanzar un golpe equilibrado. Pero eran cautelosos, observadores. Y siguieron avanzando.

Priad había iniciado el ejercicio del día tres horas antes. Lo había llamado «la carrera del queso», pues así es como se llamaba cuando él mismo había sido un aspirante y había pasado por esos mismos claros hacía trece años, bajo la atenta instrucción de la escuadra Veii. Había cogido un pequeño queso de cabra, lo mejor del escaso festín del campamento de ese día, lo había envuelto en una muselina y se lo había entregado a Klepiades, el líder de los aspirantes. Éstos, los veinticinco, fueron reunidos en la roca Starchus, en la cumbre del cabo. La misión consistía en hacer que el queso llegase sano y salvo hasta el yunque de roca, a ocho kilómetros de distancia en la zona menos densa, en la punta del istmo. Si los aspirantes lo lograban, fuera como fuese, superarían la prueba. Los hermanos de la escuadra Damocles se escondieron en el bosque y permanecieron allí para acechar a los aspirantes y evitar que completasen el ejercicio.

Los ocho jóvenes estaban cada vez más cerca. Priad empezó a contar para sus adentros. Cinco pasos, cuatro, tres, dos...

Entonces salió de su escondite. Andromak y Pindor, que habían estado llevando mentalmente la misma cuenta atrás al unísono, lo siguieron. Los tres hermanos de batalla de la Damocles aparecieron de repente lanzando el ululante grito de ataque, con las lanzas levantadas.

Uno de los aspirantes dio un fuerte gemido de consternación. Otro se volvió para salir corriendo y tropezó.

Priad y sus hermanos se abalanzaron sobre el resto.

El sargento arrojó su lanza y partió un escudo de combate por la mitad por la fuerza del golpe. El aspirante que se escondía tras él cayó sentado al suelo, sin aliento. Priad dio un giro y estampó el tachón de su escudo contra la defensa de otro y levantó las piernas del joven con la parte roma de su lanza. Andromak golpeó con la punta de su lanza a Aristar en el oído lanzando al chico al suelo. Aristar no consiguió levantar su lanza a tiempo.

Pindor rompió el mango de una lanza con el borde de su escudo. El crujido de la madera se oyó tan fuerte como el disparo de un rifle láser en el cerrado claro. La punta de su lanza golpeó y dejó sin aliento a Temis, que se dobló hacia adelante jadeando e intentando respirar. Entonces, Pindor, el más viejo de todos pero tan rápido como un pez, asestó un golpe de lanza y golpeó a otro aspirante en medio de los ojos. El hueso de la nariz se rompió. La sangre empezó a brotar por los orificios

nasales del joven y colgaba en largos y pegajosos hilos mientras el chico se agachaba agarrándose la cara.

La punta de una lanza se acercó a Priad, y él la apartó, girando sobre su pie izquierdo para golpear con su escudo y lanzar al chico deslizándose por el claro. El sargento se volvió y vio al joven en el suelo intentando huir. Todavía no había logrado ponerse de pie.

Priad apoyó la punta de su lanza contra el hombro del joven.

—Ríndete —le dijo.

—¡Me rindo, señor! —gritó el aspirante.

Priad asintió. Después golpeó al joven en la cabeza para reforzar la lección.

El sargento miró a su alrededor. Los ocho aspirantes estaban retorciéndose en el suelo, heridos y doloridos. Andromak se echó la lanza al hombro y le dio un toque con el pie a Lartes en la rabadilla.

—La próxima vez mantén el escudo más alto —lo reprendió.

Priad encontró a Klepiades, el líder de los aspirantes, el joven a quien Pindor había roto la nariz de un golpe rápido. El sargento lo ayudó a levantarse. A pesar de la dolorosa herida, Klepiades estaba riendo. Era una especie de resoplido gangoso.

—¿Te hace gracia algo? —preguntó Priad.

—Sí, hermano sargento —respondió Klepiades con la voz entrecortada y escupiendo sangre.

Lanzando un terrible rugido, el resto de la compañía de aspirantes salió despedida desde la maleza que los rodeaba, con los bordes de sus escudos a la altura de los ojos y las lanzas levantadas sobre sus hombros listos para atacar. Los jóvenes rodearon a los tres Damocles veteranos.

Priad recibió tres lanzazos antes de poder protegerse bajo su escudo. El sargento sonreía mientras contraatacaba. Estaba casi impresionado. Klepiades, que había sido escogido como el líder por su velocidad y su actitud fanfarrona, había estado a punto de superar a los veteranos. Les había tendido una trampa, y se había ofrecido junto con su grupo como cebo. Pensó en darles a Priad y a los suyos una buena paliza cogiéndolos por sorpresa.

«Casi» era la palabra clave. Ningún aspirante, por muy listo que fuese, le ganaba la batalla a un hermano sargento, y menos a un hermano sargento con tanto talento como Priad, cuyo instinto innato para la táctica lo había ayudado a subir de rango más rápido que la mayoría. Rara vez se planteaba cómo había llegado a ocupar el lugar de Raphon en Rosetta tras llevar sólo tres años en la escuadra. Jamás se lo había cuestionado. Hacía lo que se esperaba y se exigía de él, y nunca fue consciente realmente de la confianza y la admiración que sus superiores le profesaban. En realidad, todos los veteranos de la hermandad, desde el propio gran Seydon, habían visto en Priad una enorme promesa desde el principio. El hecho de que Priad fuese

ajeno a sus propios talentos era la clave de su valía. Carecía de arrogancia y del vicio de la ambición. En el clásico modelo del desinteresado astartes.

Y era capaz de adivinar los movimientos prácticamente de cualquiera.

Mientras los aspirantes se abalanzaban sobre ellos con las puntas de las lanzas y los escudos, intercambiando golpes y saboreando la oportunidad de aporrear a sus instructores impunemente, Priad lanzó un grito.

El aspirante al que se estaba enfrentando dio un salto hacia atrás alarmado por el grito y por la sonrisa dibujada en el rostro de Priad. El sargento lo golpeó con su lanza y el joven cayó al suelo con un crujido de cráneo.

La escuadra Damocles apareció corriendo desde sus escondites: Kules y Natus, Scyllon, Xander y Dyognes. Todos se abalanzaron sobre los jóvenes propinándoles golpes en la espalda y los brazos y obligándolos a protegerse con los escudos. Aquéllos que intentaban defenderse acabaron con los dedos, las narices, los escudos y las espátulas rotas. Priad observó la expresión de consternación de Klepiades.

—Habéis caído en vuestra propia trampa —dijo Priad.

—Me rindo, señor —reconoció Klepiades, poniéndose de rodillas—. Los aspirantes se rinden. Me inclino ante los poderosos Damocles.

—¡Así me gusta! —gritó Xander mientras corría tras un aspirante que pretendía huir y lo derribaba de un golpe en los glúteos con la lanza.

—¡Ya basta! —exclamó Priad por encima de los gritos de dolor y el sonido de los golpes—. ¡Dejadlos en paz! No lo han hecho mal. ¡No os ensañéis!

Riendo y bromeando, los hermanos de la Damocles guardaron sus lanzas y se agruparon en torno a los encogidos aspirantes.

—Buen intento —dijo Scyllon.

—Tenéis agallas —asintió Andromak—. Una trampa. Atrevido. Me gusta la gente atrevida.

—Aun así se han llevado una buena tunda —dijo Kules.

Los hermanos rieron de nuevo.

—Se han llevado su merecido —añadió Pindor.

—Así es como se aprende la lección —declaró Natus.

—Y ¿habéis aprendido algo, chicos? —preguntó Xander en voz alta.

Los aspirantes, la mayoría de ellos agachados y doloridos, gruñeron y asintieron.

—¿Y vosotros?

Priad se volvió. Khiron y Aekon emergieron de entre la maleza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Priad a su apotecario.

—¿Habéis aprendido algo de estos chicos, hermano sargento? —respondió Khiron.

—¿Es que tienen algo que enseñarnos? —inquirió Priad—. Por cierto, ¿dónde estabais vosotros dos?

Aekon se encogió de hombros con gesto huidizo.

—El chico y yo fuimos al oeste pensando que podrían acercarse a la costa —respondió Khiron—. Nos equivocamos. Vinimos lo más rápido posible.

Priad asintió, sin darle demasiada importancia.

—¿Qué querías decir, anciano? —Priad se dirigió a Khiron como «anciano» consciente de que el apotecario detestaba ese apelativo.

—Hermano sargento... ¿habéis contado cabezas?

Priad frunció el ceño y contó a los jóvenes. Veinticuatro aspirantes.

—¡Malditos sean! —masculló.

—¿Quién falta? —preguntó Pindor, enfadado.

—El larguirucho —respondió Xander—. ¿Cómo se llama...?

—Pugnus —dijo Dyognes.

—¡Ése!

Priad miró a Klepiades.

—¿Dónde está Pugnus, chico?

—¿Pugnus, señor? —preguntó Klepiades, con un tono tan inocente como un joven con la nariz destrozada podía hacerlo—. ¿Se refiere a nuestro hermano Pugnus, al que llaman «pie volador», el corredor más rápido de la clase?

Priad asintió.

—Ya sabes a quién me refiero, mierdecilla de rata.

—Pues... creo que salió a correr, señor. Descubristeis nuestra trampa, pero incluso eso era una estrategia. Decidimos manteneros ocupados. Ahora mismo, Pugnus está corriendo hacia el yunque de roca.

—¡Serán desgraciados! —exclamó Scyllon—. ¡Van a superar el maldito ejercicio! ¡Nadie lo ha logrado jamás!

—Eso no es verdad —replicó Priad tranquilamente.

—¡Damocles será el hazmerreír de la Casa del Capítulo por esto! —gritó Kules.

—¡Hemos dejado que los aspirantes nos tomasen el pelo! —maldijo Andromak—. ¡Por el Trono! ¡No sé si sobreviviremos a esta vergüenza!

—Tranquilos —intentó calmarlos Priad.

—¡Pero nos han vencido! ¡En la carrera del queso! —protestó Natus—. ¡Eso no ha pasado nunca!

—Sí que ha sucedido, hermano —lo rebatió Khiron.

—¡Yo los machacaré un poco más! —dijo Xander, levantando su lanza.

Muchos de los aspirantes temblaron ante la idea.

—Unos cuantos huesos rotos más disminuirán la vergüenza de Damo...

—Espera, espera —interrumpió Pindor. Después se volvió hacia Khiron—. ¿Qué decías, hermano apotecario?

—La carrera del queso ya se superó. —Khiron sonrió—. Una vez. ¿Verdad,

hermano sargento? Me temo que la escuadra Veii sigue lamiéndose esa herida.

—Así es —admitió Priad.

—¿Tú lo lograste? —preguntó Kules.

—Sí. En mi tercera salida de nueve días. El segundo momento del que me siento más orgulloso de mi vida.

—¿Cuál fue el primero? —preguntó Andromak con los ojos abiertos de par en par.

—Adivínalo —respondió Priad—. ¡Damocles! ¡Preparaos! Vosotros también, aspirantes. ¡No os quedéis atrás! ¡A paso ligero! ¡Intentaremos alcanzar a ese «pie volador» antes de que llegue a la piedra! ¡Vamos!

Sin aliento, quemados por el sol y con los magullados aspirantes siguiéndolos por detrás, la Damocles llegó al yunque de piedra entre los secos matorrales en el extremo del Istmo. No había ni rastro del aspirante Pugnus. Priad había esperado ver el envoltorio de muselina del queso de cabra sobre la piedra.

Unos pájaros piaban entre los matorrales. Más allá de aquel punto, donde el océano rompía contra la roca formando espuma blanca, los pájaros de escamas volaban en círculo y graznaban. El aire era frío y fresco, y se podía oler el mar.

—No hay ni rastro de él —informó Pindor.

Priad hizo un gesto a los renqueantes y jadeantes aspirantes para que se acercaran y los agrupó alrededor de la roca.

—Cinco minutos de descanso —ordenó.

Khiron se acercó para ocuparse de las heridas y los cortes. Cogió sus pinzas y les extrajo las astillas de las lanzas de la carne.

Klepiades se sentó junto a la piedra, apoyó una mano contra ésta y empezó a reír de nuevo.

—Y ahora ¿de qué te ríes? —preguntó Priad, un poco harto de la actitud del joven.

—Hemos ganado —afirmó Klepiades.

—¿Por qué dices eso?

—Hemos traído el queso al yunque de piedra. Dijiste que podíamos hacerlo como fuese. Y vosotros me habéis traído aquí.

—¿Y?

—Me comí el queso esta mañana.

—¿Que te comiste el...? —Priad parpadeó.

El sargento empezó a reír dando fuertes carcajadas. Uno tras otro, los hombres de la Damocles se unieron a él. Empezaron a golpearse los muslos desnudos con las manos a modo de reconocimiento.

—Bien jugado —los elogió Priad.

—¿Y no podríamos volverles a pegar un poco? —preguntó Xander.

—No, hermano. Raciones completas y vino. Merecen esta victoria. —Priad se acercó hasta Khiron—. Son muy listos.

—Si. La verdad es que no pensé que lo fueran. Me equivoqué. Le estaba diciendo a Aekon que no tenían agallas, pero sí que tienen cerebro. Tal vez sea el futuro, amigo mío. El final de los músculos y el principio de la materia gris.

—Esperemos que no, anciano —gruñó Priad—. No tengo otra cosa que mis músculos.

—No seas tan modesto.

Priad se encogió de hombros.

—Ha sido un buen día, y los aspirantes conservan las heridas que lo demuestran.

—Eso parece.

—Pero me pregunto...

—¿El qué? —preguntó Khiron.

—¿Dónde está Pugnus?

Se acercaron al grupo alrededor de la piedra. La mayoría de los jóvenes se estaban pasando el odre de vino y aliviándose los dolores y curándose las heridas. Algunos se tumbaron a dormir al sol.

—¿Dónde está Pugnus? —preguntó Triad a Klepiades.

—La verdad es que no lo sé, señor —respondió el joven, con voz sorda a causa de la inflamación de la nariz.

—¿Le dijiste que corriese hasta aquí?

—No, señor. Le dije que corriese. Lo más lejos que pudiera. Que corriese y se escondiese.

—O que se fuese a nadar —murmuró otro de los aspirantes con una sonrisa.

—¿Qué has dicho? —preguntó el sargento bruscamente.

—Nada, señor.

—Repítelo. ¿Cómo te llamas?

—Tokrades, señor.

—Repítelo, Tokrades.

—Yo... he dicho que Pugnus es un buen nadador, señor. Un buen corredor y un buen nadador. Eso es todo lo que he dicho.

Priad se volvió.

—Espero que no esté tan loco como para... —empezó.

—¿Qué? —preguntó Khiron.

—El foso —murmuró Priad.

Khiron vio que Aekon se ponía tenso.

—Nadie estaría tan loco como para intentar semejante proeza —respondió Khiron firmemente—. No en una salida de nueve días bajo tu mando.

—Pugnus es ambicioso, y está ansioso por demostrar su valía. Cuando miramos

las listas, tú mismo lo dijiste. El y Klepiades. Ambos son intrépidos y le ponen a todo mucho empeño. Klepiades ha demostrado su valía hoy. Puede que Pugnus quiera hacer lo mismo.

—No creo que sea tan estúpido —dijo Aekon.

De repente se oyó una señal aguda. Procedía de todos ellos, de los miembros de la Damocles y de los aspirantes. La señal salía de los dispositivos de voz que llevaban en las bolsas atadas al cinturón.

Khiron sacó su dispositivo y leyó la pantalla.

—Tenemos que reagruparnos inmediatamente. Se cancelan los ejercicios. Debemos regresar a la Casa del Capítulo. ¿Reúno a los...?

—Todavía no —lo interrumpió Priad—. Si no volvemos todos, no volveremos ninguno.



CAPÍTULO 3

La playa estaba vacía. Priad reunió a los aspirantes bajo la arboleda y dejó a Kules y a Andromak para vigilarlos. El resto de la escuadra Damocles se desplegó para cubrir toda la longitud de la costa.

Priad leyó la arena: huellas de pisadas.

—Alguien ha estado aquí —dijo—. Hoy.

—Sí —respondió Aekon solemnemente. Estuvo a punto de seguir hablando, hasta que vio que Khiron hacía el furtivo gesto de cortarse la garganta.

—¡Priad! —se oyó gritar a Scyllon desde la playa. Estaba de pie junto a los árboles, sujetando algo en alto. Una coraza de cuero y una túnica blanca.

—¡Maldita sea! —exclamó Priad. El sargento clavó su lanza en la arena y empezó a quitarse la armadura de entrenamiento. Las agudas señales sonaron de nuevo con insistencia.

—Hermano sargento —empezó Khiron.

—Tendrá que esperar —gruño Priad, desatándose las sandalias.

—Está bien. Pero estoy obligado a recordarte tu deber.

—¿Mi deber? —Priad lanzó una carcajada hueca.

Khiron apoyó su mano en el brazo de Priad.

—Déjame ir a mí.

—No.

—¿Te has adentrado en el foso, Priad?

Priad miró al apotecario.

—¡Por supuesto que no! Está prohibido, y yo no voy buscando la gloria a toda costa. Pero no voy a adentrarme en el foso, voy a ir a buscar a un maldito loco.

—Con todos mis respetos, hermano, el descenso es difícil. Por seguridad y por sentido común te recomendaría que dejases que fuese alguien que ya lo haya hecho.

Priad se sacó la túnica roja por la cabeza.

—¿Y hay alguien tan loco en mi escuadra? ¡Espero que no! ¡Dímelo, en nombre del Trono!

Hubo una pausa. Aekon estuvo a punto de dar un paso hacia adelante cuando vio que Kules levantaba la mano. Después Natus lo hizo también. Un instante más tarde lo hizo Andromak, seguido de Pindor, de Scyllon y de Xander. Vacilante, Dyognes también la levantó.

Aekon imitó el gesto. Al ver que la mano de Khiron también estaba en el aire se quedó pasmado.

—¿Todos? —murmuró Priad—. ¿Soy el único que no ha sucumbido a esta locura? ¡Debería expulsaros a todos de la Damocles y empezar de nuevo!

—Priad... —empezó Khiron.

—¡Ya he visto suficiente! Por la gloria, ¿cómo podéis seguirme cuando sois todos mucho más valientes que yo? —inquirió Priad.

Su sarcasmo era ácido. Todos los miembros de la Damocles se estremecieron al sentir la decepción en su voz. El sargento se volvió hacia el agua.

—Deja que vaya yo —le pidió Khiron.

—¡No! Parece que tengo algo que demostrar, hermano apotecario, si tengo que estar a la altura de los valerosos chiflados que tengo bajo mi mando.

Priad corrió hacia adelante. Los inmensos músculos de su espalda desnuda se hincharon mientras levantaba los brazos por encima de la cabeza. Se zambulló entre las olas y avanzó por el agua con fuertes brazadas. El resto lo observó mientras se detenía, levantaba la cabeza para llenarse los pulmones y desaparecía.

—Que el Emperador nos asista. Está furioso —dijo Xander sombríamente.

—Esto no es algo que vaya a olvidar pronto —afirmó Kules.

—Nos odia —murmuró Aekon. Después intentó corregirse a sí mismo—. Quiero decir...

—No, hijo —lo interrumpió Khiron—. Puede que tengas razón.

—¿Cuánto tiempo lleva? —preguntó Khiron.

—Veintidós —respondió Pindor.

Xander asintió. El llevaba la misma cuenta.

—¡Ahí est...! —empezó a gritar Andromak. Después sacudió la cabeza—. Sólo es un pájaro de escamas.

—Veintitrés y estás muerto —apuntó Natus.

—No siempre —lo rebatió Aekon.

Los hermanos más viejos lo miraron.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó Xander.

—Nada, hermano.

Khiron empezó a desnudarse. Scyllon y Xander hicieron lo mismo.

—¡Veintitrés! —anunció Pindor.

—Voy a sumergirme —dijo Khiron, pasándole sus grebas a Dyognes.

—¿Vas a avergonzarlo todavía más? —preguntó Aekon en voz baja.

Los miembros de la escuadra lo miraron de nuevo.

—Hoy tienes la lengua muy suelta, jovencito —intervino Pindor.

—Nuestro hermano sargento no está haciendo esto por la estúpida gloria, como lo hicimos nosotros —respondió Aekon—. Lo está haciendo por el chico. Pero creo que superar el reto lo ayudará a aliviar su mente.

—¡Tonterías! —espetó Xander.

Khiron miró a Aekon. La brisa marina mecía su suelto cabello gris.

—¿Crees que preferiría hacer esto sin ayuda?

—Creo que preferiría morir antes que mostrar debilidad después de lo que le hemos dicho.

Khiron miró a los demás. Unos pocos asintieron.

—¡Veinticuatro! —gritó Pindor.

Scyllon y Xander empezaron a correr por la playa hasta el agua.

—¡No! —exclamó Khiron.

—Pero... —empezó Xander.

—Es una orden, hermano. Nadie irá a buscarlo.

Scyllon y Xander regresaron a la playa. Al pasar junto a Aekon, Xander gruñó:

—Buen consejo, hermano. Como Priad muera...

—No morirá —respondió Aekon.

—Ya está muerto —vaticinó Nacus—. Más de veintitrés y estás muerto. Nadie ha superado ese tiempo.

—Ya basta —los reprendió Khiron.

Los hombres esperaron. Pasaron la cuenta de veinticinco. El sol les quemaba la piel, Las olas rompían y las brisas revolvían los árboles bajo los que los pálidos aspirantes aguardaban observando a los veteranos sobre la arena. Las aves de escamas volaban en círculos y graznaban en el aire.

—Veintiséis —susurró Pindor.

A lo lejos se oyeron sonoras salpicaduras y todos se dirigieron hacia adelante. El rápido pez vela volvió a sumergirse en el agua, con las escamas brillantes como el cristal. Algunos de los Damocles se volvieron. No querían seguir mirando.

—Veintisiete.

Aekon miró a Natus, sabiendo que el hermano estaba a punto de pronunciar su fatídica regla de nuevo.

—¡Mirad! ¡Mirad! —exclamó Andromak.

Una cabeza y unos hombros envueltos en agua y espuma asomaban por la superficie a treinta brazadas de la orilla. La forma volvió a desaparecer. Después

reapareció y empezó a nadar lentamente hacia la costa.

Los hombres de la Damocles, todos menos Khiron, lo aclamaron alegremente. Xander levantó los puños a modo de celebración.

—¡Priad! ¡Priad!

A Priad le costaba llegar a la orilla. Al llegar a aguas menos profundas, el resto vio por qué le había costado tanto avanzar, y sus vítores cesaron. El sargento medio cargaba medio arrastraba una forma pálida y flácida cubierta de algas marinas como si fuese una guirnalda de la victoria.

Pero aquélla no era ninguna victoria.

Los hombres corrieron hacia él y lo ayudaron a sacar el cuerpo de Pugnus hasta la arena. Khiron se arrodilló junto al aspirante, apartó las resbaladizas algas y empezó a bombearle el pecho. Abrió la boca de Pugnus y despejó las vías respiratorias, pero no tenía aliento.

—Su tercer pulmón se ha infartado y se ha bloqueado —dijo Khiron mientras presionaba fuertemente con la punta de los dedos—. Es una masa sólida. No tiene latido.

—Puede que se haya inanimado —sugirió Kules.

—No han aprendido a hacerlo todavía —intervino Andromak—. Además, ¿crees que haría algo así mientras se estaba ahogando?

Khiron presionó con más fuerza. Pugnus emitió un largo jadeo mientras el aire salía de su cuerpo.

Khiron negó con la cabeza.

—No respira. El multipulmón se ha relajado y se ha desbloqueado. Ha muerto.

Nadie dijo nada. Todos los ojos se volvieron hacia Priad.

—Recogedlo —ordenó el sargento.



CAPÍTULO 4

Algo estaba ocurriendo. Las urgentes llamadas ya parecían indicarlo. Mientras su transporte descendía hacia la gran cámara de desembarco de la fortaleza de la Casa del Capítulo, los Damocles podían ver que se estaban llevando a cabo importantes preparativos para la guerra. El personal de carga y de transporte de municiones pululaba alrededor de las naves estacionadas, y los vehículos de combate se dirigían por las rampas hacia los inmensos cargueros. El personal de servicio estaba por todas partes atendiendo las órdenes de los secretarios. En la muralla del bastión se habían desplegado estandartes marciales. No se trataba de una misión cualquiera.

Priad dirigió a la compañía al exterior del transporte. El capitán Phobor, vestido con su armadura y sujetando un par de banderas, se acercó a su cubierta de aterrizaje. Cuando llevaba su inmensa armadura les sacaba varios centímetros a todos ellos. Tenía la cabeza descubierta y el pelo aceitado y recogido para recibir el casco de guerra.

—Llegáis tarde —los amonestó—. Habéis tardado dos horas más que todos los demás. Esperaba algo más de los Damocles.

—Ha sido culpa mía, hermano capitán —dijo Priad, aguantando la mirada firme de Phobor—. Espero mi castigo.

—¿Ya está? ¿No vas a explicarte ni a dar alguna excusa?

—Hemos acudido tarde a la llamada, no voy a negarlo. No hay motivos que lo excusen.

—Veinte azotes en la espalda, Priad. Diez para cada hombre a tu mando. Pero primero, tú... —El capitán se detuvo. Seis de los aspirantes, vestidos con sus túnicas blancas, sacaban a Pugnus del transporte en un féretro—. ¿Una muerte? —preguntó Phobor.

—Sí, hermano capitán.

—Redacta un informe para los semánticos. Y hazlo bien. Pero antes, como iba diciendo, dirígete inmediatamente al strategoi.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Priad.

—Es la guerra. Ve.

Priad envió a los aspirantes a sus dormitorios, y a sus hombres a un barracón para que se preparasen. Vestido únicamente con su túnica roja, Priad recorrió las columnatas de mármol de la luna fortaleza y se presentó en el strategoi.

Un incienso dulzón se había encendido en los cuencos para propiciar la voluntad de los espíritus de la guerra, y los aspirantes tocaban los timbales con ritmo lento tras los toldos. El techo acorazado de la cámara se había cerrado, aunque aquello era meramente simbólico.

En el vestíbulo de baldosas de color marrón oscuro y negro estaban reunidos los oficiales de escuadra, la mayoría con la armadura completa, para_ escuchar las noticias y depositar sus papeletas en el antiguo y desportillado kilix preparado en el correspondiente plinto en el centro de la cámara. Los oficiales cogían de un estante figuras de loza y las arrojaban al viejo cuenco de las celebraciones. Priad oyó como los objetos caían con un ruido sordo. Cada figura representaba a una escuadra de la hermandad, y colocándolas en el kilix, los oficiales declaraban que sus respectivas escuadras estaban listas para el combate y dispuestas a ser consideradas para el honor de la selección. Al final de la ceremonia, el amplio cuenco de doble asa se llevaría hasta Seydon, quien procedería a la selección.

Priad vio a Strabo en su pesada armadura colocando la figura de la escuadra Manes.

—Hermano, ¿cuántas quieren? —preguntó Priad a su camarada mientras éste se acercaba.

—Veinticinco escuadras —respondió Strabo, incapaz de ocultar la emoción en su voz.

—¿Veinticinco? —Priad jamás había visto que el capítulo solicitase a tantas escuadras a la vez. No para un único lugar. Tal vez esto sucediese en la gran era de las guerras del Arrecife, pero no en los tiempos modernos. Incluso para Eidon sólo habían solicitado seis—. ¿Para qué misión? —preguntó el sargento.

—Para la guerra contra los pielesverdes —sonrió Strabo—. ¡Guerra contra los cerdos! Dicen que se trata de una incursión en masa. Una plaga. Y se habla de que el propio Seydon liderará las fuerzas. Van a enviarnos a Ganahedarak para entablar combate con ellos allí.

—¿Dices que os van a enviar, hermano? ¿Tan seguro estás?

—La escuadra Manes merece ser elegida —afirmó Strabo—. Merecemos parte de esta gloria, y Manes lleva años sin estar presente en una batalla de esas

características.

—Mucha suerte —dijo Priad.

—¿Y Damocles? —preguntó Strabo—. Estoy convencido de que tus hombres estarán deseando embarcarse en una misión así. Presenta tu papeleta. Deja que vayan Manes y Damocles, codo con codo, como en los viejos tiempos.

Priad esbozó una media sonrisa y asintió. El sargento se quedó observando el kilix largo rato.

La gran campana de la fortaleza estaba sonando. No había ninguna cámara, ninguna sala, ningún sótano en la Casa del Capítulo de Karybdis desde los que no pudiese oírse.

Para Priad, que caminaba por los sombríos pasillos de los barracones occidentales, sonaba como un gong apagado, pero esto sólo se debía a la distancia a la que se encontraba y a las gruesas murallas del bastión que se interponían entre la campana y él. La gran campana era del tamaño de una cápsula de desembarco y, en el campanario, un equipo de veinte sirvientes tiraba de las engrasadas poleas para mover el badajo.

El tañido anunciaba que el tiempo se había agotado y que el señor del capítulo había escogido ya a la orden de batalla.

En la antesala de los barracones, la escuadra Damocles se estaba preparando. Los hermanos estaban entre las mesas de caballete, ungiéndose y colocándose las armaduras. Klepiades y el resto de aspirantes los ayudaban, trabajando con tanta seriedad y devoción como los asistentes regulares de la Casa del Capítulo. Sus cabellos fueron aceitados y trenzados; sus manos, antebrazos y torsos atados fuertemente con tiras de piel y de lino. Los puntos de conexión se lubricaron, las líneas de alimentación se fijaron sobre la piel con grapas para carne, las placas de las armaduras se conectaron diligentemente y se encajaron en su sitio correspondiente. Los aspirantes limpiaban todos los segmentos de las armaduras con paños aceitados, frotando las superficies hasta conseguir un brillo de espejo. Todos los segmentos se bendijeron mediante un ritual antes de colocarse en su sitio. Hojas de mirto y de alcanfor ardían en platos alrededor de las hornacinas, inundando el aire de perfume.

Toda actividad cesó al entrar Priad. Los hermanos se pusieron de pie de cara a él, la mayoría todavía con la armadura a medio poner. Priad vio su propia armadura preparada sobre una mesa de caballete, perfectamente bruñida, y su garra relámpago en una mesa más pequeña que había al lado.

—Nos han dicho que necesitan veinticinco escuadras —dijo Khiron por fin rompiendo el expectante silencio—. Damocles está preparada.

—¿De qué misión se trata? —preguntó Xander con un brillo en sus dorados ojos.

—El capítulo va a librar una guerra contra los pielesverdes —respondió Priad.

Al instante se oyó un murmullo de entusiasmo.

—El propio señor del capítulo dirigirá a los escogidos para el combate.

—Hoy es un día memorable —dijo Pindor, suficientemente viejo como para recordar la última vez que tuvo lugar una asamblea tan importante.

—¿Qué ordenas, hermano sargento? —preguntó Andromak, que sujetaba el estandarte de la escuadra entre sus enormes guanteletes—. Estamos preparados para que inicies los ritos.

Priad no pestañeó.

—Damocles no ha sido seleccionada —dijo.

El silencio que siguió era denso y doloroso.

—¿Cómo que Damocles no ha sido seleccionada? —repitió Xander lentamente, como si no entendiese las palabras.

—No hemos sido seleccionados para esta misión —respondió Priad.

—¿Entonces se ha cometido un error! —farfulló Andromak.

—¿Un error? —gritó Natus—. ¡Más bien un insulto! ¡Damocles es una de las Notables! ¡Esto es una ofensa a nuestro honor!

Los demás empezaron a expresar también su descontento. Khiron permaneció en silencio observando a Priad con los párpados caídos.

—¿Veinticinco escuadras y no hemos sido seleccionados? —rugió Xander—. ¡Es absurdo! ¡Ya es absurdo pensar que el señor del capítulo escoja a las diez mejores escuadras, a las cinco mejores, y que Damocles no esté entre ellas!

—El señor del capítulo no ha seleccionado a la escuadra Damocles —dijo Priad— porque yo no he depositado nuestra figura en el kilix.

Khiron suspiró. Xander parecía estar a punto de golpear a Priad. Su rostro reflejaba una intensa y perpleja rabia. Scyllon colocó una de sus firmes manos en el brazo de Xander para calmarlo.

—¿Por qué? —preguntó Kules.

—Los oficiales depositan sus papeletas para anunciar que su escuadra está preparada para el combate —explicó Priad, mirándolos a todos ellos—. Damocles no está preparada en absoluto.

—¿Tonterías! —exclamó Xander.

—Vigila esa boca —gruñó Khiron—. La palabra del hermano sargento es ley en esta habitación.

—¿Sentís que os he arrebatado la gloria? —les preguntó Priad—. Bien. Vosotros mismos habéis admitido que os habéis deleitado en la vana gloria del foso. Habéis sucumbido a vuestra propia debilidad y a vuestro orgullo. No sois dignos de avanzar bajo el estandarte.

—¡Eso es una estupidez! —gritó Andromak—. ¡Puede que esté prohibida, pero el foso es una antigua y respetada prueba de honor! ¡Entre los elegidos hoy habrá

decenas de hermanos de batalla que la hayan realizado!

—Pero ellos no se lo han confesado abiertamente a sus oficiales. Además, todos los líderes de escuadra dirigen guiándose por lo que les dicta su propia conciencia. Yo no espero un buen comportamiento de los miembros de la Damocles. Espero un comportamiento impecable. Quitaos vuestra armadura y preparaos para los ejercicios de prácticas. Esperad al menos un mes de régimen primario. Y también habrá azotes antes de que acabe el día.

—¿Es un castigo? —preguntó Aekon.

—No —respondió Priad—. Es expiación. Cuando considere que habéis restituido vuestro honor, y el mío, puede que considere que estáis preparados para combatir.



CAPÍTULO 5

La luna de Karybdis parecía llenar la mitad del cielo nocturno. Brillaba con perfecta y vitrea claridad a través del aire frío.

Priad se sentó en lo alto de un afloramiento de hielo azul oscuro con los tacos de bronce de sus botas para el hielo clavados en la superficie, y se cubrió con unas pieles. Levantó la vista hacia la luna fortaleza y creyó que todavía podía ver las luminosas estelas de las barcazas de combate que partían hacia su misión en busca de la gloria.

Por supuesto, era todo producto de su imaginación. Según sus cálculos, la compañía de combate se había marchado hacía por lo menos cinco días. El sargento ni siquiera había permitido a los miembros de la Damocles que se consolasen asistiendo al desfile de embarque.

Después volvió a levantarse, con los pulmones llenos del cortante frío del invierno, y bajó la mirada hacia el blanco resplandor del glaciar, con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad de la noche. Era el Kraretyer, el más grande e imponente de todos los glaciares que serpenteaban en el polo sur de Ithaka hacia los gélidos mares cubiertos de hielo.

No había viento, pero la temperatura era de menos ocho grados debido al cielo despejado. Lejos, al oeste, sobre los Terraplenes de Oikon, nevados gigantes que formaban el macizo central de la región polar, las titilantes estrellas se veían empañadas, como a través de una fina malla. Se avecinaba una tormenta de hielo que congelaba sus mejillas con el frío más puro y más letal del centro polar. La tendrían encima en una hora, cortante como un enjambre de hojas de espada. Se alejó del afloramiento hacia una superficie plana de hielo del glaciar. Un suave hielo violeta cubierto de una capa de nieve fina que parecía casi luminoso bajo la luz de la luna. Sus tacos antideslizantes levantaban pequeñas nubes en el aire, y él intentaba

mantener el equilibrio apoyándose en su lanza. Esperaba a que el resto de la escuadra apareciese.

Priad llevaba un traje ajustado y aislante, botas, guantes para el hielo de malla y un manto con capucha confeccionado con piel de leopardo de las nieves. Los hermanos de Damocles no disfrutaban de tal lujo.

Aparecieron corriendo a toda prisa por una planicie del glaciar, con los pies desnudos y doloridos por el contacto con el hielo, las piernas al descubierto y los brazos y el torso cubiertos con simples túnicas de fino lino rojo. Llevaban unos mantones atados como fajas alrededor de la cintura que sujetaban unas pequeñas bolsas con simples objetos de utilidad y unas hachas de bronce. Estaban jadeando, con las mejillas rojas y doloridas. Su propio sudor se congelaba sobre sus antebrazos y sus frentes. Cada uno de los hombres cargaba un bloque de hielo de treinta kilos sobre uno de los hombros.

Priad los observaba mientras se acercaban. Hincó su lanza en el hielo y descolgó una báscula de eslingas de su cinturón y sacudió las lazadas de lona.

Los hombres se aproximaron. Tal y como esperaba el sargento, Xander iba en cabeza y les llevaba algo de distancia a los demás. Andromak y Dyognes lo seguían, después Kules, con su extraña y patosa manera de correr. El resto iba detrás. Era la sexta vez en tres días que realizaban este ejercicio, y Xander había sido siempre el que más pericia mostraba.

Xander se detuvo, con los pies desnudos y amoratados levantando la nieve. Deslizó hasta sus manos el bloque que llevaba al hombro. Los pliegues de la túnica goteaban nieve derretida.

—Hermano sargento —jadeó, sujetando el brillante bloque entre sus manos.

Priad colocó las lazadas de lona, sujetas al gancho de latón de la báscula alrededor del bloque. Después soltó el peso. La aguja marcaba treinta y un kilos y medio.

—Superado —dijo Priad, y dejó que el bloque cayese y se rompiese contra el suelo—. Ve a construir tu madriguera.

Xander asintió, demasiado helado como para hablar, y se marchó cojeando mientras sacaba su hacha para el hielo. Se dirigió a los bancos de nieve en el extremo más alejado del glaciar.

Dyognes fue el siguiente en llegar, superando a Andromak por primera vez. Éste lo seguía de cerca y tuvo que esperar a que se pesase el bloque de Dyognes.

—Treinta y un kilos y cien gramos. Superado —dijo Priad.

Dyognes asintió, agradecido, y esperó respetuosamente mientras Andromak recibía su resultado.

—Treinta kilos setecientos gramos. Tú también lo has superado.

Uno tras otro, los hombres fueron llegando hasta Priad. El ejercicio era bastante

simple: cada uno de ellos tenía que extraer un bloque de hielo con su hacha, después tenía que recorrer con él los veinte kilómetros del glaciar. Quién llegase el primero o quién llegase el último era irrelevante. El bloque tenía que pesar más de treinta kilos al llegar a la báscula. No se pesaba ninguno al empezar. Los hombres tenían que calcular el peso a ojo y con sentido común, e incluir la parte que se iría deshaciendo durante el curso del ejercicio. Un mal cálculo y el bloque pesaría menos de treinta kilos al llegar al final. De hecho, el primer día, la inexperiencia de Aekon lo llevó a cortar una losa que no podía haber pesado más de veintisiete kilos en un principio.

Pero calcular demasiado por lo alto también era un problema. Si se cortaba con un excesivo margen de error, el corredor tendría que soportar un peso muy superior al necesario. En su segunda carrera, Aekon compensó su error inicial y cargó con un bloque que pesó más de treinta y ocho kilos. Cuando llegó a la báscula apenas podía tenerse en pie.

S: uno no llegaba a los treinta kilos de límite requeridos, el candidato tenía que repetir el ejercicio, solo, si era necesario, tantas veces como hiciera falta hasta superarlo.

Pindor y Khiron, los más viejos, fueron los últimos en terminar. La losa de Pindor pesó poco más de treinta kilos, la más ligera de todas, pero válida. Superada la prueba, fue a reunirse con los demás, que estaban excavando agujeros para dormir en el banco de nieve con sus hachas.

El bloque de Khiron pesó veintinueve kilos novecientos gramos.

El apotecario lo lanzó a un lado para que se hiciese añicos en el suelo y se volvió inspirando profundamente. Aunque se sentía tan resentido con Khiron como con el resto, a Priad le parecía impropio que el apotecario participase en los ejercicios generales. Pero Khiron había rechazado cualquier tipo de trato de favor. Había exigido realizar las mismas pruebas que los demás. Como resultado, había tenido que repetir aquel ejercicio dos veces en los últimos dos días.

—Superado —dijo Priad.

—No es verdad —respondió Khiron sin volverse.

—He dicho que está superado. Ve a excavar tu madriguera.

—No lo he conseguido. Debo repetir la prueba.

—Hermano, se avecina una tormenta.

—Pues que venga.

—¡Maldita sea! —exclamó Priad—. ¡Haz lo que te digo! ¡Tú y tu condenado estoicismo!

—No es una cuestión de estoicismo, hermano sargento. Es una cuestión de dignidad. ¿Pesaba mi losa treinta kilos?

—No.

—Entonces te veré dentro de tres horas. —Khiron sacudió los brazos y empezó a

correr. Priad lo observó mientras la solitaria figura se alejaba por el río de hielo.

Priad atravesó el glaciar hacia el banco de nieve en el que se encontraban excavando los hombres. La mayoría se habían desatado los mantones y habían cubierto sus tiritantes cuerpos con ellos mientras se acurrucaban en las aisladas guaridas que ellos mismos habían excavado. Priad tenía una tienda de campaña unipersonal con una unidad térmica. Se metió en ella sin mediar palabra, se quitó los guantes de malla y puso las manos junto al calentador.

En el exterior, el viento empezó a soplar.

Llevaba en estado catalepsiano autoinducido aproximadamente una hora, dormido pero despierto, permitiendo que partes de su mente desconectaran y descansaran mientras su lóbulo frontal se mantenía alerta. Controlaba y condicionaba el flujo y el intercambio de sangre en su sistema conservando y distribuyendo el calor todo el tiempo. Todos los miembros de la Damocles hacían lo mismo, aunque a él le resultaba más fácil al estar en una tienda con un calefactor.

Priad se sobresaltó al oír un sonido en el exterior que el fuerte viento no logró ocultar. Cogió su lanza y salió de la tienda. Había osos de las nieves en aquellas latitudes, inmensas criaturas que podían partir a un hombre en dos. El sargento analizó el área olfateando el aire frío en busca de heces o de algún olor. Los hombres dormitaban en sus madrigueras. La luna seguía inmensa, pero se veía borrosa a causa de la niebla, como si el cielo estuviese abierto de polvo. El viento se había vuelto más fuerte y golpeaba ligeramente, aventando la nieve por la pendiente y meciendo los copos sueltos por la superficie del glaciar como remolinos de fino azúcar.

Allí había algo. Estaba cerca.

Lanza en mano, escaló hasta la cima de la pendiente, desde donde podía ver cómo la tormenta de hielo crecía en la distancia, a dos kilómetros todavía; un oscuro velo que cubría el cielo bajo.

—La mía fue una estatuilla dorada de Parthus —dijo una voz detrás de él.

Priad se volvió con la lanza levantada. La bajó lentamente. Delante de él tenía a un enorme ithakano envuelto en una capa de piel de oso de las nieves.

Era Petrok.

—¿Qué está... señor, qué está haciendo aquí?

—De visita. He venido a observar el entrenamiento. ¿Cómo va?

—Bien —dijo Priad, todavía desconcertado y contundido—. Los hombres están en forma. Sólo queda pulir algunas cosas.

Petrok asintió.

—Eso es bueno. Con un régimen de invierno como éste limarás todo tipo de asperezas. ¿Cuánto tiempo lleváis con los ejercicios?

—Ocho días.

—¿Y cuánto piensas seguir?

—Ocho días más. Después veinte días en las dunas. Resistencia básica.

Petrok sonrió.

—Deben de haberte enojado mucho —dijo.

—El régimen es necesario. Así lo dice el códex. Incluso los mejores deben trabajar para conservar su ventaja.

—¿Ocho días? —caviló Petrok—. Entonces, ¿os perdisteis el embarque?

—Sí.

—Fue digno de ver. Hacía décadas que no contemplábamos algo así. Seydon estaba ansioso por volver a saborear la guerra. Parecía un niño guerrero afilando él mismo sus espadas y aceitándose el pelo. Tuvo que quitar las telarañas de su armadura.

Priad soltó una risotada, pero se sintió avergonzado por su falta de respeto.

—Tranquilo, hermano —sonrió Petrok—. Fue el mismo Seydon quien bromeó a este respecto. «Ven a ayudarme con estas telarañas, Petrok. Estoy seguro de que mi armadura está por aquí, en alguna parte», dijo. La guerra, hermano mío. Fue bueno ver cómo recuperaba su apetito y avanzaba a la cabeza de sus Notables. —Petrok alzó la vista hacia las borrosas estrellas—. No de todas sus Notables, por supuesto.

—Es justo que el señor del capítulo cuente con los mejores y los mejor preparados —afirmó Priad.

—Se quedó muy decepcionado —respondió Petrok—. Cuando vio que no os habíais presentado, pidió que volviesen a comprobarse las papeletas. Tebas, Veii, Parthus y Skypio al frente. Faltaba Damocles. ¿Qué crees que habría hecho Raphon?

—Estoy convencido de que habría tomado la misma decisión —dijo Priad.

—Por supuesto, hermano. De otro modo no te habría nombrado su sucesor.

—Sigo sin entender por qué ha venido, señor.

—Petrok, ¿recuerdas? Pensaba que había quedado claro. En Eidon, ¿verdad? Llámame Petrok a no ser que te indique lo contrario.

—Tengo entendido que estás al mando mientras el señor del capítulo esté ausente.

—Así es. Señor suplente de la Casa del Capítulo de Karybdis. ¿Sabes lo aburrido que es eso? No me extraña que Seydon estuviese ansioso por irse a la guerra. No me deja tiempo para mis otras tareas. Mandatos que aprobar, desfiles y ejercicios que observar, selección de peticiones, todo tipo de inventarios a tener en cuenta. Y los secretarios... ¡por el Trono! Volverían loco a cualquiera con sus preocupaciones y sus listas. No los aguanto. Ya he matado a cuatro o cinco.

Priad no dijo nada.

—Tranquilo, he escondido bien sus cuerpos.

Priad pestañeó.

—Tiene gracia, eres capaz de detectar una bala trazadora que va directa a tu

cabeza a tiempo para agacharte, pero una broma...

—¿Era una broma?

—No he matado a ningún secretario. Está mal visto.

Priad sonrió.

—Eso es, ¿ves? Y dicen que los astartes no tienen sentido del humor.

—¿Para qué has venido?

—Vaya, veo que nos ponemos filosóficos.

—Señor... Petrok..., por favor.

Petrok encogió sus fuertes hombros bajo las pieles.

—Estaba aburrido. Me apetecía un poco de aire no procesado. Rodos me dijo que Damocles había bajado a Ithaka para practicar unos entrenamientos de invierno, así que pensé en realizar una inspección. No hay ningún motivo siniestro o taimado detrás. Además, aquí hay muchos osos. Pensé que no estaría mal conseguir una nueva piel. —Sacó algo de debajo de la capa. Priad esperaba ver un bólter, o al menos la poderosa espada Bellus. En su lugar, Petrok sostenía un machete con dientes de sierra. El arma blanca relumbraba en la oscuridad—. ¿Crees que encontraremos alguno? —preguntó Petrok alegremente.

—Espero que no.

—En fin. —Petrok miró al oeste y olió el aire—. Se avecina una tormenta bastante glacial. ¿Dónde está tu décimo hombre?

—¿Cómo sabías...?

—Una tienda y ocho madrigueras. Una menos que los dedos de mis manos. ¿De quién se trata?

—De Khiron. Está repitiendo el ejercicio del bloque de hielo.

—Pobre desgraciado —dijo Petrok—. ¿Ha pasado el tiempo límite?

—Todavía no.

—Demos un paseo a ver cómo le va. Si la tormenta lo pilla ahí fuera, será hombre muerto. No querrás tener que molestarte en encontrar un nuevo apotecario, ¿verdad? Después de todo lo que hiciste por conseguir a éste.

Petrok se deslizó por el banco de nieve. Lanza en mano, Priad lo siguió.



CAPÍTULO 6

Caminaron con dificultad por la llanura del glaciar, uno al lado del otro bajo la vaporosa luz de la luna.

—¿A qué te referías con una estatuilla dorada de Parthus? —preguntó Priad al cabo de un rato.

—A mi ofrenda —respondió Petrok.

—¿Ofrenda?

—Al foso. Era joven e insensato. Creo que con lo segundo basta, pero lo primero contribuye.

—¿Te sumergiste en el foso?

—Durante mi primer año con la escuadra Parthus. Durante los ejercicios. Entonces estaba muy en boga, más que hoy en día. Nuestros superiores nos animaban, pero discretamente, por supuesto. No formabas parte de la hermandad a menos que matases un dragón y pasases la prueba del foso. Una prueba de destreza y fortaleza personal. Supongo que las costumbres cambian. Imagino que la cantidad de muertes lo cambió.

—Entonces, ¿eres miembro del foso?

Petrok negó con la cabeza.

—No. Me sumergí y bucéé con la estatuilla de Parthus en la mano. Escogí a Parthus porque era el fundador de mi escuadra. Nunca lo logré. Perdí la cuenta, me quedé sin aire. No sé cómo logré llegar a la superficie con vida. Estuve enfermo con fiebres por la narcosis durante días. Mis hermanos me encubrieron. Es una prueba difícil. Aunque eso tú ya lo sabes. También eres miembro.

—No, no lo soy —respondió Priad.

—Pero bajaste al foso...

—Y subí sin gloria. Sólo con un chico muerto.

—Lo sé. Leí el informe de los semánticos. Y también hablé con Khiron. Me contó todo lo que no constaba en él.

—No me dijo nada.

—Por supuesto. Es un hombre digno, diligente. Me contó que todos los miembros de la Damocles admitieron haber buceado hasta el foso en algún momento. También me dijo cuánto te horrorizó la idea al enterarte. Supongo que fue por eso por lo que no presentaste tu candidatura y por lo que los estás sometiendo a este trato tan duro ahora. Penitencia.

—Expiación. Tenemos normas por una razón. Guilliman no redactó el códex para pasar el rato. Soy el oficial de mi escuadra, es mi deber castigaros y amonestarlos cuando lo merezcan.

Petrok guardó silencio durante un rato.

—Priad, ¿te has parado a pensar en por qué te lo contaron? ¿En por qué te lo confesaron todos allí, en la playa?

Priad no respondió.

—No querían que buceases y arriesgases tu vida. No querían perderte. A pesar del deshonor que sabían que supondría su confesión, querían que supieses que todos ellos estaban preparados y dispuestos a ir en tu lugar. ¿Sabes cómo creo que se llama eso?

—Admitieron abiertamente que habían quebrantado las normas del capítulo.

—Creo que se llama lealtad. Pero yo me dedico a hacer bromas sobre asesinar al personal, así que, ¿qué voy a saber?

El viento se estaba levantando de nuevo y les excoriaba las mejillas con su roce y dejaba un polvo de cristales de hielo en su pelo y en las pieles que los cubrían.

—Por eso has venido, ¿verdad? —dijo Priad—. Para aconsejarme y mostrarme mi error.

—No has cometido ningún error, hermano. Hazlos trabajar tan duro como quieras. Deja que se partan la espalda. Tú eres quien ha de determinar su gloria. Si lo hubieses dejado pasar, habrías debilitado tu mando. Lo que estás haciendo es correcto. Sólo quería que tuvieses una visión parcial del asunto.

Siguieron avanzando.

—Por cierto, no es por eso por lo que he venido.

Petrok se detuvo de repente y señaló con el dedo. A lo lejos, a un kilómetro de distancia o más, se distinguía una minúscula figura que avanzaba hacia ellos con dificultad por el glaciar. Más que correr parecía estar tambaleándose.

—Es Khiron —dijo Priad.

—Mira su espalda. ¡Por el Trono! ¡Mira el tamaño del bloque que está cargando! No necesitarás la balanza.

Priad no respondió. Estaba mirando el banco de nieve que había a su izquierda. A trescientos metros de distancia, algo se había movido, blanco sobre blanco. Priad le

dio un toque a Petrok en el brazo y señaló.

Permanecieron allí durante un minuto, quietos como los kuroi del atrio de la fortaleza, hasta que volvió a moverse.

—Vaya, es muy grande —susurró Petrok—. Yo diría que es una hembra. No nos ve, estamos a contraviento. Pero está cazando.

—Está cazando a mi apotecario —susurró Priad en respuesta—. Les gustan los rezagados. Cuando una manada de cuernos largos sale a cazar, va siempre a por los débiles y a por los lentos. Ella está tan a contraviento de Khiron como nosotros de ella.

—¿Has cazado osos de las nieves alguna vez? —preguntó Petrok.

—No. Raphon lo hacía, por deporte. Tenía un collar de garras. Me explicó cómo había que hacerlo.

—Está observando a Khiron, anticipándose, escogiendo el momento. ¡Por Terra! ¡Mira cómo se mueve! Ah, ya la he vuelto a perder. Ahí, detrás de esa cresta.

—¿Qué hacemos?

Petrok sonrió y sacó su machete.

Avanzaron hacia los bancos de nieve, agachados y en silencio. Priad giró su lanza para que el metro de hoja de un único filo estuviese hacia adelante, como una lanza marina.

Petrok se detuvo, se quitó las botas y le indicó a Priad que hiciera lo mismo. Los tacos crujían en la quebradiza y fría nieve, pero los pies desnudos no hacían ningún ruido. Ambos se frotaron las manos, la cara y las axilas con puñados de nieve fresca para ocultar sus feromonas.

El viento volvió a apaciguarse, de manera repentina y ominosa, y soltó las partículas que transportaba. Los fragmentos de hielo se asentaron como el humo a su alrededor.

Escalaron la cresta, manteniendo la luna en un ángulo favorable para minimizar sus sombras. Priad captó rastros de calor animal y el hedor de su aliento en el aire.

Petrok indicó al sargento que fuese hacia la izquierda, y desapareció por la derecha de los ventisqueros. El aire era nítido. Las estrellas parecían temblar con el distante retumbar de la tormenta.

Priad se detuvo, con el tobillo hundido en la nieve. La luna iluminaba la blancura del entorno. Debía de andar cerca. No podía haberse alejado tan deprisa. De repente una ráfaga alzó una ventisca de nieve y lo golpeó.

Blanca como el hielo, la osa había permanecido invisible hasta que se movió. Lanzó un intenso y estremecedor rugido mientras se levantaba. Priad vio la enorme cavidad roja de su boca y sus inmensos dientes amarillos. Su aliento apestaba, contaminado por la saliva y la grasa de foca, y sus ojos eran dos diamantes negros.

El sargento intentó levantar la lanza, pero una de las gigantescas zarpas del

animal se la arrebató. Unas garras largas como dedos rasgaron su manto y le desgarraron profundamente la carne en el tríceps izquierdo.

El impacto fue contundente. Se sentía como si lo hubiese arrollado un Land Raider. El mundo ártico no paraba de girar y de propinarle golpes. Cuando se detuvo, vio que había caído rodando por la pendiente hasta la pared del glaciar.

Sin aliento y magullado, intentó levantarse. Vio las salpicaduras de su propia sangre brillando como rubíes en la superficie del hielo. Alzó la vista. La osa iba hacia él.

Era enorme. Dos mil kilos de tensos músculos y grasa cubiertos de blanco pelaje. Sus zarpas delanteras eran del tamaño de una garra relámpago. Su cráneo era tan grande como un bloque de hielo de treinta kilos. Su boca, tan amplia como el cuenco del kilix de votación del strategoi.

Priad rodó. La colosal depredadora se acercaba haciendo crujir la superficie de hielo bajo sus pies. Después empezó a darse la vuelta rugiendo de nuevo.

Petrok aterrizó sobre ella y se sentó a horcajadas sobre su encorvado lomo. El cuchillo relumbró y la osa lanzó un aullido de dolor. Empezó a sacudirse y logró quitarse a Petrok de encima. El astartes dio unas volteretas por el hielo rebotando con fuerza.

La osa arremetió contra él antes incluso de que se hubiese detenido. Priad había perdido la lanza y buscaba un arma. La que fuese. Entonces vio la báscula de eslingas. Corrió hacia ella resbalando varias veces y alzó la báscula como si fuese el lazo de un cazador. La osa estaba atacando a Petrok y lo acorralaba contra el hielo mientras le destrozaba las pieles.

Priad se colocó tras ella y lanzó las lazadas de lona de la báscula. Consiguió rodear con una de ellas la garganta de la bestia y empezó a tirar hacia atrás con toda la fuerza que podía para intentar asfixiarla, obligándola a echar la cabeza hacia atrás.

Ella se retorció, intentaba deshacerse de aquella opresión con las garras y estuvo a punto de aplastar a Priad sentándose sobre él. El tiró aún más fuerte. Se arrastró para apartarse sin dejar de agarrar el gancho de la báscula. La osa empezó a emitir ruidos graves y ásperos a medida que su tráquea se cerraba.

Priad tiraba todavía con más fuerza, y sus poderosos brazos temblaban por el esfuerzo. La osa volvió a sacudirse, intentando encontrarlo con sus zarpas.

El sargento tiró más y más fuerte. Petrok apareció frente a ella, con el rostro y el pecho manchados de sangre. Cuando la osa retrocedió de nuevo, Petrok le clavó el cuchillo entre las dos patas delanteras. Dio justo en el hueso. La sangre se evaporaba como el agua hirviendo cuando caía sobre el hielo.

La osa estiró una de sus zarpas y le dio un manotazo a Petrok lanzándolo a un lado. La bestia cayó hacia adelante, con Priad todavía aprisionando su garganta, y levantó al sargento. El tiró de nuevo, intentando retorcer la lazada para apretar

todavía más, agarrado con todas sus fuerzas.

La osa no moría. Simplemente no moría. Con el hocico hacia abajo sobre el glaciar, se arrastraba hacia adelante. Respirando de manera irregular y entrecortada, seguía luchando con magnífico vigor. La bestia lo arrastró veinte metros, como a un jinete que se agarra a las riendas de una montura desbocada, dejando un oscuro reguero de sangre tras ella.

Entonces se oyó un fuerte y aplastante impacto. Priad sintió cómo se rompía el hueso, y la osa se quedó quieta.

Lentamente fue soltándola y se acercó al monstruo caído en el suelo. Estaba muerta, o al menos en sus últimos momentos de vida, inerte, rota.

Su cráneo había sido partido por la mitad por un bloque de hielo de treinta kilos que alguien le había lanzado desde arriba con una fuerza inhumana. Agachado y con las manos apoyadas en los muslos, Khiron jadeaba fuertemente cerca de allí e intentaba no vomitar tras el esfuerzo.

—Siéntate —le dijo Priad.

Khiron asintió, y se sentó para recobrar el aliento y el sentido.

Con un último quejido gorgoteante, el animal expiró. El sonido fue un ronco y flemático traqueteo emitido desde su garganta aplastada.

Priad cojeó por el hielo hasta Petrok, que yacía sobre un charco de sangre. El gran guerrero parecía estar tan muerto como la osa, pero abrió los ojos en el momento en que Priad se agachó junto a él.

—¿Dónde te ha herido? —preguntó el sargento.

—Por todas partes —respondió Petrok, ceceando a través de su labio partido. Aun así consiguió esbozar una sonrisa—. Pero es peor de lo que parece. Menuda caza, ¿eh, hermano?

Priad asintió con la cabeza y rio. Después volvió a mirar el cadáver de la osa, fascinado por el enorme tamaño de su mandíbula y sus dientes, a la vista ahora por el rictus de la muerte, que tiraba de sus labios hacia atrás dándole un gesto agresivo.

—Menuda boca —masculló—. Es enorme...

—Un inmenso par de mandíbulas —asintió Petrok mientras se sentaba lentamente y se agarraba un profundo desgarró en el pecho.

Priad se dio cuenta de que no se refería a la osa.

—Estoy aquí por un motivo —dijo tímidamente, con la respiración entrecortada—. Aparte de las razones que te he dado antes. El otro día tuve un sueño. Los tengo de vez en cuando. Forma parte de mi naturaleza y he aprendido a darles importancia.

—¿Un sueño?

—Cuando un bibliotecario del capítulo sueña, hermano, hay que prestar atención. Especialmente si ha soñado contigo.

—¿Has soñado conmigo? —se extrañó Priad, que comprobaba los cortes de su

brazo y vio que ya empezaban a curarse.

—Sí, Priad. Soñé contigo. Todavía no sé qué significado tiene. Esperaba que pudieras ayudarme. Era una escena. En un lugar. Un bosque. Tú estabas allí. Había más gente, pero todavía no he conseguido recordar bien esa parte.

—¿El resto de Damocles?

—Creo que no. Pero tú estabas allí. Y había un inmenso par de mandíbulas. Tan grandes como las del oso. Pero los dientes no eran afilados. Eran romos. ¿Tiene eso algún significado para ti?

Priad negó coa la cabeza.

—Piénsalo. Es importante.

Priad asintió. Se volvió sobre su hombro para mirar a Khiron. El apotecario se estaba alejando de ellos.

—¿Adonde crees que vas, anciano? —preguntó Priad.

—A repetir el ejercicio —respondió Khiron—. He tirado la losa.

—Pesaba treinta kilos. Lo has superado, viejo chalado.

—He tirado la losa —respondió Khiron.

Priad ayudó a Petrok a levantarse. El viento volvía a levantarse formando en pequeños remolinos de nieve. La tormenta se acercaba a gran velocidad.

—¿Khiron? —lo llamó Petrok por encima del ruido del viento.

El apotecario se volvió.

—El ejercicio la terminado —dijo el bibliotecario.



CAPÍTULO 7

Ganahedarak había sufrido miserablemente en manos de sus invasores.

Llegaron no de manera rápida y despiadada durante la noche como solían hacerlo los malignos primuls, sino de manera audaz, enérgica y lenta. Sus naves, si esas pesadas y torpes monstruosidades podían llamarse así, habían llegado como lunas y habían atravesado lentamente los campos magnéticos exteriores y realizando órbitas bajas como un caprichoso grupo de meteoritos visibles a simple vista.

No intentaron esconderse ni efectuar un rápido despliegue. Las baterías de superficie que rodeaban algunas de las ciudades septentrionales empezaron a disparar sobre los amenazadores objetos, pero aunque se registraron impactos, no parecieron ocasionarles ningún daño. A los pielesverdes no parecía importarles mucho que les causasen algunos agujeros y abolladuras en los cascos de sus pesadas naves.

Había pasado mucho tiempo desde que los pielesverdes desataron su particular periodo de terror en los mundos de las Estrellas del Arrecife. Habían desaparecido durante treinta siglos, y su recuerdo se había ido apagando.

Ganahedarak recuperó la memoria el decimosexto día después de que las nuevas lunas apareciesen en el cielo. Los pielesverdes empezaron a acercarse a la superficie del planeta. Sus transportes descendían como pesados cometas. No caían sobre las ciudades, sino que lo hacían en las amplias llanuras de norte, formando grandes hordas sobre las planicies y ocultándose tras el polvo que levantaban. Después, gritando y rebuznando tanto que su escándalo podía oírse a más de cincuenta kilómetros de distancia, empezaron a moverse.

Una quinta parte de las ochenta ciudades de Ganahedarak ardieron la primera noche.

Habían tenido lugar tres batallas principales. La primera, en la llanura de Aarple, duró un día. Treinta mil hombres, dirigidos por los guerreros de rutilante armadura de

la legión del rey, marcharon para enfrentarse a una de las nubes de humo. Ninguno regresó.

Tres días después, ocho mil hombres se concentraron en las afueras de la ciudad de Kubrisa, una ciudad fortaleza en las tierras bajas de Cates. Con un regimiento de picas y mosquetes y un séquito de la milicia, la vanguardia del ejército humano estaba compuesta por los Dragones de Cates, a lomos de sus grandes lagartos con cresta, y los Invocadores de los Inmortales de la Reina. Llevaban plumas doradas, azules y verdes. Sus espadas relumbraban como espejos al sol.

El enemigo había llegado, una atronadora muralla de polvo y ruido que golpeaba las armas contra los escudos rugiendo al cielo. Avanzaban tan despacio como la lava. Despedían un pútrido y fétido olor, como a vegetación pudriéndose en el fondo de un pozo séptico. Cuando aparecieron, no parecían verdes en absoluto. Tenían el cuerpo pintado de negro, rojo y blanco, y cubierto de grandes y desgarrados dibujos. También se habían envuelto en pieles de animales y capas de cota de malla.

Los Invocadores corrieron presa del pánico y fueron reducidos mientras intentaban huir por el arroyo de Litern. Fue tal la carnicería, que el miedo se extendió entre las filas que lo habían presenciado. El olor a sangre inundaba el aire como el cobre caliente.

Los Dragones se enfrentaron a ellos, guiando a sus lagartos hacia las líneas del enemigo. Las puntas de las lanzas y los picos de los lagartos se empaparon y relucían con icor. Las trompetas sonaban. Por un breve instante, la victoria parecía saber más intensamente que la sangre inhumana.

Los pielesverdes, o los pintados, como eran conocidos en la época, se replegaron. En realidad no parecía que se estuviesen replegando. La línea, de columnas de treinta inmensos monstruos el doble de altos que un hombre y tres veces más anchos, pareció doblarse como un brazo musculoso y obligó a retroceder a las filas de los Dragones. Para cuando la ciudad hubo caído, los testigos informaron de que habían visto cómo se llevaban monturas, algunas de media tonelada de peso, como trofeos, pinchadas en las picas del enemigo.

Derrotados, los soldados humanos se retiraron a Chesselly, donde se vieron reforzados por veinte compañías de fusileros y unos doscientos cañones enviados apresuradamente por las ciudades comerciantes que rodeaban el golfo de Loomis. Allí, en el estrecho valle del río Quibas, tuvo lugar la tercera batalla.

Las baterías de cañones bombardearon a los pintados durante tres horas después del alba. Más tarde, la infantería avanzó hacia una línea enemiga que había quedado separada por la acción de la artillería. La batalla en los bosques del valle duró dos horas.

A la caída de la tarde no quedaba ningún humano con vida, o al menos ninguno que fuese a aguantar hasta el siguiente amanecer. Los bosques fueron incendiados.

Según se decía, los pintados estuvieron dándose un festín durante toda la noche de carne humana arrancada de los cadáveres que se habían cocinado colgados de las ramas de los árboles en llamas.

Dos días después de eso, el señor del Capítulo Seydon dirigió a sus Serpientes hacia la superficie del planeta. Para entonces, la humanidad había perdido el hemisferio septentrional, que se había visto reducido a cenicientos escombros, huesos calcinados y ciudades arrasadas por el fuego.

Los reyes del sur habían preparado la ruta de los Serpientes de Hierro. Eran hombres temerosos, y sus ejércitos solían ser más débiles que los del norte, aquellos que ya habían sido derrotados. Los reyes del sur se sintieron aliviados al ver llegar a los audaces guerreros de Ithaka.

En las tierras altas, cubiertas de hierro y azotadas por el viento, se habían levantado refugios redondos para albergar a los Serpientes de Hierro. Hechas de piedra y con techos de turba, se habían construido por respeto y gratitud. Los reyes del sur pensaron que los Serpientes necesitarían bastiones en los que dormir y comer antes de la guerra.

Seydon tardó algo de tiempo en convencer a los reyes de que sus guerreros no necesitaban ese tipo de comodidades. Vestidos con sus armaduras, pulidas hasta darles un acabado de cristal metálico, a los vecinos los Serpientes de Hierro les parecían dioses. Sus voces y sus formas eran extrañas, sus armas y su equipo de guerra amenazantes. Olían a aceites y a ungüentos, y todos ellos medían el doble que un humano normal.

Los guerreros se congregaron para empezar a hacer la guerra. Los pielesverdes se acercaban: una vasta y escandalosa horda que cubría la tierra. Al ver a la hermandad ithakana, el enemigo empezó a cantar y a mofarse.

Seydon no hizo nada inmediatamente. Los pielesverdes eran superiores en número, cinco a uno. El señor del capítulo formó a sus Serpientes en una línea de combate alrededor de los terraplenes de las tierras altas y esperó. En su día había reducido planetas a cenizas. Elegiría su momento. Ése era el lujo que en una guerra formal podía permitirse un comandante seguro de sí mismo.

Al cabo de tres días de ruidosas burlas, los pielesverdes iniciaron un ataque. La mayor parte de la línea frontal murió, aplastada y partida en dos como calabazas demasiado maduras bajo el constante fuego de bólter. Heridos y frustrados por primera vez desde que habían tomado el planeta, los pielesverdes lanzaron un largo lamento en mitad de la noche.

Al día siguiente volvieron a intentarlo. El capitán Phobor, héroe de Ithaka, dirigió las filas atacantes. En el espacio de quince minutos, las escuadras bajo su mando, incluidas dos de las Notables: Parthus y Tebas, acabaron con la vida de ochocientos orkos. Varias hectáreas de brezo quedaron aplastadas y empapadas de icor. Enormes y

deformes cuerpos yacían desparramados por las pendientes.

Los pielesverdes renovaron su ataque. La escuadra Veii se llevó la peor parte, situada alrededor de un grupo de altos árboles conocidos como el Bosquecillo de Hessman en un principio y como la Colina de la Gloria después. Los cuerpos de los orkos formaban pilas de cinco individuos sobre el brezo, y prácticamente todos los árboles del bosque habían sido cortados a la altura de la cadera por el fuego. Cinco marines espaciales perecieron, incluido el semántico Nocis y el héroe veterano Rubicus, paladín de Syrakuse. Éste último apareció decapitado en lo alto de un bancal una vez que las maltratadas líneas enemigas se hubieron retirado. Bajo él, revueltos y destrozados, yacían desparramados los cadáveres de sesenta orkos.

Phobor recibió muy mal la noticia. Rubicus, según dijo, merecía un final mejor que ése, de modo que propugnó un ataque de venganza contra las líneas de mando enemigas. Seydon se negó, hasta que vio lo profundamente apenado que se sentía Phobor y lo apagados que se habían vuelto los hombres de la Veii sin su más célebre paladín.

Finalmente aprobó el asalto. Se echó a suertes como era costumbre en aquellas ocasiones y la escuadra Parthus obtuvo el honor de vengar la pérdida de sus nobles hermanos de la Veii.

El hermano sargento Xeron dirigió el ataque. Avanzando más rápido y de manera más directa de lo que los pielesverdes esperaban, llegaron hasta el puesto de mando en la cumbre de una pequeña colina al oeste del bosquecillo y llevaron a cabo una gran matanza. Xeron personalmente le cortó la cabeza a un jefe de la escoria y levantó la espeluznante masa en su lanza. Más de cuatrocientos pielesverdes murieron en el ataque.

Pero por lo visto fue en vano. En la llanura, el número de enemigos parecía no tener fin. Con el cambio del viento, Seydon observó consternado que una segunda horda había aparecido por el oeste de manera imprevista. Sorprendentemente, esta nueva fuerza entabló combate contra la existente masa de pielesverdes. Los orkos luchaban contra los orkos, dos escandalosas y arrasadoras olas que chocaron y se enzarzaron la una contra la otra. Aquélla arremetida no tenía razón de ser. Seydon se vio obligado a retirar sus tropas antes de que se viesan envueltas entre los dos frentes de monstruos que chillaban frenéticamente.

La escuadra Parthus, apartada y sola, quedó aislada. En la baja colina se vieron atrapados en el recíproco derramamiento de sangre mientras unos pielesverdes asesinaban a los otros. Cercados como en una isla, lucharon hasta el final, asesinando a muchos de ellos entre el estruendoso caos.

Uno tras otro fueron cayendo, arrollados por el mero tumulto y luchando contra los pielesverdes por todos los flancos. Finalmente fueron reducidos a pedazos entre los frentes de orkos rivales.

Lo vio todo.

Vio a Xeron, el último en caer. Xeron, su viejo comandante de escuadra, su maestro, su mentor, tambaleándose a causa de las múltiples heridas, embistiendo y golpeando con una espada rota, con el bólder vacío, y con su bruñida armadura mojada y resplandeciente por el icor.

Sintió el impacto del golpe. Un hacha de dientes afilados atravesó la parte trasera del casco de Xeron, incrustándose en su cráneo y derramando todo lo que hacía que Xeron fuese Xeron en una ignominiosa salpicadura.

Vio cómo las lentes de su casco se inundaban de sangre y cómo el pisoteado brezo corría a tocar su rostro a través del fluido rojo vino.

Sintió cómo le llovían los hachazos sobre la espalda desprotegida y le rompían las placas de armadura, los omóplatos, la columna.

Las piernas se le entumecieron. No sentía nada. Después vio el mundo a través de la sangre, y luego sólo sangre.

Y se despertó.

Petrok estaba frío y empapado de sudor. Le temblaban las piernas. Tuvo que tocarse la cara, descubierta y sin casco, para comprobar que no la tenía cubierta de sangre. La Casa del Capítulo estaba en silencio.

—¡Rodos! —gritó roncamente.

El semántico se acercó hasta él.

—Busca a Priad —le dijo Petrok—. Dile que prepare a Damocles, estén listos o no. El señor del capítulo nos necesita.

—Escoge a otros —respondió Priad con sencillez.

—Ya lo he hecho y lo haré de nuevo —replicó Petrok—. Pero quiero a Damocles. Quiero al menos a una escuadra de Notables en mi falange, y Seydon tiene a todas las demás.

—Con todos mis respetos... —empezó Priad.

—¡Pues dime a quién! —estalló Petrok, poniéndose de pie.

Su cámara privada era oscura y fría. Estaba iluminada únicamente por unas pocas velas y apestaba a hierbas quemadas. Había estado haciendo ofrendas a los espíritus de la guerra. Cuencos de bronce llenos de acres cenizas yacían en las repisas de su santuario.

—Discúlpame —dijo Petrok, más tranquilo—. Amigo mío, he sido demasiado brusco. Estoy preocupado.

—Ya lo veo —asintió Priad.

—Seydon está en peligro. La misión está en peligro.

Priad se tensó.

—A mí nadie me ha dicho...

—Todavía no hemos recibido noticias, Priad. Pero he tenido un sueño. Un sueño sangriento. Era un aviso, más rápido y más seguro que cualquier comunicado. Debo reunir una fuerza de al menos cinco escuadras e ir en su ayuda.

—Pero Damocles está...

—¡Como digas que Damocles no está preparada para la batalla, Priad, te juro que te doy un puñetazo! ¡Me da igual! Admiro tu fuerza de mando y tu sentido del deber. Tal vez tus hombres necesiten un castigo severo, eso es cosa tuya, pero estas nuevas preocupaciones tienen más peso. Exijo que Damocles forme el núcleo de mi fuerza, tanto si consideras que están preparados como si no.

—Entiendo —asintió Priad—. Si usted lo ordena, señor.

—¿Ya volvemos a lo de señor otra vez? Muy bien. Te he hablado con aspereza, pero no soy Phobor. No voy a darte órdenes sin darte buenas razones. Quiero a Damocles por dos muy buenas.

—¿Que son...?

—Que confío en vosotros. Creo que Damocles es la mejor escuadra con la que cuenta el capítulo. Vuestra presencia ayudará a mantener a algunas de las unidades menos experimentadas a raya. En segundo lugar, y mucho más importante, soñé contigo, Priad, ¿recuerdas?

—Sí.

—¿Qué sabes acerca del destino? —preguntó Petrok mientras se servía una copa de vino.

Le ofreció la jarra a Priad, pero éste la rechazó.

—¿Del destino, señor? Es la voluntad del Emperador. Es la médula de nuestras vidas.

—Tal y como lo diría un aspirante —sonrió Petrok—. Piensa en esto, amigo mío. Tú evitaste que Damocles acompañase al señor del capítulo, pues sin duda habría sido escogida si la hubieses presentado. Tal vez fuese porque a tus ojos habían hecho algo deshonesto. Pero tal vez fuese un plan del destino. Tal vez Damocles tenía que deshonorarse a sí misma para permanecer aquí, en Karybdis, para que yo pudiera llamarla ahora.

—Tiene una mente fascinante, señor —sonrió Priad—. En serio. No le veo mucho sentido a eso. Mis hombres quebrantaron las normas de la hermandad y los he limitado por ello hasta que aprendan la lección. No veo ningún gran plan del destino. Sólo guerreros que deben trabajar duro hasta que aprendan lo que es la disciplina.

—Bien, pongámonos en que tengo razón —asintió Petrok—. En nombre del Trono Dorado, Priad, jamás había conocido un alma tan pragmática como tú. Supongo que fue por eso por lo que Raphon te escogió como su sucesor.

—¿Cuestiona la elección de Raphon? —preguntó Priad.

—En absoluto. Raphon y Memnes, que el Emperador los tenga en su gloria,

tenían razón acerca de ti. Ahora reúne a tu escuadra por mí.

—Lo haré, señor. Si es una orden.

—Considéralo como tal. El destino nos espera.



CAPÍTULO 8

Había un prado soleado. Un claro cielo azul. El calor del verano en el aire. Algo se movía entre el maíz.

Un prado, dorado bajo el sol. Cielo azul. Allí, entre maíz removido. Algo negro. Prado. Cielo. Algo.

El prado de nuevo. El cielo tan azul como las aguas de una bahía del istmo de Cydides. La cosa que se movía entre el maíz amarillo.

Un prado. Algo.

Un perro negro trotando entre las plantas, saltando alegremente persiguiendo las moscas del maíz.

Su corazón empezó a palpar.

Priad se despertó.

En la cámara de hierro hacía tanto frío que una húmeda escarcha cubría las paredes. Las tiras luminosas funcionaban al mínimo de potencia, y la estancia estaba llena de sombras verdes. Un grave y lento estruendo se oyó por detrás de los mamparos.

Rígido y lento, Priad se levantó de su catre de latón. Tenía la mente entumecida y tensa al igual que el cuerpo. Dobló las manos desnudas delante de la cara y vio el vapor de su aliento entre ellas. Poco a poco iba recuperando el sentido. Había estado soñando.

Algo de un prado, una y otra vez.

Echó un vistazo por las hileras de catres de metal que llenaban la cámara y después se dirigió, descalzo y sin hacer ruido, hasta la puerta, la abrió y salió.

Al detectar su movimiento, las luces del compartimento adyacente parpadearon para encenderse. Allí hacía más calor, un calor seco y artificial. Cogió una de las

togas que colgaban de una línea de ganchos y se la puso. Después avanzó por la estera hasta el santuario.

El santuario era un simple nicho en la pared de metal. Los motivos de la hermandad estaban inscritos alrededor de los arqueados huecos. En el interior, en la repisa, descansaban unos cirios y varios platos de ofrenda junto con otros objetos: estatuillas, caparazones y escamas de pescado. En el centro de la repisa había seis frascos de cobre ribeteados de zinc.

Priad se arrodilló ante el altar, encendió dos de los cirios e inclinó la cabeza con las manos apoyadas en el borde de la repisa. Murmuró sus devociones, sus agradecimientos, sus bendiciones y sus peticiones de buena fortuna en la guerra, orientación y éxito.

—¿Hermano?

Priad alzó la vista.

Khiron estaba cerca con un cuenco de humeante caldo en las manos.

—¿Cuándo te has despertado? —preguntó Priad, poniéndose de pie y aceptando el cuenco que le brindaba. Asintió en agradecimiento.

—Hace dos horas.

Priad bebió. El caldo, vigorizantemente caliente, era un fluido revitalizante preparado con hierbas y extractos de plantas para aliviar las molestias de la reanimación. Los apotecarios siempre se despertaban antes para preparar este tipo de sopas para sus silenciosos camaradas.

—¿A qué distancia estamos? —preguntó Priad.

—Un día, puede que día y medio. He notado que estabas al borde de la reanimación, así que he preparado el caldo. Los demás se despertarán más o menos dentro de una hora. También hay comida, si quieres.

Priad negó con la cabeza. Todavía estaba algo embotado.

—¿Algo que informar? —preguntó Priad, tomando un nuevo sorbo.

—No he preguntado y nadie me ha dicho nada —respondió Khiron—. Los asuntos simples requieren atención primero. Pero Petrok está despierto, y los armeros también. La sala de embarque suena como una forja.

—¿Petrok está despierto?

—En realidad creo que no ha dormido durante todo el viaje.

—No me sorprendería —asintió Priad—. ¿Cuánto tiempo llevamos?

—Diecinueve días.

—No está mal.

—El capitán de la barcaza vio la mirada en los ojos de Petrok cuando embarcamos —sonrió Khiron.

Petrok había ordenado a las escuadras que pasasen al estado de inanimación durante lo que durase el viaje. No era una práctica común, a excepción de los largos

trayectos, pero les había dicho que los quería al máximo rendimiento el día que llegasen. Priad sabía que el verdadero motivo era más complejo. De las cinco escuadras seleccionadas por Petrok, dos, Laomon y Ridates, estaban compuestas de nuevos reclutas, la mayoría sin ningún tipo de experiencia real en combate. Era una técnica de la que Petrok era muy partidario, mezclar guerreros veteranos (en este caso los hombres de Nophon, Pelleas y la Notable Damocles) con las filas de recién llegados. Los reclutas obtendrían una experiencia inestimable como resultado, y los veteranos superarían cualquier cipo de complacencia compensándola con el hecho de que algunas de sus hombres eran relativamente inexpertos. Era una aleación que generalmente obtenía los mejores resultados para una compañía en combate.

Pero Petrok les había ordenado que se imaginaran para mantener frescos a los nuevos. Un viaje, especialmente uno como aquél en el que el combate era inevitable, podía fatigar el espíritu de los reclutas y obligarlos a esforzarse demasiado combatiendo contra la amenaza del tedio y la anticipación. Lo mejor era que durmiesen y se despertasen en la víspera de la batalla en lugar de pasar diecinueve días dando vueltas, inquietos e impacientes. Las almas que sufrían ese desgaste no servían para nada en el combate.

—¿Tienes el corazón despejado? —preguntó Khiron.

—La cabeza no —respondió Priad—. He tenido un sueño.

—¿Has soñado? ¿Con qué?

—No estoy seguro. Se repetía lo mismo una y otra vez, como una transmisión de imagen en un bucle de reproducción. No suelo soñar. De hecho, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice.

—¿Y no recuerdas el contenido?

—Un perro en un prado. —Priad se encogió de hombros.

—¿Un perro en un prado? ¿De qué color era el perro?

—¿Tiene alguna importancia?

—No creo. Siempre he pensado que hay sueños y sueños. Algunos son como los que tiene nuestro maestro Petrok, sueños reales que le llegan, mediante los espíritus del más allá, cargados de significado y de profunda trascendencia. Son sueños que cuentan. El resto de nosotros, con nuestras pobres y deficientes mentes, si es que llegamos a soñar, lo hacemos sobre cosas o personas que no tienen ninguna importancia. ¿De qué color era el perro?

—Negro.

—¿Un perro de caza negro? Hermano, ¡eso es un mal augurio!

Priad miró a su apotecario y vio que el viejo estaba bromeando. El sargento sonrió.

—Me alegro de ver eso —dijo Khiron—. Últimamente tienes siempre el ceño fruncido.

Priad arqueó las cejas y Khiron hizo un gesto de desaprobación.

—No empieces —le recriminó el apotecario—. Cuando te he preguntado si tenías el corazón despejado me refería a si lo tenías limpio de desdén. Damocles fue injusta contigo, Priad, e hiciste lo correcto castigándonos en aquel glaciar. Y puede que todavía no hayamos limpiado del todo nuestro honor. Pero nos dirigimos a la guerra, para lo bueno o para lo malo. En el calor del combate, tu escuadra necesitará que estés lúcido y que los dirijas con vigor. Sin rencillas ni resquemores.

—Yo no guardo rencor —declaró Priad.

Khiron se encogió de hombros.

—Bien, pero si lo tienes, déjalo a un lado. Vuelve a recuperarlo cuando regresemos a la fortaleza, si quieres, pero ahora déjalo aquí.

—Aprecio tu consejo, pero es innecesario. Ya he tomado una decisión, con perro negro o sin él.

Khiron asintió. Se oyeron las pisadas de unos pies descalzos sobre la cubierta, y otras dos figuras emergieron de la cámara de inanización, desnudas y desperezándose. Eibos y Laetes, los apotecarios de las escuadras Ridates y Pelleas respectivamente. Saludaron con la cabeza a Priad y a Khiron mientras se vestían y se disponían a preparar los caldos para sus hombres.

—Es bueno ver a la Ridates recompuesta —dijo Priad.

—Así es —asintió Khiron—. Su nombre no debería caer en el olvido. El hermano sargento Seuthis ha formado una buena unidad.

—Hablando de resquemores... —murmuró Priad.

Khiron sonrió. Él había sido el apotecario de la antigua escuadra Ridates, y estando a su servicio su carrera había estado a punto de caer en desgracia.

—No tengo ninguno —afirmó.

Uno tras otro, los Serpientes fueron volviendo a la vida, asistidos por sus apotecarios. Priad dejó a Khiron a cargo de la reanimación y descendió hasta la sala de embarque de la barcaza, donde los equipos de armeros y servidores estaban llevando a cabo los preparativos. En largas filas relucientes, las placas de las servoarmaduras modelo Mark VII permanecían en sus estantes, destellando bajo la luz de las lámparas. Las armas estaban siendo limpiadas y aceitadas, y las municiones se estaban organizando y contando en el suelo. Los jóvenes esclavos las disponían en filas y marcaban el número con tiza.

Los martillos y los taladros resonaban por la amplia plataforma mientras se llevaban a cabo las últimas reparaciones y modificaciones en las placas y en los mecanismos. El tecnomarine Suprema y su aprendiz comprobaron cada pieza del equipo, desde los componentes digitales más pequeños de los guanteletes hasta los inmensos transportes Rhino, mientras éstos eran trasladados a cubierta entre los

pitidos de los montacargas. Procedente de un campo de tiro escondido se oía el traqueteo de las pruebas de disparo. Los servidores corrían de un lado a otro transportando todas las armas una por una a la sala de tiro para obtener su certificación.

Unas prensas de vapor daban golpes, y las chispas saltaban del infierno de las forjas portátiles. El aire estaba cargado de esencias a metal caliente, a carbón, a aceite y a piedra pómez, a termita, gases de tubo de escape y sudor humano. Priad inspiró profundamente. Era el olor a guerra, y el sargento se deleitó con él. Se acercó a su armadura y pasó una mano desnuda por la bruñida y gris ceramita. Brillaba como el cristal, y en su superficie vio la bullente actividad que reflejaba la cubierta de embarque. Una pequeña y oscura figura parpadeó en ella, y Priad se volvió esperando ver un perro negro corriendo entre las armaduras, cazando moscas del maíz. Pero no era más que un joven esclavo cargando un montón de cartuchos.

Petrok apareció hablando con el Suprema. El bibliotecario vestía una túnica de color blanco hielo, pero su rostro estaba pálido y sus ojos ojerosos. Al instante advirtió la presencia de Priad y se acercó.

—¿Preparado para la guerra? —preguntó.

—Sí es la guerra lo que espera —respondió Priad.

—De eso no hay duda. Daré instrucciones a todos los sargentos presentes, pero debes saber algo: El infierno se ha desatado en Ganahedarak. He estado monitorizando las transmisiones. Nuestros hermanos están aislados y rodeados. El número de pielesverdes es mayor de lo que podíamos imaginar.

—¿Cómo es posible que hayan aislado a veinticinco escuadras de nuestra hermandad? —preguntó Priad.

—Como un nadador en medio del océano —respondió Petrok—. Por incomprensible que parezca, los pielesverdes están en guerra entre ellos. No se trata de la incursión que Seydon suponía. Es algo más. Una guerra civil, si es que esa escoria alcanza el grado suficiente de civilización como para, merecer el término. Dos ejércitos, incontables, en busca de sangre. La humanidad está atrapada en el medio.

—¿Cuál es el propósito, la causa? —preguntó Priad al bibliotecario.

—Amigo mío, ni siquiera entiendo qué es lo que hace que un orko sea un orko, o por qué existen semejantes criaturas en este cosmos, o cuál es el propósito de su existencia. Son xenos e inescrutables. Pero esta guerra suya sumirá a muchos mundos humanos en los hornos del infierno junto a ellos a menos que acabemos con ella.

—¿Y podemos frenarla? ¿Con sólo cinco escuadras?

—Estoy en ello —dijo Petrok—. Lleguemos pronto a tierra y veamos cómo están las cosas. Una vez que pueda comunicarme con el señor del capítulo tal vez podamos idear un plan. —Petrok se detuvo y miró a Priad, a los ojos—. He vuelto a soñar

contigo. Contigo y con las mandíbulas. Es muy desconcertante. Sé que tiene algún sentido, pero no consigo verlo.

—Yo también he soñado —dijo Priad ligeramente avergonzado por haberlo mencionado.

—¿En serio? ¿El qué?

—Nada importante. Khiron dice que no me preocupe...

—Deja que sea yo quien lo juzgue. ¿Qué has soñado?

—Un prado y un perro negro.

—¿Y?

—Eso era todo. Un prado y un perro negro.

—¿Tiene eso algún significado para ti?

Priad negó con la cabeza.

—¿Has tenido alguna vez perros o los has entrenado?

—He usado perros para la guerra en varias ocasiones. Contra los primuls, como nos enseñaron. Pero...

—Piensa —insistió Petrok.



CAPÍTULO 9

La barcaza de batalla Temeridad se detuvo por completo e inspeccionó la cara iluminada de Ganahedarak y la multitud de oscuros satélites que giraban como escarabajos en sus órbitas más bajas. Más de veinte pecios y naves peñasco rodeaban el planeta como buitres.

Bajo el mando de Petrok, la compañía de refuerzo descendió en Thunderhawks, que rugieron por la parte meridional del continente. Al norte, el humo se había extendido y cubría inmensas regiones de la atmósfera, estriando el cielo con nubes delgadas como de humo de lho.

No había manera de ir al norte. Tras comunicarse con los reyes del sur, Petrok organizó que su fuerza se estableciese en las llanuras que rodeaban una antigua ciudad llamada Pyridon, a unos doscientos kilómetros al oeste del principal campo de batalla.

El clima era fresco y despejado. Era la estación de siembra. Salieron de sus naves y se dirigieron a la ciudad. Vastas multitudes se reunieron en el exterior de las murallas como para darles la bienvenida.

Sin embargo, no eran masas adoradoras intentando dar una calurosa bienvenida a sus héroes. Era un excedente de población, millones de harapientos refugiados que huían de la guerra y se congregaban afligidos alrededor de la ciudad. Las multitudes observaban a los resplandecientes gigantes acorazados con ojos apagados y perplejos mientras los Serpientes marchaban. Algunos gritaban ruegos o bendiciones, otros proferían insultos y abucheos. Varios les lanzaron basura y huesos roídos.

La ciudad era un destartalado lugar de torres de terracota y chabolas de arcilla. Las estrechas calles estaban abarrotadas. Los guerreros, reducidos a una doble línea que avanzaba entre el hediondo agolpamiento, se vieron obligados a activar sus localizadores para orientarse en el lugar. Los únicos puntos de referencia que había

eran algunos imponentes templos y edificios de ladrillo y barro muy deteriorados y llenos de estatuas y de altares ruinosos. Nadie parecía recordar por quién se habían levantado los templos. Las identidades de los dioses y los dignatarios se habían olvidado hacía tiempo, pero nadie se había planteado demolerlos.

Las calles estaban repletas de camiones, contratistas, ciudadanos, mendigos, sacerdotes y dolientes, muías, servidores, comerciantes y soldados. Los soldados eran hombres abatidos y destrozados equipados con armaduras desgastadas. Las puntas de sus lanzas estaban desafiladas y retorcidas, y sus carabinas láser de cerrojo descargadas. Eran supervivientes que huían de la Guerra del Fin.

Los Serpientes de Ithaka supieron que así es como la llamaban: La Guerra del Fin. Un catastrófico combate que separaría el cielo del mundo y supondría el fin de Ganahedarak. Ése era el final de fuego que los ancianos llevaban tiempo profetizando. El Ur Maggedon.

Sólo los maltrechos soldados parecieron reparar en la fila de ithakanos. Al ver a los resplandecientes Serpientes de hierro apartaron la mirada, avergonzados de la suerte que habían corrido en aquel lugar. Petrok se detuvo varias veces para conversar con los oficiales y obtener información, pero obtuvo pocas respuestas.

Como todos los demás, Priad estaba acostumbrado a llamar la atención, especialmente cuando se presentaban en otro mundo vestidos con la armadura completa. Ahora pasaba entre la muchedumbre y nadie se fijaba en él. Nadie parecía tener miedo o estar impresionado. Todos habían visto demasiado, demasiado horror, y su capacidad para temer o para asombrarse se había agotado.

Tres de los reyes del sur esperaban a Petrok en un palacio en ruinas en el centro de la ciudad. Las malas hierbas crecían entre las piedras del patio, y el suntuoso enyesado de las paredes se descascarillaba. Las ventanas vacías observaban como las cuencas de una calavera. Los reyes eran unos hombres desaliñados, y estaban atendidos por sucios esclavos y hoscas mujeres. No tenían nada que decir, y sólo repetían una y otra vez el hecho de que se habían construido unas cabañas para acomodar a la hermandad. Les dieron instrucciones con urgencia, como si estuviesen ansiosos por qué los Serpientes de Hierro se marcharan. Parecían excesivamente preocupados con las cabañas que habían construido, como si con ello hubiesen cumplido ya con su parte del trato: habían construido unos bastiones para albergar a los guerreros, de modo que los guerreros tenían que librarlos de aquella amenaza. ¿No es así como funcionan estos compromisos?

Petrok despidió a los reyes del sur y éstos se marcharon con su miserable séquito. Solos en el patio, Petrok reunió a las cinco escuadras y dirigió el rito de la Ofrenda de Agua, vertiendo el agua salada del mar de Ithaka desde su tubular frasco de cobre.

Estaba a punto de terminar cuando una gran conmoción estalló en la ciudad que los rodeaba. Pyridon en sí pareció agitarse y temblar con el barullo de voces y de pies

corriendo. Los cuernos sonaban por encima del clamor.

El enemigo había sido avistado.

La ciudad temblaba. La gente intentaba huir en estampida hacia el sur por las intrincadas calles. Al otro lado de las tambaleantes murallas, el polvo se levantaba mientras miles de refugiados corrían hacia las zonas rurales y abandonaban la ciudad.

Las rocas bajo Petrok vibraban con la sacudida de millones de pies corriendo. El apotecario completó el rito con aplicación.

—Los planes pueden esperar —dijo, evitando mencionar que todavía no había conseguido ponerse en contacto con el señor del capítulo—. La guerra nos visita, y debemos darle la bienvenida.

En los secos campos al norte de la ciudad, una muralla de polvo se aproximaba. En ella, descomunales sombras avanzaban lenta y pesadamente. Unos aullidos resonaron por el valle, acompañados del rugido de los motores y las máquinas de guerra. No había manera de obtener un número estimado o una evaluación de las fuerzas enemigas.

Petrok guió a los refuerzos hasta la parte delantera de la muralla de arcilla de la ciudad y estableció una posición a lo largo de la vía frente a la tierra cultivada. Una única línea: Pelleas, Ridates, Damocles, Laomon y Nophon. Los Serpientes permanecían como estatuas de acero bajo la intensa luz de la tarde, observando cómo se aproximaba el polvo. Bajo sus armaduras, los hermanos flexionaban sus inmensas extremidades envueltas en tiras de cuero y lino, cubiertas de finos polvos y ungidas con aceites. Excepto los hombres que llevaban armas especializadas, todos los guerreros iban armados con un bólder y un escudo de combate, así como con una espada en su funda. Los equipos de armeros y ayudantes, todos vestidos con armaduras ligeras, esperaban tras la línea con municiones y paquetes de lanzas de mar afiladas para la guerra.

La línea de polvo se acercaba. Los rugidos y los gritos se hacían cada vez más fuertes.

Siguiendo las órdenes de Petrok, los jóvenes esclavos armeros recorrieron la línea, clavando una lanza con la punta hacia abajo detrás de todos los hermanos. Algunos llevaban unos banderines que se agitaban con el viento. Los portadores de los estandartes de las escuadras levantaron sus emblemas de doble curva y los fijaron sobre sus hombros. Aekon se aseguró de que el estandarte de Andromak estuviese bien encajado en su sitio.

Cinco orgullosas serpientes dobles resplandecían bajo la luz del sol.

Los canales de escuadra chasquearon al activarse, cada unidad en su propia frecuencia, con una transmisión de mando en el canal común. Los sargentos se dirigieron a sus hombres para prepararlos, animarlos y alentarlos. Goront, de la

escuadra Pelleas, habló a sus hombres de glorias pasadas y de las glorias que todavía estaban por llegar. Seuthis explicó a los nerviosos y ansiosos novatos de la Ridates que aquél era el día para el que habían nacido. Ryys, de la Nophon, le recordó a su escuadra que Nophon jamás había abandonado un campo de batalla derrotada. Lektas, de la Laomon, controlando el entusiasmo de sus propios reclutas, les contó una historia sobre el primarca que hizo que acabasen palmeando las placas de armadura de sus piernas con las manos.

—Damocles —dijo Priad a través de su comunicador—, sólo el Emperador sabe por qué se nos considera una de las Notables. Según la prueba del foso, sois todos mucho más valientes que yo. Y será mejor que me lo demostréis ahora, o ni siquiera ese maldito foso estará lo bastante profundo como para que podáis esconderos de mi ira.

Después levantó su garra relámpago para que pudiesen ver el destello de la electricidad y el crepitar de las bruñidas zarpas.

—¡Por Terra, por Ithaka y por Damocles!



CAPÍTULO 10

Los pielesverdes hicieron su aparición envueltos en una nube de polvo.

Llegaron atacando, batiendo hacia adelante por los secos campos, sacudiendo el suelo con sus fuertes pisadas. Era criaturas inmensas, exactamente tan grandes y tan robustas como los gigantes que las esperaban. Priad pensó asombrado que, por primera vez en doce años, por primera vez en su vida, iba a enfrentarse a un enemigo que estaba a su misma altura, kilo por kilo, músculo por músculo.

Todo en los pielesverdes era más grande de lo normal. Sus puños como garras, sus hombros, sus hocicos y sus enormes fauces. Sus labios gruesos y sus rollizas mejillas, sus podridos dientes como estacas, sus retorcidas y desgarbadas orejas, como las alas de los murciélagos, cubiertas de aretes. Algunos llevaban negros yelmos con cuernos, cascos de hierro con astas incrustadas, o un cuerno de buey, o rizados cuernos de carnero. Otros tenían colmillos del tamaño de espadas cortas, curvados hacia arriba desde el babeante labio inferior. Avanzaban rugiendo y gruñendo, con la espalda encorvada, envenenado el ambiente ante ellos con su fétido aliento y su hedionda baba.

Y no eran verdes en absoluto. Sus cuerpos estaban envueltos en pieles de animales, o con capas de fibra malva o de cota de malla oxidada. Una rudimentaria armadura de cuero y de placas de hojalata ocultaba sus extremidades y sus torsos, y los brazaletes y los collares tintineaban con su movimiento. Algunos llevaban cabelleras, dientes e incluso cráneos como trofeos. Todos se habían cubierto la piel con pinturas de guerra, con tintes rojos y negros y un rosa pastel que deslumbraba al sol. Eran chillones y llamativos, negro y rojo como el carbón encendido, como el ascua que se sale de una hoguera, todavía incandescente, y recorre dando saltos el suelo de piedra.

En los puños llenos de anillos llevaban cuchillos de carnicero y hachas, picas y

alabardas, martillos y espadas melladas manchadas de sangre seca, con los pomos y las empuñaduras cubiertas de cuentas y de huesos de dedos humanos. Algunos llevaban armas de fuego, bólters y cañones de gran calibre. Mientras se acercaban en una lenta y pesada avalancha de metal y de carne, empezaron a disparar.

Los disparos alcanzaron a los Serpientes que los esperaban. Los misiles silbaban en el aire. Los proyectiles estallaban y destrozaban partes de armaduras y de escudos, abollando y perforando las suaves curvas de las perfectas y bruñidas placas. Los estruendos y fogonazos se asemejaban a un almacén de municiones que hubiese estallado por accidente.

Veinte metros. Diez.

—¡Apuntadles a la cabeza! ¡Y fuego! —gritó Petrok.

Las cincuenta armas de la hermandad abrieron fuego contra la marea que se aproximaba. Los bólters tabletearon. Las pistolas de plasma silbaron y escupieron. Los lanzallamas vomitaron un infierno de llamas.

La muerte salió a recibir a los asaltantes pielesverdes. La primera línea fue derribada. El aire se llenó del icor de los cuerpos que estallaban. Los que formaban la segunda línea tropezaron con los cuerpos de los primeros hasta que fueron reducidos por el incesante fuego y sufrieron el mismo destino bajo las tachuelas de la tercera y la cuarta líneas.

Los cuerpos se amontonaban, húmedos y mustios, aplastados hasta convertirse en papilla por el peso de sus propios camaradas. Los pies de los orcos resbalaban sobre los cuerpos apilados y éstos luchaban por no caer.

Empezó a formarse un muro de cuerpos mientras los pielesverdes, los pintados, escalaban la creciente montaña de cuerpos para llegar hasta la reluciente línea humana. El hedor a muerte y una empalagosa mezcla de vegetación descompuesta, baba y jugos gástricos inundaron el aire. Los fieros guerreros enemigos se agarraban a las extremidades y las entrañas de sus caídos en un pasmoso frenesí por llegar hasta su enemigo humano. Se abrían camino a través de la grasa y la carne de los muertos, sólo para ser los siguientes en morir bajo la próxima salva de fuego bólters.

Centímetro a centímetro, esa ola de muertos, moribundos y todavía vivos se arrastraba hacia la línea ithakana, hasta que la hermandad ya no tenía tiempo de volver a cargar sus armas.

—¡Combate cuerpo a cuerpo! —ordenó Petrok. Él estaba en el centro de la línea, levantando la poderosa espada de guerra *Bellus* con el puño cubierto de malla.

Los Serpientes tiraron sus bólters al suelo tras ellos, donde los armeros podían recuperarlos, y arrancaron sus lanzas del suelo.

—¡Apuntad! —bramó Petrok.

Las cincuenta lanzas pasaron al frente destellando bajo la brillante luz del sol y bajaron todas a una apuntando hacia el enemigo entre chasquidos metálicos y

tintineos. Los hermanos alzaron sus escudos de combate y levantaron las lanzas por encima de sus hombros.

—¡Atacad! —gritó Petrok.

El torrente de escoria, atravesando el aire con sus aullidos y viciándolo con su hedor, llegó hasta la muralla ithakana. Los serpientes de hierro empezaron a apuñalarlos con sus lanzas, dando poderosos golpes para atravesar la cota de malla, la coraza de cuero y la carne. Las astas temblaban a causa de los múltiples impactos. La oscura sangre del color de los rubíes salpicaba el polvo arremolinando.

Hubo un discordante momento de impacto, un estallido real de hueso y de metal, conforme la horda de orkos se abalanzaba sobre los serpientes de hierro. La fuerza de la embestida obligó a algunos de los hermanos a retroceder y a protegerse, pero la línea se mantuvo firme. Las lanzas empezaron a herir y a herir cada vez con más vigor. La masa de orkos era tan densa que era imposible fallar. Las puntas de las lanzas atravesaban hombreras y yelmos, pinchaban extremidades y torsos y atravesaban espaldas. Cada vez era más difícil extraer las lanzas de los cuerpos.

La presión aumentó. Los pielesverdes al final del torrente se abrieron paso para alcanzar a sus enemigos empujando a los que tenían por delante. Muchos cadáveres permanecían de pie contra los escudos ithakanos, incapaces de caer por la presión de la masa. Algunos orkos empezaban a escalar por encima de las cabezas de sus hermanos de las primeras filas ansiosos por entrar en combate.

Mientras la línea de astartes agujereaba al enemigo con sus lanzas, los esclavos y los armeros corrieron tras ellos, agachándose para sortear los proyectiles perdidos y los disparos que atravesaban la línea. Entonces recogían los calientes y humeantes bólters del suelo y los recargaban. También clavaban lanzas nuevas a la sombra de la muralla humana.

Los serpientes de hierro no tenían sensación de estar librando una batalla general. El combate era tan cercano que la única preocupación era el espacio que cada uno tenía delante de él, un espacio permanentemente ocupado por escandalosos y retorcidos enemigos. Nadie podía ver más allá de su propio brazo. Era como luchar solo, excepto por las placas y los escudos que tenían a ambos lados.

Un calor casi tropical se formó entre la primera línea, generado por los cuerpos, la sangre y los explosivos. En el frente de combate, el delgado y sangriento hilo en el que se concentraba la matanza, hacía tanto calor como en una carnicería en verano. Los petos de las armaduras de los serpientes de hierro estaban resbaladizos de sangre alienígena.

Los veteranos asimilaron aquel tenso y frenético combate. Sus respiraciones y sus pulsos se ralentizaron en cuanto lograron concentrarse sólo en el siguiente golpe, determinando de manera experta el orden vital de prioridad con el que tenían que encararse a las furiosos objetivos. No sólo a los más cercanos, sino también a

aquellos capaces de alcanzarlos desde más lejos. Los orkos con armas de fuego o con picas tenían preferencia sobre los de primera línea con cuchillos. Las pantallas de sus visores seleccionaban y priorizaban los objetivos, parpadeando y saltando de uno a otro.

Los nuevos reclutas se esforzaban por recordar los principios de su entrenamiento. Nada podía preparar a un hombre para aquella claustrofóbica furia. Algunos empezaron a cantar para concentrarse y bloquear el borroso remolino de violencia que podía apoderarse de los confiados en un caos como aquél. Sus voces crepitaban con tono metálico a través de los altavoces de sus cascos.

Los escudos se iban deformando a medida que recibían más golpes. Las hojas de las hachas se rompían y se quedaban insertadas allá donde golpeaban. Los impactos rebotaban en los petos y en las hombreras dejando profundas abolladuras y grietas. Las primeras lanzas empezaron a romperse.

Priad sintió que el asta de su lanza cedía, y usó la parte rota para empalar a un último enemigo antes de soltar el arma. Levantando su maltratado escudo más alto, empezó a atacar y a golpear con su garra relámpago, lanzando a los pielesverdes contra el empapado suelo, partiéndolos por la mitad y causándoles espasmos y convulsiones con la abrasadora carga. Una enorme bestia desarmada embistió contra él con las mandíbulas abiertas, y Priad levantó su escudo. El orko mordió el borde inferior con sus inmensos colmillos y el sargento le atravesó la carne y el cartílago del cuello con su garra, desencadenando una cascada de fluido arterial. Un hacha mecánica se dirigió a su cabeza, y Priad levantó la garra relámpago para bloquearla. El arma enemiga se hizo añicos en el aire.

El sargento se preguntó durante cuánto tiempo más podría el enemigo mantener aquella presión. Estaba esperando que la tensión disminuyese, un poco de relajación. Sabía que Petrok también lo esperaba. Llegaría, tan seguro como que las mareas subían y bajaban.

Entonces lo sintió. El peso que se abalanzaba sobre él disminuyó. La carga de los pielesverdes empezaba a perder ímpetu y retrocedía como una ola que ya ha alcanzado la orilla. El enemigo no huía ni daba media vuelta, pero estaba retrocediendo en masa para renovar su furia. Los cadáveres que se mantenían en pie por la presión se desplomaron o se deslizaron al suelo. De repente se formó una nube de vapor. Una destrozada pila de cuerpos yacía desparramada a los pies de los guerreros de Ithaka. Un momento de pausa; signo de puntuación natural de la guerra.

—¡Coged las armas! —gritó Petrok, consciente de que tenían que sacarle el máximo partido a aquel descanso de inmediato.

Los Serpientes se volvieron. Aquéllos que todavía llevaban en sus manos las lanzas retorcidas y dobladas las echaron a un lado y cogieron los bólteres recargados que les ofrecían los esclavos. Después se dieron la vuelta de nuevo liberando la

recámara con un entrecortado repiqueteo. Los pielesverdes volvían a avanzar con renovada furia en sus aullidos.

Petrok no necesitaba dar la orden de disparar. La hermandad, incluso los nuevos reclutas, sabía perfectamente cuándo comenzar. Los cañones de las armas se iluminaron los con fogonazos y los disparos impactaron con fuerza contra la masa que regresaba. Después lanzaron una nueva ráfaga, haciendo caer a los pielesverdes como el maíz bajo la hoja de la guadaña.

La munición se agotó de nuevo, los Serpientes tiraron sus bólters donde los armeros pudieran recuperarlos y cogieron las segundas lanzas. Los pintados volvían a estar a su alcance, tropezando y resbalando sobre los montones de muertos.

—¡Apuntad! —ordenó Petrok.

Las nuevas lanzas ascendieron sobre los hombros de los guerreros, con las puntas hacia adelante.

—¡Avanzad! —grito Petrok.

La línea dio un paso hacia adelante con el pie izquierdo, se encontró con la primera fila enemiga y empezó a apuñalar con las lanzas.

—¡Avanzad! —repitió Petrok.

La línea dio otro paso hacia adelante, de nuevo con el pie izquierdo, y avanzando después el derecho para encontrarse con su par. Otra ráfaga, otro temblor de impactos en sus escudos.

—¡Avanzad!

Los guerreros dieron otro paso, empujando hacia la masa, perforando rostros y gargantas y golpeando con los codos para apartar los cadáveres de sus escudos. Con la fuerza de sus brazos y sus espaldas, llevaron la línea hacia adelante a bastante distancia del punto de inicio, dejando los montones de cadáveres detrás.

—¡Avanzad!

Cincuenta lanzas golpearon y atravesaron pechos y destriparon vientres.

—¡Avanzad! ¡Avanzad! ¡Avanzad!

Las segundas lanzas estaban llegando al final de su uso. Las puntas de las hojas empezaban a embotarse, a romperse o a torcerse, y las astas comenzaban a partirse. El peso de los escudos de los hermanos era inmenso. Ya no estaban parados intentando resistir, estaban forzándolos a retroceder.

—¡Defended la línea! ¡Espadas a discreción!

La orden precisa, antes de que perdiesen la ventaja. La línea ithakana, como una presa en un río, volvió a cerrarse hombro con hombro, y los hermanos terminaron el ataque con las lanzas, deshaciéndose de las rotas, pues era necesario cambiar a las espadas, que chirriaban al salir de sus fundas, metal contra metal.

El sonido del combate varió, otro cambio natural en el flujo de la guerra. Ahora predominaba el irregular y arrítmico ruido de los golpes y los tajos de espada. Los

hermanos atravesaban y rebanaban a los enemigos con sus cortas espadas de combate.

El enconado esfuerzo duró veinte minutos. Los Serpientes hacían estragos en la muralla enemiga con la misma facilidad con la que los leñadores podan un matorral, cortando y decapitando, partiendo cuerpos y cercenando hombros. El filo de las espadas empezó a embotarse y a desportillarse.

Y entonces todo acabó. El número de pintados menguó y, finalmente, se desintegró.

Los pielesverdes no huyeron, al menos no en masa. Aquélla práctica era tan extraña para ellos como ellos eran extraños para los humanos. Unos cuantos rezagados se marcharon saltando o cojeando, algunos arrastraban cuerpos, la mayoría tiraba de las armas de valor robadas a los muertos.

Los serpientes de hierro se habían abierto paso a través de todos ellos, acabando con todas las filas, desde las primeras hasta las últimas, condenando a la muerte a todos los monstruos que se habían atrevido a enfrentarse a ellos. Cada ola que rompía contra la incomparable barrera de guerreros humanos había sufrido su furia, y su número se había visto reducido cada vez más hasta que su fuerza se había agotado. El ejército de pielesverdes que pretendía tomar Pyridon fue exterminado en un interrumpido y brutal enfrentamiento.

Los Serpientes se detuvieron, jadeando y doloridos, limpiando el icor de las válvulas de sus cascos, despejando los mecanismos ópticos de sangre y de trozos de carne. Poco a poco fueron siendo conscientes de lo que habían conseguido. Tras ellos, a lo largo de unas tres hectáreas, la tierra estaba cubierta por pilas de seis o siete cadáveres, hediondas pendientes y montones de carroña que borboteaban conforme los desechos y los fluidos se escurrían y convertían el suelo en un cenagal.

En la distancia se oyeron lejanos vítores. Los armeros y los esclavos gritaban y lo celebraban levantando las lanzas en el aire y golpeando con unos martillos sobre escudos nuevos. Uno por uno, los hermanos de las serpientes levantaron los puños mostrando sus espadas cortas cubiertas de sangre. Después se quitaron los cascos y los tiraron al suelo, mostrando sus rostros encarnados y sudados por el esfuerzo, el pelo pegado a la cabeza y sus fieros y brillantes ojos.

Los hermanos también lanzaron su propio grito, el primero de la batalla y la nota final de la victoria.

Priad gritaba y escupía al tiempo que observaba la inconexa línea. Había heridos, armaduras rasgadas, escudos partidos y sangre roja mezclada con el color verde musgo del icor.

Pero ni un solo hombre de las cinco escuadras había caído.

El sargento levantó su destrozado escudo sacudiéndolo en alto en señal de triunfo, y de repente lo sintió pesado y desequilibrado. La cabeza cortada del orko que lo

había mordido seguía agarrada al borde, con los colmillos y los afilados dientes cerrados sobre éste con el rictus de la muerte.

Con gran esfuerzo, arrancó las enormes mandíbulas y lanzó la cabeza al suelo.

Después, de repente, le vino a la mente el perro negro en el prado y se volvió para buscar a Petrok.



CAPÍTULO 11

—Fue hace más de una década. En mi primer año de iniciación.

—Entonces fue hace más de doce años —especificó Petrok.

—Su memoria es más precisa que la mía, señor —respondió Priad—. Haga el tiempo que haga, fue durante mi primer año. Para probar mi capacidad individual, Raphon me envió a una misión en un mundo llamado Baal Solock. Habían recibido la visita de los primuls. En realidad fue una nave siniestrada. Purgué el lugar.

Caminaban uno a lado del otro por el ardiente campo de batalla hacia el campamento improvisado que habían levantado los armeros. Tras ellos, los hermanos con lanzallas habían iniciado la tarea de amontonar los cuerpos de la escoria orka y formar una pira de limpieza.

El resto de la compañía se reunía alrededor del campamento. Había un ambiente de júbilo, especialmente entre los novatos. Priad y Petrok pasaron junto al hermano sargento Seuthis, y Priad estrechó fuertemente la mano de su camarada.

—Ridates vuelve a existir —dijo Priad.

—Esperemos que por mucho tiempo —respondió Seuthis, claramente orgulloso de la actuación de sus novatos.

—Algún día serán Notables —dijo Petrok, dándole unas palmaditas en el hombro. Seuthis rio y se marchó para reunir a sus hombres.

En el campamento, los apotecarios estaban curando heridas mientras los armeros preparaban las armas y reparaban las armaduras dañadas. Por todas partes, los esclavos despojaban a los hermanos de las placas que los cubrían y se las entregaban a los herreros de guerra para que les devolvieran su apariencia original o para que las reparasen con martillos o con parches y lámparas de fusión. El olor a metal incandescente inundaba el aire.

Los ayudantes corrieron hacia Priad y el bibliotecario en cuanto aparecieron para

quitarles las armas y las armaduras. Uno de ellos se llevó la espada *Bellus* para que fuese limpiada y ungida. A Priad también le soltaron la garra relámpago. Un armero tiró del avambrazo del sargento, que estaba abollado y agujereado. Priad no se había dado ni cuenta.

—Siéntate —dijo Petrok, y ambos se acomodaron sobre un montículo de tierra mientras los ayudantes trabajaban a su alrededor—. ¿Purgaste aquel lugar?

—Fue un asunto de poca importancia —asintió Priad—. Sólo me llevó un par de días. Pero recuerdo que allí había un perro. Un perro negro.

Los esclavos estaban limpiando con esponjas la sangre y el sudor del rostro de Petrok empapándolas en agua con vinagre. El armero le había quitado a Priad el avambrazo y el guantelete. Los dientes rotos del hacha mecánica o de algún arma similar lo habían atravesado por completo y le habían hecho una herida en el antebrazo. La sangre coagulada se derramó al extraer la pieza.

—¡Apotecario! —exclamó el armero mientras se volvía para depositar el avambrazo dañado en su forja móvil para reparar la rotura y las deformaciones.

Khiron estaba ocupado curándole un profundo corte a Pindor en el costado, pero Laetes, de la Pelleas, llegó y se llevó sus pinzas de punta curvada para extraer los fragmentos de hacha de la carne de Priad. Antes de comenzar le ofreció al sargento una cinta de cuero para morder.

—Estoy demasiado ocupado hablando —replicó Priad, y resumió su historia a Petrok, ajeno al trabajo del apotecario—. Un perro negro.

—¿Era importante el perro?

—No. Casi lo había borrado de mi memoria. Pero ya sé qué era el objeto. Los primuls estaban protegiendo una especie de trofeo. Unas enormes mandíbulas de afilados dientes.

Petrok entrecerró los ojos. Un esclavo estaba intentando aplicarle tejido cutáneo en un corte que tenía en la mejilla, pero el bibliotecario le rechazó.

—Eso se curará solo —dijo. Después miró a Priad—. ¿Unas mandíbulas?

—Eran enormes, con dientes afilados —asintió el sargento—. Eran las mandíbulas de un piel verde, ahora estoy convencido. Ahora que los he visto en persona. Corro las bocas de las criaturas que hemos aniquilado hoy aquí, pero más grandes. Mucho más grandes que las de las bestias a las que nos hemos enfrentado.

Petrok guardó silencio un momento.

—Siento preguntar esto, Priad, pero ¿por qué lo has recordado ahora? Te hablé de mi sueño hace semanas.

—Porque yo no llagué a ver las mandíbulas en cuestión —respondió Priad—. Me habló de ellas un testigo presente en aquel momento.

—¿Era de fiar?

—Estoy convencido de que sí. Las mandíbulas en sí quedaron destruidas antes de

que yo las viera. Pero era evidente que eran de gran importancia para los primuls. Eran especiales por algún motivo.

—¿Quedaron destruidas? ¿Estás seguro de eso?

—Fueron incineradas por una granada.

—Y dime, hermano, ¿cómo puedes estar seguro de su naturaleza y de su tamaño si no llegaste a verlas? Los testigos, fiables o no, tienden a exagerar.

Laetes terminó su trabajo y pulverizó tejido cutáneo sobre el antebrazo desgarrado y magullado de Priad para que ayudase en el proceso natural de curación. Los irregulares dientes de sierra yacían, ensangrentados, sobre un cuenco de acero junto al sargento. Laetes había estado intentando por todos los medios no escuchar la conversación.

Priad dobló el brazo.

—Buen trabajo —dijo.

—Descansa unas horas, si puedes —le recomendó Laetes mientras limpiaba y guardaba sus utensilios. Otras voces reclamaban la asistencia de los apotecarios—. Los fragmentos estaban infectados, así que es posible que tengas fiebre y sudores mientras tu cuerpo elimina el veneno. Si eso ocurre, relájate y deja que siga su curso.

Priad asintió, y Laetes se retiró tras recibir un gesto de agradecimiento del poderoso bibliotecario.

—Dos dientes se salvaron —dijo Priad. Después levantó una de sus manos y separó el índice y el pulgar para indicar el tamaño—. Sólo eran dos dientes, pero fue suficiente para saber que no estaba exagerando.

—¿Qué hiciste con los dientes? —preguntó Petrok.

—Los dejé en Baal Solock, como un trofeo para sus habitantes. En aquel momento no me parecieron importantes. Era joven. Fue hace mucho tiempo.

Petrok se levantó. Los esclavos que seguían limpiando su armadura se apartaron apresuradamente. Priad también se puso de pie. Petrok sonrió al hermano sargento y le dio unos golpecitos en las placas que le cubrían los hombros.

—Sigo sin verle el sentido, Priad, pero lo que me has contado me ayuda a encajar algunas piezas. Lo pensaré más detenidamente. Ahora tengo ciertos detalles que contemplar. Los espíritus quieren que averigüe esto, y aunque han tardado un tiempo en guiarte, me has dado la clave. Estoy seguro.

—Eso espero, señor —respondió Priad.

—Petrok —le recordó el bibliotecario.

Priad se dirigió hasta donde estaban reunidos los hermanos de la Damocles. La mayor parte de la suciedad de sus armaduras había sido eliminada y ya estaban volviendo a colocárselas y comprobando sus armas. Kules esperaba a que uno de los armeros pasase una lámpara de fusión sobre la placa de su hombro izquierdo, que se encontraba sobre un yunque. La placa estaba casi partida en dos a causa de un golpe

monumental. Los ayudantes se acercaban cargando nuevos escudos y sustituyendo los que habían sido destrozados en combate. Otros recogían las espadas cortas de los hermanos para llevárselas a las piedras de afilar que chirriaban en un extremo del campamento.

Priad saludó a todos sus hermanos, estrechándoles la mano y dedicándoles unas felicitaciones privadas. Cuando estrechó la mano de Aekon, Priad se acercó más al joven.

—Un buen combate, ¿eh? ¿Mejor que el de Iorgu?

—Sí, hermano sargento. Me embarga la emoción.

—Te has desenvuelto bien, Notable —lo felicitó Priad—. Y has demostrado todo lo que el foso no demostró. —Aekon se sonrojó—. Khiron me lo contó todo —añadió Priad.

—Ojalá no lo hubiera hecho —se lamentó Aekon—. Me dijo que no lo haría.

—No debería haber secretos entre los hombres de la Damocles —respondió Priad—. Pero para ser justo con Khiron, te diré que habría respetado tu confidencia si las cosas no hubiesen sucedido como sucedieron. Se acabó el bucear por la gloria, ¿de acuerdo? Demuestra tu valía ante mí y ante el Emperador, no ante el mar.

—Sí, señor.

—¡Damocles! —gritó Priad, y los hombres se pusieron en pie y lo miraron. El sargento dio un círculo completo, mirando a todos sus hombres a los ojos, uno por uno, y asintiendo satisfecho—. ¡Quiero ver más esa energía! —dijo.

Los hermanos rugieron su aprobación.

El hermano sargento Lektas corrió hacia ellos haciendo gestos a Priad.

—Ven conmigo, hermano. Petrok nos ha convocado. El comunicador por fin ha localizado al señor del capítulo.



CAPÍTULO 12

Las comunicaciones estaban cortadas. De algún modo, los pielesverdes, probablemente por medio de rudimentarios dispositivos en sus naves orbitales, estaban bloqueando las transmisiones generales en la mayor parte del ancho de banda de las comunicaciones por voz. Pero se había establecido contacto con Seydon y con las veinticinco escuadras. A través de los comunicadores de los refuerzos se habían oído unas voces ásperas y entrecortadas, como fantasmas que buscan manifestarse.

Petrok reunió a los cinco sargentos y a sus apotecarios. Como era costumbre, cada sargento nombraba a un miembro de su escuadra para que lo acompañase a las reuniones, como salvaguarda en caso de que éste cayese en combate. Priad llevó a Xander como su número dos.

Los hombres de la Damocles aprobaron su elección. Desde que Priad había sido promovido a sargento no se había hablado de quién sería su sucesor. Pero Xander, por muy exaltado que fuese a veces, era la opción obvia. Sólo Priad, por sus hazañas, y Pindor, por su edad, tenían mejores récords en combate. Pindor no mostró ningún resentimiento. Como auténtico veterano, lo más probable es que en algún momento, como le sucedió al igualmente venerable Seuthis, lo sacasen de Damocles para dirigir otra escuadra de cachorros vírgenes. El número de muertos en Ganahedarak lo hacía todavía más probable. Una vez que aquella guerra hubiese terminado, escuadras enteras necesitarían renovarse desde cero.

Petrok no había llevado a ningún semántico ni a ningún servidor del capítulo con él a aquella misión. De modo que preparó la pantalla hololítica él mismo, y ordenó a dos de los esclavos que extendiesen y sujetasen una túnica blanca y limpia para que la máquina pudiese proyectar las imágenes sobre ella.

El sol de la tarde se estaba apagando y el gris anochecer caía sobre los campos de Pyridon. Además, la luz se veía bloqueada por el intenso humo negro que se elevaba

desde la pira funeraria de los enemigos muertos. El suave viento apestaba a raíces y a cartílago quemado.

Petrok les mostró la colorida pantalla sobre la túnica ondeante, un mosaico de tablas compuesto de varios análisis unitarios entrelazados que realizaron sus naves al descender. Los sargentos y sus acompañantes vieron llanuras, colinas con contornos gráficos superpuestos, y las líneas blancas que representaban los ríos y los cursos de agua.

—¿Qué es eso negro de ahí? —preguntó Ryys—. ¿Un bosque?

Petrok negó con la cabeza.

—El enemigo, hermano sargento.

Incluso los veteranos presentes se sobresaltaron. La masa de orkos formaba una gran mancha que ocupaba la mayor parte del gráfico. Los Serpientes de Hierro operaban con magnitudes sobrehumanas: de fuerza, de velocidad, de resistencia, de responsabilidad. Pero el número de enemigos era tan excesivo que hasta a sus mentes les costaba asimilarlo.

—Nuestro bienamado señor está sitiado aquí —explicó Petrok, señalando un grupo de puntos blancos en la pantalla. Su guantelete se desplazó por la luz de colores como una mano a través del agua iluminada por el sol—. Se han fortificado en un conjunto de cabañas en esta ladera.

Petrok alzó la vista para mirarlos.

—Irónico, lo sé. Las mismas cabañas que los reyes del sur levantaron para nosotros. Una inútil comodidad construida ignorantemente por los habitantes que ahora resulta fundamental para la supervivencia de nuestras veinticinco escuadras. Según me ha comunicado Phobor, con quien he conseguido hablar antes, la situación es grave. Ejércitos de pielesverdes de incalculable fuerza se están concentrando a su alrededor, luchando ente ellos. Según los informes de nuestros ilustres hermanos los Ultramarines, gracias a la gran experiencia que tienen respecto a las costumbres de los orkos, parece ser que nuestros enemigos se están destruyendo entre ellos. Están luchando los unos contra los otros, y por lo visto están disfrutando enormemente con ello. Ahora nuestro hogar, nuestras Estrellas del Arrecife, se revuelven bajo esta calamidad.

—¿No lo llaman «waaagh» o algo así? —preguntó Laetes.

—Eso, amigo mío, es su manera de referirse a la guerra santa, a la *yihad* —respondió Petrok—. Esto no es un waaagh. —El bibliotecario pronunció la palabra no como Laetes, de forma titubeante y humana, sino de manera gutural y segura, como si estuviese familiarizado con la dicción de los pintados—. Están luchando secciones contra secciones, horda contra horda. Es una especie de suicidio mediante la guerra. Y pretenden llevársenos con ellos. —Tras decir esto miró a los oficiales—. Es imposible que vencamos aquí. Seydon lo sabe. Phobor también. Yo lo sé. Ni siquiera

con la hermandad entera conseguiríamos empezar a debilitarlos, aunque matásemos a mil cada uno. Debemos buscar la victoria de otra manera.

—¿De qué otra manera? —preguntó Goront, sargento de la escuadra de Pelleas. Petrok miró a Priad.

—Tengo planes. Estrategias que debo pulir más antes de revelarlas aquí. Pero venceremos. Ésta es nuestra misión, y la cumpliremos victoriosos.

—¡Sin duda! —exclamó Ryys—. Con todas las Notables aquí, con veinticinco escuadras y nuestro número...

—No hay veinticinco escuadras —replicó Petrok con voz dura y sombría—. Parthus ha desaparecido por completo. La escuadra Vei ha sido reducida a la mitad. Entre todas las unidades bajo el mando de Seydon, más de cincuenta de nuestros hermanos han sido enviados al otro mundo. Prácticamente todos los que quedan están más o menos heridos. La lucha ha sido atroz.

—Cincuenta... —murmuró Lektas.

—Mañana al amanecer —continuó Petrok—, Seydon pretende dirigir a sus escuadras en una retirada por este valle. Si nuestros hermanos consiguen llegar hasta esta llanura, podremos efectuar una extracción. Entonces podremos recuperarnos en número y recomponernos para otra campaña.

—¿Aquí? —preguntó Priad.

—Probablemente no —respondió Petrok con total franqueza—. He solicitado a Karybdis y al gobernador del sector que aumente los efectivos de la flota. Ésta pesadilla puede acabarse en el vacío, nave contra nave... o nave contra carraca, si tenemos suerte.

Petrok se volvió hacia el gráfico.

—Tenemos que proteger su huida. Por la noche atravesaremos los campos hasta este valle de aquí, e iniciaremos un asalto antes de que amanezca con la intención de provocar a las hordas de pielesverdes. Después defenderemos el valle hasta que las fuerzas del señor del capítulo lo hayan atravesado. —El bibliotecario los miró a todos—. No cometáis errores. Habrá derramamiento de sangre. Será duro. Será sobrecogedor. Si fracasamos, si no logramos defender el valle, los pielesverdes se concentrarán sobre nosotros y nuestras veinticinco escuadras se verán reducidas a cero.



CAPÍTULO 13

A través de sus visores cerrados, el preamanecer se veía de un verde luminoso. Por delante se elevaban los peñascos del final del valle, que aparecían fríos y negros en sus sensores. Más adelante, un mar de calor se mostraba de color verde lima intercalado con destacados puntos blancos. Los ejércitos orkos inundaban la tierra de horizonte a horizonte, desplegados alrededor de sus hogueras.

En lo alto, en el cielo negro verdoso, las estrellas resplandecían dolorosamente como estáticos proyectiles trazadores. De vez en cuando, las estrellas más brillantes eran eclipsadas por la silueta de una carraca que seguía su lenta y pesada órbita.

La compañía de refuerzo avanzaba por el valle en fila de uno, siguiendo un pequeño camino. Habían enviado a los armeros, los esclavos y el resto de ayudantes al lugar de desembarco a medianoche. Ahora continuaban solos, con Petrok a la cabeza de cincuenta hombres. Llevaban el doble de municiones, explosivos, escudos nuevos y dos lanzas por cabeza.

El sol, a punto de salir, empezaba a calentar las nubes al sur. Petrok no lograba encontrar un terreno adecuado para establecer un campo de batalla decente. Los escáneres eran imprecisos. El entorno del valle era escarpado e imponente. Grandes acantilados caían abruptamente tres mil metros hasta la base del valle. Los guerreros continuaron avanzando por el estrecho sendero con los bólters cargados.

El camino empezó a descender. Llegaron a un altiplano desde el que se veía un vasto campamento de pielesverdes. Estaban tan cerca que podían olerse las hogueras y el rancio hedor que emanaban cuando abrían los filtros de sus cascos. Petrok los instó a que se agacharan al borde del altiplano. En menos de treinta minutos estallaría el caos a diez kilómetros al noroeste, cuando Seydon comenzase su éxodo. No cabía duda de que, fuera cual fuese el resultado, aquel día sería recordado como uno de los combates más brutales y más infames del capítulo.

—Éste lugar está bien —les dijo Petrok—. Será nuestro punto de retirada. Avanzaremos desde aquí y los atacaremos mientras duermen.

La orden fue entendida.

Petrok sacó la espada *Bellus* y comprobó una vez más su peso en sus manos. La hoja estaba impaciente por comenzar la matanza. El bibliotecario la aplacó suavemente.

Ninguno de los cincuenta hombres tenía miedo, aquello formaba parte de su preparación. Pero sentían ansiedad, frustración, entusiasmo, anticipación...

Petrok recorrió la línea y se agachó junto a Priad.

—Cuando hayamos terminado —dijo—, necesitareé que tú y tu escuadra me escoltéis hasta Baal Solock.

Priad volvió el rostro para mirar a Petrok. Como de costumbre, el bibliotecario llevaba la cabeza descubierta. Los armeros le habían implantado su capucha psíquica en la coronilla antes de su apresurada partida. Una extraña luz parecía teñirlos ojos del bibliotecario.

—¿Hasta Baal Solock? —preguntó Priad en voz baja. Su voz crepitaba a través del altavoz del casco.

—Anoche volví a soñar —dijo Petrok—. Soñé despierto mientras marchábamos por estas tierras muertas. He visto la verdad de todo esto. Los espíritus fueron muy amables de revelármela. Baal Solock es la respuesta a nuestras plegarias.

—Entonces esperemos salir vivos de este lugar para que pueda llevarte hasta allí —respondió Priad.

Petrok sonrió.

—Esperemos.

Petrok se puso de pie y levantó su espada. Los filos humeaban ascuas en el frío aire nocturno.

—Ha llegado la hora —dijo, alzando la voz lo justo como para que sus cinco escuadras lo oyeran—. Usad las lanzas, los bólters y las espadas como os parezca. Atacad sin piedad, aunque sé que no es necesario que os lo diga. La orden de retirada será el nombre de Parthus. Cuando lo oigáis, retiraos... si podéis. Las naves nos esperan. Seydon nos necesita. El Emperador nos protege. Y yo... —El bibliotecario hizo una pausa, sonriendo como un dragón macho a punto de atacar—. Yo... espero.



CAPÍTULO 14

Lo que aconteció después fue un sueño. La clase de sueño que todos los hombres de la hermandad experimentan una o dos veces en su vida. Un tumulto, pero irreal. Un frenesí, pero de algún modo separado de la vida, y de la sangre, y de la sólida materia del ser.

La mayoría de los cincuenta hombres habían librado batallas anteriormente, e incluso los nuevos reclutas habían tomado su bautismo en el espléndido combate en las murallas de Pyridon.

Aquello era distinto. Un caos, una aventura hacia la catástrofe. Una pesadilla peor que todas las pesadillas de las que hubiesen despertado. Sólido pero fantasmal, aturdí los sentidos con su mera estridencia.

Una pesadilla de combate. Una pesadilla de la que no podían despertar y reírse de las monstruosas fantasías de sus negados miedos.

Con los escudos de combate levantados y las lanzas sobre los hombros, los cincuenta hermanos de la compañía de refuerzo escogieron una pendiente baja y cayeron sobre un enemigo que los superaba en un número de cien a uno. Durante los primeros dos o tres minutos, la matanza fue fácil. Contaban con la ventaja de la sorpresa. Fueron ganando velocidad, corriendo como dioses, y cargaron contra la línea de piquetes, clavando las puntas de sus lanzas en la carne y el hueso. Los centinelas orkos fueron cayendo. Frenéticamente, los Serpientes superaron las líneas exteriores del despliegue enemigo y se lanzaron hacia la masa del campamento de pielesverdes. Las puntas de las lanzas empezaron a embotarse mientras apuñalaban y golpeaban.

Los pintados empezaron a despertar y lanzaron un inconexo grito de consternación. Incluso una vez alerta, las inmensas bestias descubrieron que enfrentarse a un guerrero de los Adeptus Astartes que avanzaba a toda velocidad, con

la armadura completa y lanza en mano, no era ninguna tontería. Los orkos estaban siendo aplastados, empalados, y pisoteados con el ataque. Los hermanos utilizaron su destreza con el escudo tanto como las tácticas de lanza en la fase inicial, y redujeron a las bestias que se despertaban para hacerles frente, rompiéndoles los colmillos y la cara con fuertes golpes con los tachones de los escudos y partiéndoles el cuello con el canto de los mismos. Al mismo tiempo, acababan con otros enemigos con las cortantes puntas de sus lanzas de mar.

Y entonces llegaron a la peor parte. Petrok dirigía el ataque, segando las cabezas de los pintados con su famosa espada. Los cuerpos empezaron a apilarse a su paso, partidos y cercenados. El icor inundaba el suelo y lo transformó en un hediondo pantano. La luz psíquica relumbraba y crepitaba alrededor de la capucha de Petrok, que estaba bien atornillada a los huesos de su cráneo. Cada pocos pasos convulsionaba y expelía un abrasador rayo de energía con la mano izquierda que diezmaba al enemigo y lo freía, hasta carbonizar sus huesos.

Al abandonar la punta de sus dedos, la descarga era pura, brillante y blanca. Al alcanzar a los pielesverdes se volvía caliente y amarilla, los envolvía en llamas y los hacía gritar como cerdos.

Les cincuenta avanzaban en V a su alrededor, rompiendo clavículas con los escudos y apuñalando rostros con sus lanzas. Ahora todos los hermanos llevaban su segunda lanza en la mano izquierda, y su arma, ya fuese un bólter, un lanzallamas o una pistola de plasma, sujeta al peto mediante unos enganches magnéticos.

El impulso del ataque de los Serpientes de Hierro empezó a perder intensidad, tal y como les había sucedido a los orkos el día anterior a las afueras de Pyridon. Un muro de monstruos se alzó ante ellos para bloquearlos y cargaron con armas de fuego y espadas. Entonces cayó el primer hombre. Braccus, de la Pelleas. Un misil enemigo le reventó la cabeza. Cayó de frente sobre el resbaladizo fango, quieto, muerto.

—¡Lanzad! —bramó Petrok al tiempo que le cortaba la cabeza a un aullante kaudillo con la espada.

Los hermanos rompieron la formación y arrojaron las lanzas. Treinta o más pielesverdes cayeron paralizados y atravesados. Los Serpientes corrieron hacia adelante de nuevo. Después se pasaron la segunda lanza de la mano izquierda a la derecha y siguieron acuchillando con hojas nuevas.

Un terrible vapor ascendía en el aire previo al amanecer. El vapor de las entrañas, la sangre y el icor, que silbaba, caliente y fresco hacia la fría atmósfera, se elevaba como una bruma.

Priad derribó a un orko con su escudo. Después clavó la lanza en el cráneo de otro. Cuando la extrajo, la punta estaba doblada y mellada. Entonces lanzó su segundo golpe, insertando la lanza profundamente en el estómago de un descomunal pielverde, que cayó rodando y escupiendo icor.

Priad agarró su bólter y empezó a disparar. Sus primeros disparos fueron para asegurarse de que el inmenso orko estaba muerto. Después lanzó una ráfaga que derribó a varios ogros sobre sus espaldas.

El calor manaba a borbotones. Portando el estandarte de la Damocles, Andromak barrió el terreno con su pistola de plasma y transformó a los orkos en polvo, en vapor y en apestosos montones de carne asada.

Pindor saltó sobre dos orkos heridos de muerte y clavó su segunda lanza en el pecho de un furioso jefe. La criatura murió horriblemente, dando alaridos mientras intentaba recogerse las entrañas. Pindor también liberó su bólter y lanzó dos disparos a unos orkos que corrían hacia él, salpicándolo todo de sangre y fluidos. El guerrero empezó a reír ante la gloriosa locura de su acto.

Khiron mantenía su segunda lanza levantada. La lanza marina era su arma preferida. Clavó su punta en la cuenca del ojo izquierdo de una bestia especialmente grande, y maldijo al tener que renunciar a recuperarla. La lanza se había atascado entre los huesos de la cabeza del monstruo. Sacó el bólter y aniquiló a un grupo de orkos más pequeños que lo amenazaban con picas y alabardas.

Scyllon, maestro lancero, arrojó su segunda lanza con todas sus fuerzas. Ésta silbó sobre las cabezas de las filas más cercanas y atravesó limpiamente el cuerpo de una enorme criatura que se había erguido con una espada mecánica en cada mano. Scyllon observó consternado como la criatura volvía a ponerse de pie y se arrancaba la lanza del pecho. Para entonces el guerrero ya había cogido el bólter y voló la cabeza de aquella monstruosidad.

Una cuchillada le arrebató a Xander el bólter antes de que hubiese gastado el primer cargador. El hermano extrajo su espada y degolló al orko que le había arrebatado su potencia de fuego. Entonces empezó a golpear de manera despiadada e implacable.

Un hacha voladora derribó a Aekon al golpearlo en las piernas. Éste rodó por el barro, desesperado por levantarse. Al tiempo que disparaba con una mano, Kules levantó a Aekon del suelo y lo protegió de los pielesverdes hasta que el joven logró agarrar su propio bólter.

El humo los rodeaba. Los disparos orkos atravesaban el aire.

Dyognes arrojó su segunda lanza y se encontró forcejeando con el enemigo mientras intentaba liberar su bólter. Partió algunas cabezas con el escudo, pero la escoria no desistía de abalanzarse sobre él.

—¡Hermano! —gritó Natus, disparando mientras se acercaba corriendo y le quitaba a Dyognes los cuerpos sin vida de encima—. ¡Levántate! ¡Levántate!

Dyognes se levantó, bólter en mano. De repente, una bala explosiva impactó y voló el brazo biónico de Natus a la altura del bíceps. El guerrero gritó y se tambaleó hacia un lado. Los cables rotos y la armadura destrozada despedían chispas. Natus se

volvió disparando con la mano sana y pronto recibió dos impactos más en el peto.

Tambaleándose hacia atrás y con la sangre brotando de los ennegrecidos cráteres abiertos en su pecho, Natus siguió disparando y gritando:

—¡No! ¡No! ¡Nooo!

Un inmenso orko, de tres veces el tamaño de un marine espacial, saltó sobre Natus y lo aplastó contra el barro. Sujetándolo del brazo que le quedaba, el orko mordió con sus mandíbulas gigantes y aplastó el casco del guerrero con una fuerza tan terrible que las lentes del visor se hicieron añicos.

Aullando, Dyognes asestó diez disparos en el torso del orko y apartó su cuerpo de Natus. El orko había mordido el casco con tanta fuerza que éste salió despedido con la criatura. El rostro de Natus estaba magullado y destrozado. Tenía los huesos del pómulo y de la frente rotos y deformados. Había perdido los dos ojos.

—¡Levántate! —gritó Dyognes—. ¡Levántate!

—¿Dónde? ¿Dónde estás, hermano? —preguntó Natus.

Dyognes estiró la mano, lo agarró del guantelete y lo levantó del asqueroso suelo.

—¡Vamos, viejo! —gritó Dyognes.

Su voz quedó interrumpida. De repente, la pica de un orko lo atravesó por detrás. La punta le había salido por el peto y la sangre caía a chorros por el asta.

—¿Dyognes? ¿Dyognes? —gritaba Natus, ciego y desesperado, consciente de que algo no iba bien al percibir el olor a sangre humana.

Dyognes cayó tristemente de rodillas disparando a los orkos que los rodeaban. Encontró la que era ahora la única mano de Natus y lo obligó a agarrar el bólter.

—¡Sigue disparando! —gorgoteó—. ¡Sigue disparando!

Ciego, Natus empezó a disparar a discreción. Dyognes se agarró a su cintura e intentó dirigirlo lo mejor que podía. Lenta e inexorablemente, Dyognes fue flaqueando hasta que cayó al suelo, sostenido incómodamente por la pica que lo había atravesado.

Todavía gritando el nombre de su hermano, Natus siguió disparando hasta que se le agotó el cargador.



CAPÍTULO 15

Aunque débil, la señal llegó. Al noroeste, Seydon y las veinticinco escuadras habían iniciado su fuga. La lucha era brutal, pero el ejército de pielesverdes se había alejado de allí como habían esperado con el intrépido ataque de Petrok. El sol estaba naciendo y alumbraba el aire cubierto de humo sobre el valle y lo teñía de color rojo sangre.

Desplegándose en formación de abanico, las cinco escuadras fueron abriendo una brecha cada vez más profunda en el flanco del ejército de pielesverdes. Petrok mantenía a los hombres lo más separados posible para maximizar el ataque de los Serpientes de Hierro, pero lo bastante juntos como para que todas las escuadras pudiesen cubrir a sus vecinos. Como correspondía a su estado de Notables, la escuadra Damocles estaba situada en la sección más difícil de la formación, a la izquierda del borde del despliegue, la zona más alejada de la pendiente del valle, donde la concentración orka era mayor que en ninguna otra parte.

La lucha era demasiado intensa como para llevar un seguimiento de la situación, pero Priad pronto sintió que su escuadra corría peligro. Le faltaban hombres. ¿Habían caído sus hermanos sin que se diera cuenta en el fragor de la batalla?

—¡Me quedo aquí! —le gritó a Xander—. ¡Sigue a Petrok!

—¡De acuerdo!

Priad abandonó la formación y se abrió paso a tiros por la bullente masa de pielesverdes. El ejército enemigo, enfurecido por el ataque al alba, se estaba congregando en una pequeña zona de la ladera, y parecía que todo el mundo a su alrededor estaba compuesto de orkos. El rugiente ejército se extendía hasta donde le alcanzaba la vista y avanzaba hacia ellos. Entre las olas de soldados a pie llegaron las máquinas de guerra, humeantes transportes acorazados, traqueteantes plataformas de artillería, camionetas recubiertas de puntas y cadenas, escupiendo por los tubos de

escape.

Finalmente encontró lo que fallaba en su escuadra. Una brecha a través de la cual los pielesverdes avanzaban como una inundación repentina y amenazaban con partir la formación de la Damocles en dos.

Delante, a través del caos, logró ver a Natus, con la cabeza desnuda, el rostro convertido en una ciega máscara de sangre y el brazo biónico arrancado. El valiente hermano lanzaba sus últimos disparos, frenética y desesperanzadamente, mientras los pielesverdes lo rodeaban y lo asaeteaban con sus lanzas y sus ganchos.

—¡Ithaka! —bramó Priad, y se abalanzó contra la masa.

Su bólter martilleaba en automático y apartaba la carne orka de su paso.

Las armas lo golpeaban y le abollaban la armadura. proyectiles explosivos detonaron contra las placas de su espalda y de sus hombros. Uno impactó contra su escudo de combate, lo desintegró y se arrancó los restos que giraban en su brazo.

Agarrando el bólter con el puño derecho, Priad cargó hacia adelante desgarrando al enemigo con su garra relámpago y añadiendo un nuevo hecho glorioso a su venerable historia marcial. Finalmente logró llegar hasta el guerrero y vio consternado que Dyognes estaba a su lado, boca abajo a los pies de Natus, con el cuerpo medio levantado por la pica que lo atravesaba.

—¡Natus! ¡Natus! —gritó Priad.

Éste volvió su mutilada cabeza al oír su voz.

—¿Hermano sargento?

Priad llegó a su lado defendiéndose de los brutales golpes que le llovían por todas partes.

—¡Ayuda a Dyognes!

—¡No puedo verlo! —gritó Natus—. ¡No puedo ver!

—¡Está a tus pies, hermano!

Natus se inclinó hacia abajo, soltó su arma vacía y tanteó a ciegas con la mano buena hasta encontrar la silueta derrumbada del joven ithakano.

—¿Sigue con vida?

—¡No veo sus signos vitales! —aulló Natus.

Después, desesperado, gritó el nombre de Dyognes una y otra vez.

Priad quería volverse para ayudarlo, pero las arremetidas no cesaban. En cuanto el sargento derribaba a un guerrero pielverde, dos más ocupaban su lugar. Priad se tambaleó tras recibir un golpe de cuchillo que impactó contra el lazo izquierdo de su casco, abriendo una brecha en el metal desde la oreja hasta la nariz.

Un inmenso orko se abalanzó sobre él, uno de los jefes, por su tamaño y sus colmillos. Sus inmensos brazos y torso estaban pintados de negro y dorado y envueltos en una armadura de aceitosas cadenas. Blandía un hacha de guerra de doble hoja a la que hacía girar como si fuese una lanza. Priad se agachó para sortear un

golpe letal, y después esquivó el siguiente derribando de un disparo a un pielverde más pequeño que había intentado apuñalarlo mientras se enfrentaba al jefe orko. Sujetando el grueso mango del arma de dos cabezas sobre su inmenso pecho, el jefe corrió hacia Priad e intentó derribarlo. Priad estiró su garra relámpago y partió el hacha por la mitad. El jefe se tambaleó y recuperó las dos mitades del hacha de guerra, de modo que ahora tenía una hoja en cada garra. Las levantó sobre su cabeza para partir a Priad como si fuera leña. Priad apretó la boca de su bólter contra la flácida papada del jefe y le voló la parte trasera de la cabeza.

Mientras el inmenso orko se desplomaba, salpicando sangre cuando golpeó el suelo, los disparos de bólter acribillaban a los pielesverdes por la espalda. Cayeron decenas, heridos o muertos, bajo el tiroteo.

De repente apareció Khiron, abriéndose paso en medio de la refriega para llegar hasta a Priad, escupiendo fogonazos con su arma.

Rugiendo su satisfacción, Priad vació su propio cargador contra las oleadas enemigas para apoyar la intrépida carrera de su apotecario.

Khiron llegó hasta ellos y siguió disparando mientras Priad recargaba su arma. Estaban peligrosamente escasos de munición.

—¡Qué no se acerquen! —ordenó Khiron sin ceremonias.

En cuanto Priad estuvo en disposición de volver a disparar, Khiron sujetó su bólter en el pecho y miró a los dos hombres heridos.

El apotecario abrió su nartecium y extrajo unos instrumentos de latón y de acero. Había temido tener que usar el reductor para recuperar sin ceremonias las preciosas glándulas progenoides de Dyognes, pero milagrosamente el chico seguía con vida. La pica le había atravesado el corazón secundario y los dos pulmones naturales, además de romperle la caja torácica por delante y por detrás, pero lo más grave era la pérdida de sangre.

Todavía ensartado en el arma que lo había herido, el metabolismo de Dyognes no lograba sellar las heridas. Khiron cogió su espada corta, agarró la pica y cortó la punta de un golpe. Dyognes lanzó un gruñido. Sin dudarle un segundo, el apotecario tiró del asta de la pica y la extrajo por la espalda del joven. La sangre cayó a chorros y el chico se desplomó. Entonces Khiron abrió el peto de Dyognes y empleó la arcilla estéril que llevaba en su nartecium para sellar las heridas de entrada y de salida. Una vez selladas, las pulverizó con tejido cutáneo para acelerar el proceso de cicatrización. Después extrajo un inoculador e inyectó potentes dosis en el torrente sanguíneo del joven ithakano para estimular la coagulación y hacer que recuperase la conciencia.

Dyognes empezó a temblar y a tener convulsiones.

—¡Rápido! —gritó Priad mientras mantenía al enemigo a raya lo mejor que podía.

Khiron abrió el cierre del casco de Dyognes y se lo sacó. El joven se sentó tosiendo un espeso fluido de oscura sangre roja y bilis. Tenía el rostro pálido y cetrino. Parpadeó confuso al despertarse rodeado de una vorágine de ruido y de violencia. El apotecario lo ayudó a levantarse. Dyognes cogió su bólter del suelo, lo recargó y empezó a disparar para ayudar a Priad.

—¡Aguanta! —le dijo Priad. El sargento podía ver lo débil e inestable que estaba Dyognes.

Khiron dirigió su atención al lamentablemente mutilado Natus. Le puso un vendaje alrededor del destrozado cráneo y lo selló con tejido cutáneo. Después le puso el casco de Dyognes. La intención era mantener la cabeza del guerrero unida en una sola pieza, y Khiron ajustó la configuración del casco al reconectar los sistemas de la armadura.

Natus se llevó la mano a un lado de su cabeza.

—No puedo darte ojos, viejo amigo —gritó Khiron por encima del ruido de la lucha—, pero puedo aumentar tu oído.

Programó los sistemas auditivos del casco al máximo. Aunque ahora estaba al límite de su umbral del dolor, Natus podía oír todos los terribles detalles de la batalla que lo rodeaba. Los sonidos lo invadían. Podía distinguir entre el chirriante zumbido de la servoarmadura astartes y el ruido metálico de la malla de los pielesverdes. Oía y sentía aullidos y atronadoras pisadas. Khiron colocó un bólter cargado en la mano de Natus. El guerrero derribó a dos orkos atacantes de inmediato.

Priad agarró la mano izquierda de Dyognes y la colocó sobre el hombro derecho de Natus.

—¡Guíalo! —gritó.

Unidos como una piña y disparando hacia todos los flancos, el cuarteto empezó a avanzar hacia la masa para ocupar su puesto en la línea. Por delante se veía la luz azul de la pistola de plasma de Andromak y se oían los gritos de sus víctimas.

Llegaron a la fila. A su derecha, Andromak no cedía terreno y rugía insultos a las repugnantes masas con la armadura cubierta de cortes y el estandarte hecho jirones. A su izquierda, Scyllon luchaba con bólter y espada. Hacía tiempo que había perdido el escudo, convertido ahora en un inútil tachón roto que giraba alrededor de su avambrazo izquierdo como un inmenso brazalete. Tenía una herida en la cadera derecha y su muslo brillaba con vetas de sangre carmesí.

—¡Damocles! ¡Damocles de Ithaka! —gritó Scyllon al verlos.

—Parthus —dijo Natus con voz quebrada.

—¿Qué? —preguntó Priad.

—He oído... Parthus —respondió el guerrero ciego.

La orden de retirada. Llevaban lanzándola desde hacía varios minutos, pero ninguno de ellos había conseguido oírla entre aquella algarabía. Sólo Natus, con su

oído alerta a cada sonido.

—¡Retiraos, Damocles! ¡Retiraos! —ordenó Priad.

Los Serpientes de Hierro no huyen, pero aquello no era una huida. Formaba parte de un plan de combate que Petrok había planeado. Cuando Phobor, a la cabeza de las veinticinco escuadras, diera la voz, los refuerzos de Petrok debían retirarse a las pendientes para defender el valle. Las legiones enemigas se abalanzarían sobre ellos mientras volvían sobre sus pasos, canalizándose por los estrechos desfiladeros de la boca del cañón como el agua que se escurre por una alcantarilla.

El camino era traicionero. Los Serpientes de Petrok se vieron obligados a retroceder literalmente de espaldas. No podían arriesgarse a darle la espalda al combate ni un momento. El terreno era empinado y estaba cubierto de piedras, y el fuego de largo alcance de la artillería pesada orka instalada en los vehículos que se encontraban entre la horda enemiga llovía sobre ellos, pulverizando grandes rocas y levantando géiseres de tierra suelta en el aire. El viento empezó a soplar con fuerza, y desplazó las nubes de humo produciendo una enorme y asfixiante condensación en lo alto del valle.

Las escuadras se cubrían las unas a las otras mientras se retiraban. Laomon, bajo el mando del hermano sargento Lektas, fue el primero en llegar a la meseta designada, y se arrodilló para cubrir a los demás desde su posición estratégica. Lektas había perdido a dos de sus valientes reclutas aquella terrible mañana. Pelleas, con el hermano sargento Goront a la cabeza, fue la siguiente en llegar. La espada sierra de un jefe orko le había arrancado el casco al líder de la escuadra y parte de su cuero cabelludo colgaba de manera grotesca y sangrienta. Goront guió a los siete hombres que le quedaban hacia el altiplano, y en esos momentos finales de la retirada, de siete pasaron a ser seis, ya que el hermano Menglos murió tras perder todas sus extremidades por el estallido de un misil. Laetes, el apotecario, descendió por la peligrosa pendiente hasta el devastado cuerpo con el reductor en la mano y lágrimas en los ojos.

La escuadra Nophon, el ala derecha del abanico, ascendía por la pendiente casi sin municiones. El hermano Baccys disparaba con una mano. Con la otra rodeaba la cintura del hermano sargento Ryys para sostener a su estimado comandante. Ryys había perdido el brazo derecho y unas terribles heridas habían desfigurado su pecho y su espalda. Aun así, seguía gritando palabras de ánimo a sus hombres, con la sangre goteando por los filtros del casco.

La escoria se aglomeró en grandes cantidades alrededor de la garganta del valle. Los orkos hicieron sonar sus cuernos anunciando una victoria prematura, pensando que habían obligado a su enemigo a huir. Las máquinas de guerra avanzaban aplastando las pilas de cuerpos de los orkos caídos y llegaban a los pies de la pendiente entre las primeras líneas de la horda de pielesverdes. Los misiles

atravesaban el aire dejando nubes de humo a su paso. Pesados proyectiles impactaban contra las paredes del valle. Un atronador eco resonaba por el precioso cañón.

Priad guió a Damocles hacia la pendiente sin dejar de disparar su bólter. Andromak tuvo que deshacerse de su querida pistola de plasma, pues se había sobrecalentado tanto que corría el riesgo de estallar. Antes de desprenderse de ella la bendijo, y después la abandonó, humeante, en la pendiente. Entonces cogió la pistola bólter. Lanzó un disparo a veinte metros a su espalda, a la célula de energía de la pistola abandonada, y voló la antigua arma en los morros de los pielesverdes que se acercaban para cogerla. Una bola de luz azul los engulló y lanzó los cuerpos pintados al aire. Algunos de ellos se derritieron, se abrasaron o perdieron la carne a causa del extremo calor.

—¿Dónde está Petrok? —preguntó Priad. No había ni rastro de su señor en las pendientes, ni tampoco de la quinta escuadra, Ridates. Priad buscó entre la ruidosa masa que tenía a sus pies intentando encontrar alguna pista.

—¡Está ahí! —exclamó Xander.

Un inmenso kaudillo había retrasado a Petrok. El bibliotecario libraba con él un combate a muerte. Petrok había hundido la espada *Bellus* en el esternón del enemigo, pero no sin antes recibir dos profundas heridas en el pecho y en el estómago. Ridates, compuesta enteramente por nuevos reclutas, disparaba como queriendo probar su valor en aquella, su primera misión, y protegía a su bibliotecario herido en lugar de retirarse acorde al plan.

—¡No podemos dejarlos! —bramó Khiron.

—¡No podemos dejar a Petrok! —asintió Priad—. ¡Xander, guía a Damocles a la cima! ¡Sin discutir! ¡Quiero sólo a dos hombres!

El destino, o simplemente la disposición de la escuadra, hizo que los dos que lo acompañaran fuesen Andromak y Aekon. Eran los que más cerca sí encontraban de Priad, aunque todos los hermanos, incluidos Natus y Dyognes, se habrían prestado voluntarios.

—¡Vamos! —los instó Priad. Khiron hizo ademán de seguirlo—. ¡Haz le que te he dicho! —le gritó el sargento—. ¡Ayuda a Xander con los demás!

—Priad...

—¡Hazlo! ¡Ayuda a Xander!

Khiron sabía lo que aquello quería decir. No era una orden momentánea, era una orden para siempre. Si Priad no regresaba, Xander estaría al mando, y entonces necesitaría contar con la ayuda del apotecario. Khiron empezó a escalar la pendiente.

Priad, Andromak y Aekon volvieron a descender la rocosa pendiente abriéndose paso a tiros entre los brutales escuadrones de pintados. Habían dejado de ser figuras grises, pues estaban cubiertos de sangre y visceras de los pies a la cabeza. Eran gigantes empapados de sangre enemiga entre aquel remolino negro, rojo y rosa

pastel.

El trío de Priad llegó hasta el círculo de Ridates y les abrió una salida con una avalancha de fuego. Priad y Aekon disparaban sus bólteres, y Andromak los ayudaba con su pistola pesada y con golpes de su espada.

—¡Vamos! ¡Por aquí! —gritó el sargento.

Seuthis lo vio y guió a su escuadra bajo los estallidos y los silbidos de los proyectiles. Tres de sus reclutas estaban gravemente heridos, uno peor que los demás. Seuthis corrió hacia su hermano malherido y lo ayudó, apuñalando con su espada corta el agolpamiento de pielesverdes a su alrededor.

Petrok defendió su terreno, desafiante, blandiendo la espada *Bellus* a dos manos y lanzando rayos de energía con la frente. Priad llegó junto a él disparando el último de sus proyectiles. Se colocó el bólter vacío en el pecho, sacó su espada de combate y empezó a golpear con ella y con su garra relámpago.

—Menuda hora —murmuró Petrok mientras luchaban uno al lado de otro, manteniendo a la marea lo bastante retirada como para permitir que Ridates llegase hasta los trechos más despejados de la pendiente.

—Esto debe de ser lo que el destino tenía pensado para nosotros, señor —respondió Priad.

Petrok lanzó una carcajada al tiempo que partía en dos a un enorme pielverde de un solo golpe.

—Vaya, ¿por fin mi amigo Priad se toma el destino en serio? —replicó.

—Lo único que sé —comenzó a decir Priad mientras golpeaba y desgarraba a los enemigos con las extremidades tan fatigadas que sentía que estaban ardiendo—, es que si esto es obra del destino, no parece que le caigamos muy bien.



CAPÍTULO 16

Petrok, quien parecía verle el lado divertido a todas las cosas, incluso a la fatalidad, seguía riendo a carcajadas cuando llegaron al altiplano. Seuthis había guiado a la escuadra Ridates hasta la cumbre medio minuto antes de que llegaran ellos. Ahora, lo que quedaba de las cinco compañías contaba con la ventaja de la altura y la protección, combinado con la estrechez del valle, que obligaba a la escoria bajo ellos a adoptar una formación más compacta mientras ascendían por la pendiente.

Aquella línea estrecha y definida convertía a los orkos en un objetivo fácil de contener mientras tuviesen suficientes municiones. Los pintados atravesaban a toda prisa la boca del cañón, y cada oleada era aniquilada en cuanto se ponía a tiro. Las armas de la hermandad impactaban contra el enemigo y empezó a formarse un amplio muro de cuerpos orkos. El muro se convirtió en una muralla, un baluarte. Los orkos se esforzaban en escalarlo sólo para ser reducidos y sumarse a la pila de cuerpos.

—¡Escoria de choque! —gritó Seuthis a modo de advertencia.

Por debajo, la masa de pielesverdes retrocedía y se apartaba para dar a la élite enemiga la oportunidad de llegar a la meseta. La escoria de choque estaba compuesta de auténticos monstruos gigantes del tamaño de un kaudillo veterano. Vestían una malla bruñida entrelazada con oro negro y huesos humanos. Algunos de ellos portaban árboles enormes, picas de hierro negro sobre los arneses de sus hombros. Racimos de cráneos humanos, cuyo color blanco resplandecía en la luz enturbiada por el humo, golpeteaban prendidos sobre púas de hierro de las picas asesinas como trofeos. Los guerreros de la escoria de choque estaban embadurnados de pintura blanca y franjas rosas y rojas. Sus gargantas eran más anchas y sus rugidos eran los más sobrecogedores y belicosos que los miembros de la hermandad había oído jamás. Sus aullidos eclipsaban las llamadas de los cuernos de guerra. Natus dio una sacudida y un paso atrás, luchando por quitarse el casco con la única mano que le quedaba.

La escoria de choque empezó a asaltar la pendiente. Cada uno de ello portaba una espada sierra de algún tipo y un bólter pesado. Priad sabía sólo con verlas que algunas de esas armas eran tan pesadas que incluso a él le costaría levantarlas, pero en los terribles e inmensos puños de la escoria de choque parecían de juguete. Los líderes, más grandes incluso que los guerreros de élite que estaban bajo su mando, llevaban cascos de púas o yelmo, de bronce adornados con espléndidos cuernos de cuatro metros de envergadura.

—Me temo que tenías razón acerca del destino —dijo Petrok.

Ahora ya no reía.

Tras la escoria de choque llegaron las formaciones de máquinas de guerra los camiones fortaleza y los carros de guerra del ejército orko. Resoplaban a causaban un gran estruendo como los motores a vapor, exhalando hollín, manejando excavadoras dentadas para apartar los montones de muertos como si fueran ventisqueros de nieve. Los cañones mecánicos de los camiones más avanzados abrieron fuego, y los serpientes de hierro se agacharon mientras proyectiles trazadores llovían sobre el altiplano como un luminoso granizo.

—Ha llegado la hora de darles nuestro último regalo —anunció Petrok.

Las cinco escuadras habían llevado tantos explosivos como habían podido cargar antes de atravesar el paso la noche anterior: toda la carga demoledora que pudieron reunir de las naves de desembarco. Conforme habían ido avanzando fueron colocando los explosivos a su paso, inertes pero cebados.

Pindor, con una habilidad sin igual para tratar con ese tipo de materiales, fue quien había preparado las cargas. Los dispositivos estaban conectados a un temporizador que sería activado por la detonación de unas cargas indicadoras.

Priad le hizo señas a Pindor, que se encontraba a su lado.

—Haz los honores.

—¿Estás seguro? —preguntó Pindor.

—¡Rápido, hermano!

Pindor se llevó el bólter a la barbilla y apuntó. Era tan consciente como los demás de que no era precisamente el mejor tirador de la hermandad. El guerrero apuntó a la carga indicadora principal.

Pindor disparó. El disparo impactó en una roca a un metro de distancia.

—Por el amor del Trono... —gruñó Xander.

—¡Cierra el pico! ¡Sólo era un tiro de prueba! —respondió Pindor. Volvió a apuntar y disparó.

La carga recibió el impacto directo y estalló. La fuerza de la explosión levantó esquirlas en el aire. La gravilla se esparció hacia las profundidades de la pendiente, hacia los rostros de la escoria de choque que avanzaba. Pero no les causó ningún daño.

—¡Maldita sea! —exclamó Xander—. Hemos...

Pindor se volvió hacia Xander y levantó una mano para que guardara silencio.

—Dos... uno...

La pendiente se deshizo en una ola de fuego y polvo. La magnitud de la onda expansiva fue tan brutal que algunos de los serpientes de hierro que estaban en el altiplano se vieron arrastrados. A sus pies, los monstruos de la escoria de choque quedaron destrozados, volaron por el aire o simplemente se evaporaron. Un hediondo hongo atómico de ardiente fuego y humo se elevó hacia la meseta.

Una tras otra, provocando una serie de temblores, las cargas continuaron estallando y detonando desde la pendiente hasta la llanura en la que las habían depositado. Falanges completas de pielesverdes fueron arrasadas al quedar atrapadas en las olas de fuego y los camiones de guerra salieron despedidos, desintegrándose en una lluvia de chispas, chatarra y chapas de blindaje.

Con un ruido similar a la atronadora voz del propio Emperador, parte de la pared del valle se vino abajo en un colosal derrumbamiento y enterró a miles de pielesverdes bajo una avalancha de roca que no obedecía a nadie más que a la fuerza de la gravedad. La pendiente se vio envuelta en llamas, que consumían a los pocos orkos que se habían librado de ser aplastados en el cañón. Las municiones del enemigo, algunas de ellas cargadas en los vehículos de combate, también explotaron, uniéndose al holocausto.

Mientras el eco de los estruendos se alejaba y el velo de polvo y ceniza empezaba a disiparse, las cinco escuadras vieron que casi un océano interminable de iracundos pielesverdes seguían ocupando las llanuras inferiores, gritando y rugiendo de ira. Pero en la pendiente del cañón y en el terreno que se abría en el otro extremo sólo había devastación, una salvaje tormenta de fuego, de humo y de ascuas. Los vehículos, destrozados de tal manera que apenas podían reconocerse, yacían calcinados y derrumbados; sus chasis se desintegraban. Miles de cuerpos carbonizados cubrían la pendiente de la boca del valle.

—Vamos —dijo Petrok—. Por el valle. Ahora, mientras se recuperan.

Priad lo miró.

—¿Y qué hay del señor del Capítulo?

—Phobor ha informado de que las veinticinco escuadras están a salvo y se están dirigiendo a la zona de aterrizaje —dijo Petrok—. Parece ser que sí, que le gustamos al destino después de todo, Priad. Ha llegado la hora de que nos reunamos con Seydon.



CAPÍTULO 17

Para la llegada de la noche de aquel día, los Serpientes de Hierro habían abandonado la superficie de Ganahedarak. A pesar de las pérdidas, la extracción había sido un considerable logro. Varios de los oficiales veteranos anunciaron que la acción en Ganahedarak constaría orgullosa entre los logros de la hermandad.

Sin embargo, la mayoría de los hermanos sentían que habían fracasado. El sentimiento de la mayoría era que estaban huyendo.

Priad también lo sentía así. Jamás había experimentado tantos sentimientos contradictorios en una misión. La batalla que Damocles había librado había sido la más intensa de su vida, y los dos combates que habían librado habían acabado en rotundas victorias. Ahora, la hermandad estaba simplemente consolidando sus fuerzas y cambiando su táctica a algo más viable. Era la opción más pragmática y sensata. Cualquier comandante que ordenase lo contrario estaría llevando a su unidad al suicidio.

Aun así, se habían encontrado con un número tan elevado de enemigos que jamás habrían podido vencerlos en una batalla convencional. Su logro había consistido únicamente en mantenerse con vida. Y estaban abandonando Ganahedarak a su destino.

En el maltrecho mundo que tenían bajo ellos, las ciudades y las aldeas humanas habían sido abandonadas. La población había huido a los refugios de la montaña y del interior. Lo único que los esperaba era una triste condena. Los reyes del sur y otros potentados de Ganahedarak, al enterarse de la retirada forzada de la hermandad, enviaron furiosos mensajes de indignación que se iban volviendo cada vez más ponzoñosos, y al no obtener ninguna respuesta, empezaron a convertirse en desesperados ruegos.

Los pielesverdes también habían sido testigos de la extracción de los Serpientes

de Hierro. Aunque habían perdido a decenas de miles de guerreros durante la misión, su ejército no había sufrido ninguna merma importante, y regodeándose celebraban la hazaña de haber obligado a huir a los cacareados paladines humanos. Por los destrozados continentes resonaban los cuernos de guerra y los tambores de batalla de manera estentórea y frenética. Enormes altavoces enviaban sus triunfantes toques de trompeta al cielo. Millones de voces de la escoria ululaban hacia lo alto, como intentando sacudir el firmamento hasta hacerlo añicos.

Las salas de embarque de las barcasas de batalla hedían a sangre. Ni un solo hermano de las veinticinco escuadras de Seydon o los refuerzos de Petrok había regresado sin alguna que otra marca, y muchos estaban gravemente heridos, al igual que un buen número de las fuerzas auxiliares de armeros y ayudantes que habían reabastecido a las líneas de Seydon. Grandes cantidades de armaduras y de material bélico habían resultado dañados, algunos imposibles de reparar. Varios vehículos del grupo de Seydon habían sido abandonados o destruidos, y la mayoría de los recuperados estaban inutilizables o averiados.

Los apotecarios establecieron un orden de prioridades según la urgencia de los casos para atender a los heridos en las cubiertas. Los despojaron de sus armaduras para curarlos, haciendo a menudo caso omiso de sus propias heridas para trabajar en los casos más graves. Sus esfuerzos se vieron apoyados con la ayuda de los médicos que esperaban a bordo de las barcasas.

Se oían sonidos de movimiento y actividad y los quejidos de los heridos, pero por encima de todo reinaba un contenido silencio entre las escuadras que regresaban, el silencio del dolor de la fatiga absoluta y de los ánimos abatidos.

Seydon convocó un consejo en el reclusiam de su barcaza, y reunió a todos los capitanes y oficiales de escuadra. El señor del capítulo había rechazado todos los intentos de sus sirvientes de limpiarlo o de atender sus heridas. Vestido con su abollada y agujereada armadura, se sentó en el podio central, cubierto de sangre seca, tanto humana como orka. Gran parte de la sangre humana era suya. Su rostro se veía pálido como un fantasma bajo la oscuridad de su capucha, y su aliento salía entrecortado e irregular a través de los contenedores de intercambio. Su capa, compuesta de pulidos fragmentos de cuerno de bestia, estaba hecha jirones, y las piezas sueltas colgaban de enredados hilos de oro. Su gran lanza, *Tiborus*, yacía sobre sus rodillas.

Cuando Priad entró en el reclusiam con la cabeza descubierta acompañado del resto de oficiales, se sobrecogió al ver la penosa apariencia del gran señor. Seydon parecía terriblemente encorvado. La punta de *Tiborus* estaba mellada y torcida, y su poderosa asta presentaba profundos cortes.

Priad lo observó, pues era poco frecuente que cualquier hermano, aparte de los altos cargos, tuviese la ocasión de ver al señor del capítulo en persona. Mientras

ocupaba su puesto en el círculo de guerreros, se sorprendió a sí mismo cautivado por la mano izquierda de Seydon. Se había quitado el enorme guantelete y lo había dejado en el suelo, a sus pies. Su mano desnuda, tan grande pero tan humana, era la primera prueba que Priad veía de que Seydon fuese de carne y hueso como el resto de ellos. El sargento se detestó a sí mismo por advertir que la mano de su superior temblaba ligeramente, como si estuviera paralizada.

¡Cuánto los había mermado Ganahedarak! Había obligado incluso al señor del capítulo, la leyenda que mantenía unida a la hermandad, a exponer su mortalidad.

Los esclavos habían encendido mirto, orub y alcanfor en los incensarios del reclusiam, y el humo perfumado flotaba en el aire frío. La luz de las estrellas titilaba a través de las vidrieras de colores de los altos ventanales.

El círculo de guerreros que rodeaba el podio se completó. Vestidos con sus armaduras rotas, los oficiales esperaban en posición de firmes. Algunos, como Priad, llevaban los abollados cascos bajo el brazo. Otros goteaban sangre sobre la cubierta. El hedor a sudor, a suciedad y a materia orgánica, y el metílico olor a sangre, eclipsaban el dulce olor del incienso.

Todos los oficiales supervivientes estaban presentes. De la fuerza de Petrok, incluso Ryys había acudido, y se apoyaba débilmente en Seuthis, con el torso envuelto en tirantes vendas empapadas de rojo alrededor de la extremidad que le faltaba. Otros estaban igual de destrozados. Kryto de Aegis.

Había perdido la mano izquierda y la carne del lado izquierdo de su rostro. Llevaba la mitad del casco en su guantelete derecho. Mikos de Lakodeme, vencedor de Penses y de Tribulation Rex, presentaba una terrible herida en el estómago. Iklyus de Tebas, gran héroe de la guerra de Berod, había sufrido una amputación por debajo de la rodilla derecha y se apoyaba con esfuerzo sobre una lanza marina. Priad se sentía avergonzado de sus leves rasguños y cortes, aunque era consciente de que el tejido magullado empezaba a hincharse y a palpar desde la oreja izquierda hasta la mejilla.

Seydon hizo un gesto, y Cyclion, el maestro capellán, inició el rito de la ofrenda de Agua. Alto y gris en su servoarmadura, la máscara de cráneo plateado de Cyclion iba acorde con el ambiente general. Tras un gesto suyo, los esclavos cogieron los eusippus, las urnas de cobre para los muertos, y los colocaron en el suelo ante Seydon. Todavía estaban vacías, pero pronto contendrían las cenizas de los caídos para que regresasen a Ithaka.

Había sesenta y uno. Diez de ellos de la escuadra de Parthus.

Priad tragó saliva.

—Un buen consejo —empezó Seydon tras un largo silencio— es el pilar de cualquier hermandad. Hemos salido victoriosos, aunque vencidos; somos valientes, pero desgraciados; estamos vivos, pero destrozados. Como nuestra querida Ithaka,

esta misión tiene una cara iluminada y una constante oscuridad. Aplaudo el esfuerzo y el valor de todos vosotros. Y os ordeno que transmitáis este aplauso a todos los hermanos a vuestro mando. El único que debe sentirse avergonzado por este fracaso soy yo.

—No es cierto, señor... —empezó Phobor. El veterano capitán parecía un vagabundo, con su antes reluciente armadura destrozada.

Seydon levantó la mano derecha para callar a Phobor.

—Sólo yo. Hermanos, desde la fundación de nuestra hermandad, ha habido dieciocho señores del capítulo, un ilustre linaje que yo tenía el deber y el honor de continuar. Bajo su mando y bajo el mío, el capítulo ha ganado invaluable victorias y mucha gloria, y ha sufrido sus derrotas y huidas, como cualquier buena compañía de guerreros. Del mismo modo que celebramos los triunfos en Estrella Fugaz, en Presarius, en Ambold Once, en Cornak o en Reliquia Distante, y grabamos esas proezas en los muros de nuestra fortaleza, lamentamos los desastres como el de Berium, el de Kalenk Exterior o el de Forbrium. Pero nunca antes habíamos vivido un día como éste. Nunca antes habíamos sido vencedores y vencidos en la misma medida. Nunca antes habíamos cedido en una misión dejando atrás a personas que nos suplicaban auxilio. —Después murmuró «nunca antes...» una voz más y guardó silencio. Nadie habló. Seydon acarició la marcada asta de su estimada lanza con su mano descubierta—. Esto ya en contra de nuestro juramento, de nuestro antiguo pacto. Esto deshonra nuestra promesa. Y por ese error me culpo a mí mismo. Sólo en el tiempo de Seydon ha sufrido nuestra orden semejante calamidad.

El señor del capítulo levantó su lanza y la lanzó contra el suelo con tanta fuerza que el arma rodó y cayó a los pies del círculo de guerreros.

—Debo reparar este daño, hermanos. Debo encontrar el modo de transformar en gloria esta infamia, por el bien de nuestro espíritu y de nuestro nombre. Pero ahora mismo no sé cómo hacerlo. Somos los mejores guerreros de nuestra era. Podemos enfrentarnos y superar a cualquier monstruo que se levante contra nosotros en una batalla convencional. Pero no podemos igualar a un enemigo interminable. Y los pielesverdes no tienen límite ni final. Aunque amontonásemos sus cadáveres hasta los cielos y más allá seguirían viniendo más. —Seydon levantó la cabeza y miró a sus hombres. La luz iluminó ligeramente el interior de su pesada capucha y mostró la línea de su mentón y su mejilla. Su carne blanca estaba cubierta de gotas de sangre—. De modo que acudo a vosotros, a mis guerreros y hermanos, en busca de consejo y de respuestas.

Durante unos momentos nadie dijo nada.

—Tenemos que pensar —dijo Petrok finalmente.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Estaba de pie en el círculo, con la espalda arqueada de dolor. Las heridas de su pecho y de su estómago causadas por el kaudillo

requerían atención urgente.

—Eso he dicho, bibliotecario —respondió Seydon—. Tal vez un tiempo para reflexio...

—No, señor —lo interrumpió Petrok—. Me refiero a que tenemos que pensar en un modo diferente de lograr la victoria. Hemos llegado a un punto en el que nuestra habilidad marcial no sirve de nada. Tenemos que usar el cerebro.

Varios oficiales, incluido Phobor, rieron indignados.

—La fuerza es todo lo que tenemos —anunció Myrmede de Ankysus—. La fuerza es nuestro punto fuerte.

—Esto ha dejado de ser una lucha exclusiva de nuestros hermanos guerreros —dijo Seuthis—. Tenemos que reunir una flota. Ésta es una misión para naves de guerra en formación de combate.

—Seuthis tiene razón. ¡Si la infantería ha fracasado —proclamó Sardis de Lystra—, debemos intentarlo con una flota!

—¡Quememos a los orkos y los mundos que pisan! —gritó Phanthus.

—¿Deberíamos incendiar Ganahedarak? —preguntó Petrok.

—Si eso es lo que hace falta para librar a las Estrellas del Arrecife y cumplir nuestra misión, sí —respondió Sardis secamente.

—¿Quemar a toda esa gente...? —se horrorizó Petrok.

—¡Morirán de todos modos! —farfulló Phobor.

—¡Que los orkos sufran la ira de todo el capítulo! —exclamó Medes de Skypio, obteniendo el asentimiento de sus hermanos—. ¿Veinticinco escuadras? ¿Treinta? ¡Enviemos cien y que vuelvan a la inmundicia que los alumbró!

—¡Sí! —lo secundó Iklyus—. ¡Enviemos a la hermandad completa y que ardan en el infierno!

—¿Quieres aumentar esta vergüenza, hermano Iklyus? —intervino Petrok suavemente—. Treinta escuadras y regresamos a casa con sesenta y una urnas. ¿Quedaría alguien con vida para llevar nuestras urnas a Ithaka si enviamos nuestras mil escuadras contra los pielesverdes?

—Menosprecias nuestra capacidad —le recriminó Medes.

—Si tanto pensar te lleva a este fatalismo, Petrok —reprobó Phobor—, me quedo con mis músculos.

—Adelante —gruñó Petrok, provocando los bufidos del círculo de guerreros—. Los orkos son fuertes y resistentes, son capaces de recuperarse de sus heridas, y son incontables. ¿Acaso no somos inteligentes? ¿No somos seres de cultura y de ingenio? ¿Debemos rebajarnos a su nivel y enfrentarnos a ellos en una lucha brutal que no podemos ganar?

—¡Dame el capítulo entero en armas y te mostraré cómo podemos vencer! —exclamó Medes.

—Si te diera el capítulo entero en armas, querido hermano —respondió Petrok—, me mostrarías a mil héroes muertos.

Medes, optimista y fornido, el señor de la célebre Skypio, el mejor guerrero de la hermandad y capitán de la escuadra más celebrada, dio un paso hacia Petrok. Los oficiales a su alrededor lo agarraron de los brazos.

—¡Aquí no! —advirtió Cyclion, señalando al par de guerreros con el mango de su martillo de trueno como lo habría hecho un maestro con su vara con sus alumnos rebeldes—. ¡Mordeos la lengua y guardaos la rabia u os sacaré a golpes de este lugar sagrado!

—Mis disculpas, maestro capellán —se excusó Medes, más calmado.

—Como dice el hermano Medes —sonrió Petrok—, sus disculpas.

Medes corrió hacia adelante provocado por el insulto, y sólo las fuertes manos de Phanthus y Phobor consiguieron detenerlo.

—¡Ya basta! —rugió Seydon—. Ya tenemos bastante con huir de los orkos. No voy a permitir enfrentamientos entre nosotros. Petrok, mi querido hermano, retira tu injuria al hermano Medes.

—No lo haré, señor —respondió Petrok.

La ira invadió de nuevo a Medes, que seguía sujeto. Los demás oficiales miraron consternados a Petrok por su insubordinación.

Seydon se levantó.

—Tienes al demonio dentro, chico —dijo, dando un paso hacia él.

—Entonces escuchemos lo que el demonio tiene que decir —resonó una voz grave y chirriante entre las sombras.

Seydon miró a su alrededor y suspiró. El señor del capítulo volvió a sentarse.

—¿Estás despierto, maestro Autolochus?

—Yo siempre estoy despierto —respondió la voz—. Con vuestros ruidos de idiotas es difícil conciliar el sueño.

Los pistones hidráulicos silbaron en la penumbra y el círculo de guerreros se separó respetuosamente para recibir a la nueva figura. Ésta se alzaba por encima de ellos y avanzaba ruidosamente sobre sus gruesas piernas biónicas y su enorme chasis gris envuelto con antiguos estandartes. El venerable dreadnought Autolochus ocupó su lugar en el círculo de guerreros.

—Escuchemos lo que tiene que decir Petrok —propuso Autolochus con su seca y monótona voz resonando a través de los sintetizadores de su carrocería.

Autolochus había sido un veterano capitán en su día, y sus restos mutilados en combate se habían introducido con honores en el mecanismo dreadnought a perpetuidad. Convertido en una sofisticada arma, como todos los dreadnoughts, Autolochus se mantenía en hibernación durante la mayor parte del año, y se lo despertaba únicamente para celebrar los triunfos o las ceremonias.

O en momentos de crisis.

—Sí —dijo Medes, sacudiéndose de encima las manos que lo sujetaban—, al igual que el maestro Autolochus, tengo curiosidad por oír las complejidades del plan de Petrok.

Autolochus giró su inmensa masa de metal para que sus sensores oculares enfocasen a Petrok.

—Adelante, bibliotecario. Véndenos tu idea.

Petrok asintió hacia la enorme máquina de guerra.

—Éste mes pasado he estado teniendo muchos sueños. Sueños cruciales en los que nuestra liberación... perdón, la liberación de las Estrellas del Arrecife, se me ha revelado.

—Cuando un bibliotecario sueña —retumbó Autolochus—, hay que prestar atención. Si yo hubiese escuchado a Nector, no habría acabado convirtiéndome en cuatro toneladas de chatarra.

Algunos de los oficiales rieron.

—Los sueños de un bibliotecario son importantes —concedió Medes—, pero lo único que he oído de Petrok es un montón de tonterías sobre usar nuestros cerebros.

—Pues es lo único que tengo —aseguró Petrok a la compañía—. Inconexos sinsentidos sobre... sobre unas mandíbulas y sobre Priad.

—¿Quién es Priad? —preguntó Medes, fingiendo no reconocer el nombre.

—El hermano sargento de la Notable Damocles —chirrió Autolochus—. Tu arrogancia no te hace ningún favor, Medes.

Priad sintió una repentina oleada de orgullo. Autolochus lo conocía, sabía su nombre y su puesto.

—Ah, ese Priad —fingió recordar Medes—. Habla, hermano Priad. Háblanos de tu papel en estos sueños.

—Yo... —Priad carraspeó—. Yo... Bueno, había un prado, y también un perro negro... —El sargento se detuvo. Su voz sonaba patética y débil.

—Esto aclara las cosas —se mofó Phobor.

Petrok levantó la mano para pedirle a Priad educadamente que se callase.

—Mi querido hermano y amigo Priad no entiende qué significa todo esto. Yo tampoco. Pero puedo asegurar al círculo de guerreros aquí presentes que si me permitís dirigirme con Priad a Baal Solock, os garantizaremos la victoria en el Arrecife de las Estrellas.

—¿Cómo? —preguntó Iklyus.

—No lo sé —respondió Petrok—. Todavía no lo sé.

—Pero haréis algo allí, ¿no? —se burló Medes—. ¿Usar vuestra mente, tal vez?

Muchos de los guerreros del círculo rieron.

—Hace poco —intervino entonces Priad en voz baja— en Ithaka, en el istmo de

Cydides, mi apotecario Khiron me previno de que el tiempo de los músculos y de la fuerza de las armas podría estar en decadencia. Los aspirantes a los que estábamos entrenando carecían de vigor marcial, carecían de agallas, como decía él. Sin embargo, y admito esto sin ningún resentimiento, consiguieron engañarnos y superaron el ejercicio. Vencieron a la escuadra Damocles.

—Eso no parece difícil —alardeó Medes.

—No me obligues a ir ahí a ponerte en tu lugar, hermano —lo amenazó Priad—. Los aspirantes vencieron a Damocles, y estoy orgulloso de confesarlo. Consiguieron burlarse de nosotros usando el ingenio. A pesar de ser más débiles que mis hermanos, fueron más listos que nosotros. Nosotros estábamos jugando a un simple juego marcial, un ejercicio físico: la carrera del queso. ¿La recuerdas, verdad, hermano sargento Bylon?

Bylon, el sargento de la Veii, asintió.

—Los aspirantes no podían estar a la altura de nuestros músculos, de modo que cambiaron las reglas y ganaron. Khiron me dijo que tal vez el ingenio representase el futuro. El auge del cerebro y la caída de los músculos. Yo le contesté que esperaba que no, porque lo único que yo tenía eran músculos. —Aquél último comentario provocó la risa cordial de la mayoría de los oficiales—. No sé por qué os estoy contando esto. Dioses, ni siquiera sé por qué estoy hablando en voz alta en presencia de nuestro maestro y señor Autolochus. Pero conozco la guerra, y sé que los patrones más extraños pueden generarse de la aleatoriedad de la batalla. Creo que Petrok tiene razón, y estoy convencido de que yo formo parte de ese patrón de alguna manera. Yo, y el prado y el perro negro. No sé exactamente cómo, pero me gustaría ir a Baal Solock y descubrirlo. Me gustaría usar el cerebro por una vez. Envidio al hermano Medes por no necesitar tener uno.

—¡Eres un bastardo, Priad! —escupió Medes.

—Vaya, ahora sí que recuerdas mi nombre —sonrió Priad.

—Serás...

—Cállate, Medes —ordenó Seydon poniéndose de nuevo en pie—. Petrok, ve con Damocles. El *Bullwyrn* está bajo tu mando. Si acabáis con las manos vacías, será mejor que no volváis. Es todo lo que tengo que decir al respecto. El resto, atended vuestras heridas y a vuestros hombres. Volveremos a convocar un consejo de guerra al llegar al otro extremo del sistema. Consideraré realizar un despliegue completo en... —El señor del capítulo se detuvo—. ¿Cuánto se tarde en ir a Baal Solock y volver, bibliotecario?

—Cuarenta días —respondió Petrok.

—Cuarenta y cinco —lo corrigió Autolochus.

—En cincuenta días, entonces. Después de eso, formaré una flota y ordenaré el despliegue completo de la Casa del Capítulo. La gloria o la muerte.

—No fallaremos —afirmó Petrok.

—Yo me encargaré de ello —retumbó Autolochus. El dreadnought se volvió ruidosamente para mirar a Petrok de frente—. Hace tiempo que no hago nada útil. Iré con vosotros.



CAPÍTULO 18

A toda máquina, el crucero rápido *Bullwyrn* surcaba el vacío invernal de las estrellas.

Todos los hombres de la *Damocles* acompañaron a Priad, incluso Natus y Dyognes, a pesar de lo débiles que se encontraban a causa de sus heridas. Dyognes era una sombra de lo que había sido. Antes un joven viril, tan robusto y enérgico como Xander, caminaba ahora con pasos doloridos, con el aliento entrecortado, con la piel enfermiza. Tardaría muchos meses en recuperarse, y necesitaría cirugía augmética y biónica para volver a estar preparado para combatir, e incluso en ese caso su recuperación total no estaba garantizada. Era posible que la carrera de Dyognes como guerrero de la hermandad hubiese acabado, y que pasara el resto de sus días entre el personal auxiliar de Karybdis.

—Déjame ir con vosotros —le había pedido a Priad cuando el hermano sargento le ofreció la oportunidad de regresar a la luna fortaleza con la fuerza principal—. Ésta podría ser la última misión en la que vista mi armadura.

Natus era más positivo. El guerrero tenía algo eternamente vital, una fuente de vigor que lo había ayudado a sobrellevar muchas heridas en el pasado, incluida la pérdida de su brazo. Todavía no había recibido ningún reacondicionamiento augmético, pero le habían puesto una especie de casco de hierro gris en la cabeza, atornillado quirúrgicamente a los huesos, para preservar la integridad de su cráneo, que todavía estaba en proceso de curación. Antes de que el tejido de cicatrización cubriese los nervios rotos de sus ojos destrozados, Khiron inició una serie preliminar de cirugía reconstructiva durante los primeros días de viaje, y le había instalado los conectores neuronales y los soportes para los implantes augméticos. Los ojos se conectarían cuando Natus regresase a Karybdis, una vez que el proceso inicial hubiese concluido con éxito. Durante el resto del viaje, el guerrero llevó un vendaje alrededor de las cuencas. Pero Khiron había instalado una serie de cables en el tejido

nervioso del interior de las cavidades y los había conectado a un escáner ocular simple, lo que le proporcionaba visión monocromática básica y percepción de profundidad.

Natus llevaba el escáner en la frente, instalado en su cráneo mediante un conector magnético. Tenía un aspecto parecido al de un cíclope de la mitología antigua.

Con Petrok retirado en sus dependencias para meditar y para sondear e los espíritus en busca de respuestas, Priad se encargó de preparar a la Damocles. A bordo del crucero rápido había un cuerpo de armeros y de operarios que trabajaban en el equipo de la escuadra, que estaba bastante destrozado en general. Los hermanos llevaron por sí mismos todas sus armas a reparar bajo la supervisión de los maestros armeros. Todas se desmontaron por completo y cada una de sus partes se lavó y se bendijo. Las espadas se afilaron, y en algunos casos se sustituyeron por otras nuevas. Las funciones dañadas de las servoarmaduras fueron reparadas.

Andromak recibió un lanzallamas viejo pero en perfecto estado que estaba almacenado en la nave para sustituir su arma de plasma perdida. Priad esperaba que a su regreso a la luna fortaleza, a Andromak se le concediera la custodia de otra pistola de plasma reliquia del capítulo, para así recuperar uno de los puntos fuertes de la Damocles. Andromak pasó muchos días del viaje apartado de los demás en un rincón de la cubierta de combate. Como el resto de la escuadra, vestía una simple túnica, pues las placas de las armaduras estaban siendo restauradas.

Andromak trabajaba en el precioso estandarte de la escuadra, el emblema que siempre había transportado entre sus omóplatos. Tras las dos batallas libradas en Ganahedarak había acabado destrozado. El guerrero lo reparaba pacientemente, recomponiéndolo con trozos de túnica y de capa de asalto cosidos con sedal e hilo de plata enhebrados en largas agujas para lona.

El gran Autolochus merodeaba por las bodegas y los pasillos vacíos del crucero rápido, inquieto y agitado. Era como si una vez despierto de su mecánico letargo no pudiese soportar quedarse quieto. Cuando los hermanos de la Damocles hacían ejercicio por los pasillos de la nave, a menudo se encontraban con su forma metálica.

En el octavo día de viaje, mientras Priad se encontraba en la cubierta de combate observando el trabajo de los herreros, Autolochus apareció y lo llamó. Priad se retiró con el dreadnought a un rincón de la cubierta.

—Háblame de tu misión en Baal Solock —le pidió Autolochus.

Priad le narró todo lo que recordaba de la historia. Le habló de la tierra destruida, del grupo de primuls siniestrados, de la crueldad infligida sobre la gente de Baal Solock. Le habló de la actuaría principal Antoni y de la purga que tuvo que llevar a cabo.

Autolochus escuchó atentamente y después le hizo a Priad reiteradas preguntas, centrándose en ciertos puntos de la historia e instando a Priad a recordar más y más

cosas en concreto.

Priad se sorprendió al ver que aquel esmerado interrogatorio le hizo recordar pequeños fragmentos que creía haber borrado de su memoria después de doce años. Recordó aspectos del campo, la cantidad de munición que llevaba, e incluso el nombre del perro negro que aparecía en sus sueños.

—*Princeps* —dijo—. El perro se llamaba *Princeps*.

Priad se preguntó por qué a Autolochus le interesaban tanto los detalles, y asumió que el viejo guerrero pretendía formarse una imagen táctica lo más completa posible en su mente. Pero antes de que pudiera preguntarle, alguien interrumpió su reunión.

Scyllon apareció con aspecto nervioso.

—Khiron te necesita —dijo.

Un grupo de jóvenes esclavos y ayudantes esperaba junto a la entrada de las dependencias de Petrok y se apartaron a toda prisa cuando Scyllon llegó con Priad y con la enorme máquina de guerra.

En el interior de la cámara iluminada por la luz de las lámparas, Khiron estaba arrodillado junto a un catre en el que yacía Petrok. El bibliotecario estaba tan pálido y quieto que el sargento temió que se hubiese ido al otro mundo.

—Lo encontraron sus ayudantes —dijo Khiron en voz baja—. Nuestro hermano bibliotecario ha descuidado las heridas que sufrió en Ganahedarak y la infección ha podido más que él.

El apotecario levantó una manta con la que había cubierto el torso de Petrok y reveló las terribles heridas que el kaudillo pielverde le había causado. Eran profundas, mucho más profundas y más importantes de lo que Petrok había aparentado. A pesar de la sobrehumana capacidad de recuperación de su cuerpo, la corrupción séptica había comenzado. Petrok estaba sumido en un febril estupor.

—La suciedad del orko infectó las heridas, o incluso puede que sus armas estuviesen envenenadas —dijo Khiron.

—¿Se está muriendo? —preguntó Priad.

—Sí —respondió el apotecario—. Puede que viva. En estos momentos su vida pende de un hilo. Si su cuerpo y mis bálsamos logran combatir la infección, se recuperará. Pero si no pueden...

Khiron miró a Priad.

—Su supervivencia está en manos del destino.

Priad pensó en aquello y no le gustó demasiado cómo sonaba.

—Eso significa que tú estás al mando —le dijo Priad a Autolochus.

La voz del dreadnought resonó a través de su casco metálico.

—Por edad y experiencia, sí, pero yo no soy comandante de ninguna escuadra; ya no. Tú deberías estar al mando aquí, Priad. Considérame tu aliado, pero no esperes

que os dirija.

Priad observó la inmensa máquina y las imágenes de guerra y los sellos de pureza grabados que decoraban la parte delantera de su casco. Era mejor no discutir con un ser como aquél.

En los siguientes días, el estado de Petrok fue empeorando gradualmente. No se despertó ni recuperó la lucidez, sino que empezó a delirar y a convulsionarse empapado de sudor a causa de la fiebre. Khiron empezó a temer que tenía algo más que una simple infección. Alguna influencia maligna parecía haberse apoderado de Petrok y no pensaba abandonarle. Llevaron a cabo ritos de limpieza y de purificación para expulsar a los espíritus y los demonios malignos de las resonantes salas del Bullwyrn.

Todo fue en vano.

El decimoséptimo día de viaje, cerca ya de Baal Solock y con Petrok sumido en un profundo coma, Priad tuvo un sueño.

Le resultó tan extraño como el anterior, ya que los sueños rara vez visitaban su pragmática mente. De hecho, era incluso más extraño, pues desde el principio sabía que estaba soñando.

Se encontraba en el soleado prado, bajo un amplio cielo azul, rodeado de dorado maíz. Sentía la brisa en su piel, aunque iba vestido con la servoarmadura completa. Se sentía ligero, como si pudiera saltar y tocar la luna llena.

Al mirar hacia abajo vio que su armadura estaba como nueva, brillante como un espejo. Se quitó el casco de guerra y vio, perplejo, que llevaba los laureles de un capitán marcados alrededor de la coronilla.

—¿Por qué estoy soñando? —preguntó.

Las espigas sisearon. Unas colinas familiares se elevaban, blancas y claras, al otro extremo del prado. El sargento miró a su alrededor en busca del perro negro, y apareció, como si se lo hubiera llamado a escena, trotando a través de las mieses, intentando cazar juguetonamente las moscas del maíz.

El can se acercó hasta él, con la lengua colgando desde un sonriente hocico, y ladeó la cabeza.

—¿*Princeps*? —lo llamó Priad, que recordaba el nombre de su conversación con Autolochus.

El perro ladró dos veces, después se volvió y se adentró en el maíz, huyendo de él y desapareciendo de su vista entre el ondulante oro. Se detuvo tres veces a mirarlo, ladrando de nuevo la última de ellas, hasta que él reaccionó y empezó a seguirlo.

El perro negro lo guió por el prado, entre el siseante maíz.

—¡Espera! —gritó una o dos veces cuando el animal empezó a sacarle demasiada ventaja.

Era un sueño bastante agradable, extraño, real y muy lúcido. Sabía que era un sueño especial, y se preguntó si sería como los que experimentaban los hombres como Petrok.

Para cuando hubo seguido al perro hasta el otro extremo del prado, las nubes habían cubierto el cielo y el sol se había escondido tras ellas. La luz se volvió gris y el maíz más blanco que dorado. El ambiente se volvió más frío. El perro negro, todavía negro, volvió a ladrar. En el prado se estaban formando unas sombras bajo los olivares y bajo los bosques de la montaña.

El sargento se dio cuenta de que a cada paso que daba producía un crujido. Miró al suelo de nuevo y vio que estaba caminando sobre una capa de hielo. Los tallos del maíz estaban congelados y quebradizos. El aliento del perro formaba pequeñas nubes de vaho en el aire helado.

Priad advirtió que se encontraba en el Kraretyer, el gran glaciar del polo sur de Ithaka. Miró tras él y vio las sombras de los Cantones Pythoanos y, por delante, el hielo azulado y los frentes de aire del glaciar polar. «La lógica de los sueños», supuso Priad, y rio en voz alta, medio disfrutando de la imposible transición entre paisajes, entre mundos.

El sargento avanzó por el hielo. El perro negro había desaparecido. Fuertes vientos silbaban por los peñascos del glaciar, y la nieve superficial se dejaba arrastrar y mecer por el aire. Se avecinaba una tormenta.

Siguió avanzando, como esperando algo, pero únicamente seguro del hecho de que tenía que esperar. Se preguntó si podría despertarse si se lo propusiera, pero no se atrevió a intentarlo. Aquél era un sueño real, y se resistió a romper el encanto.

La gran osa de las nieves esperaba sobre el banco de nieve que tenía delante. El sargento no sabría decir de dónde había salido, ya que un momento antes no estaba allí. De manera instintiva intentó sacar su arma, pero no había nada en su arnés, excepto una estatuilla dorada de Parthus. Priad la miró con sorpresa durante un segundo, y la figura se transformó en hielo y se derritió en su mano.

La osa de las nieves se acercó a él. Priad vio entonces que no era una osa en absoluto. Era un hombre envuelto en blancas pieles. Era Petrok.

—¿Preparado para la guerra? —le preguntó. El gran bibliotecario sonreía, pero su rostro era tan blanco como una máscara de muerte, y sus brillantes ojos estaban rodeados de oscuras ojeras que parecían moratones.

—Si es la guerra lo que espera —respondió Priad—. ¿Qué haces en mi sueño?

—No estoy en tu sueño —contestó Petrok. El hombre cojeaba y se abracaba el cuerpo con los brazos, como intentando calentarse—. Tú estás en el mío.

—No lo entiendo —dijo Priad—. ¿Cómo es posible?

—Porque yo te mandé llamar. Era la única manera de contactar contigo.

—¿Me mandaste llamar?

—Envié un psicopompo.

—¿Un qué?

Petrok suspiró, como si le costase trabajo tener que explicarlo.

—Envié un guía para traerte a este otro lugar. Probablemente adoptó la forma de ese perro negro con el que sueñas.

Priad asintió. Después frunció el ceño.

—Sigo sin entender cómo...

—Y yo no tengo tiempo de explicarlo —respondió Petrok. Después miró al cielo a su espalda, la fría y oscura bóveda de la noche polar—. Se avecina una tormenta. Lleva días persiguiéndome. No debes estar aquí cuando llegue.

—Entonces ven conmigo —dijo Priad—. Hay un prado soleado a tan sólo unos pasos a mi espalda.

—Para mí no lo hay. —Petrok negó con la cabeza—. Ése es tu sueño, el sueño del que te traje. Éste es el mío, y no puedo salir de él. ¿Sabes dónde estoy?

—En el Kraretyer —dijo Priad.

—No, mi muy literal amigo. Estoy en mi catre, en mis dependencias a bordo del *Bullwurm*, inconsciente y muriendo. He creado este sueño polar para que lo reconocieses como nuestro lugar de encuentro particular.

—Sigo sin entender nada de esto —insistió Priad.

—Tú escúchame.

—Pero podría estar soñándolo todo, tú podrías formar parte de mi sueño. Entonces sólo me estaría escuchando a mí mismo, ¿no? —preguntó el sargento.

—No tengo modo de convencerte de lo contrario. Pero ésa no es razón para no escucharme, ¿verdad? Tengo que decirte unas cuantas cosas. Mis consultas con los lugares oscuros me han dado respuestas que debo transmitirte, y no puedo hacerlo cuando estás despierto.

—¿A causa de las heridas que sufriste?

Petrok rio y apartó las pieles de su pecho desnudo. Los cortes mortales estaban ahí, pero su sangre no era humana, sino icor orko.

—Esto no es obra del pielverde. Ésas heridas sólo me debilitaron. Me volvieron más sensible.

—¿A qué?

—A nuestros enemigos. Escúchame, hermano. Escucha lo que debería contarte en vida si pudiese regresar ahí, consciente y despierto. Ésta es la única manera en que puedo comunicártelo ahora.

—Te escucho.

El aullido del viento se volvió más intenso, y el hielo cristalino formaba remolinos a su alrededor, arrancado de la azulada superficie del glaciar.

—No lograremos vencer a los pielverdes en una guerra convencional. Ni

siquiera aunque nuestro capítulo se multiplicase por mil. Ésta es la verdad que me han revelado los espíritus. Pero hay un modo de echarlos de las Estrellas del Arrecife. Están luchando entre ellos, tribu contra tribu, sección contra sección, ejército contra ejército. Y esta guerra ha sido planeada.

—¿Planeada? —repitió Priad—. ¿Cómo? ¿Por quién?

—¿Quién es lo bastarte cruel y malintencionado como para usar la matanza de los demás para sus propios fines? Han sido los primuls. Al verse incapaces de reunir una fuerza lo bastante grande como para vencernos e invadir las Estrellas del Arrecife, se las ingenieron para avivar el odio entre los pielesverdes. Han provocado la furia de los orkos y han soltado a la escoria para que hagan el trabajo por ellos y consigan lo que ellos no lograron por sí mismos.

—¿Cómo se consigue, aun siendo un primul, forzar a un orko a hacer algo? —preguntó Priad, casi divertido ante la idea.

—Robándoles algo que les seapreciado. Un trofeo ancestral, o una reliquia de gran importancia. Las mandíbulas de un antiguo y reverenciado kaudillo, un líder sagrado para su especie.

—La mandíbula... —dijo Priad, empezando a formar la verdad en su mente.

—Los primuls que eliminaste en Baal Solock hace doce años habían llevado a cabo el robo, pero su nave averiada les obligó a aterrizar en ese mundo. Su intención era llevar la reliquia a una nave humana y dejar pistas falsas suficientes como para que los orkos culpasen a los humanos del crimen.

—¡Pero se destruyó! —exclamó el sargento.

—Eso sólo los ha ayudado, a largo plazo. Cubrieron su rastro.

—No me extraña que aquel malnacido se riese cuando lo maté —dijo Priad, recordando por fin el último detalle que hasta ahora se le había resistido.

Petrok se encogió de hombros y lanzó otra preocupada mirada a la cercana tormenta. El horizonte a su espalda había perdido definición tras las distantes tormentas de nieve que cubrían el aire. Sobre sus cabezas, las brillantes estrellas empezaban a desaparecer de la vista.

—Durante más de una década —continuó Petrok, ahora con voz más lenta y pausada, como si un dolor atroz se apoderase de sus entrañas—, los brujos de la disformidad y los señores carroñeros de los primuls han estado lanzando insinuaciones a las tribus de los pielesverdes, provocándolos con sueños y visiones. Esto ha causado la guerra entre grupos, la lucha entre facciones. Mundos enteros en los territorios de la escoria han ardido bajo el calor de la violencia inspirada por el odio. Ahora ese frenesí ha llegado a nuestro protectorado. Provocados por los ardides de los primuls, los orkos buscan su reliquia en las Estrellas del Arrecife, y se matan los unos a los otros por el honor de recuperarla.

—¿Y qué hacemos?

—Devolvérsela.

Priad rugió una carcajada de incredulidad.

—¡Pero se perdió! ¡Se destruyó!

—No toda.

—Pero...

—Cualquier fragmento auténtico contendrá suficiente información genética —gritó Petrok, que tuvo que levantar la voz a causa del fuerte rugido del viento—. Eso bastará para demostrarles la verdad a los pielesverdes. Pregúntale a Khiron. Nuestros apotecarios pueden hacerlo. Nosotros...

El glaciar tembló. El granizo empezó a caer sobre ellos con fuerza desde el oscuro sur. Los guerreros se vieron obligados a protegerse los ojos del diluvio.

—¡Se acabó el tiempo! —gritó Petrok—. ¡La tormenta me ha encontrado de nuevo! ¡Debes marcharte!

—Pero...

—¡Sal de aquí, amigo! ¡Regresa al prado y al mundo consciente! —Petrok se volvió, envuelto en sus pieles, y empezó a alejarse hacia los dientes de la tormenta.

—¡Espera! —gritó Priad—. ¡Necesito saber más!

—¡Vete!

—¡No puedo dejarte aquí!

—¡Debes hacerlo! —bramó Petrok, dándose la vuelta durante un momento—. ¡Márchate! Hermano, ¿no te das cuenta de que los primuls se han enterado de mis investigaciones? Me han tocado a través de la disformidad y conocen mi propósito y mis intenciones. ¡Quieren callarme para siempre antes de que pueda arruinar su plan!

—¡Petrok!

—¡Márchate antes de que todos mis esfuerzos hayan sido en vano! ¡Por favor, Priad! ¡Vete!

La letal tormenta de nieve los envolvió y Priad perdió de vista a su estimado bibliotecario casi de inmediato.

—¿Qué querías decir? Sobre Khiron. ¿Qué querías decir?

Petrok había desaparecido. Consternado y alarmado por el sueño que le había resultado tan agradable al principio y que ahora sentía tan fuera de su control, Priad dio un traspié. El furioso hielo se lanzaba contra él como intentando derribarlo. Ahora entendía por qué Petrok le había puesto la armadura.

En la tormenta se veían oscuras figuras, seres negros con contornos afilados que corrían y se enroscaban a su alrededor, espectros entre el temporal.

El sargento se volvió, esperando ver algún rayo de sol que lo guiase de nuevo al prado. No había ninguno. Sólo el desolado paisaje nocturno del glaciar, que se extendía de manera interminable ante él. Entonces oyó unos gritos salvajes en la tormenta. Cayeron pedazos de hielo a su alrededor, que al astillarse se humedecían

con sangre humana. El sargento oyó risas.

El perro negro estaba a su lado, mirándolo, con la escarcha reluciendo sobre su brillante pelaje.

—¡Guíame! —le ordenó.

El perro salió trotando, y Priad los guió, haciendo crujir el hielo azulado y luchando contra la fuerza del viento.

Entonces llegó hasta la fría luz del día. Llegó al prado. El sol había desaparecido y había dejado un cielo gris y un campo de siseante maíz blanco. Las sombras bajo los árboles en los límites del prado se habían vuelto más oscuras, como la tinta. El perro corría por delante de él. Unos cuantos copos sueltos revolotearon en el aire a su alrededor.

El sargento empezó a caminar por el prado a través del ondulante maíz. De repente sopló un fuerte viento y las espigas silbaron con más intensidad. Los distantes villas y montañas estaban ocultos entre las nubes bajas y la densa lluvia. Grandes hectáreas del maizal habían sido cosechadas, y los tallos habían sido segados con guadañas o alguna herramienta cortante. El maíz muerto yacía apilado junto a los rastrojos.

—Ahora quiero despertar —dijo Priad en voz alta.

El perro negro se volvió, aulló lastimeramente y empezó a alejarse dando saltos. Después, haciendo caso omiso de sus llamadas, desapareció en la distancia.

—Ahora quiero despertar —repitió Priad, mirando a su alrededor.

Entonces se quedó paralizado. Las oscuras sombras de debajo de los árboles habían salido a la intemperie y se habían transformado en altas y afiladas siluetas, en macabras figuras que se abrían paso hacia él segando el maíz con guadañas.

Empezó a dar tumbos hacia adelante. El maíz repiqueteaba contra las placas de sus muslos. Al mirar hacia abajo vio que ya no era maíz. Todos los tallos eran de hierro y tenían forma de serpiente. Todos siseaban.

—¡Quiero despertarme ahora! —gritó Priad—. ¡Dejad que me despierte, por el Trono! ¡Dejad que haga mi trabajo!

Las esqueléticas figuras de brillante color negro se acercaban cortando a las serpientes, que silbaban y sangraban sobre el suelo del prado.

—¡Dejad que me despierte! —gritó Priad.

Entonces sintió el frío de la muerte trepar sobre su hombro. No se atrevió a mirar a su alrededor. Al instante oyó el continuo silbido de una guadaña abriéndose camino a través de los tallos cerca de él.

—¡Quiero despertarme! —exigió.

Y lo hizo.



CAPÍTULO 19

El *Bullwyrn*, cansado y sin combustible, entró en la órbita de Baal Solock y se detuvo. El planeta estaba mudo. No hubo respuesta a las señales emitidas por la nave de guerra de la hermandad.

Priad no había dicho nada acerca de su sueño, aunque el contenido y la sensación que había tenido permaneció en su mente los días siguientes.

Petrok todavía no se había despertado de su sueño mortal. Priad pasó horas sentado junto a su catre, observando su rostro quieto en busca de algún signo que le indicase que su sueño había sido algo mas que un simple sueño.

Finalmente, mientras los hermanos de la Damocles se colocaban el equipo y se preparaban para el descenso, Priad llevó a Khiron a una zona privada de la nave y le contó todo lo que le había sucedido en el sueño.

—Debes contárselo a Autolochus —dijo Khiron.

Priad negó con la cabeza.

—El viejo veterano ya tendrá suficientes problemas con el resto de mis intenciones. Cuéntaselo tú cuando yo me haya marchado.

—¿Eso qué significa? —preguntó Khiron.

La escuadra Damocles se había reunido en la cubierta de combate, resplandeciente en sus reparadas armaduras. Autolochus estaba con ellos.

Priad entró en la sala y dejó que los ayudantes le colocasen las placas. Envolvieron sus brazos, sus piernas y su torso con lino y titas de cuero, lo ungieron con aceites y ubicaron cuidadosamente los segmentos de su armadura en su lugar, conectando los cables de alimentación conforme iban cubriéndolo con el equipo. El acabado de sus placas era excepcional, pulido y lustrado hasta conseguir un brillo

cristalino. Los armeros habían trabajado con consumada maestría. Priad casi esperaba ver los laureles de un capitán en su casco.

El sargento se sentó en un bloque vestidor mientras le encajaban la garra relámpago. Unos esclavos aceitaron su negro cabello y se lo enroscaron alrededor de la coronilla, listo para ponerle el casco. Otros le llevaron su espada y su bólter. Después le colocaron cargadores de repuesto alrededor de la cintura.

La garra relámpago se activó. Priad apretó el puño para probarla y vio cómo funcionaban las cuchillas de los dedos, el crepitar de la energía azul. Azul brillante, como el hielo de glaciación Kraretyer.

Cuando los armeros y los sirvientes se retiraron, se puso de pie y asintió en agradecimiento. Después cogió el casco de las manos de uno de los esclavos.

Cruzó la cubierta para unirse a los demás.

—El rito, apotecario —ordenó.

Khiron asintió y extrajo el frasco tubular de cobre con ribetes de zinc de una funda sujeta al quijote de su servoarmadura.

Era el rito de la Ofrenda de Agua, y ninguno de los dignos Damocles apartó la mirada. Los nueve guerreros acorazados, la escuadra al completo, junto con el inmenso dreadnought, rodeaban al apotecario arrodillado mientras desenroscaba el tapón y vertía unas pocas gotas en su segmentado guantelete. Sus armaduras eran de color gris plomo, ribeteadas en blanco y rojo, y los armeros las habían bruñido hasta conseguir un acabado resplandeciente. Los hilos de agua formaron oscuras vetas en el brillante metal del guantelete de Khiron. Mientras los hermanos entonaban el rito sagrado con voz monótona a través de los altavoces de su casco, Khiron dejaba caer el agua sobre la cubierta. Formó un pequeño charquito y el rito se completó. El agua se había ofrendado, valiosas gotas de los furiosos océanos salados de su mundo natal, Ithaka.

Habían nacido en un mundo de mares. Habían emergido de él como los grandes dragones marinos con coraza de púas que les daban nombre. Para ellos era la encarnación del Emperador, a quien servían y por quien recorrían el espacio. En todos los lugares a los que iban, en todas las misiones, realizaban esta ofrenda, el agua de vida de Ithaka, la sangre del Emperador.

Eran Serpientes de Hierro. Sólo por un instante, aquel rito les recordó su solemne y eterna promesa. El símbolo de la serpiente de doble curva brillaba de manera orgullosa sobre sus hombreras de metal. Eran la Escuadra Táctica Damocles, y tenían un deber sagrado. Una vez terminado, el hermano Khiron se unió al círculo de sus hermanos, dioses guerreros con forma de hombres, acorazados y terribles. Todos entonaban una lenta salmodia ritual y marcaban el ritmo con sordos golpes de metal, golpeándose los quijotes con la mano derecha.

Antes de comenzar el rito de la Ofrenda de Agua habían descargado sus armas, ya

que no hacerlo era irrespetuoso. Terminado el canto, se movieron con gran precisión e insertaron cargadores con forma de hoz en sus pistolas bólter. El hermano Andromak encendió su lanzallamas. La electricidad azul volvió a cobrar vida alrededor de la garra relámpago del hermano sargento. Priad asintió. El círculo se rompió.

—Iré yo solo —dijo.

—Tenía el presentimiento de que dirías eso —retumbó Autolochus.

—Hace doce años, cuando acababa de ser reclutado, me enviaron aquí. Tenía una misión que entonces consideré que había cumplido. Me equivoqué. Tengo que terminar lo que empecé. Tengo que completar el trabajo que no acabé entonces, o no será mejor que cualquier recluta ni tendré derecho a dirigir este grupo de Notables. Y debo acabarlo como lo comencé; solo.

—Hermano... —empezó Xander.

—No discutas, Xander —lo cortó Priad—. No hay discusión que valga. Iré yo primero. Aquí ya me conocen. Esperad mi llamada. Os avisaré si os necesito.

—Entonces, que el Emperador te proteja —gruñó Autolochus.

Los hermanos de la Damocles murmuraron su asentimiento.

Priad se encaminó hasta la puerta corrediza y se acomodó en la cabina del transporte. Los sistemas de vuelo eran completamente automáticos y los dirigía por control remoto el piloto del *Bullwurm* desde el puente de mando del crucero.

Priad cerró las escotillas, abrió los conductos de aire y de combustible, soltó los cierres y se acomodó mientras la iluminación de la cabina se apagaba y su asiento rotaba hacia atrás en modo de descenso.

—Listo para descender —crepitó una voz.

—Bájame —respondió Priad.

Hubo un estallido. Un tirón multi-G. Aceleración.

El transporte cayó en picado desde el vientre de la nave nodriza, corrigió la posición con una llamarada de los propulsores, con el morro inclinado hacia abajo, y descendió a toda velocidad hacia la brillante esfera de Baal Solock.



CAPÍTULO 20

Priad se dirigió hacia Fuce atravesando el cielo nublado sobre la vieja ciudad y aterrizó en unos humedales que le resultaron familiares.

Estaba amaneciendo y el ambiente era gris. Cogiendo su equipo de combate, Priad descendió del transporte. No había nadie para recibirlo. Al otro lado de los humedales se elevaban los grandes edificios de la antigua ciudad, silenciosos y fríos.

Salió de los humedales. Su memoria recordó un parque estatal, un bosque, pero hacía tiempo que había desaparecido. Unas murallas de rococemento y de malla metálica rodeaban los flancos exteriores del palacio del alto legislador. Entre las paredes de la muralla se habían levantado altas empalizadas de madera y se habían construido unas defensas. Eran viejas. El musgo y los líquenes cubrían las baldosas y la madera.

—¿Hola? —gritó, amplificando el volumen de los altavoces de su casco. Su llamada resonó alrededor del palacio vacío rebotando en las sólidas murallas de defensa.

Sin oposición, escaló las murallas y las empalizadas y salió al patio de piedra del palacio.

Su auspex detectaba señales de calor por delante, y en su visión aparecieron retículas automáticas de objetivos localizados. El sargento las descartó. Las señales estaban formadas por puntos de calor corporal y por el resplandor de la artillería oculta tras la muralla del bastión que tenía ante él.

—A menos que pretendáis ser mis enemigos —gritó—, dejad de apuntarme con vuestras armas.

Las señales de calor desaparecieron. Priad oyó cómo unos rápidos pasos se alejaban de él por las plataformas del bastión. El sargento atravesó la entrada. El patio estaba vacío. Al alzar la vista vio que el sol estaba perdiendo su batalla contra el

tiempo. Las nubes corrían a gran velocidad, como si tuviesen prisa por llegar a alguna parte.

Llegó hasta la puerta de palacio, una pesada mole de madera, y levantó el puño. Entonces se detuvo, divertido ante la idea de llamar. Empujó la puerta y entró. Fría piedra. Luz tenue. Una vez más sintió la sensación de que había vida humana oculta en los rincones de aquel lugar, justo donde no podía verlos.

Avanzó a través del vestíbulo dando fuertes pisadas, pasó bajo grandes cristaleras desde las que se veía el firmamento y retratos al óleo de hombres importantes que llevaban mucho tiempo muertos. Un reloj mecánico sonó por alguna parte, a lo lejos, en uno de las silenciosas salas.

—¿Hola? —gritó—. ¿Hay alguien?

De repente se oyó el ruido de unos suaves pasos. Entonces apareció un perro.

Por un instante se quedó decepcionado al ver que no era negro. Era un enorme perro de ataque de lanudo pelaje gris. El can lo miró y gruñó.

Priad se arrodilló y lanzó un silbido de mando.

El perro se mostró reacio a obedecer, después corrió hacia él y le olfateó las grebas.

—Guíame —le ordenó.

El perro se volvió y empezó a correr por la solitaria estancia hasta unas inmensas puertas. Priad las abrió. La habitación que había al otro lado era una cámara abovedada enneblinada por el humo de las velas. Un centenal de cirios parpadeaban a lo largo de las paredes. Al otro extremo de la habitación de techo alto, sentada en un trozo de madera, había una figura delgada.

—He venido para hablar con el legislador supremo —dijo Priad.

El perro corría por delante de él.

La figura levantó la cabeza.

—Ya la has encontrado.

Los esquemas de reconocimiento vocal parpadearon en el visor de Priad.

—¿Actuaría principal?

Perdet Suiton Antoni, delgada y con pelo cano, se puso de pie.

—¿Priad?

—El mismo.

—¡Terra de los cielos! Pensaba que eras mi muerte, que venía a reclamarme.

El sargento dio un paso hacia ella. Parecía muy anciana y delicada.

—¿Eres la legisladora suprema de Fuce? —preguntó.

—¿Es que acaso una mujer no puede ocupar ese cargo? —respondió. Su voz tenía fuerza a pesar de su fragilidad—. Por los grandes dioses, Priad, ¿de verdad eres tú? Yo... yo no te he llamado.

—No he venido porque me hayan llamado —respondió Priad. El guerrero

recorrió la fría cámara y se quitó el casco.

—¡Dioses! —exclamó ella—. ¡No has cambiado nada!

Ahora estaban cerca, cara a cara, y él pudo ver cómo el tiempo había erosionado su aspecto y había encogido su figura. Era una anciana. Al darse cuenta se quedó impactado.

—En serio —dijo Antoni— No has cambiado en absoluto desde la última vez que te vi aquí. ¿Lo recuerdas? Hace varios años. Seguramente le hayas olvidado, con la vida que llevas.

—Lo recuerdo. Hace doce años. Tú me mandaste llamar.

Ella parpadeó, se dirigió a una mesa cercana y se sirvió una copa de vino. Mientras bebía, Priad vio como le temblaban las arrugadas manos.

—No han pasado doce años —dijo—. Más bien... cuarenta. Cuarenta años según los calendarios de Baal Solock.

—Eso no es verdad... —empezó a decir Priad, pero no continuó.

Entonces recordó lo poco que sabía sobre el complejo modo en que se movían el tiempo y el espacio disforme el uno respecto al otro, indiferentes y desalineados. Él había seguido su vida según su propia medida, viajando de mundo en mundo, de misión en misión, pero era totalmente posible que lugares alejados de ese camino hubiesen avanzado a través del tiempo a velocidades distintas. Habían pasado doce años suyos, pero Baal Solock había avanzado a su propio paso. No existía ninguna definición del proceso de la galaxia, ninguna marca fijada, ningún grado absoluto de medición. Ni siquiera el tiempo sideral, mediante el cual había medido su regreso, estaba regulado.

—Tú tampoco has cambiado —dijo, creyendo que eso era lo que se supone que debía decir.

—¡No es verdad! —respondió ella—. He envejecido y me he quedado muy delgada. Tú no has envejecido ni un día. —La legisladora dejó la copa y se acercó a él sin dejar de mirarle el rostro—. Ni un día —dijo, y lo abrazó rodeando con sus brazos la amplia armadura.

—No has cambiado —dijo él con sinceridad—. Puede que hayas envejecido, Antoni, pero sigues siendo la misma.

—Tú y tu labia —rio animosamente y le dio un golpecito en el brazo—. Me he convertido en una anciana que ocupa un trono vacío y que vela por un mundo asustado. Y ahora llegas tú, tan fresco como el día que te marchaste, y confirmas que nuestros miedos son fundados.

—¿Qué quieres decir?

—Priad, tú no estarías aquí si Baal Solock no estuviese en peligro.

—No es por eso por lo que he venido, actúa... legisladora suprema. He venido para acabar un viejo trabajo.

—¿Qué trabajo? —preguntó mientras cojeaba hasta su trono para sentarse.

—Los dientes. Los trofeos que dejé aquí. De la mandíbula.

—¿Dientes? —Ella frunció el ceño—. Sí, lo recuerdo. Los dientes. Aquéllas extrañas estacas. ¡Por el Trono! Hace tiempo de eso. Mucho tiempo. Entonces era hermosa. Joven y hermosa. ¿Es así como me recuerdas, Priad? ¿Es eso lo que esperabas?

—Esperaba ver a Perdet Suiton Antoni, y eso es lo que he encontrado Los dientes, Perdet. Por favor, ¿dónde están los dientes?

Ella pensó un momento y se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. Hace años que no los veo.

—Intenta recordar... —Priad miró a su alrededor.

—He tenido otros asuntos a los que enfrentarme —respondió ella bruscamente—. El gobierno de los cantones y demás. Hemos vivido presa de miedo desde que te marchaste, Priad.

—¿Por eso habéis construido las nuevas murallas y las empalizadas?

—¿Nuevas? Se construyeron hace treinta y cinco años. Yo lo ordené. Y por cierto, debo darte las gracias. Jamás habría obtenido este cargo de no ser por la fama que me dio el haber acompañado al heroico serpiente di hierro que salvó nuestro mundo.

—¿De qué tenéis miedo? —preguntó directamente.

—De que regresen. Los primuls. Baal Solock ha estado temiendo y observando el firmamento todos los días desde que viniste.

—Los primuls se han ido —le aseguró Priad—. Yo los eliminé. No volveréis a verlos.

—Te equivocas —replicó la vieja legisladora—. Han vuelto. Hemos visto las luces de sus naves en el cielo.

—Eso era mi nave mientras descendía.

—No me refiero a hoy. Durante las últimas tres semanas. ¿Por qué cree si no que está la ciudad vacía? Mi gente ha huido a las colinas. Los primal han vuelto, Priad. Los primuls están aquí.

El sargento alzó la mirada a las enormes vidrieras. Las nubes de lluvia habían oscurecido el cielo. Se oían truenos distantes.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Completamente —respondió ella.



CAPÍTULO 21

La legisladora suprema llamó a los sirvientes. Apareció media docena de ellos, mal dispuestos y asustados. Era evidente que habían estado ocultándose en algún sótano o alguna bodega. Les hizo coger unas velas para que les iluminasen el camino.

—¿Adonde vamos?

—Al museo —respondió.

Rodeados por los sirvientes con las parpadeantes velas, los dos avanzaron uno junto al otro por los oscuros y vacíos pasillos del palacio, y pasaron salones y aposentos cuyos muebles estaban cubiertos con telas para protegerlos del polvo.

—Es curioso —empezó ella—. Cuando viniste, nos salvaste de una auténtica y terrible amenaza. Fue un momento histórico para la Legislatura. Pero todo tiene un precio, ¿verdad?

—Supongo que sí —contestó Priad.

—Tu salvación nos dejó un legado de terror. Con los años se ha acabado convirtiendo en una enfermedad nacional. Antes de que llegasen los primuls éramos inocentes. Puede que recelásemos de las estrellas y que fuésemos conscientes de los peligros que podían llegar, pero vivíamos nuestras vidas con paz y tranquilidad, y nunca nos asustábamos de las sombras.

Antoni esperó mientras uno de los sirvientes abría unas pesadas puertas de madera que brillaban, casi negras, de barniz.

—Ahora sí —continuó—. Vivimos siempre con temor y obsesionados. La visita de los primuls demostró la existencia del auténtico horror cósmico, y nos hizo ver que necesitábamos la ayuda de los dioses para librarnos de él. Nos mostró nuestro lugar en la galaxia, Priad, nos mostró lo débiles, insignificantes y vulnerables que somos.

—Lo siento —dijo.

—¡No! No fue culpa tuya. Pero cambió el espíritu de la gente, cambió su carácter.

En los años siguientes a la visita, utilizamos todos nuestros recursos para construir fortificaciones, para mejorar nuestros ejércitos y para desarrollar nuevas y mejores armas y sistemas de detección más sofisticados. El miedo nos volvió duros y desconfiados.

Antoni lo guió a través de las puertas abiertas por un largo tramo de escalones de mármol hasta una gran sala llena de columnas. Todo el espacio estaba lleno de vitrinas, y la luz de las velas se reflejaba en el cristal.

—Al principio todo el mundo hablaba de los dientes —dijo—. Los meses siguientes a la visita. Yo también me hice muy popular, tanto como mi historia. Todos los miembros de la Legislatura me agasajaban, me invitaban a los salones de la gente rica e influyente. Me enviaban a las embajadas extranjeras. Todo el mundo quería oírme hablar de los monstruos y de mi gran aventura. Todo el mundo quería saber cosas sobre ti.

—¿Y cuántos primuls se supone que mataste al final? —Priad sonrió.

—¿Qué quieres decir?

—Una historia como ésa debe de haber ido exagerándose al pasar de boca en boca.

—¿Exageras tú el número de tus hazañas, guerrero? —Ella parecía dolida.

—No, claro que no.

—Pues yo tampoco. Me enorgullezco de haber vivido una vida honesta y decorosa.

Priad temió haberla ofendido, pero entonces ella dijo:

—Puede que se dijese que maté a uno o dos más de los que liquidé en realidad cuando las invitaciones empezaron a ser menos frecuentes. Y tú eras un general, no un simple soldado. —Ella lo observó—. Ahora llevas insignias.

—Soy el hermano sargento de la escuadra Damocles.

—¿Sólo un sargento? —La legisladora se volvió y empezó a mirar en las vitrinas—. Debería haber traído mis gafas. Éstas etiquetas son viejas y difíciles de leer.

—¿Es esto el museo? —preguntó Priad.

—El museo estatal. Al principio yo misma custodiaba los dientes, pero como ya te he dicho, suscitaban mucho interés. La gente recorría leguas para verlos. De modo que los expuse en una vitrina del museo, donde e público podía visitarlos sin molestarme, y fueron una gran atracción durante muchos años. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ellos. Supongo que siguen aquí, en alguna parte.

Los sirvientes se separaron y la ayudaron en su búsqueda. Antoni envió a uno de ellos a buscar a un conservador, o algún índice o catálogo. Priad deambuló por la sala inspeccionando las vitrinas. Las oscuras cajas de crista estaban repletas de monedas viejas, medallas, mapas, manuscritos. La lluvia empezó a golpear contra las altas ventanas del museo y el exterior se había vuelto muy oscuro. Priad empezó a

preocuparse por el tiempo que estaba tardando, pero Antoni parecía mucho más impaciente.

—¡Mis malditos ojos! Están tan débiles y tan viejos. —Antoni se frotó las manos—. He vivido mucho más tiempo que la media de mi gente. ¿Lo sabías? Los médicos no se lo explican. He sobrevivido a dos maridos. Nunca me quedé embarazada. Los médicos sospechaban que la exposición a la contaminación me dejó estéril. Eso siempre ha sido un pesar para mí. ¿Cómo es posible que el veneno del enemigo me dejase infecunda y que, sin embargo, me condenase a una vida larga?

—Yo te protegí —respondió él.

—Con medicamentos. Lo recuerdo perfectamente. Me hicieron vomitar muchísimo. Pero eso sólo podía haber actuado temporalmente.

—No —contestó él—. Te di un poco de mi propia sangre para que tuvieses mi inmunidad.

—Ah —dijo Antoni, y pensó en ello—. Eso podía haber tenido un gran impacto en mi historia. La sangre de Ithaka en mis venas.

—¿Dónde está *Princeps*? —preguntó Priad.

—¿Quién?

—El perro.

—¡Trono sagrado! Murió hace años. Era sólo un perro.

El sirviente regresó cargado con un polvoriento catálogo de las exposiciones del museo. Tras una larga discusión y tras pasar muchas páginas, Antoni y sus sirvientes llegaron a la conclusión de que los dientes habían sido sacados de la exposición hacía veinte años.

—¿Qué fue de ellos? —preguntó Priad.

—Se archivaron —respondió Antoni—. Podrían estar en el almacén del museo, justo debajo de nosotros, o en el Tesoro. Ojalá este maldito libro dijera dónde. —Dio una palmada y envió a otro de los sirvientes para que convocase a más sirvientes escondidos para que iniciasen una búsqueda completa por el archivo del museo. El resto la acompañarían al edificio del Tesoro.

—Esto es un fastidio —le dijo la legisladora a Priad—. Con tan pocos sirvientes en el recinto de palacio esta búsqueda podría llevarnos semanas.

Aquello no sonaba demasiado alentador.

Salieron del museo y atravesaron un amplio patio bajo la lluvia hasta llegar al edificio de basalto del Tesoro Público.

Una vez fuera, Priad se detuvo. Había algo en el ambiente, una sensación más perniciosa que la tormenta y el aguacero.

El sargento sintió como aumentaba su inquietud.

Limpiándose las manos con un paño, Khiron salió de la cámara de Petrok y dejó que

los ayudantes reconectasen sus guanteletes. Autolochus lo estaba esperando.

—¿Y bien, apotecario?

—Petrok está despierto, bendito sea el Emperador. Su fiebre ha remitido. Sigue débil, y apenas puede moverse y hablar, pero ha vuelto con nosotros. Me ha pedido que acercase mi oreja a su boca para decirme unas pocas palabras. Ha dicho algo sobre advertir a Priad.

—¿Qué ha dicho exactamente? —preguntó Autolochus.

—Ha dicho: «Están aquí. Dile a Priad que han venido a detenerlo.»: Lo ha repetido dos veces.

—Prepara a la Damocles para el descenso —dijo Autolochus—. Parez: ser que por fin voy a ser de utilidad.



CAPÍTULO 22

En el interior, el edificio del Tesoro parecía un mausoleo. Entre las gruesas paredes había una serie de estancias y cámaras en las que la Legislatura había almacenado lingotes de metal, archivos fiscales, tesoros artísticos y muchos otros objetos de gran valor. Los artículos y los montones de documentos estaban apilados de cualquier manera y sin seguir ningún orden, como el desbarajuste de un desván, y en ocasiones las cosas de las cámaras más atestadas salían hasta el pasillo. Las paredes y los suelos interiores estaban cubiertos con baldosas de mármol rojas y negras y las únicas ventanas existentes no eran más que meras rendijas. El exterior estaba oscuro, de modo que no entraba ninguna luz.

De repente descubrieron a dos guardias sin afeitar y la legisladora los puso a buscar con los sirvientes en las estancias repletas de trastos y papeles. Se encendieron lámparas y velas, que crearon pequeños focos de luz amarilla en la sepulcral oscuridad. Priad se sentía como si fuesen ladrones de tumbas saqueando las ofrendas funerarias del interior de la cripta de algún rey. Esperaba que sólo fuese la naturaleza de aquel lugar la que le hacía pensar así: un mal presentimiento le hacía temer que el edificio del Tesoro pronto contaría con el requisito fundamental para convertirse en una tumba.

El sargento echó un vistazo a las pilas de viejos cuadros y los montones de polvorientos libros de contabilidad, y se preguntó hasta qué punto debía involucrarse. Aquéllos no eran sus tesoros, y no tenía ningún derecho a revolverlos. Antoni ordenó a los sirvientes que despejasen las estanterías de montones de rollos del erario público, viejos edictos y los manuscritos de antiguas leyes. Se abrieron y se rebuscaron cajas fuertes, se revolvieron archivadores, viejas monedas retiradas hacía tiempo de la circulación se dispararon por el rojo y negro suelo. Ocasionalmente, Antoni se detenía para examinar algo, como preguntándose por qué alguien habría

querido conservarlo, o murmuraba «vaya, así que es aquí donde acabó metido esto», hasta que advertía la mirada en el rostro de Priad y continuaba buscando.

—¿De todos modos, para qué necesitas esos malditos dientes? —preguntó mientras hurgaba en un pequeño cofre de metal.

—Para salvar muchas vidas —respondió Priad.

Ella esperó para ver si él se explicaba, y al ver que no lo hacía, dejó el cofre a un lado y tiró de las sábanas que cubrían otra estantería.

—Mira esto —dijo. Era un cuadro. Era la propia Antoni vestida con un traje majestuoso, sentada en un asiento dorado. Tenía el mismo aspecto que la última vez que él había estado en Baal Solock—. Es mi retrato oficial. Posé para él un mes después de mi elección.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Priad.

—Nunca me gustó —respondió ella—. Siempre me pareció demasiado glamuroso. Detestaba tenerlo en palacio. Una imagen de mí misma que no me representaba en absoluto. Lo envié para que lo limpiaran y conseguí sepultarlo aquí. Míralo. Mírala. Tan orgullosa. —Antoni levantó el cuadro y lo observó entrecerrando los ojos—. Puede que vuelva a colgarlo. En el palacio, sobre mi trono. Puede que entonces no tuviese ese aspecto, pero ¿quién va a atreverse a discutirme ahora que no era increíblemente hermosa?

Un sirviente se acercó y ella dejó el cuadro. Había encontrado algo. Priad se acercó, expectante, pero oyó cómo Antoni reía burlonamente.

—¿Tú crees que esto parecen dientes?

El sirviente negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué has pensado que eran dientes?

El sirviente se encogió de hombros.

—Vuelve al trabajo y deja de hacer el tonto —dijo Antoni. Después miró a Priad y sonrió—. Eran botones.

La lluvia golpeteaba el tejado y las paredes del edificio del Tesoro.

—Qué día tan malo —suspiró la legisladora—. ¿Paramos un rato para comer?

El sargento estaba a punto de responder cuando todas las velas se apagaron de golpe. Priad se tensó, adaptó sus ojos a la oscuridad e hizo ademán de ponerse el casco. Algunos de los sirvientes gimieron de temor y de sorpresa.

—Es sólo el viento —los reprendió Antoni—. Encendedlas de nuevo, Que alguien saque yesca.

Las chispas crepitaron en la oscuridad. Una por una, las velas volvieron a encenderse e iluminaron los temerosos rostros de ojos abiertos y sobresaltados.

—Continuad con el trabajo —ordenó Antoni. Se volvió al sargento y susurró—: Sólo era el viento, ¿verdad?

—Quédate aquí —respondió él—. Sigue buscando.

Priad abandonó las cámaras interiores y la danzante luz de las velas y volvió por el pasillo hasta el vestíbulo principal. La pantalla de su yelmo leía y trazaba la topografía del lugar en la penumbra.

Entonces oyó algo y llevó la mano a la empuñadura del bólter. Los símbolos de localización de objetivo se iluminaron en su visor. Priad fue con cautela. No quería ejecutar a ningún sirviente atolondrado ni a ningún guardia del Tesoro.

Algo se movió en una sala lateral a su derecha. Se volvió hacia allí sintiendo la exquisita activación de sus desarrollados instintos de combate. Lo que quiera que fuese desapareció tras la siguiente esquina de la sala. Con un silencio asombroso para alguien vestido con una armadura tan grande y tan pesada, Priad giró la esquina.

Solo, en medio de la sala, el perro negro lo observaba. El can movió la cola imputada y ladeó la cabeza ligeramente, con la lengua colgando desde su sonrisa canina.

Priad se había enfrentado a muchas cosas en su vida, muchas cosas que habrían congelado un alma mortal de puro terror. Pero aquello hizo que su corazón diera un brinco.

—¿*Princeps*? —dijo. Inmediatamente se sintió como un idiota. Aquél perro llevaba años muerto. No era más que otro perro negro perdido entre las desastradas salas. Pero esa mirada, ese ladeo de cabeza...

Al oír su voz filtrada, por el altavoz, el perro gruñó ligeramente y retrocedió. Priad se quitó el casco para que oyera su propia voz.

—¿*Princeps*? —lo llamó de nuevo.

Moviendo la cola, el perro trotó hacia adelante y se sentó a sus pies, mirándolo. Priad se arrodilló. El perro era real. Podía oler su pelaje mojado y su aliento agrio.

—¿Por qué has venido a buscarme, *Princeps* —susurró, y añadió después de una pausa—: desde tan lejos?

El perro se levantó de nuevo y empezó a correr por la sala. Se volvió para mirarlo y ladró suavemente dos veces.

Priad no necesitaba que nadie se lo dijera. Siguió al perro por el vestíbulo hacia la galería que daba a la segunda sala principal del Tesoro, que se prolongaba hasta la salida trasera del edificio.

El perro desapareció. Priad había apartado la mirada por un momento y, de repente, ya no estaba allí.

Estaba solo en la sala trasera. Se quedó quieto y lentamente volvió a ponerse el casco. Los sistemas del visor se encendieron al caer sobre sus ojos.

No estaba solo en absoluto.

Había sombras entre las sombras, oscuras figuras que se negaban a volverse visibles, ni siquiera sujetas al amplificado examen de los sistemas de su visor.

Entonces se oyó un ruido como de ratas o de dientes rechinantes.

El tiempo se volvió más lento.

Priad extrajo el b6lter, quit6 el seguro y empez6 a disparar a medida que las sombras se lanzaban contra 6l. Dispar6 a una figura a su derecha y oy6 c6mo rebotaba y caía, despu6s se volvi6 para propinar dos tiros m6s hacia las sombras a su izquierda. Otras dos volaron hacia atr6s en la oscuridad, sacudi6ndose y contorsion6ndose. La sangre oscura empez6 a cubrir el m6rmar rojo y negro.

Algo golpe6 con fuerza su peto y lo oblig6 a retroceder un paso. Entonces un segundo objeto pas6 a gran velocidad sobre su hombrera, impact6 contra la pared que tenía a su espalda y desportill6 la manipostería. El sargento ov6 el inconfundible zumbido de las armas cristalinas.

Fueron a por 6l. Las sombras salieron de las paredes y de la oscuridad del techo. Priad apret6 el gatillo y lo mantuvo presionado, disparando una r6faga continua y despedazando la oscuridad dondequiera que se moviese. Las marcas de su visor saltaban y parpadeaban, señalando objetivo tras objetivo. El fogonazo de su arma, era tan brillante que la imagen residual se convirti6 en un fantasma que desaparecía lentamente en sus sistemas 6pticos. El fuego enemigo lo golpeaba, rasgaba su armadura y dejaba agujeros y cortes en el metal.

Su cargador se agot6 demasiado r6pido. Intent6 recargar, pero los primuls se abalanzaron sobre 6l clav6ndole las garras y golpe6ndolo con sus hojas. El sargento aplast6 a uno de ellos con el peso de su b6lter y parti6 a otro en dos con la garra rel6mpago. Despu6s impuls6 su propio cuerpo hacia atr6s, contra la pared, y aplast6 algo que había saltado sobre su espalda.

Otra demoníaca sombra embisti6 contra 6l con una especie de lanza provista de un largo y siniestro filo. El golpe lo oblig6 a apoyarse contra la pared y sinti6 c6mo el dolor, frío como el hielo de un glaciar, estallaba en el lado izquierdo de su vientre conforme la afilada punta le atravesaba la placa y el torso.

El sargento empez6 a golpear con el b6lter vacío y parti6 en dos el cr6neo de la criatura que lo había apuñalado. Ésta cay6 de espaldas, sacudi6ndose con los espasmos de la muerte, y la hoja sali6 de su cuerpo.

Priad insert6 un nuevo cargador en su arma. Los siguientes entes que se movieron fueron reducidos por r6pidos fogonazos.

El serpiente de hierro dej6 de disparar y escane6 a su alrededor mientras oía su propio aliento en el interior del casco. En otras partes del edificio parecía haber alboroto. Se pregunt6 si los guardias de Antoni tendrían realmente alguna capacidad de combate. Lo dudaba.

Los cuerpos oscuros yacían desparramados, destrozados y retorcidos por el vestíbulo. La sangre primul humeaba en el aire helado. Priad avanz6 hacia la escasa luz del día, hacia la entrada trasera, ejecutando a dos sombras m6s que se abalanzaron sobre 6l desde la oscuridad.

Ya había introducido su tercer cargador. Sentía el resbaladizo calor de su propia sangre saliendo de la herida de su vientre hacia la ingle y los muslos bajo la armadura.

Entonces salió a la gris mañana. La lluvia seguía cayendo. Tras el bastión del Tesoro había un amplio patio flanqueado por las alas del palacio. En él había cuatro elegantes naves incursoras, ganchudas y amenazadoras como enormes escorpiones de antracita. No estaban tripuladas, pero conforme las miraba, vio a tres más surcando el aire por encima de la azotea de Fuce.

El sargento oyó gritos, disparos y un toque de campanas en la distancia. La ciudad despedía humo.

Aquello que tanto tiempo había temido Baal Solock se había hecho realidad.

El líder primul debía de haber estado esperándolo. Demasiado tarde, Priad se volvió alertado por las señales de advertencia de sus sentidos potenciados. La hoja lo golpeó en la hombrera y lo lanzó contra los amplios escalones de piedra de la entrada trasera.

Priad aterrizó violentamente, pero rodó de inmediato sobre las empapadas losas justo a tiempo para ver cómo su enemigo saltaba hacia él con la afilada lanza en posición. El líder primul era el ejemplar más magnífico de su especie que Priad había visto jamás. Alto y delgado, con su ágil figura cubierta con una armadura segmentada de negro y dorado metal. Priad sabía que era un jefe, pues sólo los miembros de mayor rango de la raza de los eldars oscuros llevaría una armadura tan sofisticada y un casco tan alto, tan amenazante y con tantas púas.

El sargento intentó levantar el arma para disparar, pero el primul fue más rápido. La afilada punta de la lanza le atravesó la muñeca derecha y se la clavó en el suelo. Priad sintió como los huesos se le resquebrajaban a medida que la hoja penetraba a través de ellos. Siguió agarrando el arma, pero la lanza del enemigo estaba cargada con un campo de energía, y un intenso dolor le abrasó el brazo.

Mientras el primul, de pie con una pierna a cada lado del torso de Priad, se regodeaba e insertaba todavía más profundamente la lanza, la descarga eléctrica ascendía por el brazo inmóvil del hermano sargento, provocándole involuntarios espasmos neuronales. Finalmente el bólter cayó de su mano sin fuerza.

Priad lo maldijo y lanzó una patada con su acorazado entre pie las piernas del primul. La fuerza del golpe lanzó al ser por los aires e hizo que se llevase la lanza con él.

El sargento se puso de pie, consciente de la gravedad de la herida del vientre y de lo dolorida que estaba su muñeca. Inmediatamente bloqueó esas sensaciones. El líder primul aterrizó elegantemente sobre las losas de piedra, con las piernas separadas y agachado en posición de combate. Después hizo girar su letal lanza entre las manos. La lluvia relucía sobre su armadura como pequeños diamantes. Sus ojos eran dos

líneas verticales amarillas en la esculpida máscara.

Priad arremetió contra el enemigo con su garra. La lluvia crepitaba y se evaporaba sobre su guantelete.

El jefe primul se hizo a un lado y esquivó todos los poderosos golpe conforme llegaban, ágil y ligero, alejándose del pesado guerrero ithakano. Priad embestía con furia.

Lo único que golpeaba era la lluvia y el vacío. El jefe primul había brincado hacia atrás y se dio la vuelta delicadamente para arremeter con su lanza. Priad consiguió esquivar el golpe. El primul se alejó de nuevo, giró y agarró la lanza con ambas manos por el centro del asta. Hubo un chasqueante zumbido y la lanza de metal se prolongó, doblando su longitud.

Haciendo girar la larga arma, el primul se encaró hacia Priad y atacó. El ithakano esquivó el primer golpe y desvió el segundo, pero después recibió dos fuertes impactos en el torso con la parte trasera de la lanza que lo enviaron tambaleándose por el patio.

El jefe primul no le dio ni un segundo para recuperarse. Se acercó de nuevo y lo golpeó con el asta en toda la cara, antes de agacharse bajo la garra relámpago y echar la lanza hacia atrás con las dos manos como si fuese una porra. Después asestó su golpe. La larga hoja del arma, como una inmensa hacha de verdugo, golpeó a Priad en un lado de la cabeza.



CAPÍTULO 23

Los cadáveres yacían en las retumbantes salas del palacio. Cuerpos humanos: guardias y sirvientes asesinados mientras intentaban huir. Las mesas y las velas estaban volcadas. Las telas que cubrían los muebles se habían incendiado. Los gritos resonaban desde el centro del complejo del palacio.

Los primuls avanzaban y se detenían sobre los cuerpos desparramados. Los diabólicos guerreros reían al encontrar humanos vivos, los heridos o aquellos que fingían estar muertos, presa del pánico.

Las bestias sacaban sus hojas y llevaban a cabo terribles abominaciones. Los chillidos inundaban el aire. La sangre inundaba las baldosas. Uno de los asesinos primuls descubrió a una joven sirvienta encogida tras un tapiz y la empujó al centro de la sala. Ella aulló. Los primuls imitaron su grito con espantosas voces, después rieron de nuevo al acercarse a su presa.

De repente, uno de ellos estalló en una explosión de sangre que inundó el aire de gotas carmesíes. Otro, volviéndose, perdió la cabeza a causa de un eficaz disparo de bólter. Los demás caían y se retorcían a medida que iban siendo aniquilados.

Xander corrió por el vestíbulo con el bólter humeante. A su derecha estaba Aekon, y a la izquierda Kules.

—¡Damocles e Ithaka! —gritó.

La joven sirvienta, arrodillada en el suelo, los miró sin comprender. Para ella, aquellos gigantes grises eran tan aterradores como los oscuros demonios.

—Ayúdala a levantarse —ordenó Xander.

Aekon avanzó hacia ella con una mano levantada.

—Estás a salvo —dijo—. Éste lugar está ahora bajo la protección de la hermandad ithakana.

Ella lo miró perpleja.

—Escóndete o márchate del palacio —le aconsejó Aekon mientras bajaba la mano, consciente de que la estaba intimidando—. Vamos, ahora.

Eso sí que lo entendió. Dando un grito, se levantó y echó a correr.

—Contactos en la escalera lateral —advirtió Kules.

Una ráfaga de proyectiles cristalinos llovió hacia su posición impactando contra sus armaduras y rebotando sobre el suelo de piedra.

—Tal como decía... —dijo Kules amargamente.

—¡Damocles e Ithaka! —respondió Xander, abriendo fuego.

Aekon y Kules avanzaron tras él acribillando la escalera de mármol con sus disparos y matando a las sombras que acechaban en ellas. Aekon giró a su izquierda y exterminó tranquilamente a dos primuls que salían a toda velocidad de una dependencia lateral. El serpiente de hierro se detuvo, se agachó y le arrancó el casco a uno de los eviscerados cadáveres.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Xander con voz seca y metálica a través del comunicador.

—Siempre he querido saber qué aspecto tenían, cómo eran sus rostros —respondió Aekon.

—¿Y qué consigues con eso? —preguntó Kules.

—Mi curiosidad está satisfecha —contestó Aekon, horrorizado. Después lanzó el casco vacío a un lado.

—¡Contactos al otro extremo del vestíbulo! —informó Kules.

Los guerreros insertaron nuevos cargadores en las armas y dispararon despidiendo un humo blanco que ascendía hacia el alto techo de la sala.

—Xander a Damocles —dijo Xander—. ¡Informad!

—¡Segunda sección! —respondió Khiron al oír la llamada por el comunicador—. Hemos hallado alguna resistencia en esta área.

Al lado de Khiron, Dyognes sonrió para sí mismo. El apotecario estaba quitándole importancia a la situación. Los tres, Khiron, Dyognes y Scyllon, habían irrumpido en el complejo de palacio a través de la puerta de la guarnición y habían subido por el ala de la cocina. A cada paso que daban habían tenido que defenderse de los ataques de los primuls. Él había intentado llevar la cuenta, pero dejó de contar a partir de los cuarenta individuos. Habían gastado la mayor parte de sus municiones. Pronto tendrían que luchar con sus espadas y sus escudos: un trabajo nada grato.

Tenían muchas probabilidades de morir si acababan teniendo que luchar cuerpo a cuerpo. Los primuls los superaban considerablemente en número. Pero, de algún modo, aquella idea levantó el ánimo de Dyognes. Después de Ganahedarak creyó que su vida como hermano de la hermandad había acabado, y que jamás volvería a saborear la acción o la gloria de nuevo. Se había convencido de que, aunque Priad le había permitido acompañar a la escuadra en aquella misión, sólo lo había hecho por

compasión. No habría ninguna acción más. Sería una última y simbólica función antes de su largo y vergonzoso retiro. Y sólo acababa de empezar.

Pero ahora, asombrosamente, estaban librando una batalla. El combate resonaba y la sangre fluía. Su antiguo y particular enemigo estaba a su alrededor, buscando la victoria en sus muertes.

Tanto si vivía como si moría, no podría haber deseado una misión final mejor que ésta.

Era un Damocles, envuelto en su armadura, con un bólter en las manos, junto a sus hermanos, con la muerte rodeándolos a todos. No había mejor destino que aquél.

La tercera sección de la Damocles había penetrado por el ala sur del palacio. El lanzallamas de Andromak había carbonizado las cámaras de mármol y la escalera del sótano. A su lado, Pindor y Natus liquidaban a los rezagados.

—¡Por Ithaka! —gritó Andromak mientras lanzaba una llamarada por los pasillos de piedra.

—¡Y por Priad! —sugirió Natus.

—Por supuesto —asintió Pindor—. ¡Por Priad, nuestro corazón y nuestra alma!

—¡Secciones! —llamó Andromak—. ¿Ha conseguido alguien contactar con el sargento?

—¡Negativo! —respondió Xander con voz distorsionada a través del comunicador—. ¡La lucha aquí se está poniendo fea!

—Y aquí —intervino la voz de Khiron—. Ni rastro del paradero de Priad todavía.

—Como esté muerto... —empezó Pindor.

—Como esté muerto, ¿qué? —preguntó Andromak.

—Como esté muerto, estos xenos asquerosos lo pagarán caro.

—¿Cómo van a pagarlo más de lo que lo están pagando ya? —rio Natus.

—Ya encontraré el modo —respondió Pindor.

Autolochus entró con su sonido metálico en el patio principal del palacio. Mediante sus antiguos y agrietados sensores oculares percibía el calor que emanaban los cuerpos humanos desparramados. Más allá de aquella bruma, detectó las calientes sombras que aguardaban.

—¡Mostraos! —tronó, y su voz resonó en los altos muros.

No hubo ningún movimiento.

—Si eso es lo que queréis —gruñó—. Voy a ir, tanto si estáis preparados como si no.

Los soportes de artillería a ambos lados de su abultado torso rotaron hacia adelante y el dreadnought disparó su cañón láser y su bólter de asalto. Tramos enteros de muro explotaron y se derrumbaron en una avalancha. El enemigo oculto descubrió el significado de la palabra «masacre».

Autolochus avanzó con fuertes pisadas hacia el primul moribundo, desparramado

en un lago de sangre junto a la escalera principal.

—¿Dónde está Priad? —preguntó.

La criatura gorgoteó alguna aberración.

Autolochus bajó el bólter de asalto.

—Respuesta incorrecta —dijo.



CAPÍTULO 24

Priad cayó con el cráneo tremendamente dolorido. Su visor quedó en blanco y mostraba únicamente el símbolo de error. El sargento oyó como el jefe primul gritaba triunfal.

El líder de la Damocles se quitó el casco destrozado y lo lanzó contra su enemigo. El primul se vio obligado a retroceder y desvió el casco con su lanza. Al lanzarlo, Priad vio lo profundamente dañado que estaba su casco. La parte lateral estaba abollada hacia dentro y aplastada. Apenas había logrado contener el golpe de su enemigo.

Intentó levantarse, con la lluvia golpeándole el rostro descubierto, pero el primul lo atacó de nuevo y volvió a derribarlo. Priad hizo un barrido con su garra relámpago y el líder primul saltó hacia un lado. Finalmente consiguió ponerse de pie, pero se tambaleó al recibir nuevos golpes del oscuro enemigo que lo empujaron contra la proa del incursor más cercano.

El sargento hizo acopio de toda su reserva de energía y propinó un devastador golpe de su potente guantelete.

El primul rechazó el ataque con la hoja de su lanza, empujó a Priad hacia atrás y desvió la cuchilla relámpago contra la elegante proa de la lancha de asalto. Inmovilizada e impotente, la garra parpadeaba con descargas y las cuchillas se morían inútilmente.

El primul mantuvo la garra sujeta fuertemente con su lanza con una mano mientras extraía una daga mordisco para acabar con Priad. La criatura levantó la doble hoja.

En el último segundo, el sargento recordó su bendición. Seguía envenenado por aquel buen presagio del istmo de Cydides. El mismo era una serpiente agresiva. Tensó las glándulas de Betcher en su paladar duro, donde estaban contenidas las

toxinas de la víbora de lomo verde, y escupió a los ojos del jefe primul.

Éste lanzó un grito y cayó de espaldas arañándose la máscara.

Priad le arrancó al eldar oscuro la lanza con la mano izquierda y la sopesó con sus lisiados puños. Era sorprendentemente ligera, como si ni siquiera estuviese allí.

—¡Ithaka! —rugió el sargento, y dejó caer todo su peso con el golpe.

El magnífico casco del jefe primul rebotó sobre las losas de piedra empapadas, y su cuerpo elegantemente acorazado cayó lentamente de costado. La sangre salía a borbotones del cuello cercenado y salpicaba sobre el patio, donde se mezclaba con la lluvia.

Priad cayó de rodillas y lanzó la odiosa lanza a un lado.

Entonces oyó unas lentas y fuertes pisadas que se acercaban.

—¿Has terminado? —preguntó Autolochus, elevándose sobre él como un sombrío monolito bajo el lúgubre aguacero.

—Eso creo. ¿Está la escuadra Damocles aquí?

—Están purgando el palacio en estos momentos. Son unos hombres excelentes, Priad. Deberías estar orgulloso de ellos.

—¿Crees que no lo estoy?

—Estoy convencido de que sí. Notables. Qué gran honor recibir ese nombre tan excepcional. Yo también fui un Notable en su día.

—Sigues siéndolo, Autolochus —dijo Priad.

—Gracias. Pero lo era. De verdad que lo era. Mi escuadra era Skypio. La Notable Skypio. Y cuánto honor hacíamos a ese título. En fin. Qué tiempos aquéllos.

Priad asintió con la cabeza y le sonrió. El sargento intentó levantarse. Autolochus extendió su cañón para que Priad pudiese agarrarse a él.

—Atiende a tus heridas, amigo —le aconsejó Autolochus—, o acabarás en un chasis de combate como yo.

—Hay lugares peores que ése —respondió Priad.

—¿Hemos acabado aquí? —preguntó el viejo dreadnought.

—Creo que sí.

—¿Ha valido la pena? ¿Estaba Petrok en lo cierto?

Priad asintió.



CAPÍTULO 25

Tuvieron que pasar diez años, diez años de cualquier medida de tiempo que se quisiera emplear, para que las consecuencias de la segunda misión en Baal Solock tuviesen algún efecto duradero.

Usando los oscuros y calcificados dientes, que la legisladora suprema Antoni había encontrado por fin dos días después de que terminasen las hostilidades en las entrañas del edificio del Tesoro Público, encerrados en un pequeño arcón etiquetado como «otras cosas», los apotecarios y los bioingenieros de la hermandad crearon una copia de la reliquia. La elaboraron a partir de materia orgánica inerte, mezclando hueso artificial con los códigos genéticos extraídos de los dientes originales. Éste trabajo, aunque ingenioso, era una simple extensión de las aplicaciones genéticas que dominaban de la creación ritual de humanos alterados. La reliquia se desarrolló en un tanque, fue alimentada con minerales y su forma se fue definiendo lentamente a partir del molde de los dientes.

Más adelante, se trasladó a distintos territorios y se expuso durante varios conflictos para que los pielesverdes pudieran identificarla. Varias honorables escuadras de la hermandad llevaron a cabo estas peligrosas misiones: Veii en Banthus, Manes en Triumverate, Tebas en Calicon. La misma Damocles llevó la reliquia dos veces a la guerra para incitar a los orkos.

Una vez que caían en la trampa, el Librarius de la hermandad, trabajando bajo el mando de Petrok y con la ayuda de los astropatas de veintiocho mundos, reforzaba la estratagema saturando a la horda de pielesverdes con propaganda psíquica, revolviendo sus lealtades y sus ansias y obligándolos a regresar y a buscar la reliquia sagrada.

Una misión final, dirigida por la reconstituida escuadra de Parthus, que ganó ese honor mediante un sorteo entre muchas otras, trasladó la reliquia lejos, fuera del

territorio de las Estrellas del Arrecife, y la escondió en uno de los mundos que los primuls habían asaltado.

Ocho meses después, los ejércitos de escoria descendieron sobre ese mundo y reclamaron su trofeo. Los primuls sufrieron un terrible destino en sus manos, y acabaron siendo víctimas de su propio engaño.

Para entonces, la inexorable formación orka se había alejado de las Estrellas del Arrecife gracias a aquella artimaña. El ejército verde se retiró a la oscuridad de los sistemas exteriores persiguiendo la reliquia recuperada y luchando entre ellos para reclamar su propiedad.

Los pielesverdes no volvieron a las Estrellas del Arrecife hasta pasados mil años. Los primuls sí lo hicieron. Pero la hermandad siempre estaba allí para recibirlos.

La mañana en que iban a abandonar Baal Solock, los hermanos de la Damocles se reunieron en el patio del palacio de Fuce. Formaron una fila, con el gran Autolochus al final de la misma. La lluvia seguía cayendo con intempestiva fuerza.

Los cadáveres del enemigo habían sido sacados del palacio y de la ciudad y habían sido incinerados en una fosa al oeste de Fuce. Los fuegos se habían sofocado. Sin embargo, todavía tendría que pasar mucho tiempo antes de que el devastado palacio y la ciudad que lo rodeaba fuesen habitables de nuevo.

La legisladora suprema Antoni salió a pasar revista a la escuadra. Recorrió toda la fila apoyada en su bastón, pues los últimos días habían sido horribles para su espalda. Uno de los sirvientes corrió a su lado sujetando un paraguas para proteger a su señora de la lluvia.

Antoni observó detenidamente los rostros de los serpientes de hierro, uno por uno, mientras avanzaba ante ellos.

—Siento parecer curiosa —les dijo—, pero es que sólo había visto a uno de vosotros antes. Tener a diez delante, así, será una nueva gran historia. La Legislatura me aclamará durante años. —Entonces miró a Priad—. Parecen todos iguales —susurró.

—No lo son —le aseguró él.

—Estoy convencida de que no lo son, pero se parecen muchísimo. Excepto él, el del ojo raro —dijo mientras señalaba a Natus—. Pero sólo porque tiene el ojo raro. Es un buen rasgo. Lo hace destacar.

Priad no fue capaz de darle una respuesta decente inmediata.

—Y en cuanto a... eso de ahí —continuó ella, señalando a Autolochus con la cabeza—. No sé qué pensar...

—Yo tampoco sé qué pensar de usted, señora —refunfuñó Autolochus.

—¡Me ha oído!

—Puede oír el tintineo de una aguja cayendo al suelo al otro lado de las montañas —le aseguró Priad.

—¿Lo he ofendido? —susurró lo más bajo que pudo.

—Sólo por referirse a mí como «eso» —graznó Autolochus.

Antoni se volvió y miró a Priad.

—¿No vais a quedaros? Nuestras fiestas de celebración son excelentes, y ya te perdiste la última.

—Tenemos que marcharnos.

—Bien, aquí tienes, entonces —dijo ella, y extrajo los dientes del bolsillo de su traje.

El los cogió con cuidado.

—¿Estáis seguros de que no queréis quedaros? —insistió—. Va a venir un pintor muy bueno de Caddis. Me gustaría que hiciera un glorioso cuadro vuestro, si queréis posar para él. Podría colgarlo junto al que tengo de cuando yo era joven y hermosa.

—Tenemos que marcharnos —repitió el sargento.

—Está bien. —Antoni se encogió de hombros. Alargó el brazo con su delicada mano y pasó las puntas de sus dedos por su rostro—. Eres un hombre muy atractivo, Priad —dijo—. Para ser un gigante, quiero decir. Tienes justo el aspecto que debe tener un héroe.

—No sé qué decir —respondió él.

—Con un simple «gracias» basta. ¿Volverás alguna vez?

—No lo sé. Espero no tener que volverá hacerlo nunca. ¿Seguirás aquí si lo hago?

—Supongo que sí. —Antoni rio—. Nada puede matarme. Soy inmortal, ¿sabes? Tengo la sangre de un ithakano en mis venas.

—No estoy seguro... —empezó Priad.

—Estaba bromeando —lo interrumpió ella—. No te van mucho las bromas, ¿verdad, Priad de Damocles?

—No —admitió.

—Bien, márchate —dijo. La legisladora se alejó cojeando hacia el palacio y no se volvió para mirar atrás.

Priad salió con su escuadra a través de las puertas de palacio. Su transporte estaba esperando en la plaza principal. Priad los vio subir a bordo y elevarse en una lluvia de fuego.

Después atravesó solo el complejo del palacio para recuperar su propio transporte de los humedales.

El aire estaba cubierto por una espesa neblina. Un sol acuoso luchaba con las nubes para poder ser visto.

Mientras atravesaba la salida más exterior, el sargento oyó un sonido tras él y se volvió.

El perro negro lo estaba siguiendo, trotando con entusiasmo tras él.

Priad suspiró y se arrodilló.

—Vuelve a casa —dijo.

El perro se tumbó sobre su vientre y lo miró con ojos tristes.

—¡Vamos! —exclamó, haciendo un gesto con la mano—. ¡Vuelve a casa!

El perro aulló y arrastró su cuerpo tendido hacia él.

Priad se puso de pie.

—Vuelve a casa, *Princeps* —dijo.

El perro negro se levantó y se volvió. Corrió hacia la entrada y se quedó allí, mirando cómo Priad continuaba su camino.

Cuando ya casi había desaparecido de su vista, ladró dos veces.

El sargento se volvió a mirar, pero el perro había desaparecido.



CAPÍTULO 26

El mundo que lo envolvía era cálido, azul y apabullante. Priad se sumergía contra la corriente y daba brazadas con los brazos desnudos. Las heridas de su palma y de su muñeca estaban sanando, y ya no eran más que negros bultos bajo el tejido cutáneo.

¿Cuánto tiempo llevaba? ¿Veintiuno? ¿Veintidós?

Había perdido la cuenta, pero le daba igual.

La fría penumbra del foso lo envolvía. Vio las ofrendas dispersas por el fondo. Había tantas y tan magníficas... Algunas eran tan viejas que sus formas habían sido erosionadas por el mar.

El sargento siguió descendiendo y extrajo su propia ofrenda de la bolsa.

La presión rugía en sus oídos. Priad plantó el colmillo romo y gris del orko en el blando sedimento, entre un cargador de munición y una estatuilla dorada de Parthus. Parecía un buen lugar donde dejarlo.

Era liberador hacer una insensatez para variar.

Una vez concluido el rito, dio la vuelta y empezó a patlear y a empujarse hacia arriba con los brazos.

Nadó hacia la luz, hacia las aguas cálidas atravesadas por el sol, hacia la superficie, donde los hermanos de la Damocles lo esperaban sobre una dorada playa bajo la interminable luz de Ithaka.